Adalberto Ortiz

Juyungo

Juyungo (Ascensión Lastre), es un muchacho negro que padece desde que nace, la miseria y la discriminación racial.

Juyungo odia a la raza blanca y este odio se va transformando paulatinamente en conciencia de clase.

Esta novela es profundamente humana. Lo que prima por encima de todo es la relación que mantienen los personajes entre ellos. La vida idílica que disfrutan los protagonistas en una isla de negros sin dueños, la solidaridad que comparten, donde todos cuidan de todos y no tienen que dar cuentas a ningún extraño. Y como contraste la vida en otras poblaciones en la que subsisten en condiciones de esclavitud y de desprecio por la clase blanca dominante.

Capítulo I

BAJO EL HARNERO DEL CIELO

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Marimbas y buba. Bubas y marimba. Relucen los machetes lo mismo que los ríos rutilantes de sol a sol. Su pavoroso tin-tin brinca retumbando desde los puntales de guayacán. Distante la pena. Gorgoriteó el gran sapo bamburé. ¡Gran Dios! Hay gente que teme por su cabeza. De la selva profunda emergieron ébanos soberbios de nocturnos corazones, testigos sin lengua de las múltiples hazañas de algún negro cimarrón. Los blancos dijeron muchas cosas. Los blancos hicieron peores cosas. Hasta los cayapas prescribieron: «donde entierra juyungo no entierra cayapa». A poco pian con pian. Marimba sobre marimba. Pero un día brotarán de aquí, de allá, y de más allá, cien mil como aquel lejano Zumbí de los Palmares.

La verde iguana descabezada palpitaba aún dentro de la batea de madera guachapelí. El muchacho larguirucho, silencioso, oía bullir el agua dentro de la olla, desportillada en las orejeras, y el chisporroteo de la leña de guabo ardiendo entre las piedras del rastrero fogón de jorobas moldeadas con ceniza y lodo. La segunda mujer de su padre lavaba con desgano las bubas de la pierna izquierda del marido, como centavos de cobre; para pasar luego a la derecha, donde florecía una grande, que valía por todas juntas. La fetidez del creso lechoso y de las llagas, lo mareaba hasta impulsarlo a tirarse casucha abajo. Pero don Gumersindo Lastre no sentía sus llagas ni el hedor, porque chupaba y chupaba una cachimba.

El chico miraba los cabellos zambos, como tornillos parados, de su madrastra, que la hacían más cabezona, la barriga de su preñez. Luego, el sumirse de las mejillas negras de su padre al sorber el humo tabacoso. De nuevo observaba a aquella zamba que ahora sustituía a su difunta mama, y le parecía mala. No la quería nadita, ella tampoco a él.

El bubático recién tuvo conciencia de la presencia del hijo, crecido de la noche a la mañana.

—Ve vos, manganzón. ¿Qué haces ahí parao como bobo? Andá ya mismo a sacar unos bimbes pa la comida.

—Bueno…

—¿Bueno qué?

—Bueno, señó —repuso Ascensión de mala gana. Tomó un machetico corto y bajó a la ceja del monte, a buscar las matas de ñame, entre rezongo y rezongo.

—¡Qué negro más resabiao!

—Es de que le ajustés la mano, vos como padre, Gume.

—Duro que le he dao, ya. Si irá a salí como mi primo, el comandante Lastre, que peleó con los conchistas. Dios lo guarde y lo favorezca y la Virgen me lo cubra con su santísimo manto. Asimismo, dizque era de chico, emberracao como mandinga.

La preñada se levantó con el mate del lavaje en una mano, y botó su contenido por entre la maleza que se venía sobre la vivienda. Tomó la iguana, vibrante todavía, como si la vida no la hubiera desamparado ya, y le abrió el vientre para ponerla a cocer dentro de la olla azul que hervía envuelta en la humareda de las chamizas.

Gumersindo se acordaba de que antes lavó oro para los ingleses de Playa Rica: batiendo, batiendo las arenas en una batea plana y delgada, hasta recoger en el hoyito central un poquitín de polvo amarillo mezclado con la arenilla que sirve para alimentar a los piedraimanes, dadores de buena suerte; batiendo, batiendo las arenas mojadas, de filo a filo de sol, con el cuerpo caliente y las piernas caladas hasta el tuétano. Así trabajó años; pero nunca plantó un colino de plátano dominico ni de barraganete. Prefería tener los dedos arrugados de frío, a empuñar un machete para sembrar. Durante la revolución de Carlos Concha, no se fue con ningún bando; a pesar de que su pariente era un jefe de los alzados. Ni se preocupó tampoco por la suerte de la guerra. Tanto le daba. Hoy por hoy, no trabajaba en nada, y aunque hubiera querido, el mal del pian no le dejaba lugar. Sólo cuando se sentía mejor y sin pereza, tejía canastos de bejuco piquigua y abanicos de paja rampira, que mandaba a vender con Ascensión. Y este malvado de Ascensión, tan templado de carácter…

¿A quién le había salido? La madre no era así. No.

Se rascaba el hule de la panza desnuda, como un mono en la hamaca, e indolente, saboreaba la iguana entre dormido y despierto. Esa iguana que es tan sabrosa como una gallina. Gallina de palo la llaman.

Monte adentro cantaba la matraca del pájaro diostedé.
El chico subió haciendo ruido y tiró sin precaución, como quien dice: «no frieguen más», ocho ñames raquíticos, sucios de tierra, junto al fogón. Uno de ellos, rebotando, por poco da en la buba mayor del hombre, que se incorporó furioso.

—¡Maldecido, pobre de vos si me llega! Lo que querés es palo. Falto de palo es que estás. Andáte con cuidado, que en capilla te tengo. ¡Y otra vez parao ahí como bobo! Vete a la orilla a arreglá la canoa, que mañana tenemos que irnos a Borbón porque ha llega'o el padrecito.

Ascensión bajó refunfuñando. Llegó a la embarcación balumosa, conservada a punta de parches, amarrada a una estaca. Achicó el agua que se había filtrado por los escondidos caliches del plan, y con el machetico rabón cortó ramas, y puso banquito tras banquito, banquito tras banquito; los que cubrió luego con una braza de guadúa picada.

Dejó la ocupación con hambre, con mucha hambre. «Estoy lambuso», se lamentó, y se pasó la mano por la barriga. Debajo del rancho, que sólo se

defendía de la intemperie con dos medias paredes de caña brava en escuadra y un techo poroso de bijao, asomaban los palos cruzados, de lo que en otro tiempo fuera un chiquero. Excrementos secos de gallinas y plumas envejecidas, probaban que allí hubo antes aves domésticas. Las malas yerbas, los bejucos y las lianas crecían cubriéndolo todo; las aromáticas plantas de chillangua y chirarán, que salpica de gusto la comida montañera; los espontáneos ñames sacadores de apuro en tiempo de hambruna. Todo y esa miseria lo calentaban sin querer; él había visto otras casas de negros iguales a ésta, pero también algunas más prósperas. Había visto negritos semidesnudos como él, pero también otros mejor vestidos.

Bueno es comer con hambre canina; pero comer dos ñames sancochados y un rabo blando de iguana, no es muy bueno. En una concha de coco sebosa por el uso, le sirvió la madrastra, con poca voluntad. Lo comprendió así, y se mordió los labios. En ese rato la iguana le repugnaba. Estaba hostigado de esa manduca. Cuando no era iguana era ese ratón de monte que llaman lao. Cuando no era lao era culebra, cuarta menos de cabeza y rabo. Cuando no era culebra era sapo bamburé. Cuando no era sapo bamburé era nada.

Mordisqueó solamente el par de bimbes, y dejó el baboso reptil. Puso la concha en el piso.

—¿Qué, no querés la troncha? —preguntó Gumersindo, que ya devorara su ración, sin despegar los ojos de lo que había dejado el hijo.

—No, no tengo nadita de hambre.

—Pásamelo pa acá.

Ascensión obedeció sin chistar, y volvió a bajar hacia el rastrojo. No acertaba aexplicar cómo se llenaba tan pronto su tripa, con tan poca cosa. Sin embargo, se metió en unos matorrales para buscar pepitas dulces de hierba mora. El apetito recrudecía. Anduvo un trecho más, y halló una mata con uvillas todavía verdes. Más adentro se topó con una enredadera cargadita de badeíllas moradas y sabrosas. Se sació hasta sentirse mal. Acostose en la maleza y durmió hasta cerca del anochecer un sueño pesado, profundo. Una gran piedra tirada en medio cauce no reposaría más tranquila. Dormía indiferente a las menudísimas espinas de la gualanga, que pica más que la ortiga; a las víboras, que se paseaban muy orondas; al trinar de los pájaros discretos y al siseo del viento enamorado entre las hojas, refrescando el ambiente caldeado como un jurón de tabaco.

El río viene de arriba, el río va para abajo; viajero de oro, de plata, de barro, de vidrio; crespo como un zambo, liso como un cholo; callado, manso, triste; bullanguero, encabritado, hambriento allá; siempre diferente, sin cansancio, pleno de alma. Es una prolongada risa de negro en el rostro oscuro de la manigua. Por eso era que a Ascensión le devolvía la calma, su indiferencia infantil. Hundía el canalete de doble paleta. Siempre la más grande; la pequeña quedaba arriba, en el aire, cual una lanza. Pero la canoa era chica y celosa, parecía dispuesta a voltearse de un momento a otro. —Párate bien y bogá con cuidado. No parecés criollo. Tenés parada de serrano negro.

La voz de Gumersindo rompió el encanto de la gran serpiente de agua, sobre cuyo lomo viajaban. Tenía que poner atención, hasta que el padre le reemplazara. El viaje tornábase fatigoso, largo, largo, largo…

Del Onzole y del Cachaví, del Cayapas y del Tululbí, el negrerío había bajado hasta Borbón. Un cura visitaba el recinto, y los jóvenes aprovechaban la ocasión para casarse; los viejos, para confesar sus pecados mortales y bautizar a sus pequeños; los deudos hacían decir misas y responsos para acelerar la salvación del alma de sus difuntos.

Con ojos espantadizos, de raposa deslumbrada, miraba a toda esa gente ataviada de distinta manera: mujeres de largos vestidos, que habían pertenecido a sus abuelas; otros a la moda, de talle bajo hasta las caderas y falda corta; algún hombre con sombrero de paño, ensamblado hasta las orejas; indios cayapas pintarrajeados, de pelo cortado en forma de techo, subían a la capilla mezquina, hecha de caña picada. Los Lastre eran los más rotosos, pero también venían muchas familias negras muy mal vestidas.

—El padrecito no sabe comé plátano ni yuca.

—Hay que llevarle unos pollos.

—Debemos regalarle un mate lleno de huevos.

—Tan bueno, el padrecito.

—¿Tenés ahí los dos sucres pa’ la madera de la capilla?

Un coro de cucarrones, un coro de cucarrones zumbando, zumbando, zumbando, eso era el rezo para Ascensión: igualito a los abejorros negrísimos, zumbando y huequeando la madera.

Gumersindo lo plantó ante la nave.

—Vos no podés entrar toavía. Sos moro. Después que te bauticés, sí. Se sentó en la grama y esperó. El coro de cucarrones rompía zumbando, zumbando, zumbando. Solamente veía una fila de casas asomadas a la orilla. Los establecimientos comerciales entraban en las aguas del Santiago, mezcladas a las del Cayapas, con los zancos de sus muelles tabloneados. Atrás, sobresalían suaves lomas. De una casa a otra se tendían puentecitos de balsa, que reflotaban con la marea llena y las crecientes. Al otro lado surgían muellecitos y barrancas. El bordón de una marimba salió invitador, sonoro como un chorro de agua, sin acompañamientos. Resbaló sobre la superficie, traspuso las puertas de la iglesia, y profanando, invitó
para la noche a los devotos.

Un negro de punta en blanco venía del otro lado, haciendo prodigios de equilibrio sobre un tronco de balsa, como de siete varas, tan delgado, que podía rodearse con los dos jemes de las manos. Bogaba con mucho cuidado, sin cambiar de lado. Cuando vacilaba, metía velozmente el otro extremo del canalete y restablecía el equilibrio. Lucía muy almidonado y planchado, con tostada nueva, llevaba los zapatos amarrados por los cordones, en la cintura. Saltó tranquilo, alegre, como hombre acostumbrado a trasladarse, así, a falta de canoa. Estaría enamorado, sin duda. Pues que «el hombre

enamorarancho no tiene frío ni friachanzo», dijo el sapo. Y detrás venía otro, imitando. No tan seguro, pero avanzaba y llegaría también. ¡Cómo se habría reído Ascensión, si esos futres se hubiesen caído al agua! Pero él también podría hacer lo mismo, en una balsita.

Bajó a la ribera, desvaró el tronco que había dejado el primer hombre, y montó. No había andado gran cosa, cuando la boya resbaló girando bajo sus pies, y cayó chapoteando. Necio volvió a subir, cayendo y subiendo hasta aprender definitivamente.

Empapados sus harapos, temía la paliza del padre. Pero había aprendido algo nuevo, y nada le importaba lo que viniese después. Y la tarde acababa a todo correr.

De la oreja se lo llevó don Gumersindo adonde el cura.

—Ven a hacerte cristiano, bandido. Porque no eres cristiano ha de ser que eres tan condenado. Pero verás cuando lleguemos a la casa, ésta sí que no te la perdono. El sacerdote bautizaba por lotes. Olía a ropa nueva, a sudor, a incienso. Ascensión se esforzaba por entender lo que leía aquel hombre vestido de mujer; con la corona pelada, y nada. ¡No, no entendía! En vista de lo cual, perdió la atención y dejó correr los ojos, desde los padrinos boquiabiertos a los pequeñuelos que berreaban entre los brazos, con sus atavíos de capas y gorros tejidos con hilo mercerizado. «Deben tener plata», pensaba.

En eso, una mano le metió un trozo de sal en la boca. Escupirlo y dar un revés a aquella mano blanca y peluda, fue una. Ponerse rojo el ensotanado, como marañón maduro, hasta la tonsura, y atizarle —¡plaf! — una bofetada, fue otra. Armarse un barullo de Dios es Cristo, fue la tercera.

Escandalizaron las mujeres, alborotando. Se persignaron los más. Chillaban los negritos de capa larga. Vociferaban el cura y el sacristán. Venía más gente de afuera. Ladraban los perros enloquecidos. Una mujer cayó con reclinatorio y libro de misa.

—¡Qué pasa!

—¡El diablo, Señor, el diablo!

—Habráse visto. Esto es el juicio.

—Estamo en la casa de Dió.

—¿Dónde está mi hijo?

—«Magnifica y engrandece mi alma con grande amor…».

—¡Tomá, maldito!

—Las pailas del infierno te esperan, animal.

Le llovían golpes anónimos desde todas las direcciones. ¿Qué pasaría? ¡Y tan duro! ¿Por qué me pegan?

Después de todo, el chico no tenía más padre que él. Nadie podía venir a pegarle. Por lo mismo, Gumersindo lo sacó a tirones del brazo, por entre el tumulto. Llevólo al monte. Aún se oía el desorden atrás. Allí sí, le propinó bejucazos y bofetadas. Ascensión tenía sabor de sangre en la boca. Foete más foete, y no lloraba. Se retorcía, se quejaba. La piel oscura adquiría betazos cenizos.

—Yo te estuve avisando. Pa' que aprendás, curtido. Vea el sacrilegio de este malva'o. Levantarle la mano al padrecito...

Ya no oía nada, no sentía. Algo le faltaba. Se dobló, se hundió en su profundidad. Llegó bastante prieta la noche. Cuando volvió en sí, los dolores del cuerpo lo iban retornando a la realidad. Se tocó la boca tumefacta y reconstruyó lo sucedido como quien hilvana un sueño. Sorda rabia le venía creciendo contra su padre, contra su madrastra, contra todos aquellos que le habían estropeado, contra el hombre vestido de mujer. Pero se sentía impotente y debía tragarse su propio resentimiento. Alzó la vista al cielo puyado de lucecitas guiñadoras. En la sombra había ruido de animales extraños. Una gualgura de mal agüero piaba lo mismo que un pollo recién reventado: la maldita gualgura que se convierte en mondongo de cristiano y se pone a dar brincos en los caminos reales; la maldita gualgura que, con su piar, engaña a las gallinas cluecas, luego se mete bajo sus alas, se come los huevos, los pollitos, la misma carne de la empodadora que no la siente. Pero Ascensión Lastre no tenía miedo. Lo que le mordía, era el dolor físico y una rabia sin salida. El jolgorio del baile de marimba llenaba el aire: los cununos repiqueteando, el bombo atronando, la gente alborotando, la marimba cantando, los cantores contrapunteando. La sonoridad se hacía mayor con el silencio, como siempre. Anduvo por los poquísimos soportales que daban al río, donde dormían cayapas semidesnudos, dispuestos a marcharse en el primer momento que se enteraran de la vecindad de algún enfermo con gripe, con asma o con viruelas. Dormían disparando ventosidades ruidosas. La linterna de una
canoa grande le atrajo como a un avechucho.

Dos hombres comían y bebían. Reconoció al negro futre que se pasó en la balsita que él usara después. El otro era un hombrecito curcuncho, casi blanco, con un bigote chorreado. El mismo que, viéndolo tan cerca, velando, lo llamó con la mano y le dijo:

—Toma.

—Que cojás, te dice —insinuó el otro, poniéndose a pelar unos canutos de caña dulce.

El muchacho se sintió avergonzado hasta el cogollo, pero la boca se le hacía agua y al fin resolvió coger lo que le brindaban. No tenía por qué pasarse sin comer todo el día, y la necesidad es más fuerte que la vergüenza. Comió en silencio, tragando a medio masticar unos plátanos cocidos y una costilla de puerco. Hacía mucho tiempo que no probaba cosa así, hasta se había olvidado ya del sabor del chancho.

—¿Andás perdido? —averiguó el curcuncho.

—No.

—¿Tienes padre?

Iba a decir sí; pero como aún le dolían los golpes brutales de Gumersindo, quien lo abandonara inconsciente en el monte, a su propia suerte, seguramente aconsejado por la madrastra, respondió con viveza:

—No, no tengo. Soy guácharo.

—Malo, malo.

Una idea lo atravesó como un relámpago. Sí, eso es lo que debía hacer: no más culebras sin cabeza y rabo, ni lao. No más iguana ni sapo bamburé. No más cabezota de la preñada ni bubas del viejo. No más hambruna ni palos. Como en el cuento que echaba su mama: «… salió a correr mundo. Anda que anda, anda que anda, anda que anda. Andar y más andar y más andar…».

—¿Me quiere llevá, con usté, señó?

—Hombre, no lo había pensado.

Esta respuesta lo hizo cargar con más ánimo.

—Lléveme no má, vea.

—Bueno, bueno.

—¿Sabes andar en canoa?

—Soy criollo —dijo con orgullo.

—Me gusta el negrito —se dirigió al futre.

—Sí, te puede servir. Vos sos solo. Lo que es yo, ya me salto —y siguió chupando la fibrosa caña pelada—Tengo que arreglar mis asuntos.

—Hasta la vista, pues.

—¡Quién sabe hasta cuándo!

—Que te vaya bien.

La corriente se los iba llevando suavemente. Ascensión vio las lucecitas a lo lejos. Las lucecitas solamente, como si las estrellas más antiguas se hubieran alineado a ras del suelo, y el eco de las tamboras muriendo, muriendo con la distancia. El cielo debía ser un enorme mate boca abajo, hecho susunga como un harnero, y del lado de atrás estaría una luz más grande que la luna, filtrándose por los huequitos.

Dos, tres años serían los que anduvo en la canoa de Cástulo Canchingre. No le pagaba nada, pero le compraba ropa y le daba comida de gente: de Limones a Tumaco, de Tumaco a Limones, contrabandeando aguardiente para los colombianos y trayendo telas azul, llena de olas sin malicia; o por dentro, atravesando grises brazos marinos, separados de islas, sombríos de mangles, cargados de historias de animales

y buenos pesos, más valiosos que el sucre ecuatoriano. Viajando a veces por fuera, costeando la mar zamba y bandidos.

Habitualmente incomunicativo, cuando bebía, don Cástulo aflojaba la rienda de su lengua. Se tiraba sobre la proa, prendía tabaco en el fogoncito, hacía arrear la vela triangular y charlaba con su pequeño oficial que gobernaba en la popa, contándole cuentos y sucedidos, que encantaban a Lastre, o renegando de las mujeres; porque en dos ocasiones había sido víctima de su infidelidad, y ahora la vejez se le venía encima, como una pared desquiciada, y su virilidad, que nunca fue muy floreciente, ya parecía despedirse para siempre. Y esas cosas de mujeres, para Ascensión no significaban nada concreto, y por eso casi no las atendía, no así cuando, por ejemplo, decía don Cástulo:

—Ya se han de estar pudriendo en las mazmorras de Colombia…

—¿Quiénes?

—Los famosos pelacaras, hijo. En tiempos de Obdulio Sánchez, Valverde y Caravalí, no se podía viajar por dentro, es decir, por las trochas, porque ellos asaltaban a toda canoa. Una vez hicieron una matanza de cayapas, para robarles su oro en polvo; fue tan grande la matanza que ya anda por allí una décima que la cuenta; y fue tanta la sangre, que en ese punto todavía está el agua colorada.

—¿Y ya no hay pelacaras?

—No, creo. Los acabaron cerca de Tumaco, los guardas colombianos.

—¿Y por qué los llaman así?

—Porque a sus víctimas les quitaban el pellejo de la cara para que nadie pudiera reconocerlos.

—¡Qué mala gente!

Entre la ficción y la vida nómada, preñada de incidente, asaz peligrosa, corría el chorro formativo del niño negro. Como le era más útil a Canchingre, alfabeto que ignorante, le enseñó a leer, a escribir y hacer cuentas.

La primera ocasión que llegaron a Tumaco, trasponiendo la raya, le causó admiración la astucia del patrón curcuncho, al observar cómo sumergía las damajuanas de puro, por debajo de la canoa embalsada y las aseguraba de tal modo que los guardas no sospechaban nada. El puerto daba una sensación enrevesada; montado sobre una isla, con muchas azoteas y cocinas mirando hacia el malecón, en lugar de ser lo contrario. El mercado, con sus gradas bañándose en el agua marina arada de hora en hora por las

aletas metálicas de los tiburones, que ponían la carne de gallina y aumentaban los relatos de desgraciados sucesos. Pero a la larga, se iba familiarizando con todo aquello. Una tarde que se había quedado cuidando la canoa, le tocó presenciar algo que no volvería a contemplar jamás, ni escaparía de su memoria.

Por la gradería bajaba un jovenzuelo blanco y descalzo. La marea subía para el aguaje quincenal. Llevaba en la mano izquierda un gran trozo de carne fresca de alguna res desgarronada. Ascensión le seguía con la vista, sin saber por qué; por aquella fuerza desconocida que a veces impulsa a mirar a ciertas personas de quienes nunca hemos tenido siquiera referencias. La carne venía goteando sangre, marcando su trayecto con solecitos de lacre viejo. El joven entró un poco en el agua y sacudió el trozo chapoteándolo, para que se desangrara más y se enjuagase. Siempre con la mano izquierda sumergida. ¿Será zurdo?, pensaba. De súbito, una ola inesperada chicoteó con gran ruido, haciendo bambolear hasta la misma canoa cercana. Un ¡ay! terrible, desgarrador, mitad lamento de espantoso dolor, mitad imprecación. El hombre pataleaba en el agua, enloquecido de terror. Cerca de los escalones diluíase un semicírculo rosado, estremecido. La gente corría. Él también saltó y corrió al lugar del hecho. Sacaron al joven moribundo. Un tiburón se le había llevado el brazo hasta el omóplato y la clavícula. Un boquete borbotaba rojo, erizado de huesos puntiagudos, dejando al descubierto el palpitante corazón, y los pulmones como fuelles soplando sangre y espuma.

Una anciana, con los ojos redondamente abiertos, vino gritando horriblemente y se tiró de bruces sobre el mutilado. La sangre manchó su blusa. Su lamentarse silenció todo comentario:

—¡Hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Pobre hijito mío! ¡Nada hiciste de malo para merecer este castigo!

Una flota de vengadores se hizo al agua, donde pululaba ya una pinta de escualos que, atraídos por la sangre, caracoleaban hambrientos dejando en su revolverse, un siseo prolongado de espuma salada. Con arpones, anzuelos y machetes los pescadores vengativos mataron en aquella tarde funesta, hasta una docena de titibras, tiburones, tintoreras y catanudos.

Y Ascensión Lastre, por primera vez sintió miedo. Un miedo traducido en pesadillas de varias noches.

Capítulo II

LOS CAYAPAS Y EL GRAN BRUJO TRIPA DULCE

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

El crepúsculo va estrechando, estrechando. La noche oprime, y lo hace santiguar. Entre las ondas caracolearon redondos cinco pejescagua sin sangre. Recio nadar de los peces pangulangos. Roncaban los meros encuevados, y el pescador desplegó la atarraya como un toldo de corona. Entre la sombra de los mangles, chapoteó un caimán durante el aguaje grande, y brillando, agitándose, salieron los peces, sorprendidos trozos de luna blanca. La india no quiso juyungo porque los muertos vuelven con hambre. Y juyungo es el malo, juyungo es el mono, juyungo es el diablo, juyungo es el negro. Pero no eran melones sino talambos venenosos los que caían de vez en cuando sobre las charcas tibias, plisando su superficie y turbando el reposo de los renacuajos y las cucarachas de agua. Y el montuvio congo, adelante, con el poder de su macumba.

Oía añejas historias de indios guánanos, ases de la brujería en toda la costa del Pacífico, según el aguardentoso opinar de don Cástulo Canchingre. Guánanos de Saija, magos portentosos que solucionan casos desesperados, capaces de poner un chimbo en la barriga a muchas leguas de distancia, y sacar con la mano, de cualquier cabeza enferma, reptiles y cientopiés.

Y de todos los cuentos de guánanos, el que más gustaba a Ascensión, era ése que el patrón juraba y rejuraba haberlo vivido allá en el litoral colombiano:

—… Venía yo, camina y andar, camina y andar, cuando llegué a un río fangoso que no corría para abajo, sino para arriba. Al otro lado no se veía más que sabana y sabana. Cuando en eso, *suás*, que surgen de ese suelo pelado, un montón de casitas y árboles cargados de frutas. «Esta es la tierra de los poderosos guánanos», me dice una voz misteriosa que estaba en el aire. Yo no tuve miedo, pues hasta la presente no he conocido esa enfermedad. Antes, por el contrario, me calenté de ver que nadie venía a recibirme y grité: ¡heeeeey! ¡Canoa! ¡Manden canoa! Al punto, como cosa de hadas, *suás*, surge de sopeton, al piecito mío, un enorme lagarto de cuatro brazas, y abriendo las tapas adornadas con tres carreras de dientes, me habla: «Aquí no hay más canoa que ésta». Yo me tiré para atrás por *siaca* —dijo la iguana—, pero el maldito se me vino encima y ordenó tronando: «Si no embarcas, te como». No tuve más remedio que montar en su concha que me hincaba el trasero, y pasar a la otra orilla. Pero allá otra vez, *suás*, el caimán torna a su figura de gente, que había sido un indiecito viejo y mal encarado…

Amalgama de fantasías populares, hechos de sangre y de aventuras, que ponía en juego don Cástulo a pesar de su amargura causada por su ligera deformidad, llenando el alma pequeña de Lastre con anhelos de ver, si todo aquello era cierto; nuevas tierras, nuevos hombres, y nuevas cosas, tanto que perdió u olvidó el temor a los tiburones. Admiraba el valor de los protagonistas y dudaba un poco de las truculencias mágicas.

Pero toda andanza se acaba.

Aquella tarde de nubes bajas, la sombra adelantada se prolongaba por todas las trochas ahitas de salinidades. La canoa venía sin rumor, aliviada de contrabando, casi vacía. Canchingre dormitaba su juma; Lastre aprovechaba el impulso de la vaciante rizada de escarceos. Se pasó la lengua por los labios salobres de viento. Un humo de estopa, para

ahuyentar la plaga, salía desde el fogoncito del fondo de la embarcación, y los jejenes necios y curtidos se dispersaban. Dejaba volar sus imaginadas aventuras. Ser capitán de bandidos generosos, brujeador más sabio que un guánano, forzudo como el mismo Juan Oso, y más astuto que tío conejo, el humorista y triunfante burlador del estúpido y feroz tío tigre.

Entraron en una vuelta umbrosa, donde los mangles zancudos que maman agua y cieno mariscoso, se abrazaban por sus ramas, formando una gran bóveda cargada de silencios. Cuatro hombres en un bongo salieron de un disimulado canal y, rompiendo agua, se acercaron con las armas listas y los rostros a medio vendar.

Esto fue lo que hizo sospechar al chico.

—¡Don Cástulo! ¡Don Cástulo! Despierte, hombre.

El nombrado se incorporó malhumorado, frotándose el bigote humedecido, con el dorso. —A ver, ¿qué pasa?

—Vea ésos que se nos vienen encima —al mismo tiempo que hizo una maniobra. Bogando con fuerza trató de alejarse en curva abierta.

—¡Los pelacaras! ¡Son los pelacaras! ¡Maldita sea! —renegó Canchingre y echó mano a su pistola.

Disparos simultáneos salieron de ambos lados, y el eco se perdió rebotando en el verde túnel. Dos cuerpos cayeron chapoteando y se hundieron para no surgir más. Uno de ellos era el contrabandista. Ascensión buscaba algo con qué defenderse, pero no hallaba nada a la vista. «¿Dónde estará el machete?», se decía. Sin otro remedio blandió, contra el hombre más cercano, su canalete, y descargándolo, falló en el borde del bongo contrario, donde se hizo pedazos. Uno de los salteadores alzó su escopeta de doble cañón y le apuntó; pero otro que parecía el jefe ordenó con autoritario tono:

—No mates al negrito. Déjalo para cría.

—¿Y si nos descubre?

—No nos conoce. Déjalo.

Hubo un murmullo de opiniones contradictorias.

Como en tiempos de piratas, iniciaron el abordaje. Registraron todo: debajo del tabladillo, entre la vela recogida, en las bolsas encauchadas. No hallaron lo que buscaban. Los pesos no aparecían por parte alguna. Cástulo Canchingre había bajado con ellos hasta las profundidades viscosas, con la escafandra eterna de la asfixia y sus heridas.

Ante el fracaso optaron por cargar con todo lo que les pareció útil, para resolver después lo que harían con la canoa lamosa.

—¡Menguada la hora en que nos topamos con esta gente! —se malhayaba el jefe

—. Si han venido más pelados que una pepa de guaba. ¡Y haber perdido un compañero sólo por esto! ¿Cuál fue el que dijo que este hombre traía plata de Colombia?

—La ha de haber tenido en el bolsillo —se disculpó uno que se dio por aludido.

A Lastre le llamó la atención este hombre oscuro que contestaba. Aunque tenía gran parte del rostro velado con un pañuelo floreado, le recordaba a una persona conocida. Esos ojos saltones y solapados por momentos, los había visto en alguna parte. Si pudiera quitarle el pañuelo. Una voz lo sacó de sus presunciones.

—¡Tírate al agua, que vamos a hundir esta batea vieja!

—¡No, todavía! —dijo otro—. Veamos si es que este negrito tiene el tongo. A lo mejor.

No llevaba nada, pero quiso hacerles creer que sí. Además, le desagradaba que lo registraran. Saltó de cabeza al brazo marino, y forzando largas zambullidas, logró salir a las orillas más apartadas y fangosas. No pudo saber si le dispararon o no, pero se sentía fatigado y algo inquieto. Acomodado entre las esqueléticas ñangas y las sucias raíces del manglar hediondo creía percibir que andaban buscándolo. La sombra se hacía más densa por momentos, la bajamar, total. Enjambres de mantas blancas, de jejenes hambrientos, invadieron el ambiente. Pasó la noche en vigilia, haciéndose sangre el cuero, rucio de tanto rascarse las picaduras, agotado, pensando en una posible reaparición de los supuestos pelacaras; aunque estaba convencido de que los auténticos ya habían sucumbido o desaparecido años antes. No podían ser, don Cástulo habría ido soñando, pero a aquel negro de pañuelo floreado lo conocía. Ya, era el futre que venía haciendo pininos en su balsita, allá en Borbón. Si no era el mismo, se le parecía mucho. Llevaba idéntico pantalón. Quiere decir que era un infame traidor a sus amigos. ¡Pobre don Cástulo, tan bueno, y venir a morir de tal mala suerte! Hasta cierto punto se hallaba satisfecho de haber pasado el percance con felicidad. Era una aventura personal y no un cuento, cosa digna de relatar a otros chicos y deslumbrarlos.

Las pianguas prietas, toda la santa noche entonaron con sus bivalbas una musiquilla de castañuelas en el lodacero. La aurora apareció después de mucho esperar, con su puerta rosa apenas entornada. Más que verse, se presumía. El tigrillo piangüero, de muelles patas empantanadas apagó su rugido de resfrío y buscó presuroso el madrigal en tierra firme.

Con decorados triangulares, en toda la extensión de los bordes, surcaba rauda una gran canoa. Lastre reconoció que era cayapa, por aquellos triángulos negros característicos. Llena de numerosa familia que parloteaba sin cesar, como una bandada de loras panchanas.

La vio y pidió auxilio. Los indios quedaron silenciosos como por encanto, sumidos en temerosa y supersticiosa espera de repetición. Volvió a gritar. Al notar lo que así los asustaba, rieron y alborotaron de nuevo. Comprendiendo lo que el chico pedía, discutieron en su idioma y por fin resolvieron embarcarlo. Anduvieron de aquí para allá, y él no atinaba dónde quedarse

definitivamente. Hasta que al fin, aquel grupo de indígenas resolvió irse para arriba del río Cayapas, y regresar a la capital de su tribu: una aldea minúscula con líneas de casuchas, sin paredes, tiradas a cordel; rodeada de extensos campos cultivados, que era conocida con el nombre de Punta Venado.

En los primeros días sentía pesar sobre su persona la rústica hostilidad de algunos, pues que los cayapas, a la vez que odian a los negros, los temen. Pero siendo él, pequeñón, dispensáronle al término la convivencia y soportaron su intromisión. Escasísimos individuos extraños, y muy contada gente de color, habían sido tolerados allí por largo tiempo.

Y Ascensión temía que lo expulsaran, pues, luego de haber llegado, comenzó a picarlo la curiosidad de averiguar las costumbres de esa gente tan rara. Una semana pasaba en casa de una familia y luego en otra, procurando siempre no hacerse pesado. El cacique, que se llamaba a sí mismo Gobernador de los Cayapas, vestía casi a la manera de los blancos, y como distintivo de su jerarquía, no se despegaba jamás de un bastón puño de plata.

Lo llamó y le dijo:

—Tú, compadre chiquito, gustándome. Tú, sabiendo números, ¿no? Yo, necesitándote, aquí.

Esta invitación le regocijó, y salió corriendo con dirección al cementerio, erizado de cruces de ramas, adonde llegaban los indios en romería. Sobre los túmulos, depositaban pondos de chicha, chontaruros cocidos, casabe, plátanos asados, trozos de buena carne y otros comestibles. Rito pre-colonial, conservado intacto a través de los siglos.

—¿Por qué dejan esa comida allí, cuñado Francisco?

—Parientes saliendo de la tumba, con hambre, de noche —afirmó con recogimiento un indio, quien se le había mostrado afectuoso en otras ocasiones.

—¿Y si yo me llego a morí, me pondrán también mi comida?

El hombre quedóse pensativo antes de responder, pero luego dijo con cierta soberbia primitiva, levantando el rostro, sacando la mandíbula inferior y luciendo su magnífica nariz de gavilán.

—No. Donde entierra cayapa, no entierra juyungo.

En los rastrojos cercanos arropados por un tejido trepador de batatillas, estropajos y talambos que colgaban sus frutos amarillos, provocativos y tóxicos, arrullaban las palomitas terreras, con el ojo avizor al suelo polvoriento.

Aquella contestación lo dejó confundido varios días, sin atinar a explicarse por qué no podría ser sepultado junto a un cayapa.

Pero sin sentirlo, se iba adaptando a esa vida. Con ellos, en los bosques, aprendió a labrar finas canoas, batear para lavar, azafates de moler maíz, molinillos para batir chocolate y otros utensilios. Perfeccionó el tejido de canastos y abanicos de paja rampira. Se frotaba limón en todo el cuerpo, como ellos, para evitar las picaduras de la plaga, pero no les imitaba en la untada de achiote, por repugnancia y porque le parecía ridículo; no así los tatuajes que ostentaban en el cuerpo y en el rostro los jóvenes enamorados y comprometidos en matrimonio. Tal vez remotísimos ancestros africanos vivían sumidos en la oscuridad de su espíritu, o quizá era que estaba pronto a sucumbir a su propia novelería negra.

Plantó yucales y maizales, con sus ya duras manos. Cultivó la tierra. Limpió de malezas los platanares y trepó palmas de coco. Y el idioma cayapa se le metió en el cuerpo, como aire de la mañana. Aprobó mentalmente la idea cayapa de tener siempre ordenados y arreglados sus trastos, y los vestidos guardados perfectamente en cestas; todo listo para emprender viajes y desvarar en cualquier instante sin rumbo fijo, impulsado por un instinto errante. Y admiró la limpieza de sus casas.

Como admiró también el funeral de Francisco, que murió lejos, lejos de Punta Venado y allá tuvieron que abrirlo y sacarle las visceras, y encaramándolo en una talanquera, lo ahumaron como a un peje. Así disecado lo trajeron bien conservado y envuelto en guadúas picadas sujetas con bejucos, al seno de su madre tribu, a fin de poder cumplir con el ritual. Alrededor de esta especie de ataúd se celebró una verdadera fiesta de varios días, con fúnebres cánticos-maginas, alaridos, alabanzas de las virtudes del difunto y relatos de sus costumbres. Ya en el cementerio lo despidieron con tiros al aire de sus viejas escopetas y al ritmo lúgubre de bombos y conucos que le deseaban un buen viaje. Amén.

Una noche, donde se hospedaba, parió Juana. Hubiera querido ver cómo era aquello; pero había alguna sombra a pesar del candil. La parturienta llevaba a efecto su función con tenues quejidos, bajo el toldo. Nadie se acercaba. Cuando hubo terminado, la vio levantarse goteando sangre por entre las piernas. Ya no estaba barrigona como el día anterior. Entonces comprendió algo no muy claro. La mujer bajó los escalones de pambil y se metió en la noche. En la orilla hubo un chapoteo de alguien que se bañaba. Mientras Francisco, el marido, desaparecía en la cama para arrullar al cayapita recién nacido, y guardar el tiempo de dieta que se acostumbra en tales circunstancias. La india subió aseada, fresca, con sus tetas chorreando y la negra larga crencha mojada, cayendo por la cobriza espalda hasta el trapo y estampado que hacía de falda. Por un momento, tal escena le produjo burla y horror: burla por el padre, horror de la madre.

Y para colmo, en las faenas cotidianas, aquella robusta india trabajaba con tanta o más energía que el marido, ahora encamado.

Al cabo de muchas lunas, Punta Venado hacía grandes preparativos como para una fiesta. Se anunciaba el retorno del Gran Brujo Tripa Dulce, ausente hacía mucho tiempo.

Ascensión sabía por propia experiencia que el cayapo no quiere al negro, y que él mismo podía ser considerado como un raro caso, solamente por su

condición de muchacho. Por esto, si le hubieran contado lo que vio después, no lo hubiera creído.

Llegó al fin el renombrado curandero. Puso pie en tierra firme entre grandes manifestaciones de aprecio, abusión y regocijo. Y al reconocerlo, la sorpresa del muchacho llegó al límite; el brujo Tripa Dulce era nada menos que un negro, el negro futre de Borbón, el sospechoso de pelacara. Su apodo se lo había ganado, porque cuando tenía a mano un cantero, chupaba más caña de azúcar que cualquier trapiche. Al pasar junto al muchacho, quiso mirarlo como si nunca lo hubiera conocido, pero dejó entrever alguna dureza y oculta inquietud.

Dio principio a su ritual. Llevaba el rostro blanqueado con un compuesto de óxido de zinc, donde bailaban un par de ojos infernales. En el pecho lucía un collar de dientes de saíno, rematado en una uña de gran bestia. De los hombros desnudos le caía un burdo manto colorado. El cementerio, peludo de cruces, estaba atestado de indios sobrecogidos de superstición.

Junto al túmulo que le servía de pedestal, desfilaban los pacientes; indios viejos sin canas, momificados, enchimbados por manos enemigas, presas de horribles y desconocidos males, jóvenes posesas por Mandinga, indias afligidas de esterilidad; adoloridos, afiebrados. Y el Gran Brujo Tripa Dulce derrochaba su sabiduría. Con grave y profunda voz entonaba un canturreo jerigonza, invocando a los buenos espíritus, y con pasmosa habilidad extraía de los cuerpos enfermos: culebritas sin colmillos, cascarones de huevos rellenos con ojos de pescado y pelos de cristiano, alacranes sin ponzoña, pájaros de mal agüero, lagartijas de gran tamaño, murciélagos muertos y cucarachas blancas.

La veneración, el respeto, la gratitud, la fe en el oficiante, crecían tanto en el alma de aquellos hombres, que su astuta voluntad era a veces más fuerte que la del mismo Gobernador de los Cayapas.

Servido, con suma liberalidad y pagado con polvo de oro y billetes mugrientos, aprovechaba a las mujeres que se le ponían cerca, y terminó por pretender a la indiecita María, la más bella y esquiva de todas las adolescentes. Aunque Tripa Dulce era negro, ningún indio se atrevía a llamarlo juyungo, por temor a ofenderlo. Para cualquier otra joven, la propuesta de matrimonio del brujo hubiera sido una honra, no obstante, su color, pero no para María. Ella no quiso juyungo. Dos cosas sucedieron una tarde a Lastre. Dos cosas que fueron dos descubrimientos.

Deambulaba por los rastrojales, ricos en pájaros e insectos, cuando de un brusquero salió un hombre gateando, con una lagartija moteada, boqueando aprisionada entre los dedos. El jovenzuelo reconoció en aquel cuerpo al Gran Brujo.

Quitarle los calzones delante de mujeres, no fuera nada; pero pillar a Tripa Dulce cazando alimañas, era cosa peor que un desconocido lo tirase de los zambos.

—¡Oí, vos, negritillo del diablo! ¿Te habís propuesto seguirme, carajo?

—¿Yo? No —respondió con todo aplomo, al mismo tiempo que le examinaba el rostro, más viejo y feo de lo que hasta entonces le había parecido.

—¿Qué me ves tanto? ¿Tengo ñinga en la cara? Ya mismo voy a hacer que te boten de aquí. —Y se alejó bruscamente, dejando una quebrazón de ramas secas a su paso. Ascensión continuó andando, satisfecho de haber aclarado sus dudas acerca de la magia del embaucador. Siempre le parecieron patrañas estas cosas. No había duda, Tripa Dulce cazaba todos esos bichos y después hacía como que los sacaba del cuerpo de los cayapas… No se podía negar que era un negro vivo. Pero, cosa rara, tan amigo que parecía del pobre don Cástulo y no había ni preguntado por él, siquiera. «Si me larga de aquí —pensaba—, mejor; yo no me he de dejá morí de hambre».

Una alegre algarabía juvenil trajo el viento a sus oídos por entre los quebrachos cargados de dulces y aferrantes pepitas moradas. Tibios efluvios de heliotropos salvajes, zumbido de tábanos y rumores de río.

Atraído por aquel gorjeo de voces femeninas, llegó a la orilla de un remanso profundo, abrigado por la sombra de un matapalo monstruoso.

Se agazapó con destreza, para ocultar su presencia, entre unas matas de platanillo. Ajenas a toda indiscreción, enteramente desnudas, se bañaban hasta ocho indiecitas pollonas. Todas, despreocupadas y bullangueras, nadaban como perritos o inventaban juegos en el agua; menos María, que, pensativa, vagos los oscuros ojos de cierva, hierática, permanecía sentada sobre una peña pizarrosa, con las rodillas cercanas a la barbilla, el pelo suelto sobre los hombros, y los brazos en collar, alrededor de las piernas en ángulos cerrados. La piel era más clara que la canela. Al erguirse para arrojarse a las ondas, pareció una primitiva divinidad surgida de la manigua. Y Ascensión Lastre tenía la boca llena de saliva, como si se encontrara ante una fruta ácida.

Otras entraban y salían del agua, felices, con sus cuerpos apenas atezados y vértices lampiños. Probaban sumersión, pasando por debajo de la piragua que las había llevado hasta ese paraje acogedor. Y entre aquellas que disfrutaban el sano retozo, estaba Panchita, la hermana de Juana, que en otros días le lanzara miradas inequívocas.

Bella también, carecía de aquel orgullo, o qué sería, de la pretendida de Tripa Dulce.

Hasta le había tirado piedrecitas, señal infalible de coquetería.

Para él, en aquellos instantes, todas esas desnudeces al aire y al agua, despertábanle secretos deseos eróticos. Los senos erectos de violado pezón, hicieron que el tacto de sus dedos descubrieran en sus propias tetillas una dureza tal como si tuvieran una monedita por dentro.

Renació la hostilidad del principio, lo mismo que yerba mala. Los cayapas no querían tolerar más al juyungo. Fuera por la cizaña del brujo o porque ya era un hombrecito, no le daban posada en ninguna parte, y tuvo que dormir en

un rancho abandonado. Sólo Panchita se acercaba más y más, y por esto no se iba ni sentía la campaña en su contra. Donde no los espiaban entraban en arrumacos y juegos de toda suerte; pero casi no hablaban, no sabían qué decirse. Él dejaba correr sus manos ávidas y torpes por aquellos senos erectos y cobrizos y, luego, entre los quites y risas de la otra, buscaba otras partes.

El mismo día en que la tumbó en el linde del maizal más apartado, el Gran Brujo Tripa Dulce presionó sobre el Gobernador de los Cayupas para obligar a que María se le entregara en matrimonio. Pero la indiecita linda no quiso Juyungo. La llamó el padre, y le dio una tunda. La cogió el abuelo, y le dio una tunda. La reprendió el Gobernador, y le dio otra tunda.

Pero aquella noche, la niña se fugó monte adentro, sollozando. Anduvo sin pensar, sin saber hacia dónde, sin calcular hasta cuándo…

Una semana después, unos cazadores de pécaris hallaron hediondo y a medias devorado, el que antes fuera su nubil cuerpo apetecible.

Aparecieron, de paso, dos negros comerciantes. Traían en su carga telas chillonas, gargantillas de cuentas deslumbrantes, espejitos, navajas de ancha hoja, mucha sal y pescado seco.

Imitando el hablar gerundiado de los cayapas, los viajeros ofrecían.

—Mira, compadre; tú dando poquito polvo amarillo, yo regalando collar bonito. Si tú no queriendo collar ni tela bonita, yo dando bastante teyo —y mostraban los paquetes de sal sucia recubierta de hojas, el teyo de los cayapas.

Como muchas veces no tenían oro, repagaban con dinero lo que los negros ofrecían. Hasta la mañana siguiente acamparon allí.

El verdadero dueño del negocio se caracterizaba por intratable. El otro boga era manso, amistoso y de cuerpo endeble. Llamábase Manuel Remberto Quiñónez, y buscó pronto la amistad de Ascensión.

—¿Cómo es posible que vos, un crisitiano, viva contento entre estos cayapas?

Embárcate con nosotros —le decía.

Lastre no se hizo rogar mucho. Estaba deseando salir de allí. No podría permanecer más. Solamente le dolía el abandonar a Panchita, que, a lo mejor quedaba preñada, la pobre. Pero no la podía llevar consigo; ni la tribu, ni el dueño de la canoa se lo permitirían.

Tuvo que partir aguas abajo, aunque con los ojos húmedos, levemente húmedos. Sentimentalismo de primera juventud.

En el barranco quedaba ella. Silenciosa, desgreñada, sin agitar la mano, como otros que se despiden, y atrás, la risa amarilla y satisfecha del Gran Brujo Tripa Dulce.

Capítulo III

EL HERMANITO VINO DE QUIEN SABE DONDE

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Tres gigantes olas turbias, más altas que la más alta torre de iglesia, aparecieron en el fin del mar. Las lomas se derrumbaron, las piedras caminaron vivientes, el suelo se movía como una víbora, las casas traquearon y se fueron de nariz. Todo oscilando, vibrando. Diabólica visión de las cosas inanimadas que adquieren vida, de un momento a otro. La gente se tiró en cruz, las pailas quedaron vacías, los santos caminaron de sus altares y pávidos cantos ascendieron al cielo. Las tres gigantes olas turbias se acercaban en tromba. La playa se encogió, se estiró como si fuera de jebe; las aguas se retiraron muy abajo y la playa mojada quedó inmensa, tapizada de millones de peces espantados, rebotando en coletazos de muerte. Sería acaso el sismo del año seis. Las tres gigantes olas turbias se aplacaron al pie. Pero un recinto poblado únicamente por dos familias incestuosas para no dañar la raza, se hundió por evidente castigo del Altísimo. Llevándose los verdes ojos y los cutis rosas a las honduras recónditas. Sólo quedaron dos, para contar el cuento.

El agua sucia, apestando a azufre, subía por todos los ríos, en marejada, haciendo poc-poc-poc-poc. Aunque yo era muy chiquita —dijo— nunca me podré olvidar de semejante terremotísimo.

Bien comerciando en baratijas, bien sudando la gota gruesa como peón de canoa, con su nuevo amigo recorrió ríos y conoció puntos. Hasta que el dueño, cansado de andar de ceca en meca, con algún capitalito decidió establecerse en un lugar fijo.

Para entonces, Ascensión Lastre era un mocetón vigoroso, aunque imberbe. Quedaron sin trabajo, comiéndose las uñas, hasta que, en un baile de cuerdas, entre copa y copa, trabaron, por casualidad, amistad con madereros de las montañas.

Se remontaron por los bosques sombríos. Entre brumas de mosquitos de tamaño poco común, vivían esperando la muerte donde menos se piensa: bajo el peso de un tronco que se viene guardabajo, entre las frondas de un matorral traidor, rico en asechanzas de bichos ponzoñosos... Hacha y más hacha, tumba que tumba, hasta reunir decenas de finas trozas de madera: el amarillo y el laurel, el sande y el guachapelí, el dulce pechiche y el claro tangaré, atronando, cayendo abatidos ante el empuje de la necesidad humana.

Dos meses de duro bregar valdrían la pena. El aserrío la Nueva Roma había anunciado por un tiempo, en un importante letrero:

COMPRAMOS MADERA DURANTE UN AÑO PAGAMOS LOS MEJORES PRECIOS

Cuando bajaron de la brava cabecera de los ríos, tripulando grandes y prometedoras balsas pesadas de valiosas piezas, desembarcaron contentos cerca de la rampa resbalosa que olía a corteza vieja de árbol herido, trillada en longitud por el arrastre de las trozas. Al llegar a la oficina, los pocos que sabían leer, quedaron perplejos ante lo inesperado que veían sus ojos:

NO COMPRAMOS MADERA

Volvían a deletrear incrédulos.

—No com-pra-mos ma-de-ra. —Mirábanse estupefactos y sin palabras. ¿Qué hacer?

Lastre tuvo la intención de soltar las balsas para que se las tragara el mar. ¿Aguardar a que quitaran aquel aviso? Era una eternidad. ¿Reintegrar aquellos troncos mutilados a la tenebrosa montaña que los vio nacer? Era peor que soltarlos a la mar serena.
El chirrido de la sierra circular venía cortando el aire, destemplando los dientes.

El sube y baja de la vertical, cimbrada hasta el mismo piso arropado de polvo vegetal seco y acolchonado. Trepidando tremendamente, el cepillo mecánico taladraba los oídos de Ascensión. Y el aserrín podrido y mojado de la orilla se le subía nauseabundo.

Jonás, el más viejo, rogó humildemente a los señores italianos de la Nueva Roma, que compraran el cargamento a cualquier precio. Entonces los propietarios, como gran merced, los hicieron esperar dos días, al cabo de los cuales pagaron irrisorias cantidades que no alcanzaron a cubrir los gastos.

El ruido de las sierras jadeaba, creciendo, chillando animalmente, como gritos de bestias heridas. Y Ascensión Lastre pensaba en otros madereros que afluirían por otros ríos distintos, a otros puntos distintos, donde serían víctimas indefensas del mismo ardid.

Sin recapacitar, desde algún lugar incógnito, le ascendió una rabia frenética contra aquellos blancos, contra todos los blancos.

¡El Hermanito! ¡El Hermanito! La palabra conmovió todo el sistema del río Santiago, cuajada de ilimitado magnetismo, de místico poder. Atrajo familias negras como la mortecina a los gallinazos, como la panela a las hormigas quinquinas.

—Es el mismito Jesucristo en persona que ha bajao a la tierra.

—¡Hace milagros!

—¡Igualito a San José!

—No, no. Se asemeja a Nuestro Señor.

—Es un santo el Hermanito.

—¡Y hace milagros!

—Vamos a recibí su sagrada bendición.

El mentado hermanito era un hombre maduro, de ojos azules, con chorros catiros a lo apóstol San Juan y una barba espesa de dos puntas. Al poseedor de uno de sus cabellos, nada malo le podía llegar, porque él usaba báculo de peregrino, hábito gris y caminaba en cruz.

Y el tan mentado Hermanito había sentado sus reales allá por las lomas de Palo Palo. La casa del Hermanito se destacaba en la cúspide del cerro pulido de pasto janeiro, lo mismo que un pezón en seno de virgen.

Hasta Manuel Remberto Quiñónez llegó también aquella buena noticia, y con el ánimo ingenuamente crédulo, armó viaje sin más ni más. No así Lastre, que se decidió a ir solamente por acompañarlo y cerciorarse por sus propios ojos.

Plantíos bien cuidados, por hombres que habían ido a dar una mano a cambio de bendiciones y cabellos dorados, fue lo primero que vieron en las vegas y los barrancos.

Manuel Remberto subió las escaleras, con timidez y recogimiento, como si penetrase en un templo; el otro, no acertaba a comprender esta conducta, y le oyó saludar.

—Buenas tardes de Dios —al tiempo que se santiguaba devotamente.

Varias voces respondieron coreando.

—Buenas tardes. Bienvenidos a la casa del enviado del Señor.

El Hermanito paseó sus ojos, de un azul fulgurante, sobre los nuevos, y volvió a recostarse en su coy ubicado en media sala, alrededor del cual, sentado en el suelo, permanecía mudo, orando en silencio, buen número de negros y negras de toda edad.

—Está ayunando —les avisó una vieja.

—No hace aguas desde antier —agregó un hombre con cara de enfermo.

Otro recién llegado se arrastró hasta el centro y pidió humildemente:

—Hermanito, quiero que de favor bendiga mi platanar, para que dé buenos racimos.

Levantó el blanco brazo surcado de venas azules, y contestó con desgano:

—Iré mañana. Por ahora no puedo romper mi penitencia.

Por más que el Hermanito se esforzaba, no lograba recordar algún sitio donde hubiera tenido tanto éxito como ahora, en esta tierra de negros. Mentira o sueño le parecía que aquellos campesinos lo tomaran tan en serio y creyeran con tanta ingenuidad en sus estudiadas patrañas. Una sensación de enorme poder sobre esas almas, comenzaba a bañarlo, acompañada de insaciable lujuria y ambición creciente. Bajó el brazo teatralmente, en un gesto de debilidad absoluta, en el cual Lastre ya había leído claramente unas letras tatuadas:

JOSE JORERO DE LA RUEDA
ERMITAÑO PENITENTE

Sólo intuía las dos palabras de abajo, por lo de penitente. Pero no se preocupó más, porque en eso, al Hermanito se le antojó que lo peinaran, para lo cual recorrió con la vista a los circunstantes. En el semblante de todas, se notaba la ansiedad por acreedoras a tal honor; hasta que él se decidió por una zambita quinceañera.

Recostó su blonda cabeza sobre los muslos de ella y se abandonó entornando los ojos, mientras la muchacha, azorada, manipulaba aquellos chorros crespos de virtudes milagrosas.

Al llegar la noche, mandó colgar un espeso mosquitero sobre los dos, librándose así de las miradas indiscretas.

Cuando la muchacha salió, terminando de arreglarle los cabellos, el santo dijo que quería dormir. Mas no dormía, sino que atisbaba por un agujero de la tela, las piernas y los rostros de otras mujeres, especialmente las de una negra de blusa blanca y falda azul, que una ocasión se negó a acceder en el acicalamiento de sus cabellos, lo cual, para él, que estaba acostumbrado a que todas las mujeres que le rodeaban se sometieran, producíale un gran despecho vengativo, porque ello significaba una resquebrajadura en sus dominios. Observó también a aquel joven negro, venido en la tarde, y en su irreverante manera de mirar y en su rollizo cuerpo arrimado a la pared, notó que no era para el rebaño. Sin embargo, se sentía en el paraíso de la abundancia. Ni aun cuando como ahora, dizque estaba ayunando, pasaba necesidad, pues había incondicionales que le proporcionaban alimentos a escondidas.

Un cadencioso coro rompió arrullando blandamente y se prolongó por mucho rato, hasta que el repertorio se terminaba ya; y los asistentes buscaron nuevos versos en su magín, porque al Hermanito no le agradaba que los repitieran.

La mujer de blusa blanca y falda azul, en el afán de agradar con su originalidad, a la vez que, con el fin de poner cierta malicia, cantó sola:

Ya parió la cuya
debajo'el fogón
un hijo tan blanco
color del carbón.

José Jorero de la Rueda sacó la cabeza del toldo, para hacerse presente a la que así cantaba, y la pulverizó con la mirada.

Todos callaron como por encanto. Volvió a meterse y pareció dormir hasta dos horas más tarde, en que ante la postración de todos se levantó con los brazos extendidos hacia adelante, a la manera de los sonámbulos y, con los ojos cerrados, se dirigió a la escalera, cruzando las piernas al caminar.

Lastre, que permanecía en pie en un rincón, no pudo menos que reír de tal escena.

—Va haciéndose, no má.

Pero Manuel Remberto no respondió nada, seguía absorto por contagio.

El «ermitaño penitente» pareció no oír ni ver, y aunque cuando estaba en ayunas, aseguraba no hacer aguas, junto a un puntal se oyó el ruido de un chorro conocido. Pero cuando subió, desde el fondo de su mosquitero, previno con voz grave y sentenciosa:

—Entre nosotros, en esta santa casa, ha puesto sus sacrilegas plantas un judío. Ascensión comprendió que la alusión le estaba dedicada y se puso de mal humor. Reflexionó que seguramente era costumbre del «penitente» aplicar el mote de judío, hereje, impío vendedor de Nuestro Señor, a todo aquel que dudara de sus poderes.

En eso, la hembra impertinente volvió a cantar:

¡Aaay, mi pajarito!
Dónde dormiría,
encima'e tu madre
su nidito haría.

Montado en cólera, el Hermanito se olvidó de su fraternidad y cogiendo un rejo, se dirigió a vapulearla ante los temerosos y asombrados asistentes.

Pero para una cólera hay otra mayor, y la de Lastre subía en ocasiones frecuentes, como la misma creciente del río, nunca injustificadamente, puesto que la mayor parte del tiempo era tratable, aunque algo hermético. Ya estaba predispuesto a enfurecerse por aquello de «judío» y sólo esperaba una oportunidad para desahogarse.

José Jorero de la Rueda alcanzó a azotarla dos veces, como si se tratara de una hija, cuando dos manos como tenazas lo agarraron por las muñecas, y, zamarreándolo como un muñeco, lo tiraron de trasero contra un grupo de feligreses.

—¡A las mujeres no se les pega, bolsón!

Pasado el aturdimiento, el Hermanito, adolorido, se dio cuenta de que su agresor era el muchacho que ya había observado y estudiado. Pudo haber lanzado sobre él a todos sus fieles, pero tal actitud no convenía a su condición de ermitaño penitente, pues que más adictos se ganaba con la mansedumbre.

Un clamor horrorizado brotó del silencio. Un clamor a punto de convertirse en furia peligrosa.

Manuel Remberto se aturdió también, pero como en su carácter, el compañerismo era más fuerte que la devoción, tomó por las manos a Lastre y a la mujer causante del zafarrancho, y los encaminó a la puerta, mientras les decía:

—Vámonos pronto, vámonos pronto.

Afuera, el relente de luna labró las formas de la hembra y serenó el ánimo alterado, despertando en Ascensión vitales inquietudes, aunque todavía se percibía el barullo de la casa del alcor.

Era muy entrada la noche, y seguía llegando nueva gente al punto de Palo Palo. Un chapoteo de bogar subió hasta ellos, y vieron desembarcar una pareja con un chico.

A Lastre le palpitó con fuerza el corazón, pero se calmó con la misma rapidez con que se había excitado.

Era su padre. Estaba más viejo, y seguía con su lora perruna en la pierna, ahora vendada. Aquel muchachito astroso sería su medio hermano, pero no le sacaba mayor afecto. Con todo, se acercó y le dio una moneda de un sucre, que la criatura tomó mecánicamente sin entender por qué ese

hombre le regalaba dinero. Sólo entonces, el padre vino a reconocer al hijo hecho hombre.

—¿Sos vos Ascensión?

—Umjú.

—Te habís crecido en un ratico.

—Umjú.

Gumersindo se le acercaba casi hasta tocarle la nariz, y luego se retiraba, para cerciorarse bien de que sus ojos no lo engañaban. Su amor paternal revivía, aunque paralelo a un opaco resentimiento por la fuga de hacía años, y a un interés material por la fuerza que adivinaba en su hijo, quien, de acceder a la proposición que le iba a soltar, le haría descansar y los mantendría a todos.

—Estás echando el cuerpote de mi taita, que Dios en gloria lo tenga.

—¿Venís de visitar al Hermanito?

—Umjú.

Pero al oír con insistencia esta parca contestación comprendió que su muchacho no se alegraba de verlo como él esperaba, sino que se fastidiaba; por lo que resolvió cambiar de tono y recurrir a su grosera autoridad de antes.

—¡Carajo! ¿Se te ha caído la lengua? ¿No sabes contestar más que umjú, umjú, umjú?

Como Ascensión no respondiera nada tampoco, resolvió continuar, pero cambiando de tema.

—Voy a estar donde el Hermanito hasta mañana al mediodía. Dicen que es muy milagroso.

—¡Mentira!

—En eso sí que no has cambia’o nadita, bruto mismo sos.

—¡No me trate mal!
—Resabia’o como siempre. ¡Veníte a la casa pa’que me ayudés a trabajar ahora que estás hecho hombre!

—No puedo, papá.

—Que no querés, será.

—P’allá no regreso má.

Gumersindo volvió a sus rabietas de antes.

—¡Maldito! ¡Lo que querés es andar como el judío errante!

—Puede ser.

Manuel Remberto y la mujer desconocida ya estaban en la canoa, esperando.
Ascensión fue hacia ellos y embarcó también. Cuando despegaron, volvió la cara a
tierra, donde estaban sus familiares y gritó:

—¡Olvídeme, papá! ¡Haga cuenta que me he muerto!

A la distancia, le parecía que el viejo le echaba la bendición o que lo estaba llamando. Pero no podía ir con ellos. No quería volver a la horrible vida de antes, no quería volver a aquel lugar donde su niñez fuera tan dura ni quería volver a contemplar la odiosa figura de su madrastra. Entre más cosas descubrían sus ojos y trataba a nuevas personas, viviendo nuevos instantes, más insaciado se sentía. La luz azulada rielaba sobre el agua pura. Un viento fresquecito les traía aromas de naranjales y susurros nocturnales de los bosques.

Aquella mujer dijo llamarse Afrodita Cuabú, y contó con desenfado todo lo que había que contar.

—… Pues, sí señor. El tal Hermanito no es más que un bandido. Yo había ido allá por acompañar a mi tía, no porque creo en esas majaderías, sino que habernos todavía negros zoquetes, eso es. Él a mí no me tragaba porque no quise peinarlo. No ve que a todas las que lo peinan, él se las come. Así como me oyen: Se-las-come. Dicen que es un colombiano que se salvó del hundimiento de la isla Amarales, junto con otro pariente, yo todavía no nacía, pero mi tía cuenta que ese terremoto sí fue feísimo; que todos creían que había llegado la hora del Juicio Final. Pero cualquier día sube una comisión a cogerlo preso: ya en Esmeraldas saben esto. Él dice que nadie lo puede apresar, porque se les hace humo o se les pone tan pesadísimo que no lo pueden levantar del suelo ni, veinte hombres forzudos. Eso dice. Lo que se me pone a mí, es que guarda un cuño pa’ falsificar monedas en esos zapatones que carga. ¿No les
parece?

Los dos estaban tan sorprendidos de la soltura y facilidad de Afrodita, que Lastre apenas respondió:

—A lo mejor —pero su vista resbaló por los senos de ella, por su entrepierna adivinada en la sombra, por la curva de su rabadilla.

—Y vieran ustedes cómo les saca la plata a esos pobres. Ellos mismos tienen la culpa. Creen que en verdad es un divino. Yo no digo que no hay Dios, pero ése no es nada, palabra. Un vivo. Bueno, ésa que se ve allá abajo, en la vuelta, es mi casa. Me dejan allá ahora, y cuando quieran me vienen a visitar. Si no es por usted —y señaló a Ascensión— me pela el follonudo ese. Tengo que darle las gracias —concluyó sonriendo.

Entre sombras de guabos y mameyes mataserranos se escondía una casita baja, de corto barandal. Era una escuelita de campo, y Afrodita Cuabú, la maestra rural, sin título, de aquel contorno.

Se hospedaron más abajo, hasta el día siguiente, donde unos amigos de Manuel Remberto, el cual resolvió regresar definitivamente a Esmeraldas, tomando la lancha de la Casa Tagua, que saldría próximamente de Limones.

Mucho hizo para llevarse consigo a Lastre, pero éste no quería alejarse todavía de esos lados, pues argumentó que aún tenía mucho que hacer por allí y que iría después, no en lancha, sino por tierra, para ir conociendo. Apenado se fue el amigo, y muy apenado, mientras Ascensión menudeó sus visitas donde la maestra negra, color poco visto entre maestras de escuela. Es macanuda —pensaba—; pero siempre la hallaba en ocupaciones que no le permitían desarrollar nada de su pretendida conquista. Cuando no eran los educandos, eran los padres de los educandos. Y el ver las curvas de la mujer en constante trajín, comenzó a torturarle.

Afrodita lo recibía cordialmente; estaba viviendo temporalmente sola, únicamente acompañada por una sirvientita chola, porque su tía aún no regresaba de las lomas de Palo Palo, donde muchas personas, como ella, se habían constituido con visos de estabilidad.

El alumnado era de tan variado tamaño como los canutos de una marimba, igual. Desde chirringos hasta maltones abobados a quienes por un lado les entraba y por el otro les salía. Usaban textos de lectura ya pasados: el mexicano Torres Quintero o el Lector Ecuatoriano, y atendían las clases desordenadas de Afrodita, sentados a machote en el mismo suelo brilloso por el sobajeo de los traseros.

Un romboide de luna bajaba por la ventana lateral del aposento lleno de sombra, rota solamente por aquella mancha, sobre la cual jugaban dos gatos cachorros, de sexo diferente. Lastre contaba a Afrodita incidentes de su viaje con don Cástulo, para distraerla y acercarse.

El gato mordía la nuca de la gatita y ella respondía con fingido dolor, luego se volteó patas arriba, adoptando una desacostumbrada postura vagamente mujeril; el macho se fue por entre sus piernas y la volvió a morder interminablemente en un juego de instinto que no acierta.

Los dos humanos rieron de los animales, Ascensión se acercó a la mujer y la abrazó, causándole dolor. Ella protestaba débilmente, hasta que empezó a ceder lentamente hacia atrás, sobre el banco.

Capítulo IV
JUYUNGO, JUYUNGO

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Miríadas de cangrejitos canquigües de lívidas tenazas salían de sus cuevas profundas y minúsculas, hasta juntarse en grandes manchas escarlatas. Surgían de los ojos sin pupila de la madre tierra, formando poderosos escuadrones de acorazaditos guerreros, provenientes de algún fantástico país de pigmeos. Movíanse al mismo compás, al mismo impulso, en toda la extensión del arenal sin nombre. Entre la playa y los empinados derrumbes, cocotales jóvenes, susurrantes, como el mismo mar en calma, orlando la placidez del paisaje. Entre distancia y distancia descollaban cocoteros más antiguos, torcidos en el esfuerzo del ascenso. Seculares palmas flacas, altas, increíblemente altas, desgreñadas como viejas abuelas que cuentan historias de negros desalmados y de ánimas en pena. Tulas y mandragoras que el agua arroja, hacinadas, blanqueando en un inmenso osario vegetal, acentuaban un tinte de desolación. Pero juyungo es el diablo, juyungo es el mono, juyungo es el malo, juyungo es el negro.

Afrodita resolvió romper de raíz sus relaciones con Ascensión. No era que no le doliera, sino que temía por las consecuencias. Las habladurías subrepticias, la preñez y la cancelación del empleo. El hombre era rudo, pero macho. Quizá nunca lograría olvidarlo, mas, precisaba hacerlo para salvar su estómago; tenía que sacrificarlo todo a su pesar, así lo comunicó.

Por única respuesta, Lastre la poseyó otra vez.

No comprendía ni quería comprender; hasta que ella, fingiendo enojo, lo echó de mala manera.

Entonces, herido en su amor propio y en su orgullo que le salía de quien sabe dónde, bajó hasta la Tola y tomó la playa ancha, sin lajas, rumbo al Sur. Tres días caminó por la bajamar para cansarse menos. Bajo sus plantas callosas pasaron conchitas nacaradas de varias formas y colores suaves; caracolitos alegres, moluscos

haraganes o cangrejitos intrusos; residuos de mariscos en descomposición y muestrarios de flores abisales, mudas señales del paso de la muerte. Por ratos, acompañaba a viajeros montados en caballos de poca alzada, que iban haciendo descansar sus bestias, caballos playeros de paso asentado y rápido que se tragan el viento de yodo y de sal, adornados con garrapatas hinchadas y brillantes cual perlas negras.

En las desembocaduras de los esteros se entretenía contemplando las picadas de los alcatraces de buche y pico gigantescos, que al resurgir se atragantaban con las cardumas. Los pies, comenzaron a rajársele por causa de la humedad corrosiva. A veces veía palmeras con el tronco hecho fruta, en cuyas oquedades anidaba la grasosa gualpa, gusano de las palmas, larva sabrosa.

En llegando a un caserío, se encontró con que entre los hombres del poblado no había uno que se atreviera a subir a cinco altísimos cocoteros cargados de *pipas* tiernas. Por más que el dueño ofrecía diez sucres al que lo hiciera, nadie se aventuraba.

—Demen un cabo bien largo y un machetico, y verán cómo trepo —dijo.

Todos se volvieron al desconocido, examinándolo de pies a cabeza.

—Voy a la palma —apostó uno.

—¿Quiere ir los diez sucres que me van a pagá? —desafió Lastre, con el aplomo de un hombre que está seguro de sí.

—Ido.

Ascendió sin un descanso, ayudado de pies y manos, en menos de lo que esperaban. De abajo, los espectadores casi lo perdieron de vista entre los cocos, las hojas viejas y la altura; hasta que, pendientes de la soga, empezaron a descender los morados y verdes racimos pesados.

—Te la ganó en buena ley.

—Debe estar necesitado de plata, cuando se ha arriesgado así.

—Pero plata bien ganada, señó —comentó otro.

El mar lo curó del rencor que llevaba contra Afrodita, aunque lo llenó de más aspereza. Reconoció que la razón asistía a la mujer, pues que él no podría darle nada, sólo hacerle perder su empleo. Ella era una maestra, y él, en cambio, sin oficio ni beneficio.

Como cuando uno está solo hace cosas que parecerían ridiculas, al topar los manchones de cangrejitos rojos, los correteaba, dispersándolos; entonces los canquigües, presas de espanto, buscaban sus refugios atropellada y equivocadamente, dando origen a singulares peleas.

Un mechón de humo vaporino en el horizonte convexo, una vela en apariencia inmóvil, el grito destemplado de las gaviotas y el ronco murmullo de la mar zamba, le colmaban los sentidos y le hacían presentir que algún día surcaría también sus ondas, en viaje hasta ahora no realizado.

Se sentía contento por los veinte sucres que calentaban sus manos. Ya no llegaría al pueblo tan limpio como calculó al principio, y no daría mayores

molestias a su amigo Manuel Remberto, a quien pensaba buscar. Las lomas de cálidos matices, las puntas, los cabos y ensenadas, acercándose, viniendo de la lejanía azul y vaporosa, a medida que sus pasos se sumaban.

La blanca arena seca, acogedora como inmenso colchón, le hizo recordar a Pancha, la india, y a Afrodita, la negra; con una sensación de contacto insaciado, insuficiente. Hubiera querido tener a ambas en esos instantes, una por una en aquellas soledades.

Anda que anda, anda que anda; el mar se fue haciendo terroso y turbio, la resaca borraba las huellas de los hombres y las bestias, dejando en cambio una capa viscosa de limo arcilloso, a cuyo contacto baboso se le descomponía el cuerpo. Tratando de averiguar la causa de esta suciedad, encontró que era la proximidad de un río grande, el río Esmeraldas.

Llegó a la desembocadura, poblada de islas antiguas, velludas de árboles nevados de excrementos y plumas de pájaros marinos; y de islas recientes, pedregosas, con una vegetación de álamos opacos. Pasó al otro lado, de pasajero en una canoa de paseantes, y entró en la pequeña capital de provincia, con curiosidad casi infantil por ver lo que la suerte le deparaba.

Metióse de cuadrillero en la Casa Tagua, alemana. Sus espaldas y sus músculos fueron desarrollándose como los ceibos, al esfuerzo demandado por los grandes bultos.

El tiempo no era malo y se ganaba lo suficiente. Remberto lo había recibido bien, como esperaba, y resolvieron vivir juntos hasta que tuviera mujer uno de los dos. Un negro apodado Cocambo, con los antebrazos soplados de carne, cara y pectorales de gorila, y de ojos pequeños y ágiles, pasaba por ser el más fuerte de la cuadrilla. Cierta vez, mientras saltaban de un lanchón barriles de manteca de seis quintales, haciéndolos rodar con sumo cuidado, dijo:

—Ayúdenme a echá una pipa de ésas al hombro, y verán como la llevo solito.

—¡Qué va a podé! —dudó uno.

—¿Acaso soy blando como vos?

Le alzaron y acomodaron la voluminosa carga sobre el hombro derecho, entre cuatro hombres, con algún trabajo. Cocambo caminó sin mucho esfuerzo y llevó el gran barril hasta la bodega. Gente se amontonó a esperar esa proeza, poquísimas veces realizada. Hasta los rubios alemanes salieron de las enrejadas oficinas al soportal de cemento, y aplaudieron la fuerza bruta, mientras Cocambo regresaba radiante de felicidad, limpiándose las manos grasosas en los pantalones. Los otros negros le miraban con cierta admiración y respeto. Pero el asombro de todos creció cuando Lastre habló:

—Echenme otra a mí y hago lo mismito.

Un murmullo discutidor salió del conjunto.

—¡Se quiebra!

—Umjú… Cuando él quiere, él sabrá.

Al fin le pusieron la carga requerida, y cuando los présentes esperaban verlo aplastarse como un bicho, con el peso de los seis quintales, salió andando, con los músculos tensos, hacia el depósito, donde lo descargaron. A su regreso, recibió palmadas en el torso desnudo, hasta de los mismos alemanes; menos de Cocambo, que lo miraba con rencor, al verse emparejado por aquel negro recién llegado y montuvio de poco hablar, que no parecía ser tan duro como lo demostraba.

A partir de aquel instante, sus compañeros se interesaron por él. Aquella noche, unos lo llevaron al cine por primera vez. La golería alborotaba y pateaba acompasadamente, pero él no. El motor que generaba la fuerza eléctrica para el teatro y el parque únicamente, ronroneaba su monotonía. La función le gustó, sin deslumbrarlo gran cosa. Era una película llamada *Polidoro muscular*, donde aparecía un blanco que tendría diez veces más fuerza que Cocambo y que él mismo. ¿Sería verdad? Lo real fue que se hizo aficionado al cinema.

Cuando salió de allí, lo llevaron a través de calles montuosas, iluminadas sobriamente con faroles, donde unas mujeres negras y zambas cobraban dinero por dejarse hacer.

Más tarde aprendió a jugar con cartas a la veintiuna y al cuarenta, y a billarear. A veces entraba a la bibliotequita municipal, que estaba junto al teatro, y leía periódicos llegados de Guayaquil.

Una flotilla de canoas cayapas arribó una mañana. Al atracar y desembarcar, Ascensión estuvo atento, buscando entre aquella indiada amigos suyos. Tal vez pensaba en una remota posibilidad de volver a ver a Pancha. Pero todas eran caras desconocidas.

—Estos cayapas son de arriba de este río —comentó un cuadrillero.

—Yo creía que eran del norte y no han sido —repuso Lastre sin quitar la vista de los viajeros—. No conozco a ninguno.

—¿Y vos qué tenés que ver con esos compadres, que tanto los vigilas?

—Es que entre ellos me he pasa’o buen tiempo, desde chico.

—¿Y vos te enseñaste? Así como dicen, que diz que son jodidos con la gente morena, allá en su tierra.

—Sí, son un poquito, no má. Al negro le dicen juyungo, que creo que quiere decí mono, malo, diablo, hediondo…

—Así me han contao. ¿Entonces a vos te han de habé mentao juyungo, no má?

—De repente, no siempre.

—Juyungo, juyungo. Bueno es sábelo.

Cocambo, que escuchó la conversación, sugirió la idea de bautizarlo con el mote de Juyungo, y desde entonces quedó con Juyungo para arriba, Juyungo para abajo, pero sólo a sus espaldas.

La cosa no le molestaba mucho, ni porque fuera venida de Cocambo, para quien no tenía todavía mayor aversión. Y, más que todo, porque ninguno se atrevía a decírselo de frente, ni como insulto ni como nombre deliberado. Si se había enterado del apodo, se debía a la confidencia fraternal de algún amigo, en momentos de buen humor.

La noche en que Manuel Remberto se casó con Eulogia, una robusta lavandera, Lastre tuvo un incidente desagradable.

Un chistoso contaba chascarrillos que eran recibidos con ruidosas carcajadas por los jóvenes que lo rodeaban bajo la sombra de un fico del parque.

El cortejo de negros salía de la Iglesia, seguido por la chiquillería.

La pareja nupcial adelante, y rezagado Ascensión. Le pareció que esos futres se burlaban de ellos. Debía ser, porque para los blancos parecen ridículos muchos actos comunes, si son realizados por negros. Trató de oír lo que hablaba el ocurrido.

—… ¿Y saben también por qué el negro tiene las plantas de los pies y de las manos más claras que el resto del cuerpo?

—No, no. ¿Por qué? —contestaron a una los demás.

—Porque el diablo, que es bromista, le dijo: «Juyungo, ponte en cuatro que te voy a pintar de un bonito color». Y el negro, que es dócil y pendejo, se dejó pintar con brea todo el cuerpo, menos las patas donde se asentaba. Pues le dejó las plantas blancas para que se consolara siquiera con eso.

Fuera porque se creyera aludido directamente, fuera que aquel chiste a costillas de su gente lo sacara de sí, la verdad fue que no aguantó más, y entre el desconcierto de los otros, le plantó al blanquito un solo puñetazo en la cara y le dijo:

—Ahora anda, cuéntale a tu mamá quién te pintó el ojo.

Miró desafiante al resto, de uno en uno, y notó que habían dejado de reírse. Al igual que en vida de don Cástulo Canchingre, nada le emocionaba tanto como los relatos heroicos. Corrían aún frescos por las bocas de negros maduros, episodios de la revolución conchista, que para él no era más que un desquite de su raza, vejada y humillada por centurias, levantamiento sin bandera clara, sí, discutido y discutible; pero no para él, que no medía.

Los combates sangrientos de La Propicia; la carnicería del Guayabo, de donde bajaron palizadas de muertos por el río, con su cargamento de gallinazos ahítos; la encerrona de Camarones, por cuyo sitio pasó; el

bombardeo de los buques de guerra sobre Esmeraldas; todo, todo se contaba bajo la fronda de los almendros de los parques o de algún tamarindo solitario plantado a la orilla del río apacible. No faltaba quien ponderara lo bueño que era violar mujeres blancas y decapitar serranos coloraditos.

La figura de su tío, el comandante Lastre, se le agigantaba, cuando vestido con el uniforme de un alto oficial que había matado con su propia mano, bien enjoyado y mejor montado sobre un soberbio caballo blanco, en una madrugada de 1914 que tomó la plaza de Esmeraldas, gritó: «Estoy montao sobre la raza blanca». Este tío legendario, que saliendo desde las montañas de Concepción llegó con el Coronel Vargas Torres hasta Cuenca, combatiendo como los machos y los libres. Luego se enroló en el Ejército liberal del Viejo Eloy Alfaro, y cuando éste fue asesinado, se alzó con Carlos Concha y recibió una rara herida de fusil en Cúquiva, que le dejó una cicatriz tragicómica en el cuero cabelludo, semejante a la raya del peinado, en la mitad de la cabeza. Cuánto habría dado Juyungo por haber estado en aquel entonces junto a su tío. Mas, ¡ah!, en esos agitados tiempos era tan chirringo, que apenas se acordaba, mientras su padre se paseaba batiendo, batiendo la arena de sol a sol.

Con todo, no se sentía contento; su pecho se llenaba de anhelos de acción. Deseaba vivir aquellos hechos, ejecutarlos. Quería vengar la muerte de su tío, matado por los blancos, seguramente acribillado, arrastrado y descuartizado por la soldadesca, mucho después de la guerra. Si cada vez que lo recordaba le renacía la venganza… ¿Contra quién? ¿Contra todos los blancos?

Vino lo que parecía su oportunidad. Corría el año 1926, cuando estalló una nueva revuelta. Un jefe de reconocido valor y desinteresado, como hay pocos, la encabezaba. Considerables masas campesinas y urbanas se plegaron al movimiento. Los rebeldes reclamaban más atención para su lejana provincia abandonada por los poderes centrales: agua potable, luz eléctrica y caminos, nada más.

Lastre se enroló sin recapacitar. No juzgó si lo que pedían era bueno o malo. Entró con la firme esperanza de seguir los brillantes pasos de su tío.

En los pocos días del tiroteo, dio serias muestras de arrojo. Parapetados en trincheras poco profundas y en barricadas de palo de balsa, donde las balas se quedan inefectivas, los insurrectos disparaban con viejos fusiles y escopetas. La tropa gobiernista, sitiada en su cuartel de cemento, repelía el ataque con automáticas y máuseres.

El pájaro carpintero de las ametralladores volaba de oído en oído. Ascensión miraba a uno y otro lado. Vio detrás de un estante a Manuel Remberto, baqueteando una escopeta. Buscó a Cocambo y no lo halló; no estaba con ellos. ¿Sería flojo?

¿Quién sabe? Un grupo de tres mulatos disparaba desde una zanja. Las balas silbaban lo mismo que culebras y maullaban como los gatos. Un jovencito de piel lavada, vino reptando junto a él. Sentía su jadeo claramente. El maltoncito desconocido se puso a disparar con frenesí. Pero

Lastre se sentía incómodo con la proximidad de ese blanco. Se alejó de allí, y tratando de localizar mejor punto, se puso al descubierto imprudentemente.

En eso estaba, cuando distinguió que de los huecos y de las ventanas del cuartel salían trapos blancos semejando banderas. Primero un silencio de pozo, luego un griterío de mil negros. El jefe pasó cerca de él, flaco, grave, en su caballo; desfilaron otros oficiales, sonreídos. Todos sin uniforme militar, pero con botas de montar y cotonas.

El decir de las gentes que ya habían ganado, le hizo sentirse defraudado. ¿Era eso lo que llamaban guerra? Pasó su callosa mano sobre la suave lanilla de la cobija floreada que le había tocado en el reparto. Vio como unos blancos bebían en algazara, acompañados de negros pelados a mate o con cortes cuadrados.

Los mudos cholos ansiaban volver a sus campos para probar en algún codillo de venado, la bondad de sus escopetas flamantes. El muchacho de piel lavada, que peleara junto a él, le habló afectuosamente:

—Buena se la dimos a los longos, ¿no es verdad? ¡Véalos, ya salen del cuartel! Y llevan heridos.

—Cierto.

—Bueno, hasta la vista, amigo. Mi mamá me ha de estar esperando.

—Felicidá —repuso Juyungo, y lo examinó atentamente. Parecíale haberlo visto salir de la escuela alguna vez. Era muchacho, grande, sí, pero un muchacho. Con curiosidad le preguntó antes de que se alejara.

—¿Cómo es su gracia?

—Nelson Díaz. ¿Y la suya? —averiguó a su vez, volviendo la cabeza y haciendo un alto.

—Ascensión Lastre, pa’ servirlo.

—Gracias. Entonces usted ha de ser pariente del famoso comandante Lastre.

—Así dicen.

—De razón es tan valiente.

—¡Qué va a sé! Usté todavía no sale del cascarón, y ya ve, se ha portao como hombre.

—Ya quisiera —fue toda la contestación del jovenzuelo, y se fue calle abajo, en dirección del puente colorado que atravesaba un gran zanjón.

El Gobierno prometió mucho, prometió el oro y el moro. Los revoltosos quedaron pacificados. Los tagüeros, madereros y caucheros, volvieron a sus montañas, los estibadores, a los muelles; los pescadores, al mar.

Lastre no concebía un triunfo tan fácil. En tres días de tiroteo no había hecho nada. Ni siquiera tenía la certeza de haber matado a algún serrano. Sólo había sacado de la refriega, una cobija bonita, dos cortes de dril ordinario y una duda acerca de aquella frase de su difunto tío: «Estoy montado sobre la raza blanca». Aquel chico blanco, el haber estado combatiendo junto o cerca de otros, más o menos blancos y mulatos; el júbilo colectivo de la victoria, eran cosas que hacían tambalear su odio de raza. Años andando, el precio de la tagua se vino guardabajo. Hubo comerciantes, que pareciendo tener una sólida posición, se arruinaron en un abrir y cerrar de ojos. Los montañeros se encontraron con que aquellas pepas no valían ya casi nada, y no lo comprendían. Las bodegas quedaron abarrotadas de marfil vegetal. No hubo embarques y se redujeron las cuadrillas.

—Los gringos ya no quieren tagua.

—Han encontrado un sustituto —decían.

Las fiestas, que en otro tiempo se celebraban con derroche, eran hoy un pálido reflejo. Las tiendas de telas disminuyeron el volumen de sus ventas, porque el montuvio, consumidor antes, ahora no tenía ese gran filón, y los platanales, yucales y tabacales, víctimas de la incuria, no producían ni para el consumo de la provincia. Todo el mundo se quejaba amargamente, menos los hacendados ganaderos, como el señor Valdez, que subió el precio de la carne, la leche y el queso. Como el pueblo no quería pagar el precio que él imponía a la leche, la mandó derramar a la entrada de la población y dio orden de que sólo se amasaran quesos, de ahí en adelante. Y antes de hacer picar reses en el mercado, prefirió exportarlas a Colombia, y su ejemplo fue seguido.

La desocupación y la crisis fueron solucionadas en parte con las obras públicas prometidas, mucho antes, por el Gobierno.

Blanqueó de trabajadores la loma escogida para los tanques de agua, los filos de las calles se agrietaron en zanjas, se pararon los postes para la luz eléctrica, y luego, cuadrillas de peones surcaron entusiasmados Río Grande arriba, en anchas canoas. Sobre las playas reverberantes y pedregosas, preparaban sus frugales tapaos de carne y pescados secos, comida de los viajes fluviales.

Las mujeres, con sus hijos, caminaban por las riberas hasta donde podían, para aligerar la carga de las embarcaciones y facilitar el trabajo de los palanqueros. Después, atravesaban penosamente los intérminos lodazales de las veredas, hasta llegar a las entrañas de las selvas de Santo Domingo de los Colorados, donde debían iniciarse los trabajos de un carretero proyectado desde décadas.

Con estas peonadas se fue el grandote Cocambo. Ascensión Lastre partió también, más que por necesidad, por saciar su inquietud y acompañar a su viejo amigo Manuel Remberto, quien llevaba el proyecto de hacer algún dinerito para sus hijos y su mujer, que había quedado de cocinera. Y esto de amasar dinero era no sólo acariciado por el pobre hombre, sino por los demás, ya que les fueron prometidos magníficos jornales.

Capítulo V
LOS MACHOS NO MUEREN EN COLCHON

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Hipócritas es pineros. Esparcidos potreritos abandonados a los matorrales huevos de tigre y uña de gato. Hipócritas espineros acechando a algún animal desprevenido. Caminaba la neblina rasante, rasante entre los pocos árboles frutales, azotados por la golosa chiquillería, mostrando doloridos, los muñones blancos de sus ramas quebradas a punta de piedra y a punta de

palo. Él también montó sobre yegua blanca, con un deseo de negro por mujer blanca; con un odio de negro por la piel blanca, con un silencio de negro por la voz blanca, con un contraste de negro con la ropa blanca, alma de negro para el alma blanca… Por lo demás, era selva y sólo selva.

Don Valerio Verduga Barberán pasóse los dedos a modo de peinilla por entre los desgreñados cabellos sin brillo, y se le puso que era un mosquitero de fina gasa la llovizna que caía aquella mañana sobre la aldea de Santo Domingo de los Colorados. Dejó correr la vista por encima de los techos pajizos que, frente a su casa de cinc, chorreaban lacios cual pelambreras cholas, y recordó que los gallinazos graves, silenciosos, que escurrían también sus negras alas abiertas, estaban como diciendo: «Mañana hago mi casa, mañana hago mi casa».

Hasta los tímpanos llegaba el estero rumoroso de cristalino caudal, culebreante entre las malezas, de donde mujeres desaliñadas y agenciosas, acarreaban agua en sendos calabazos, mientras niños y adolescentes verdosos como la pulpa de las papayas tiernas, jugaban a los cocos y a las bolas de cristal, debajo de las casuchas que escasamente rodeaban la desmantelada plaza, alfombrada de montes y hierbajos; rasgada en su trémulo y húmedo verdor mojado, por las heridas diagonales de los senderitos familiares.

Y esa humedad malsana, que parecía haberse concretado en casi todos los rostros, revelaba fiebres pasadas y parásitos escondidos. Toda la vida humana resultaba empequeñecida por el marco de la preponderante selva que la rodeaba.

Excluyendo a don Valerio, para todos los habitantes del lugar, los días de fiesta y los domingos constituían siempre un motivo de intranquilidad y sobresaltos, porque desde el proyectado carretero de Quinindé, salían los negros, hartos de sus faenas cotidianas, con los rostros sudorosos y alegres, anhelantes de diversiones. Bebían hasta vaciarse las cantinas y enamoraban a viva fuerza, armando fenomenales escándalos, que ponían en peligro la virginidad de las pálidas doncellas y el honor de los maridos.

Pero don Valerio, que no temió ni a Dios ni al diablo, mal podía acobardarse frente a ellos. A pesar de detestarlos en el fondo, cuando le faltaban amigos de su propia categoría, los aceptaba hasta como compañeros de copas. Y no obstante haber practicado esta costumbre repetidas veces, aquel día se sentía un poco raro. No sabía a qué atribuirlo, pero así se sentía.

Lo que de él se contaba no era nada bueno. Decíase que, en un tiempo, allá en sus tierras de Chone, perseguía a una esquiva y linda criolla, hija de un matrimonio anciano. Como ni la niña ni los padres lo querían, un día, en plena jumera, asaltó la casa; estropeó y amarró a los viejos, y delante de ellos forzó a la chica huraña, sin hacer caso de los llantos y los gritos.

Cuando se hubo saciado, ultimó a tiros a los tres. Luego bajó tranquilamente, y siguió bebiendo en la cantina como si tal cosa. Afirmaban, también, que era nombre supuesto el que llevaba. Y su bien ganada fama de *corvinero*, se extendía muchas leguas a la redonda, y jamás abandonó su revólver, como cumple a todo blanco bravo de la manigua, a todo blanco de pelo en pecho y barba en la quijada.

La mejor posada de la región era, en aquella época, la del ex-arriero Felipe Atocha. Relativamente nueva, con tienda surtidita y cuartucho común para huéspedes, en el piso alto. Su gran atracción residía en la conservada jamona de su mujer que, según decires, brindaba ciertas facilidades, y en la belleza criolla auténtica que ostentaba, floreciente, su hija Jacinta.

Y al frente, al otro lado de la plaza, destacábase la única casa de cinc, cuyo largo corredor enrejado dábale un equívoco aspecto colonial, donde don Valerio releía ahora en una hamaca, por décima ocasión, viejos periódicos capitalinos, y recibía a sus anchas el frescor mañanero.

Dejó los diarios, se levantó, y alargando la vista hacia arriba, más allá de las copas frondosas, más allá, vio cómo el horizonte regulado se impregnaba de espíritu marino, presintiéndose intensamente la lejanía y la cercanía del mar. A la izquierda, el ancho comienzo del carretero que trataba de llegar a Chone. Había días en que lo recorría solitario en un buen trecho, como deseando emprender el regreso; más sabía que no podía hacerlo, porque la justicia lo esperaba, y tal idea le acarreaba un desasosiego que lo inducía ineludiblemente hacia el alcohol, para volver a prometerse, durante los chuchaques, cambiar radicalmente de vida.

La llovizna lo malhumoraba, y aunque no podría hacer su recorrido acostumbrado, sentía ganas de beber. Miró alternativamente la posada de Atocha y otra casa casi perdida en un rincón de la plaza y pensó cuál sería más sabrosa: Jacinta, la hija de don Felipe Atocha, o la flacucha María de los Ángeles Caicedo.

A lo mejor, de repente que amaneciera atravesado, haría aquello que hiciera antaño. Lo malo era que siempre había mucha gente en el pueblito. Sus ojos grises rodaron fríamente hacia el otro carretero, hacia el carretero de Quinindé, que quién sabe cuándo llegaría a Quito. Por él aparecerían los negros, que los santodomingueños palúdicos temían. Y su bigote se erizó de un modo extraño, como si pensara con animosidad para alguno de éstos o para algún negro.

Calculó las diez de la mañana, cuando comenzó a clarear el día. Ante sus ojos grises se desgarraron suavemente capullos de nubes blancas. Claros celestes aparecieron por las grietas del cielo. La impertinente gasa de la llovizna se hizo más rala, hasta ceder completamente al sol retardado.

El amarillo de los frutos resaltó en los naranjales. Las gentes salpicaron los senderitos familiares de la plaza y los gallinazos alzaron su siniestro vuelo y, «olvidando hacer su casa», salieron al oteo de la carroña.

Oyó las voces alegres y procaces cháchara que traían los primeros trabajadores del campamento. Fluyeron por el carretero de Quinindé y se desparramaron en la plaza, derramando su alegría bullanguera y casi infantil.

Negros y mulatos, en tropel, invadieron las cantinas, donde dormitaba uno que otro arriero borracho; y sus dueños, cachazudos, atendían sin alterarse. No así Felipe Atocha, que, entre el temor y la codicia, calculaba las posibles ganancias de ese día domingo.

Sin sacarse las manos de los bolsillos, don Valerio volvió a echarse en la hamaca de mocora, no sin antes haber ensartado a la distancia, sus ojos fríos, en aquel negro de apellido Lastre, que entró en junta de otros, a la posada del frente.

Parte de los muchachos anémicos habían suspendido sus juegos para salir hasta lo más limpio de la plaza y verlos llegar. Las mujeres apresuraron sus quehaceres en la calle, los viejos sacaron la cabeza por las ventanas, las niñas aguaitaron sólo por las rendijas y en varias casas avisaron:

—Ya llegaron los negros esmeraldeños.

Tres peones recién venidos se acercaron a la casa de cinc, invitando a beber a Verduga Barberán. Traían una botella de aguardiente y otra de mistela. Don Valerio hizo como que no los oía ni los veía. Y aunque se le aguaba la boca, a la primera llamada no contestó, «pues que el valiente nunca contesta a la primera», era uno de sus lemas. Como insistieran, dudó un poco en responder. Luego se levantó perezosamente y carraspeó para escupir.

Después de todo, no había nada que hacer ese día. Y en un pueblo, «bebes o te aburres», se justificó. Al advertir la presencia de Lastre entre los que venían, una oleada de sangre corrió por su rostro; pero quiso pasar por educado y trató de disimular.

Los invitó a subir. Se sentaron rodeando una mesita baja de amasar pan y brindaron los dos licores mezclados.

De los tres peones, Ascensión Lastre era el más alto y el más fuerte y había ido a esa casa contra su gusto; jamás sintió simpatía por su dueño, y de un tiempo a esta parte, le había dado por sentirse orgulloso de su apellido, que lo certificaba como un cercano pariente del comandante Lastre.

Críspulo Cangá era el más negro, tan negro que en su lustrosa piel se advertían vagos tonos azulencos, particularidad que le hizo ganar el mote de Azulejo. Tocaba la marimba con destreza, y frente a una guitarra tampoco quedaba mal. Sabía décimas y cantos regionales. Aprendía canciones populares y deformaba su música original, dándole un inconfundible acento negroide.

El otro era Bautista Cheme, tipo cholo, a quien llamaban mulato sin serlo. Casi siempre mudo, con su rostro impasible, sin dejar transparentar el más mínimo pensamiento. Daba la conturbante sensación de que no pensaba. Así era él y así eran todos los de su raza.

Con las primeras copas, añoraron sus comarcas lejanas. Hablaron de lo mucho que llueve en las montañas y de lo mal que iban los trabajos en los carreteros. Verduga y Cangá narraron aventuras amorosas y echaron cuentos colorados; parecían estimarse mutuamente.

Don Valerio se animó más y empezó a hablar de sí mismo con provocativa intención. Decididamente le fastidiaba el aire altivo de Lastre o algo oculto que no dejaba traslucir.

—Ustedes saben de dónde soy; de la tierra donde los palos son dulces y los hombres bien bragaos. Es decir, de donde se acuestan tres y se levanta uno. Para mí, nadie es más hombre que los demás. Pero, eso sí... que no se me quieran montar. —Y miró fijamente a Lastre.

—Esa también es mi ley —interrumpió éste, al tiempo que se servía una nueva copa de puro, y continuó—: Porque donde hay uno hay otro.

Luego don Valerio se recostó de nuevo en la hamaca, cruzando los brazos por debajo de la nuca. Entornó los párpados, se meció despacio y siguió hablando:

—Conozco mucho mundo. Todo hombre debe conocer mundo. Si alguna vez tuve mis tropiezos, siempre salí bien, gracias a mi *perrito* —y se acarició el revólver que llevaba en el cinto—. Después de todo, si a uno le toca la mala, ¡qué le vamos a hacer! El que es macho no debe morir en colchón.

Los otros atendían, menos Ascensión Lastre, que miraba indiferente, por entre las rejas del corredor, la plaza, descuidada y vacía, la gente que se encontraba bajo las casas y en las tiendas.

El sol caía casi duro y vertical ya. Las sombras se proyectaban precisas y ceñidas a los cuerpos. Un pájaro cucarachero penetró por el balcón y maromeando por las varengas, se internó en busca de las cucarachas que lo alimentarían.

Lastre siguió, momentáneamente, con la mirada, al pardo animalito, y luego la proyectó de nuevo hacia afuera. Solamente oía un chocante gorjeo: Chagüishchagüish. Fijó largamente su vista sobre una casita que se escondía en un ángulo de la plaza, la misma que mirara momentos atrás don Valerio Verduga.

Sonrió imperceptiblemente. Después vio la vieja capilla cañiza que se distinguía un poco aislada de las casas y su rostro adquirió al principio un tinte de vaguedad. Recordó el día en que le iban a bautizar, pero luego su expresión se hizo torva: «la gente es bruta, palabra».

La voz ligeramente chillona del Azulejo, que cantaba alegre, haciendo resaltar el blanco de los ojos, lo trajo bruscamente al momento presente.

Con el charrangeo de una guitarra de escasa sonoridad, que tenía calcomanías y tarjetas postales visibles en el interior, las notas del cantar se requebraban en un sonsonete y salían por el largo balcón:

Por la luna doy un pito
por el sol doy un botón,
por los ojos de mi negra
la vida y el corazón.

Y mi negra me decía

que nos juéramo al salón
y que allá me vestiría
de chaqueta y pantalón.

Los otros rieron de buena gana. Mas no Verduga, que sólo sonrió al oír la canción. Momentos después, con una grave seriedad fatalista y sentenciosa, repitió lo de antes:

—Los machos no deben morir en colchón.

Lastre, que también tenía sus ideas al respecto, contradijo:

—Los hombres berracos pueden morí en cualquier parte.

Quedóse examinando detenidamente al manabita que reposaba sobre la hamaca. El bigote húmedo de alcohol, el cabello revuelto, el pie derecho colgando indolente, adornado con una, espuela embarrada; el revólver dormido bajo la funda. Y otra vez aquel cabello lacio tan diferente al suyo, recogido sobre sí mismo… Maquinalmente se pasó la mano por la cabeza y a su mente asomó la visión de los racimos de tagua que, apiñados, rodean los troncos de las palmas sombrías.

Sintió que odiaba a ese hombre; no sólo porque fuera blanco, sino porque tenía celos de él, y porque esa vida estaba rodeada de anécdotas que le repugnaban. A punto de gritar lo que pensaba y desafiarlo, se puso de pie violentamente y, sirviéndose otra copa, se retiró, no sin antes vencer la terquedad de sus compañeros, ya bastante embriagados.

Don Valerio caló esta actitud, y sentándose bruscamente también se limitó a lanzarle una mirada furibunda a Juyungo, quien ya se encontraba de espaldas.

Evidentemente, el licor rendía claros efectos en el turbio ánimo del *corvinero*, deudor de muchas vidas.

El Azulejo cantó nuevas tonadas, y siguieron bebiendo con cierto malestar en el ambiente.

Ya en la calle, Ascensión se sintió feliz, sin odio ni violencia. Olvidóse del eventual disgusto y, decidido, se encaminó hacia un ángulo de la plaza iluminada, a la casita que él sabía y Verduga también.

En el aire se diluía un agradable olor de bledos y escobillas. El hombre aspiró profundamente, expandiendo el ancho tórax.

Era la casa de María de los Ángeles Caicedo, una mujercita de unos veintiséis años, blanca, lánguida y feúcha, burlada por el primer hombre que la sedujera. Sobreviviente de una familia que había sido diezmada, un año atrás, por la disentería bacilar.

Los vecinos contaban que la peste vino con las garzas que, como nunca, inmigraron en grandes bandadas. Blanquearon con sus plumas las ramas de los árboles y andaban por los campos tan mansas y tan tristes, como las rosas mustias; que los muchachos amarillentos, semejantes a la pulpa de

las papayas tiernas, las atrapaban con la mano y se asombraban de su peso insignificante. Los Caicedo, naturales del pueblo, perdieron con la epidemia, entre otros miembros de la familia, a una linda chica de diecisiete años, en la cual los viejos cifraban toda su fortuna.

Aquel día, María de los Ángeles estaba sola. El único niño del destartalado hogar, jugaba en la calle. Padre y abuelo habían salido de cacería.

Ascensión se había hecho amigo de ella, y aunque siempre la requirió enamorado, María no lo aceptaba, hasta la fecha, como tal. Pero sobre todo sentía cierta curiosidad primitiva y femenina por este negro alto y fuerte, de diáfana risa y dientes perfectos, a diferencia de los suyos.

Lastre deseaba a esta mujer, más que nada, porque era blanca, con una voluntad de humillarla sexualmente, con sentimientos contradictorios.

Subió las escaleras sin hacer ruido, y desde el umbral la distinguió junto al fogón, toda vestida de negro. Sin medias, sus piernas parecíanle más blancas. El pelo largo y suelto caíale con gracia sobre las estrechas espaldas. Parecía más delgada que antes. Con una ojeada se percató de que estaba sola. Vaciló entre regresar a la plaza o acercarse más. Un algo le estorbaba en la garganta.

Se aproximó en puntillas y la tomó por los brazos. Ella pareció sorprenderse y encolerizarse.

—¡No sea tan atrevido! Nadie le ha brindado esta confianza.

Lo miró con fingida seriedad. Sus facciones regulares no le disgustaban del todo. Dudaba de su propia actitud. Una desconfianza para todos los hombres vivía latente en ella, desde que su primero y único marido la abandonara en su adolescencia…

—Vea usted, Marujita. Es que al verla tan ingrima, no pude resistirme a acompañarla. No sea mala.

Como él la siguió estrechando, ella pareció disgustarse más, a pesar de que, exceptuando el dinero, es el atrevimiento una de las virtudes que las mujeres más aprecian en los hombres.

—¡Suélteme, negro atrevido, o grito!

Lastre creyó que María trataba de ofenderlo. ¡Ay, si no fuera una mujer!…

Picado en su amor propio, resolvió insistir con más ánimo. Con fuerza la atrajo hacia sí y, cosa extraña, ella se debatía sin gritar ahora. Un acariciador mordisco en el hombro le arrancó un gesto, mezcla de dolor y aquiescencia al mismo tiempo. Fue cediendo gradualmente hasta que se dejó besar. Entonces la condujo suspendida en sus poderosos brazos hasta el dormitorio.

Después… Después, él se embelesó con los ojos en sus blancos y delicados muslos. Ahí, más que nunca, lo desazonaba el contraste de su piel, por un instante, con la de esa mujercita a la que tal vez no quería. Y, sin embargo,

se sentía satisfecho de su victoria. Era la primera ocasión que poseía a una mujer blanca. Y no le pareció cosa sobrenatural. Haber sentido estremecerse, gozar, suspirar, palpitar bajo sí a aquella muchacha blanca le daba más aplomo del mucho que tenía. Era un negro poderoso.

Unicamente las plantas de sus manos se parecían, en efecto, al cutis de ella; esto le hizo reír interiormente. A un negro sensiblero le hubiera afligido tal observación.

La muchacha le cuchicheaba. Pedíale que se la llevara. Le avisó que Valerio Verduga también la andaba molestando, y que en más de una charla habíale propuesto tenerla como mujer de asiento. Francamente, sólo había conocido un hombre en toda su vida, el cual desapareció un día sin el menor aviso, dejándole una niñita que murió a los pocos meses de nacida.

Lastre no ignoraba todo aquello, y el pasado no le importaba. No así lo de Verduga, que hacía avivar sus celos, ahora que se trataba de algo definitivamente propio.

—Nunca me imaginé que fuera a caer contigo —decía ella con acento veladamente apasionado y aparentando sorpresa.

—Nadie puede sabé lo que le va a pasá a uno —se limitó a contestar Lastre, y se puso a reflexionar sobre la petición de María de los Ángeles.

El hecho de ser un negro con mujer blanca, aunque no el primero ni el último, no dejaría de constituirle una intranquila posición frente a los otros compañeros del campamento que, a lo mejor, envidiosos, rondarían a su hembra. Y, lo que era más, no la quería lo suficiente todavía para amarrarle su vida. Preferible era tenerla de mocita, a la cual visitaría por las noches, así tuviera que volver de madrugada al barracón. Por lo pronto había que obsequiarle un vestido nuevo de medio duelo.

Sin quererlo casi, recordó que su tío el guerrillero tuvo más de una mujer blanca. ¡Ah! ¡Y qué horrores no había cometido con los blancos! Ese sí que los despreciaba y los odiaba. Sí, los despreciaba, si no, no hubiera dicho lo que dijo esa noche, durante la revolución del año trece.

Después de mucho cavilar, le prometió llevársela cuando terminaran los trabajos. Ella aceptó un tanto desconsolada.

De improviso se oyó como que subían las escaleras. En seguida, el ris ris de una espuela.

—¡Mi papá! —dijo la chica, asustada.

Lastre intuyó quién era y, sin alarmarse, se arregló y levantóse sin prisa.

Salió, vio a don Valerio recortado, indistinto sobre el marco de la puerta. Traía su *perrito* y una *peinilla*. Con la cara terriblemente pálida, los ojos habían perdido su inquietante frialdad característica, para tornarse fieros y sañudos.

Su voz enronquecida e insultante increpó:

—¡Baja, sucio Juyungo, si eres hombre!

Señalando con un gesto de desprecio a la muchacha, completó:

—Después subiré por esta perra flaca.

La mujer estaba sacudida de espanto. Durante infinitos segundos esperó que aquel hombre sacara su *perrito* y disparara sobre ambos.

Mas no lo hizo, quizás por vez primera en su vida.

Si le hubieran mentado la madre, no se hubiera sentido tan ofendido como se sintió al oír que Verduga trataba de injuriarlo con aquello de «Juyungo sucio». Un negro tolera que le digan negro, como cariño, no a guisa de insulto. Tentado estuvo Lastre de arrojarse sobre el insolente y tirarlo casa abajo, pero se contuvo. El hombre seguro de sí mismo no busca ganar tiempo. Por esto sacó, lento, un ancho machete que atravesaba la pared de caña, asomando hacia la calle su hoja larga y reluciente como un espejo. Bajó el segundo, y con aire reposado de coraje contenido, habló de esta manera:

—Vos me habéis insultado y me habéis buscao, ahora me vas a encontrá. ¡Yo soy un Lastre! Ya sabés lo que te quiero decí, ¿no?

Expectantes, las gentes se iban amontonando.

Los negros, inquietos, prevenían a los manabitas y a otros del pueblo mismo, con una posible intervención, a excepción hecha de Cocambo, que, aparentando neutralidad, secretamente deseaba mala suerte para Lastre.

Empezaron. Se atisbaban. Se medían, estudiosos, pretendiendo intimidarse recíprocamente. Fintearon, y Verduga se mostró hábil en el manejo de la *peinilla*, y mal intencionado también. Pero el otro, por su juventud, era más ágil y más fuerte, tanto que sus golpes eran parados con bastante dificultad.

Las opiniones se dividían.

—¡Dele de filo, paisano! Estos manabas serán buenos pa manejá la peinilla; pero nosotros somos duros y tenemos familiar con el machete —animaba Cangá, quien ya se había decidido por sus mayores simpatías.

Movimientos como equis, zetas y ocho refulgentes a la luz meridiana, venían hacia Lastre, desde el cuerpo filudo del arma, por instantes diagonal, del contrario. El poncho le hacía mucha falta a don Valerio en esos premiosos momentos para recibir en el brazo izquierdo, a modo de broquel, los peligrosos golpes del rival. Así lo notó y pesó su inferioridad, a despecho del alcohol que lo bestializaba.

Con todo, describió en el aire un veloz molinete y se lanzó al ataque. Cuando menos lo esperaba, fue tocado. Un ligero ardor y la sangre que le goteó a la camisa, le hicieron caer en cuenta de que había sido herido en la mejilla izquierda. Iba a sacar su infalible revólver, fiel perrito; cuando un disparo de fusil distrajo la atención de todos.

El teniente Político, que tenía mala ley a Verduga porque éste, en otro tiempo, le perseguía a su señora, y no por aquello de sus muchas cuentas con la justicia, halló el momento propicio para liquidarlas.

Cinco policías rurales, a quienes se reconocía más por los viejos fusiles que por sus uniformes, traían la consigna de capturarlo vivo o muerto.

El primer disparo fue hecho al aire.

En estado de embriaguez, nunca preguntó cuántos eran sus enemigos, sino dónde estaban. Por eso respondió con su revólver, disparando al bulto. Parapetado detrás de la casa de los Caicedo, contestaba al fuego, mientras amenazaba a Lastre para más tarde.

Las personas nerviosas se ocultaron a prudente distancia.

Ascensión, sin haberse alejado mucho, no sabía qué partido tomar. Aún distinguía claramente la pequeña herida que causara: al principio fue una raya de grasa; luego se hizo encarnada. De haber seguido la lucha, se habría desgraciado, sin duda. «Mejor así, que hayan intervenido los rurales», pensaba.

Entretanto, llegó el momento en que a Verduga se le agotaron los cartuchos. Impotente y loco de furia, arremetió a *peinilla* limpia contra los policías. Uno de ellos estaba ligeramente herido, y los dos que tenían fusiles no disparaban, esperaban. Los otros dos, que habían avanzado por los costados de la plaza montuosa, a rastras, para esquivar los disparos del revólver, se irguieron entonces.

Cocambo se mordió el labio inferior, al comprender que sus deseos le fallaban. Ascensión entendió que su enemigo estaba perdido. Y entre los dos, nada se había definido, nada todavía. Pensó que, para un hombre solo, cinco eran mucho; además, la presencia de la autoridad lo iba sublevando progresivamente, porque no le dejaban decidir una cuestión de honor. No podía permanecer por más rato indiferente.

Se lanzó sobre uno de los rurales que adelantaba por el lado más descubierto del *corvinero*, y tomándolo por la muñeca lo sacudió hasta desarmarlo.

Con temeridad, Verduga se acercaba cada vez más a sus inevitables capturadores. Abalanzándose contra el que estaba ya cerca, descargó un furioso tajo, que el rural esquivó, milagrosamente, con un esguince desesperado.

Dos nuevos tiros sonaron y su eco rodó entre los árboles. Don Valerio rodó también, llevándose las manos al vientre. Sólo una bala lo había tocado, y le había rasgado hasta el peritoneo. Revolcándose, trataba de contener los intestinos que se le iban por las heridas transversales. A su lado, la peinilla había caído de punta y osciló un momento.

Antes de que Lastre pudiera completar felizmente su intervención, el policía que se había salvado hacía pocos minutos, con venganza y ensañamiento

descargó un certero machetazo en el cráneo del herido, partiéndolo tan fácilmente como se parten en dos los calabazos jechos para convertirlos en mates.

Sobre el lodo suave que las bestias majaban, mezclándolo con sus excrementos, tendido estaba el muy mentado don Valerio Verduga Barberán, terror de la comarca; con los intestinos expuestos al fuerte sol del trópico y con los ojos perdidos en su propia sangre, en sus propios sesos y en sus propios secretos.

Largos minutos estuvo allí. Algunos de los gallinazos, que el difunto mirara temprano, comenzaron a volar fatídicamente en amplios círculos, y se asentaron otra vez en los caballetes de las casas, tomando posiciones para lanzarse en la primera oportunidad, mientras las moscas relucían sus alas más que nunca, entonando un fúnebre zumbido.

Aquella tarde, en la tienda de Felipe Atocha, se bebió largo, y se comentó poco. Espectáculo como el reciente, no era cosa que impresionara tanto, como para estar hablando todo el tiempo de lo mismo.

El Azulejo dijo apenas:

—Siempre es bueno ver un caso de éstos pa tené que contá.

Entonces justificó don Felipe Atocha, que nunca supo de los rodeos del finado por su hija:

—Sin tragos, don Verduga era un buen hombre, pero pureado... ¡Dios me libre!

—Puede ser, pero lo que yo sé es que ningún borracho se come su propia mierda —replicó Bautista Cheme, con un imperceptible movimiento de labios.

Y acabó el Azulejo:

—Lo que siento es que mi parcero Juyungo va a pasá algunos días en la chirona. Hasta vwnz tdanqucarse del viaje.

Cocambo empinó el codo, y después de ingerirse un tercio de vaso, carraspeó ruidosamente.

En efecto, el teniente Político impuso a Lastre un *siete treinta*.

Varios trabajadores fueron a gestionar una rebaja de la condena ante el funcionario. Todo lo que pudieron hacer fue abonar los treinta sucres de multa, colectivamente.

María de los Ángeles, pariente lejana del Político, acudió también, con mal disimulada angustia, a interceder por el hombre que quería. No consiguió otra cosa que promesas evasivas.

Hacía de cárcel una tenducha insegura y sucia, donde rara vez había un preso. Lastre permaneció todo el tiempo envuelto en silencio hostil, sin

protestar ni explicar nada. Casi le parecía que había procedido bien, así como tenía la evidencia de que María de los Ángeles lo había llegado a querer locamente. Para ella, los siete días de su condena eran pretexto de asiduas visitas, acompañadas de valiosos servicios y
atenciones.

Pero sus efectos fueron contraproducentes. El hombre empezó a dar muestras de hastío, lo que lastimaba profundamente a la sensible mujer. Ascensión, desacostumbrado a recibir afrentas, tal vez fuera de su conciencia iniciaba represalias contra ella, por sus pasadas actitudes en apariencia despectivas. Como se sentía amado, se echaba para atrás.

Cuando no estaba María, la lobreguez del sórdido cuartucho lo exasperaba y lo inclinaba a pasar mirando largos ratos por las rendijas la vida vegetativa del pueblito, o la selva que lo invitaba a fugar. El ansia de volver a ser libre como los pájaros del monte, le alargaba los días de cárcel. Porque con el ansia y con la espera, cada día era un siglo entero.

Llegó la tercera noche. Se sentía solo, María distante. Recontó su vida agitada, empujada por algo que llevaba en la sangre, en lo profundo. No podía establecerse en ninguna parte. Así fue, así andaría siempre. ¿Sería una maldición, acaso? María de los Ángeles era buena y blanca. Por coincidencia, su nombre se acerca al de aquella joven cayapa que no quiso juyungo. No donde entierra cayapa no entierra juyungo. Los cayapas no quieren al juyungo, bobera de los indios. El blanco se ríe del cayapa y se ríe del juyungo, bobera de los blancos. Pero el negro también tiene su orgullo. Sí, señor. Él, al menos. Y odiaba a los blancos; a los indios, no. Ni a los cayapas ni a los colorados. Había aprendido, si no a tenerlos en menos, a comprender su ignorancia y costumbres; pero con los blancos era diferente. Ellos despreciaban a los de su raza, los ladeaban, y decían los viejos que antes era peor.

Y en otras partes, un negro diz que no podía vivir. No entendía esto. ¿Por qué? No le quedaba más recurso que odiarlos. Pero le habían ocurrido dos cosas trascendentales el día anterior: se había acostado con una mujer blanca y había intervenido en favor de un blanco enemigo. ¿Sería porque lo quería arreglar de cuentas él solo? ¿Sería un alarde de desprendimiento y generosidad para el adversario en situación desventajosa? ¿O sería para lucirse frente a los otros negros? No, esto no. Él no necesitaba de tal situación. Debía ser que no odiaba a don Valerio con toda su fuerza. A lo mejor su aversión se iba debilitando, como se resquebrajó ese día en que terminó el baleo de Esmeraldas y dirigió la palabra a aquel muchacho que dijo llamarse Nelson Díaz. Como que había oído que lo habían mandado a estudiar en Quito.

Umjú... ¿Por qué pensaba él estas cosas? Tonteras. Cayó en la realidad. Estaba preso. Una rabia frenética le fue creciendo. No podía esperar a cumplir los siete días.

Se acercó a la puerta y empujó. Nada. Hizo un esfuerzo y embistió con violencia. El viejo candado que la aseguraba por fuera, cedió. Ni un centinela, y la luna jugando en el hueco de la noche sobre los techos pajizos y en el follaje perennemente tierno.

No quiso acercarse a la casa de María. Tomó el camino del campamento, sin prisa. Se iba serenando.

Entre la maleza había mil sombras que hacían señas, hojas blancas como ánimas, ruidos misteriosos. Otro que no fuera él, se habría asustado.

Caminaba, y sin pensarlo, asomaba su vida pasada como en el cine. A la madrugada se encontró frente al barracón del campamento.
Desde que se ubicara por estos lados, habían transcurrido dos años.

Capítulo VI
EL KILOMETRO 18

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Jadeando, por aquí pasarán un día ruedas tremendas. Los crótalos alborotarán la sonaja de sus cascabeles, sacudiendo la duda de los caminos y confundiéndose con las bestias espantadas. El bordón de la marimba de ocho sonidos escalados quedará sin acompañamiento de cantos y tambores. Sólo el coro de aves madrugueras vivirá en los montes. El cielo siempre será claro en las noches despejadas y lunadas, propicias a los aparecidos y a los enamoramientos abismales. Y cuando sea oscura, más que con los ojos, viviremos la selva con los oídos. Pero nunca desaparecerá el vaho tibio y aprisionador de la yungla; agarrador, como una mujer de grandes funciones ováricas.

Algún día habrá roncos rumores de máquinas. Algún día. Aunque ahora sólo sea sexo masculino en la femenina y chúcara manigua.

Torsos desnudos y musculosos que el inconstante sol de la montaña retuesta y moja en sudor agrio, se inclinaban y erguían, se trasladaban y paraban dentro de un callejón trunco, bordeado de árboles enormes, de cuyas ramas se desprendía una algarabía de pájaros que, segundo a segundo, salían como disparados por hondas y caucheras.

Todos se afanaban por acabar temprano sus tareas. Los más resistentes alcanzaban hasta cinco diarias que, en apariencia, significaban buen jornal. Lastre era uno de ellos.

Ya hacía algunas semanas que estaba con sus compañeros. Al día siguiente de su escapada, había venido la Caicedo, siguiéndolo. Llegó pretextando ser portadora de la buena nueva, que el viejo teniente Político no pensaba mandar ninguna comisión para capturarlo, pues solamente reclamaba el pago del candado roto. Sin pedir consentimiento a Ascensión, ella se quedó en el campamento y fue metiéndose poco a poco en su vida.

En el par de amplios barracones enclavados a la vera del mozo carretero, había contadas mujeres: un par de ex prostitutas acholadas, recogidas en Quito por dos negros noveleros; unas pocas zambas y negras venidas de lejos tras de sus maridos, y una voluminosa negra que cocinaba a unos pocos, nacida en la isla Pepepán. Había enviudado por tres veces, y en la imposibilidad de hallar un cuarto marido, por cuanto tenía adquirida la fama de *mal bajo*, se veía forzada al celibato.

Estaba allí sólo por cuidar a su ahijado Críspulo Cangá. María de los Ángeles hizo con ésta sus mejores migas.

La gorda Cristobalina decíale a la blanca:

—Buen hombre te habís llevao. Es negro como yo, pero la color no le ofiende. Es negro fino, bien labrao. ¿Te habís fijado bien? Ya se lo quisieran algunas.

—Umjú. Todo será, pero creo que no me quiere. Cuando andaba detrás mío, mis amigas me decían: «No importa que sea negro; los negros saben querer y estimar mucho a las blancas…». Y ya ve usted.

—De eso no te preocupes, hija. Atendeme bien. ¿Conocés vos ese pajarito colorao que mientan brujo? Hacé que te cacen uno. Le sacás el corazón y en esa sangrecita mojás las cuatro puntas de un pañuelo tuyo. Entonces se lo regalás a Lastre y verás cómo lo enchimbás, hasta ponerlo más manso que un pollo choto.

Felipe Atocha o don Feli, como lo llamaban algunos trabajadores, había progresado a ojos vistas.

Arriero de Cotacachi, en sus mocedades traficó con sus alpargatas por las rutas de San Lorenzo; desde los inhóspitos páramos andinos, hasta las cálidas playas de Ancón de Sardinas. Posteriormente anduvo por las vías poco trilladas de Santo Domingo. Ganó alguna fama de baquiano y de rumbero.

Siempre salió con suerte y se ayudó con adulaciones ante diferentes patrones. Contrabandeó cuando no hubo peligro y practicó un hábil y disimulado cuatrerismo.

Cansado de esa vida, cuando reunió algún dinero se estableció en Santo Domingo y se casó con una viuda del pueblo. En general, comerció sucio. Con los indios colorados realizó beneficiosos trueques: el caucho, las pieles y una que otra cabeza de ganado, ingresaron en su haber, a cambio de espejos, collares y zarazas chillonas. Cuando tuvo su única hija, no faltó quien dudara de su paternidad.

Años andando, comenzaron los trabajos de vialidad y los negocios mejoraron aún más. Fiaba a los peones, con recargos y sobre prendas, para hacerles descontar los sábados por el pagador, que era su «socio».

Bajo los acentos circunflejos de sus cejas, resbalaban sus ojillos codiciosos y serviles. Pero su corazón se amargaba con el despecho que le proporcionaba su mujer, quien no vacilaba en despreciarlo desde siempre, por su manifiesta ascendencia indígena. Ella, Faustina, era todavía una blanca jamona apetecible; pero su hija Jacinta, aunque acholadita, lo era mucho más.

Para el señor ingeniero don Martín López y Bueno, las dos mujeres no pasaron inadvertidas. Propuso abiertamente a don Feli que le concediera a

su hija como su *compañera* en el campamento. El no estar en Quito, donde podría tener más de una mujer, no era un gran problema en aquella parroquia, para el linajudo exalumno de los jesuitas. Por eso cortejó también a la señora, con la vista gorda del marido, obteniendo halagadores éxitos.

Atocha no era hombre desperdiciador de oportunidades, y para demostrarlo, cedió a Jacinta y solicitó, en cambio, el puesto de bodeguero en el kilómetro 18, y puso como su ayudante al negro servil y cómplice que apodaban Cocambo.

Entonces sí que llegaron las verdaderas ganancias. Recargábanse los precios con cualquier pretexto, y muchas herramientas desaparecían misteriosamente. Marchaba todo sobre polines. Y hasta su propia mujer parecía que le despreciaba menos.

Felipe Atocha era un católico fanático y un hombre realmente feliz. Al atardecer, contemplaba satisfecho el paisaje desde la casa donde estaban ubicadas las bodegas. Miraba la del ingeniero y sentíase él mismo como el auténtico ingeniero.

Contemplando la negrada semidesnuda, sobre el terraplén flamante y las picas indecisas, entre la yunga bravía y la mano implacable del hombre, se sentía amo y señor de un gran rebaño de raras bestias, casi hormigas, casi monos. Sólo turbaba de vez en cuando su dicha, la nostalgia de su *llacta*, confundida en la serranía. Si su mujer no hubiera tenido que quedarse en el pueblo, atendiendo la posada, abríase sentido mucho más feliz. Así y todo, daba profundas gracias a Dios por tanta bienandanza.

Desde la muerte de Valerio Verduga Barberán, Ascensión hablaba menos. Sentía que su odio racial flaqueaba. ¿Dónde había fugado la frase de su feroz tío? ¿Había ayudado o no a un hombre que no sólo era blanco, sino su enemigo? Y, para colmo, le pareció que iba enamorándose de la Caicedo. Pero él sabía disimular, él no se lo demostraría. No, no podía ser.

Vagamente sentía una nostalgia de ambiente. Cierto que ya en otras ocasiones se encontró por semanas y meses en bosques y montañas cundidas de bichos. Pero nunca permaneció tanto tiempo, años, rodeado de tanta selva, entre espesas paredes de árboles por donde corriera la vista. Sólo el tajo sangrante del carretero, metiéndose siempre, cada vez más adentro, hendiendo y desbrozando. Nostalgia de paisajes: ver lo lejano, dormido en la sombra, el mar o el río, el lila lomerío corcovado y nudoso, y el río. El río era su madre, su caballo, su amigo, devolvedor de la tranquilidad.

Anhelaba regresar a quebrarle el lomo con el canalete, meterse en su frescura, oír sus canciones. Los que había por estas montañas de Santo Domingo no eran ríos, sino mal nacidos esteritos que lo sacaban de quicio. No era que no amase la selva, no. La amaba como a su propia persona. Pero también quería al río por igual.

Una tarde, antes de la oración, él y Críspulo, alzados ya del trabajo, sudorosos y lentos, con las herramientas al hombro, venían charlando por

las gruesas raíces mal quemadas del carretero no destroncado. A medida que avanzaba, el piso aparecía bajo sus plantas gradualmente más limpio y acabado. Al doblar una curva, asomó bordeado por una alta masa de árboles, un largo tramo pulido y ocre, en perfecta perspectiva. Casi al comienzo de la recta, en dirección opuesta a ellos, venían dos mulas cargadas y seis hombres.

Azulejo escudriñó con más atención que el compañero y preguntó entonces:

—¿A que no sabés quiénes son ésos?

—Yo qué voy a sabé. Ni me importa quiénes sean —contestó agriamente.

—Son estudiantes que vienen de Quito y van a pasá sus vacaciones a su pueblo. Dicen que son buenos muchachos; pero que no les entra la disciplina. Es que siempre los esmeraldeños nos hacemos sentí en cualquier parte. Pa' valiente el esmeraldeño, pa' inteligente el esmeraldeño.

Medio disgustado, Lastre replicó:

—Vos eres exagerao Cangá. Pa mí que en todas partes hay gentes talentosas y arrojadas.

—Puede sé. Pero lo que yo digo también es la verdá.

—Bueno, dejemos eso ahí no má.

De los seis caminantes, el uno era un arriero ñaruzo y rotoso. Los cinco eran estudiantes nativos de Esmeraldas; cuatro de los cuales tenían rasgos negroides inconfundibles. Las dos mulas traían las maletas. Uno de los jóvenes zambos, llamado Antonio Angulo, venía cantando con sentida y buena voz:

Esclavo soy, negro nací
negra es la suerte para mí.

Los otros caminaban difícilmente, mientras el canto ondulaba dolorosamente bajo el cielo gris, acompañado por un gárrulo viento del suroeste.

Cuando llegaron frente a los barracones, Críspulo Cangá los llamó por sus nombres; luego acudieron otros peones a recibirlos. Se saludaron con esa jubilosa solidaridad que nace cuando se está lejos de la patria grande o de la patria chica.

Lastre, que no se había preocupado de los viandantes, tuvo la gran sorpresa de reconocer a uno de ellos, al rato de haber llegado. La cara de ese blanquito, él la había visto ya.

—¡Oí! ¿Vos no sos el mismo Nelson Díaz que estuvo en la guerrita de Esmeraldas de mil novecientos veintiséis?

—Sí, yo era. Y tú eres el sobrino del comandante Lastre, ¿no?

—Umjú. Mire qué cosas. Hacía tiempo que no te veía.

—Ni yo tampoco.
—Te habís cambia'o. Ya estás hecho un hombre. Allí eras un mocoso. ¿Y de dónde venís ahora?

—De estudiar en Quito seis años. Estaba a punto de graduarme, cuando me expulsaron por una huelga.

—Malo —respondió Lastre, moviendo la cabeza.

Se notaba que era el mayor de los estudiantes. Había ido al colegio, retrasado, como tantos jóvenes de familias pobres, que se ven precisados a hacer trabajar a sus chicos.

Fuera de Nelson, los otros jóvenes traían los pies hinchados, que asomaron regorditos al desvendarse. Cristobalina y María de los Ángeles les prepararon sendas bateas de agua caliente para que se les desinflamaran.

Aquella tarde, los viajeros desquitaron los cuatro días de privaciones del camino semidespoblado. Comieron tamales de puerco, empanadas calientes, arroz con menestra y *bala con chicharrón*, y café puro; todo costeado por los peones más conocidos y generosos, que en su infancia habían sido sus compañeros de escuela y de juegos callejeros.

Terminada la merienda, ya entrada la noche, bajo la vacilante luz de los candiles, se reunieron automáticamente por grupos, alrededor de los nuevos, junto a las tarimas que hacían de camas. En otros días, a esa hora, jugaban a la caída y limpia o a la veintiuna, hacían competencias de fuerza al dedo, a la mano o a la lucha; finteaban con los machetes, bailaban al compás de cantos y guitarras, o narraban anécdotas y chistes verdes; todo en medio de una gran algazara. Era una verdadera «merienda de negros».

Pero esa noche no. Bautista Cheme y Cangá se reunieron en el grupo donde estaba el tal Antonio Angulo y otro estudiante cuarterón, llamado Max Ramírez. En su pueblo, éste era una especie de *niño bien*. Se daba sus modos para disimular su complejo de inferioridad y su reducida capacidad mental, puesta a prueba en varios colegios capitalinos, como lo demostraba su reciente pérdida de año. Mas, algo aprovechó en su vida estudiantil: bailes nuevos y prácticas deportivas.

Si en verdad los atributos raciales de Angulo eran más acusados, tenía ciertas maneras de blanco educado y un hablar correcto. Por su frecuente comportamiento disparejo, fue siempre un problema para maestros y condiscípulos.

En otro grupo, el estudiante Nelson Díaz, con su pelo lacio requemado y revuelto, mostraba un rostro grave que sonreía de vez en cuando, haciendo lucir ligeramente un diente de oro. Junto a él, Lastre, y a continuación, Manuel Remberto, enjuto, con la mirada febril, vistiendo una gruesa camiseta parchada.

Ascensión le había apoyado una mano sobre uno de los hombros huesudos.

Hablaron de muchas cosas. Recordaron algunas diabluras que habían hecho en su Esmeraldas, cuando eran chicos. Rieron, cantaron y no faltó trago.

En sus grupos respectivos, Nelson y Angulo se interesaron por las condiciones de vida de los peones en el campamento. Se percibía un notorio descontento. Los trabajadores desertaban y había surgido más de un altercado o riña entre ellos y los empleados o jefes.

Las mayores acusaciones iban contra don Feli, el pagador, Cocambo y los sobrestantes, quienes estaban amparados por el ingeniero. Algunos de los jornaleros que abandonaron el trabajo, habían viajado a Quito, alistándose en el ejército y formando contingentes de macheteros para la región amazónica. Otros, salieron a aventurar, simplemente, o regresaron decepcionados a sus lares.

Por su parte, los dos jóvenes informaron que ellos habían sido expulsados del Colegio donde estudiaban. Fue por una huelga, poca cosa. Pero a Díaz le costó seis meses de cárcel. Por lo pronto, Nelson no pensaba bajar a Esmeraldas, porque las inevitables recriminaciones familiares se le harían fastidiosas. Angulo, en cambio, no tenía familia y le daba lo mismo quedarse en cualquier parte. Trabajarían en el campamento como peones, hasta resolver otra cosa.

Max Ramírez bailó un poco con María y lamentó que fuera mujer de un negro. Deseó con vehemencia que llegara la mañana siguiente para seguir el viaje y librarse lo más pronto de esa chocante negrería, que le recordaba, a su pesar, sus parientes a quienes no reconocía como tales.

La parpadeante luz de los candiles y de las velas parafinadas fue debilitándose, al mismo tiempo que el ruido de los barracones arrullados por la selva en noche. Los grupos fueron desapareciendo, dejando sólo vaho de trago, humo fuerte de tabaco curado que ahuyentó a las plagas, y un aire pegajoso y caliente.

Desde el suelo y hasta las tarimas más altas, cercanas al techo, se izaban los mosquiteros fantásticos, cual velas cuadrangulares de variados colores, en las balandras del sueño. Solamente uno que otro parche estampado desentonaba. Afuera, murmuraba la yunga nunca muda, la profunda ch de la chicharra, y los rumorosos seres que juegan con la vida y con la muerte…

Aquella noche hubo desvelados.

Gallos de riña, con su agudo y corto canto señalaron la media. Gallos cutumbos, cantando larga y roncamente secundaban.

Ascensión Lastre no dormía. En la semioscuridad se esforzaba por identificar el rostro y el cuerpo de su mujer, desdibujados. Repetíanse en su mente imágenes de su movido pasado como el río Tululbí. Una inconformidad inexplicable le hacía revolverse en la tarima, hasta que su mujer se despertó y averiguó lo que tenía. El odio para los blancos lo sentía ya menos agudo, cada día. Aquel trato con esos estudiantes que eran casi blancos, contribuyó también. Ahora empezaba a sonarle medio feo la frase de su tío: «Estoy monta’o sobre la raza blanca». Y sin embargo… si poseía a esta mujer, que en ese instante le rozaba las costillas, tal vez era por vengarse

de la raza a la que tanto odiara su tío. Pero a veces lo inundaba una ternura fugaz y primitiva para María de los Ángeles.

Él había odiado a Valerio Verduga Barberán, pero ahora existía una persona a quien odiaba más profundamente y con repugnancia: Cocambo, aquel negro grandote que adulaba al ingeniero y a don Feli, y que no dormía con los jornaleros en los barracones. No le temía, lo despreciaba. Necesitaba un amigo que le aclarara sus dudas: Quizá Nelson, que iba a quedarse en el campamento.

Bajo su toldo impenetrable, Antonio Angulo se sentía fuera del resto del mundo. Se instalaría entre los negros. Él también era negro, a su despecho. Posiblemente se identificaría con ellos, y se conformaría. Su apellido de negro, en ocasiones lo avergonzaba. No era de negro, de negro era Cangá. Pero Angulo era español. Entonces no era de él ni de sus abuelos esclavos. Era de ellos. ¡Maldita sea! ¡Y cómo le gustaban las mujeres blancas! Lastre tenía una, mas no era gran cosa. La serranita aquella que vivía cerca del Colegio, sí que era linda. Pero cuando él se atrevió, ella lo insultó: «Zambo carcoso», y él quedó desarmado, fingiendo no oír nada. Si hubiera tenido plata…

Un cocuyo pasó haciendo signos luminosos. En el otro barracón, un niño tierno lloró de hambre. Ronquidos anónimos de gente que dormía su cansancio. Gruñía y hozaba un cerdo en un puntal. El aire caliginoso se iba enfriando paulatinamente y el sueño quería invadirlo todo.

Y a pesar de ello, bajo su raído mosquitero de zaraza floreada. Manuel Remberto tosió dos veces. Sudaba y pensaba en las cosas que Nelson dijera sobre los trabajadores. Estos muchachos no creen en Dios y andan con ideas en la cabeza; pero no son malos. Él estaba de acuerdo en muchas de las partes que ellos contaron, menos en lo de Dios. Porque si Dios no existiera, ¿quién habría hecho el mundo y los cristianos y todo? Lo único malo es que Dios tiene que atender a mucha gente y por eso a veces se olvida de los pobres. Pero ese olvido es para probarlos si son buenos cristianos. Un mosquito le zumbaba melifluo junto a la oreja, y lo dejó picar. Su mujer y sus dos criaturas estaban lejos, en el pueblo. Tendrían necesidades, más él regresaría con platita y compondría el rancho. Dios tarda, pero no olvida —se dice. La espalda le dolía sordamente.

Nelson Díaz hubiera querido ser más negro. Era muy blanco por fuera, a pesar de que su abuela era una mulata oscura. Sólo él, frente a un espejo, se encontró rasgos negroides. Claro estaba, la dirección de las ternillas de su nariz. Amaba todo y odiaba poco. A menudo estallaba en una sana alegría de vivir que contrastaba con su rostro serio. Como no tenía mosquitero, fumaba y se sentía feliz con el toldo que hacían las estrellas entre las copas susurrantes e imprecisas de los árboles. Un moderno sembrador echa su semilla por donde va y oportunamente. Él la dejaría aquí.

Seis meses de cárcel no le pegaron. Era hombre duro. Si habló esta noche de esa prisión, fue deliberadamente, por cobrar cierto ascendiente moral, no porque se quejará. Si fuera a reunirse con su familia, le dirían que era una mala cabeza, que no sabía apreciar sacrificios. Él no estaba para escuchar

sermones. Una seguridad de sí mismo forjaba su destino. Tenía una ruta y nadie lo apartaría de ella. Por eso se durmió en paz.

Y María de los Ángeles, ya sin poder reconciliar el sueño, notó que el corazón del brujo no era eficaz. El hombre seguía lo mismo. Si no, ¿por qué no contestó cuando ella le preguntó lo que le sucedía?

El roce de las piernas de aquel joven desconocido con quien bailara tempano, le hizo notar que ella ea una tonta por encariñarse con un negro. Mas, era un hombre fornido que la satisfacía y podría darle también un lindo zambito, alto y fuerte.

Ella extrañó a su viejo y a su madre muerta y lloró en silencio, hasta que una mano callosa y grande le acarició la tersa espalda, y un cuerpo caliente y recio la abrigó consolándola.

Al día siguiente, cuando los tres estudiantes reanudaron su marcha, los dos que quedaron, presentáronse al sobrestante y se engancharon. Acertó a pasar el señor Martín López y Bueno, precedido por dos muchachones cadeneros que conducían el teodolito y los jalones.

Los miró detenidamente, con una sonrisa que parecía ser cordial.

—Ustedes deben ser los estudiantes expulsados, de quienes tuve anoche mismo noticias.

—Sí, eso éramos —enmendó Díaz, secamente.

El ingeniero continuó.

—Cuando uno es muchacho, siempre comete locuras sin pensar en las consecuencias. Yo también he tenido veleidades propias de esa edad; pero ¡cuán impulsivo he sido! —rió forzadamente—. Por eso no estoy muy de acuerdo con el castigo que les impusieron. No era para tanto. Mientras se porten aquí como jóvenes correctos y sensatos, no tienen nada que temer. —Hizo una pausa, como si esperara una promesa, y prosiguió—: No creo que este trabajo sea el que más le convenga. En fin, ustedes lo han escogido. Estas faenas son para la gente de color, atávicamente acostumbrada.

—Entonces puedo desempeñarme bien —repuso Angulo.

—Sólo basta ser hombre para adaptarse —agregó Nelson.

—Vaya, vaya. ¡Qué jóvenes más susceptibles!

Se quitó parsimoniosamente el casco de explorador inglés, y se retiró con su andar acompasado.

Los jóvenes lo siguieron con la vista, y Díaz moviendo la cabeza y torciendo un poco la boca dijo:

—¡Qué discurso!

Los peones más amigos los instruyeron en el modo de hacer más efectivo el manejo del zapapico y la pala, y a seleccionar, al ojo, las tareas más fáciles. Lastre y algunos más, les ayudaron a sacarlas. Pero aún, con toda esta ayuda, por la noche durmieron desde temprano, con el cuerpo molido.

A medida que los días pasaban, sentían amortiguados los efectos del fuerte trabajo. Nelson revelábase más resistente, tanto que se daba tiempo para ayudar al camarada.

La amistad de Lastre les interesaba, la ingenuidad de Manuel Remberto les sugería, la ingeniosidad del Azulejo, los divertía, y la servicialidad del mulato Bautista los satisfacía.

Ambos estaban viviendo intensamente la vuelta a la Naturaleza, a esa Naturaleza cálida y primitiva que les removía sus infancias inquietas como saltamontes. Ambos se complacían en hacerse más hombres en esas faenas para hombres. Se templaban y aprendían. Pues sólo aprende quien vive.

El ingeniero pasaba todas las mañanas, húmedas generalmente, y se empeñaba en hacerse más antipático. Los dos cadeneros se internaban en la maleza para clavar los puntos de mira y las estacas, o bajaban a los huaicos peligrosos y desconocidos desapareciendo por largo rato. Los macheteros y hacheros picadores, nunca dejaban de matar más de una culebra fina por día, y los sobrestantes nunca olvidaban anotar tareas menos a los cuadrilleros, aunque los pagos anduvieron retrasados y los salarios rebajados.

Siempre había enfermos en los barracones. Bautista tenía ya una gran llaga en la pierna, Manuel Remberto parecía tuberculoso y Cangá comenzó a sufrir tercianas. Casi todos comían mal y vestían peor; pero el buen humor nunca les faltaba. Reíanse siempre con su risa de tagua.

Los dos estudiantes también vivían con todo esto, y hervían por dentro. A menudo hablaban y catequizaban confidencialmente. Los que les escuchaban con mayor interés eran Lastre y Manuel Remberto. Algunos pensaban que tal vez todo eso era bueno; pero no pasaban de pensarlo.

Un día, mientras almorzaban, Ascensión confió a Nelson toda la duda que lo atenaceaba, mientras María de los Ángeles iba y venía con los platos de hierro enlozado, y los ponía en el cajón de kerosén vacío que les servía de mesa. Díaz reflexionó un poco y habló de esta manera:

—Si tu tío dijo lo que dijo, tendría su razón, y si hizo lo que hizo, eso podía explicarse de algún modo. Pero si has hecho bien o mal al tratar de defender al difunto Verduga, no soy yo quien ha de juzgarte, ni voy a ser el que va a averiguar qué móviles te indujeron a hacerlo. Todo hombre comete alguna vez en su vida un acto que parece no pertenecer a ella. Por lo demás, no debes darle importancia a ese asunto. ¿Me entiendes?

—Umjú. Pero es que yo antes no podía ver ni pintados a los blancos. Y ahora…

—Ajá, parece que todos los blancos no te son odiosos, y ya no sientes a todos como enemigos. —Hizo una maliciosa seña con los ojos, alusiva a María de los Ángeles, y continuó—: Fíjate en mí. Cualquiera me confundiría con un blanco y ahí me tienes, yo odio a ciertos blancos, enemigos de todos nosotros.

Calló un instante y enarcó las cejas.

—Ten siempre presente estas palabras, amigo mío: más que la raza, la clase.

El joven Lastre pareció comprender y sentir.

Esto ocurrió un día de mucho sol y fiesta patria.

La peonada, en su mayoría, se fue a celebrarla al pueblo, como de costumbre, con lidias de gallos y trago nutrido; pero Cocambo tenía otros planes. Conquistó a una media docena de peones, entre los que estaba Cangá, el cual comunicó el plan a Lastre y al estudiante Angulo, quien juzgó la aventura como algo que en cierto modo lo beneficiaría, aunque en su interior se debatieran sentimientos contradictorios. Resolvió y se dijo con gran esfuerzo: «Uno necesita vivir y vivir en todo sentido».

Ascensión se negó a ir, argumentando que prefería quedarse haciéndole compañía a su mujer.

Se marcharon bien dispuestos y aperados a hacer una visita a la decadente y disminuida tribu de los indios colorados que practicaban matrimonios consanguíneos. Estos residían montaña adentro, desparramados en grupos de tres o más familias. Cocambo disfrutaba de la amistad de un viejo indio, con quien había bebido en más de una ocasión, y para donde él se encaminaron.

Hollando el sendero oreado, iba delante el negro gigantón; con su tremenda fuerza tronchaba al paso las jóvenes matas de plátano, con violentos puñetazos. Era hábito exhibir su voluminosa musculatura, andando a veces con el torso desnudo, sin motivo. Su gran estatura y corpulencia le hinchaban el pecho, de vanidad, como a un pavo. Los que lo seguían, lo admiraban y temían en secreto, en ese instante; pero lo despreciaban por servil y adulón de los jefes, y porque negreaba a los demás como si fuese un blanco.

—¿Cuál es el verdadero nombre de este Cocambo? —interrogó Angulo a Cangá.

—Tolentino Matamba.

—¡Que raro nombre!, tan raro como el tuyo. Esos sí son verdaderos nombres de negros.

—Es que el padre de él y el mío no eran de por estos la'os. Vinieron de no sé dónde. Unos dicen que se cambiaron los apelativos, porque venían de huida,

desde Colombia, por una diablura que hicieron o porque estuvieron comprados por un señó. Yo no sé qué mismo sería.

—Ahá.

Después de dos horas divisaron unos ranchitos cubiertos de bijao. Las indias mozas huyeron y se escondieron en los matorrales.

El indio Segundo salió a recibirlos.

Sorprendió a Angulo lo oscuro de sus dientes, que estaban así manchados con savia de un bejuco para evitar la caries. Viéndoles la piel pintada de rojizo achiote, que estos indios denominan árbol de la *sangre*, comprendió por qué les llamaban colorados. Más tarde averiguó que aquello de pintarrajearse de rojo corresponde a una superstición: es la presunta defensa de una raza que se extingue; en ese color del rojo achiote, están adorando a la sangre, fuente de la vida. Y esa cabeza así repeluzada tan originalmente, como una choza también roja, habría sido la misma de los legos mercedarios, si hubiera estado tonsurada.

Cierta sonrisa burlona asomó a los labios del joven.

Cocambo empezó gerundiando:

—Nosotros viniendo a visitarlos, compadre Segundo. Hoy día de fiesta, tomando un poco.

—Eso estando bueno, entren en mi casa, yo llamando otra gente.

Aparecieron más indios desconfiados, y mujeres hechas, con los senos ya de madres, trayendo niños desnudos. Mas las indiecitas nubiles, las mejores, siguieron escondidas. Esto contrarió un poco a Matamba y compañía.

Sin embargo, brindó a pico de botella.

—Toma, compadre Segundo, leche de tigre. Estando bueno. Hasta quita la fiebre —y chasqueó ruidosamente la lengua.

Hombres y mujeres siguieron. A los indios se les hacía beber más, y ellos se sentían agasajados. Vencidos por el alcohol, varios disparataban, otros se adormecían. Las mujeres, ya piques, descuidaron a sus chicos que lloraban o se revolcaban entre excrementos y orinas que chorreaban a través del piso de caña.

Cada visitante cogió la suya. Ellas se dejaban hacer sin protestar. La lubricidad de los hombres se desenfrenaba y Cocambo saltaba de una a otra, insaciable.

Después de la primera, Antonio quedó triste, sin saber por qué, y no, no estaba borracho; pero le mordía una indefinible tristeza. Hasta se arrepintió de haber ido.

A su lado, la india, desgreñada, se había dormido con el sexo lampiño descubierto, y entonces él le echó un trapo encima.

Cangá estuvo alegre como siempre y se hubiera sacado un ojo por tener allí una guitarra o una marimba.

Matamba saltó del rancho como un fauno, había descubierto algo. Corrió atravesando un mezquino yucal y, delante de él, Antonio vio a una indiecita despavorida, de unos once años. Rápido la alcanzó y la derribó. La niña gritaba y se defendía como podía. El hombre reía triunfante.

Y he aquí que de pronto surgió desafiante la figura de Lastre.

No faltó quien supiera que venía a disputarle la presa. Pero no, soliviando a Cocambo por el cuello de la camisa, le increpó:

—¡Eso sí que no lo vas a hacé, hijo de perra!

El otro, mudo de ira, llameaba las pupilas. Acosado por el deseo de acabar de una vez con el adversario, que conocía peligroso, se zafó hábilmente y le envió un violento puñetazo, que Ascensión paró en vilo.

Los rodearon los demás.

—¡Que nadie se meta!

—¡Negro grandote; pero bamboya no más! —animaba el Azulejo.

Los dos gigantes de ébano se trenzaron luchando cuerpo a cuerpo. Rodaron por el suelo, entre unas cáscaras de plátano y chamizas. La reciedumbre y agilidad de Lastre era manifiesta, no obstante, su menor cuerpo.

Angulo intentó separarlos; pero Cangá lo tomó del brazo y le dijo:

—No se meta, amigo. La gente morena peleamos así, hasta el último, en el suelo, a todo rigor. El que cae debajo, chupa.

Los hombres empleaban toda forma: la cabeza era un ariete temible en ciertos momentos, pero más lo eran los dientes formidables. A veces podían emplearse hasta las uñas y apretones a las partes nobles. Todo era permitido.

Por eso, ay del que cayera; sólo el humillarse, pidiendo perdón, podía salvarlo.

Se levantaron y se aflojaron, Lastre acometió, pero fue rudamente contragolpeado en el pecho y tambaleó. El otro se le fue encima para aniquilarlo. Lastre se repuso y rodaron anudados. La sangre corría ya. Jadeaban. Por un instante, Ascensión logró montarse y disparó crueles golpes que estremecían.

Cuando se levantó, Cocambo yacía inconsciente, la nariz fracturada y dos dientes menos. Hilos de sangre manaban y rodaban por su cara tumefacta.

Azulejo no cabía en sí de gozo por la victoria del compañero.

—¡Qué tunda le diste! Negro Balambá no más ha sido… ¿Cómo viniste a dar aquí?

El otro se esforzaba por sonreír; estaba muy agitado.

—Es que… los vine siguiendo. Se la tenía jurada al muy desgraciado. Ya ves lo que iba a hacé con esa pobre criatura.

Él siempre guardó gratos recuerdos de los indios y les tenía simpatía, aunque éstos no fueran cayapas. Aquella indiecita que ahora se había vuelto a ocultar aterrorizada, le había traído a la memoria una con quien sabía jugar en otros tiempos. La misma estampa de Panchita.

Cuando regresó al campamento, subió al barracón y abrazó a su mujer estrechamente. Ella se convenció de que el corazón del brujo había hecho su efecto.

Un vientecillo refrescante erizaba la cubierta, y las hojas susurraban agradablemente.

Al siguiente día, los estudiantes recibieron una invitación verbal, de parte del ingeniero, que deseaba tenerlos en su casa por la noche.

Acudieron curiosos. Don Martín López y Bueno los recibió, al parecer, amable. Brindó cigarrillos finos, coñac. Y explicó primero.

—Los he mandado a llamar, porque tengo deseos viejos de charlar con ustedes. ¡Si supieran cómo me fastidio entre toda esa gentuza ignorante y estúpida!

Los dos muchachos se cambiaron miradas de inteligencia.

—¡Jacinta! Búscate alguna cosa de comer y sírvenos —llamó el ingeniero.

De seguida continuó:

—Supongo que ustedes están ya muy enseñados aquí. Eso está bueno. Aunque es un poco raro, tal vez.

—¿Qué hay de raro? Hemos nacido, nos hemos criado en estas regiones, ésta es nuestra gente, ésta es nuestra tierra.

—¡Ah!… Verdad que olvidaba. Lo que soy yo, no sé cuándo arrancar de este infierno. No me enseño, no señor. Me hace falta la ciudad. En un principio creí que, aceptando este cargo, que, dicho sea, no lo necesito, iba a descansar mi espíritu entre estas maravillas tropicales, iba a olvidar mi antigua disipación; pero no, no puedo. Quiero volver a ser el hombre de mundo que he sido.

—Tiene razón —apuntó Angulo.

En eso entró Jacinta, la mocita, con los senos como naranjas, más apetitosos que las frutas en conserva y los sandwichs de jamón que traía en el charol. La bata blanca, ceñida, delataba sus formas redondas. El cabello endrino le caía liso y suelto hasta los hombros.

Esto era lo que veían los dos, por eso tuvieron iguales deseos y parecidos pensamientos. La chica, como adivinando, los miró furtivamente con sus ojos achinaditos.

Sirvió y se sentó silenciosamente en la hamaca. De vez en cuando fijaba alternativamente la atención en los invitados, como seleccionando entre ambos. También parecía escuchar lo que conversaban.

Se sirvieron, y don Martín López reanudó:

—Aunque los lastime, quiero ser franco esta noche. Algo que me choca aquí es el escándalo que meten los negros; es insoportable.

—Es su característica, y ellos se distraen con eso. No se los puede obligar a estar como en convento —intercedió Díaz.

—Desgraciadamente, es así. Pero lo que realmente me preocupa es que hay aquí negros malos.

—Usted exagera. Esta gente es buena.

—¿Y qué me dicen de Lastre, amigos? Es un negro de malas entrañas. Le viene de familia. No hay ecuatoriano que no haya oído hablar de los crímenes horrendos que cometió su tío. No me los van a negar. Cuando supe que era familia de ese salvaje, lo iba a despedir. Pero no sé por qué no lo hice. Y ahora ya lleva dos hechos que lo revelan como es. Por poco mata ayer a Cocambo.

—Hubiera sido una gran obra. Parece que usted ignora el motivo de la pelea, y que Ascensión es un hombre como pocos. Es un negro de alma noble, que no nació para esclavo. Si hubiese vivido en la época de la esclavitud, se hubiera hecho matar para libertarse. Y es posible que todavía lo haga.

—En cambio, Cocambo… Usted sabe cómo es Cocambo.

El ingeniero enmudeció. Se pasó la mano por la barbilla bien afeitada. Sus pequeños ojos azules no se veían, pero permanecían ahora agrandados por una gran sombra, que le venía desde arriba, proyectada por la luz cenital de la linterna de kerosén.

Afuera, una lechuza graznaba cerca. Para Antonio Angulo ese chirrido era como si la lechuza llamara a alguien, impusiera silencio o se chupara las muelas. ¡Oh, disparate, las lechuzas no tienen muelas!

La muchacha se meció ahora, y las argollas de la hamaca se quejaron acompasadamente: rac-rac-rac. La atención general se volvió momentáneamente hacia ella.

El ingeniero movió la cabeza y, como deplorando con la boca, habló.

—Muchachos locos, tienen unas ideas…

—Es que usted, señor, ha vivido de modo diferente, y tal vez no alcanza a comprender; y si comprende, no le importa la vida de los demás.

—Todos vivimos de un modo diferente; pero bajo la mirada del Señor —replicó en tono ofendido.

La cosa no pasó de allí. Después hablaron de amor.

—El amor por las mujeres, sustancialmente no existe. Lo que hay es el deseo únicamente. Sólo creo en el amor divino, como el amor que uno puede sentir por la Virgen María.

Se levantó como para buscar algo, mientras los dos se quedaron perplejos. La muchacha dio muestras de disgustada inquietud y les cambió miradas.

Regresó con dos libritos amarillos, en cuya pasta se leía: «Flores a la Virgen». Puso un ejemplar en manos de cada uno y explicó:

—Estos versos los hice cuando era casi un niño, en la fiesta de la Dolorosa del Colegio. Como ven, obtuve el primer premio.

Hojearon el librito, los dos jóvenes coincidieron en que las tales «Flores» eran basura. Pero como las personas discretas dizque no expresan sus opiniones, ellos quisieron pasar por tales.

Cuando se despidieron, el ingeniero pensó para sus intimidades:

«El negro siempre es y será enemigo del blanco».

Afuera, Angulo comentó:

—Con todas sus majaderías, no deja de ser un hombre interesante. Aunque se traga muchas cosas.

—Para mí todos los hombres son interesantes.

—Así será para ti, y nada más.

Muy avanzada estaba ya la noche. Una ráfaga de aire refrescaba la oscuridad y el sueño de los jornaleros en los barracones. El rumor de la selva crecía y decrecía con el viento.

Y esa misma noche Antonio soñó con Jacinta; soñó no más.

Capítulo VII
EL NEGRO QUE NO VOLVIÓ

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

En la sombra cantó un pájaro de mal agüero: Hueco-va, hueco-va, hueco-va.

Vino la noche, hija extraviada de la luz y desgranó un responso de esperanzas fallidas. Hermana del silencio, trozo del infinito relicario de la muerte. Nadie conocía su voz, sólo los muertos; las guitarras enronquecidas y los borrachos de todos los alcoholes. Pero mucho antes de la noche, mucho antes, las nubes con sus dedos líquidos; tamborileando sobre las hojas, tamborileando sobre los frutos hueros, tamborileando sobre las charcas de las huellas; tamborileando, tamborileando, tamborileando, tamborileando, tamborileando, tamborileando, tamborileando.

La muerte ya me escribió
que me quería conocé.
Nada le debo a la muerte
pa que ella me quiera ve.

No era el Azulejo que cantaba bajo el crepúsculo pesado. Era la apagada y dolorosa voz de Manuel Remberto que, embutido en su vieja camiseta, sentado en la escalenta de su barracón, recordaba ese agorero canto.

Ante su vista cansada, la floresta se incendiaba en el poniente, más arriba de los viejos troncos. Las nubes, estáticas, iban perdiendo el tono subido con el anochecer. Y Manuel Remberto continuaba más dolido en su corazón.

—Haciendo el disimula’o
no la quisiera atendé;
pero aquí cargo su carta
y me quiere conocé.

La nostalgia por su mujer y sus hijos, Emérito y Petita, aumentaba con el paisaje limitado, disfumándose. Se sentía envejecido, agotado por la lucha incruenta que había sostenido desde niño.

Recordaba que cuando murió su padre, concierto de la hacienda El Paraíso, fue obligado a hacerse cargo de una supuesta deuda del viejo.

Tuvo que trabajar mucho, como peón, en los desmontes y vio caminar inexplicablemente los linderos primitivos de la hacienda de los Valdez, que ahora abarcaba gran parte de ambas márgenes del río Esmeraldas. En

cierto modo, se libró del concertaje cuando vino la revolución conchista, incorporándose, muchacho todavía, en las filas insurgentes.

No actuó en muchas ocasiones, pero de las pocas, salió ileso. Como era débil, lo destinaron a servicio de retaguardia. Así y todo, pudo conocer al famoso comandante Lastre y admirar su valor o su suerte… Pero eso, en más de una oportunidad, habíale dicho a Ascensión:

—¡Qué hombre era tu tío!

El beriberi hizo, en la campaña, presa de su raquítico organismo. Salvó por milagro, y cuando pasaron los cuatro años de guerra civil, se ganó la vida de diferentes modos, hasta cuando conoció a Ascensión en la cabecera del Cayapas.

Desde que llegó a esas montañas de Santo Domingo de los Colorados, no abrigó otra idea que la de hacer dinero para alzar a su familia, pero estaba ya decepcionado. La enfermedad que lo roía, lo llevaba a la tumba. Él lo sabía y por eso cantaba lo que cantaba. El salario semanal no le alcanzaba ni para alimentarse bien; no podía trabajar lo mismo que los otros. Los insectos, la montaña lluviosa y tremenda, con sus húmedos calores y sus fríos malsanos, lo consumían. Su misma grandiosidad indomable lo aplastaba. A él, ¡qué sarcasmo! A él, que era un negro; a él, que se había criado en su regazo devorador. Mala madre y buena al mismo tiempo. Selecciona a sus hijos: mima a sus semejantes y destroza implacable a los que no se le parecen.

Porque seguramente presentía su muerte, antes de entrar a dar savia a los árboles, quería hacer algo, una huelga tal vez, venciendo su conformidad. Era un proyecto que abrigaba desde meses.

Cobró vigor con la llegada de los estudiantes, los que se entusiasmaron y ofrecieron todo apoyo. Había conseguido también la incuestionable adhesión de Lastre y la consiguiente de Cangá.

Los hombres llegaban sucios de tierra transformada en lodo por el sudor. Bajaban a un esterito cercano y se bañaban total o parcialmente en la tibieza hecha caricia de su agua virgen.

Antonio Angulo venía, no de los tramos comenzados, sino de donde quedaban las casas de los empleados.

Cangá, que llegaba con Nelson y Ascensión, al descubrirlo, espetó:

—Como que don Antonio anda atrás de la ingenierita.

—A lo mejor éste se va a meter en un lío.

—Ni sé. Usté verá.

Era cierto. Antonio no iba con frecuencia al trabajo, rondaba la casa del señor López y Bueno. En los primeros días se veía alentado por las miradas coquetonas de Jacinta. «Esto está encimita —se decía— de escarbar no más». Es casi blanca y guapa. Además, era la mujer del ingeniero, y

poseyéndola podía ultrajar y vejar a un hombre odiado y relativamente poderoso.

Estrechó el asedio, con su amalgama de timidez, orgullo y sentimiento de inferioridad. Al principio la muchacha le confesó que el ingeniero era ya viejo para ella. Animado por esta confidencia trató de írsele a fondo, y entonces Jacinta cambió súbitamente. Lo rechazó airada y le amenazó con avisar al marido.

De ahí que en ese momento viniera tristón y alicaído.

Como los otros lo inquirieran con la mirada, él dijo:

—Son cosas que sólo me pueden suceder a mí. Me equivoqué otra vez.

Jacinta, a solas, pensaba irónicamente en Antonio:

«Imaginarse que yo me iba a enamorar de un negro como él. Eso está bueno para la Caicedo, no para mí. Todavía que hubiera sido el otro… Pero yo misma tengo la culpa». Para escarmiento, contó al ingeniero lo sucedido.

Este elogió la virtud de su consorte y quiso hacerse justicia personalmente. Pero no acababa de decidirse. ¡Ah! Podía hacerle pegar por Cocambo. ¿Y si lo mata de un mal golpe? Le repugnaba la idea de hacer cometer un asesinato. «Eso sí que no. Dios me perdone».

Además, ellos podían desquitarse en otra forma y tenían de parte a Lastre, y éste era un negro de malas entrañas.

Así y todo, no se resignaba a dejar impune el atentado contra su honor. Habría alguna manera de solucionar el caso en forma que lo satisfaciera. Ya encontraría la solución de angas o de mangas.

Disfrutaba de la compañía de su «suegro», y rival consentidor también, cuando apareció Cocambo trayéndoles preciosos informes.

Todo agitado y casi sin atreverse a mirar a los jefes, la soltó:

—Usté perdone, señó ingeniero, pero tengo que decirle una cosa.

—Di lo que gustes, negro.

—Verá su mercé. Estando yo enantes, en uno de los barracones, oí que los estudiantes estaban queriendo soliviantá a la gente, y que Juyungo y el Manuel Remberto estaban con ellos. Ya tienen listo todo. Y donde no les den lo que pidan, dizque van a acabar con todos ustedes, y a lo mejor con yo.

El ingeniero le agradeció con dos palmaditas en las voluminosas espaldas y sonrió escéptico.

Atocha se alarmó mucho, y no teniéndolas todas consigo, palideció.

El ingeniero mascullaba a media voz:

—Con que tratando de quitarme la mujer y haciendo huelga ahora, ¿no? Ya veremos…

Don Feli se venteaba nerviosamente con un abanico de rampira. Y no era que sintiese calor, sino un extraño frío.

Don Martín López frunció el entrecejo; parecía que se preocupaba. Inesperadamente saltó, exclamando:

—¡Ya está! ¡Magnífico!

—¿Qué?… ¿Qué está?

—¡Qué ha de ser, pues, suegro! Que vamos a Santo Domingo para hablar con el teniente Político. ¡Corra, haga ensillar las bestias!

Noche oscura, noche de acecho, y ambos fueron armados. A pie, como un gran perro fiel, iba Cocambo. Las chicharras, los sapos y los grillos sedientos pedían agua al vaso nocturnal.

Desde la opaca ventana que los vio partir, la silueta agradable de Jacinta, alumbrada por la espalda con la luz del quinqué, se complacía íntimamente. Todo era por ella, algo provocado por su persona.

El Político era muy amigo de Atocha, y deseó siempre la ocasión de poder servir al señor ingeniero. Como hombre de pocas pulgas, ya se había demostrado en el caso de Verduga Barberán.

Por eso dijo en tono enérgico:

—Esto lo corto yo por todo el nudo. Mando una comisión para que les meta bala a los negros revoltosos, y san se acabó. ¿Creen qué porque perdoné a uno de ellos que se fugó, no les puedo poner la mano? No me conocen.

—No, eso no. Soy enemigo de la violencia. Me basta con que tome presos a dos mozos que están indigestados de ciertas ideas. Cuando se calmen los ánimos, los obligaremos a marcharse a su tierra. Los morenos solos, son dóciles. Los conozco bien. —Como usted mande, señor ingeniero. Ya sabe que estoy aquí siempre para servirlo y hacer su voluntad.

Don Martín López dio instrucciones secretas a don Feli y a Cocambo, y con cualquier pretexto se quedó en el pueblo para refocilarse con la esposa del viejo. Acompañados por los mismos rurales que hicieron que Verduga no muriera en su cama, salieron hacia el campamento del kilómetro 18.

En la noche, rabo de gallinazo, no se distinguía a dos brazas. Se apagaban los mecheros, cuando Cocambo se acercó a los dos estudiantes para avisarles que el ingeniero deseaba hablarles con urgencia.

—Que venga a vernos él, si tanto apuro tiene. Hay la misma distancia —contestó, malhumorado, Nelson.

Antonio, que ya estaba acostado, deseaba ver a la achinadita para acabar de confirmar su fracaso, y por eso lo convenció de que era bueno ir. Pero ya

cerca de la casa del ingeniero, cambió de parecer y pretendió volverse. Pero el otro lo contuvo enfadado.

—Si es que hemos venido, veamos el fin.

Y el fin surgió cuando se metieron debajo de la casa del ingeniero para ganar las escaleras. Tres rurales y Cocambo les intimaron prisión.

La madrugada fresca anunciaba ruidosa la vida que despertaba en el nuevo día. Mientras los arrestados hacían su entrada en la descuidada plaza, rodeada de casuchas y cubierta de malvas acartuchadas en su sueño vertical.

Llegó también otra madrugada. El más tempranero rayo de sol hizo quebrar el casi silencio de las frondas en toda la manigua. Filtró veloz su vaho de luz por entre las copas humedecidas, y el celaje vaporoso vibró en vuelos de insectos y de pájaros. Antonio Angulo se levantó temprano en la cárcel de Santo Domingo. Un paisaje sombrío se extendió monte adentro, al otro lado del despoblado, cuando miró por entre las rejas de caña abiertas recientemente. Alfombras de hojarasca podrida, de troncos deshechos; confusión de ramas enlazadas, de enredaderas que subían aprisionando los cilindros felpudos de musgos y overos de liqúenes. Hongos como orejas de las raíces poderosas. Y los gritos tumultuosos de los animales salvajes, mostraron al joven mulato —y así se lo hizo notar a Nelson— la fuente infernal de donde los negros aprendieron aquellos ruidos o levantaron el volumen de sus voces para tapar la garrulería eterna de la Naturaleza.

Mucho habían comentado a gritos, en los días pasados, la desaparición de los estudiantes. Azulejo descubrió que estaban presos y Lastre trató de organizar un grupo para ir a rescatarlos.

Manuel Remberto le hizo desistir de la empresa, argumentando que con ello agravarían la situación de los detenidos, y se exponían ellos mismos sin provecho; que más aconsejable era hacer una huelga, como ésas que él había oído que hacían en otras partes. Tal vez así mejoraría la situación de todos y conseguirían la libertad de los muchachos.

Trastrocada la idea, Ascensión y los otros se prometieron mutua lealtad y no se volvió a hablar de otro asunto, hasta ese día, que era el esperado en el kilómetro 18.

De los barracones mal empajados, salieron hombres semidesnudos, somnolientos, y dirigiéndose al pequeño estero que corría dificultosamente por entre los matorrales, se bañaron, íntegramente, algunos, otros se lavaron a medias.

Las pocas mujeres, apresuradas, preparaban el desayuno. Más fuerte que los dos golpes pegajosos de las dos piedras que molían el plátano cocido para hacer *balas*, venía la voz clara de la gorda Cristobalina.

—Apúrense, muchachos, que ya mismito va a está el café.

—Mejó que esté pronto, porque hoy día sí que va a vé la del diablo —contestó Manuel Remberto, que, sin intentar lavarse, se había sentado a orillas del estero con las manos entre los sobacos.

La noche anterior había lloviznado un poco. De allí que, bajo los pies, el carretero se sintiera como enjabonado.

Con la hora del trabajo, se oía un ir y venir de pies descalzos, toscos, partidos hacia los talones, tratando de afirmarse en el piso resbaloso. Vino un ruido anárquico de picos y de palas, seguido de un clamoreo de gruesas voces acaloradas que se acercaban hacia los sobrestantes.

La faena cotidiana murió al nacer.

Todos los peones se agolparon frente a un boquete de uno de los ranchos colectivos.

La voz bronca y agitada de Ascensión Lastre llegaba aislada a los oídos.

Los demás atendían también con la palabra pronta a salir de sus gruesos labios.

—Nosotros no podemos dejá que estos desgraciados se abusen y hagan lo que se les antoje con uno. ¿Verdá, compañeros? —Y sin esperar respuesta, continuó con un golpe en el pecho—. ¡Que pa'eso somos hombres!

Todos aplaudieron, entusiastas.

Manuel Remberto, con voz sorda, comentó lleno de gozo. Veía en marcha su deseo de huelga.

—¡Así se habla!

La gorda Cristobalina vociferaba y manoteaba desde el entarimado:

—¡Ah! ¡Si yo fuera hombre les iba a poné la muestra a algunos!

Lastre prosiguió, exaltado:

—Nos aumentan la paga, o si no... ¡Aquí hay bastante fierro! —se agachó hacia el montón y blandió una pala pulida y afilada de tanto herir la tierra.

Después hablaron otros. Manuel Remberto delineó las modestas peticiones que iban a presentar.

Invadió a María de los Ángeles un agudo temor por Lastre, y se acercó a él que, a pesar de sentirse mirado, no respondía. El remanente de odio que para los blancos conservaba, tornaba a removerse. Sería capaz de acabar con todos los blancos del campamento. ¿Y después? Bueno, el monte siempre es grande, y él lo conocía. ¿Pero no era blanca, también, la piel de su mujer? Sí, pero era su mujer. Y si Díaz, que era casi un blanco, estuviera

presente, ¿lo mataría? No, eso era diferente. Tenía que haber muchos como ése, y muchas gentes buenas y blancas. Era posible.

Y una frase de Nelson le repiqueteó: «Más que la raza, la clase». En fin, él, Ascensión Lastre, era libre de hacer lo que le diera la gana.

En eso pasó una bandada de loros alharaquientos, con un vuelo forzado y vibrátil, para perderse detrás de las copas iluminadas. Se oía fuerte su grec-grec, cuando con la cara al cielo, Cangá se distrajo:

—¡Ah, mi escopeta!

Pero todos volvieron a lo que los tenía allí agrupados. Los comentarios crecían. Menudearon los incidentes de trabajo y las restricciones. En muchos rostros de café tostado asomaban gestos de cólera reprimida. Sus cerebros, sus lenguas, discutieron acaloradamente. Se proponían variadas y peregrinas soluciones: quemar el campamento, destruir el terraplén con dinamita, masacrar a los empleados, y mucho más.

Cangá, el Azulejo, gozaba con la imagen flamígera de las casas y barracones incendiados en la noche. La presencia del fuego lo ponía tan eufórico como la presencia de una buena marimba o una guitarra. Cuando chico, prendía montones de basura y saltaba incansable sobre las llamas, en compañía de otros negritos. Entonces, su madrina Cristobalina le decía:

—Como sigas con ese juego, esta noche te méas en la cama.

Lastre tanteó, con cierta satisfacción, que más de un peón tenía deseos inconfesados de matar blancos. No era, pues, él solo.

Con visible esfuerzo, Manuel Remberto los convenció de que era preferible hacer primeramente una reclamación formal frente al ingeniero.

Si ésta era rechazada, ellos podrían desencadenar su violencia. Planteó un aumento de salarios o la rebaja de un metro cúbico en cada tarea. Disminución del recargo de los víveres del bodeguero, precisión de los sobrestantes en sus anotaciones y el reconocimiento de la *media paga* por enfermedad.

Los empleados y Cocambo, a prudencial distancia se habían retirado junto a la raíz de un caóbano gigante, y opinaban a su modo de ver.

—Toda la culpa la tienen esos estudiantes del diablo —decía don Feli, congestionado y lívido—; son ellos los que han soliviantado a estos negros.

—Comunistas han de ser —anotó uno.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó don Feli.

Un sobrestante de ladeado mirar, que habitualmente permanecía callado, intervino:

—Júzguelos usted mismo, amigo. Según me refirió un compadre mío de Esmeraldas, dizque esos bandidos les decían a los morenos que no pagaran

las mercaderías que pidieran en las tiendas, que abusaran de las mujeres de los blancos, que quemaran las casas de los ricos y no sé qué otros dislates más.

Atocha elevó las manos al cielo y clamó horrorizado:

—¡En qué tiempo vivimos, señor; en qué tiempo! —Y agregó—: Con razón ahora los negros no saben ni saludar siquiera.

A pesar de un visible temblor que le hormigueaba bajo los pantalones, Atocha aparentó serenidad y continuó:

—¿Y qué es lo que sucede? Que estos sinvergüenzas son unos ociosos y borrachos y por eso viven como perros. Si al negro no le gusta trabajar, no señor. Cocambo asintió con la cabeza, y agregó:

—Así es, como usted dice, don Feli.

—De fijito que ahora han de ir donde el señor ingeniero a meterle chismes; pero él no es hombre que se deje llevar por cuentos. Si es que quieren vivir a costillas del gobierno, rascándose la barriga, les va a salir el muerto.

Los demás concordaron y sonrieron con malicia.

El ánimo de los peones se había sosegado en algo. Manifestaron y reclamaron pacíficamente. No quisieron trabajar y devolvieron las herramientas.

El sol no bañó ese día las espaldas negras de los negros.

El ingeniero, ceñudo, turbado, se paseaba de un lado para otro. Jacinta lo seguía con la vista de aquí para allá. Cocambo y don Feli lo tenían al tanto de lo que ocurría. Posiblemente los pobres peones tenían su razón. Él podría solucionarles favorablemente varias cosas que estaban a su alcance. Lo concerniente a los empleados, por ejemplo, y hasta lo del viejo alcahuete de don Feli. Pero no faltaría quien pensara que él era débil, y eso no le cuadraba.

En eso, Jacinta dejó de observarlo y se metió al dormitorio con una jarra de agua. Entonces se acordó, celoso, de Angulo. «¡Ah! Pero ya ése y el otro están en la sombra. ¿Quién me asegura que, por satisfacer a esos negros, que ni me lo han de agradecer, pierda a esta rica chola y a su madre? Después de todo, ¿qué tengo yo que ver con ellos? ¡Que se jodan! Mejor es no darles alas para después no tener que lamentar cosas peores».

Fue a la ventana y vio que un gran grupo de peones venía. Involuntariamente se rascó la cabeza; Después se sentó frente a la mesa llena de papeles, puso sus piernas empolainadas encima y prendió un *chester*. Y entre su fragante humo rumió lo que iba a decirles; mientras de su rostro desaparecía todo aire de sobresalto.

Al subir las escaleras, Lastre le sopló a Manuel Remberto:

—Hablále vos por nosotros. Yo no puedo pasar palabra con esta gente, porque me hierve la sangre.

—Está bien. Yo hablaré.

Ya arriba, los jornaleros, ansiosos algunos, timoratos otros, esperaban la voz apagada de Manuel Remberto, que en cuanto comenzó fue cortada por la del ingeniero que, con acento bondadoso y convincente, les decía:

—Vuelvan primero al trabajo, muchachos…

Un rumor de desaprobación salió por encima de las cabezas ataguadas y descubiertas.

—Pero déjeme hablá primero a mí, señó ingeniero.

—¿Para qué, hijo? Está demás. Ya sé todo lo que desean y me parece muy justo.

El rumor iba decreciendo.

—Vaya, vaya… Lástima grande es que haya algunos descontentos que no alcanzan a comprender el gran esfuerzo que hace nuestro Gobierno para construir esta vía, que unirá la bella capital de la República con el no menos bello y floreciente pueblo de ustedes. Y ¿quiénes serán los beneficiados con esta obra? Ustedes mismos. Hay que ser patriotas, negritos. Lo que piden ahora es enteramente justo. En este momento me voy a dirigir al Ministerio, para que atienda sus peticiones. Tengan confianza en mí.

Bajó las piernas e hizo ademán de buscar papel y lápiz. Después, con prolija atención, anotó todo lo que le reclamaban.

Desde el umbral, Ascensión despedía llamaradas por los ojos.

—Bien. Por ahora tranquilícense y vayan a continuar ya sus tareas.

Por la mente de Manuel Remberto cruzó una frase: «De lo que se va ahogando, aunque sea el sombrero».

—Y lo de los empleados, y lo de los estudiantes que están presos, ¿en qué queda?

—¡Ah!… Me olvidaba… Ya mismo voy a hacer comparecer ante mi presencia al bodeguero y a los sobrestantes, para sancionarlos como se merecen. En cuanto a los estudiantes, no es cosa directamente mía. Pero intervendré para que los pongan en libertad. Pueden ustedes estar seguros de mi palabra. Lo prometo como un legítimo López y Bueno.

Gran parte de los huelguistas bajó satisfecha.

—Ya ven, los molestamos a los ladrones ésos. Ellos creían que no íbamos a conseguir nada.

—Siempre dije que el señor ingeniero era una buena persona.

—Así es como él dice, mejó es seguí trabajando, no má.

—Pa mí, todo lo que habló fue verdad. Por gusto íbamos a formá bochinche.

—¡Estesen engañaos y verán cómo el ingeniero se los va atrancá! —les cortó bruscamente Ascensión.

Todas las miradas se volvieron a él.

El mundo de Manuel Remberto se derrumbaba. Se desvanecían sus sueños de mejora. Seguirían como antes. No podría mandar nada a su Eulogia ni a los dos zambitos. La peonada había sido engañada, seguramente, y estaba ya conforme. ¡Con qué facilidad los había sometido! Ahora no podrían ni hacer un nuevo movimiento fuerte, para obligar a ceder. «La gente morena cree lo que se les dice», pensaba. Cualquier día le darían la baja… Y así enfermo. Tendría que regresar a su casa antes de que fuera demasiado tarde.

Sus reflexiones se suspendieron cuando advirtió que junto a él venían su compadre Bautista y Ascensión. Este, furioso, volvía la cabeza en espera de la menor provocación de cualquiera, para actuar.

Bautista, el mulato, iba mudo, sin un gesto que delatara sus pensamientos en su rostro marcadamente indio. Pero muy en el fondo, se sentía solidario con su compadre Manuel Remberto.

Ascensión rompió el silencio.

—Déjame que les hable y les haga vé lo que debemos hacé con ésos.

—No, pa’ qué.

Manuel Remberto se separó de los dos, para ir a tender su cuerpo endeble en su tarima del barracón.

El cielo se caía. Se caía por pedacitos de agua. Su cara cenicienta escupía torrentes desmenuzaditos.

De trecho en trecho y de tiempo en tiempo, azotaban la selva rayos vertiginosos, y el eco de sus truenos volaba hacia la lejanía. Entonces, algún árbol tocado, en un gesto de epilepsia, se derrumbaba con estruendosa carcajada, dejando tras sí una quietud de contraste y desolación.

Era una lluvia torrencial y ronca, irregulada por ráfagas de aire, que pulverizaban las gotas en manchones blancos. Y entre el ruido ensordecedor de ametralladoras innúmeras, el viento, perro cazador, aullaba entre los ramajes locos, y horadando el tímpano del monte, zambullíase en el vacío; mientras el espíritu de los dos hombresse sobrecogía, como si hubiese llegado el fin del mundo, y los animales se refugiaban temerosos, friolentos.

Sólo de los vegetales manaba una alegría refrescada, misteriosa y nueva, que iba creciendo cuando la lluvia amainaba.

Por el estrecho sendero, que en medio de la pica parecía una serpiente inmensa tirada en la verdura, avanzaban penosamente los dos hombres; marchaba Bautista a la cabeza, agostando a su paso los incipientes hierbajos que crecían en el fango. A pocos pasos seguíale trabajosamente su compadre Manuel Remberto, con una indumentaria y equipaje semejantes; pero con el rostro pávido, demacrado y húmedo.

—¿Cuánto faltará pa llegá al tambo de Cócola? —inquirió con voz apagada.

—Unos cuatro kilómetros.

—Buena caminata hemos hecho desde que salimos esta mañana del campamento. Pero voy bien quema'o. Ya casi no avanzo… y todavía vení a cae a deshoras este Condena'o aguacero…

El otro se volvió, y sin dar muestras de alarma, le insinuó:

—Traiga su bolsa; yo sé la ayudo a cargar.

—Gracias, compa.

Después de echársela junto a la otra, prosiguió:

—Por eso es que yo le decía que nos largáramos pa' Santo Domingo, que estaba cerquita. Aunque allá no hay doctor, siempre se topan medicinas… Vuelta pa' este lado. Todavía nos queda un día de jalar pata. Y ahora falta ver si encontramos canoa en la bocana de Quinindé, pa' que nos lleve al pueblo.

—Eso es lo de menos. Aunque sea en una balsa, nos vamos. Dios quiera que mañana amanezca mejora'o y pueda caminá con más ánimo, pa' está lo más pronto donde mi familia.

—Ojalá… Andemos más duro pa' no mojarnos y poder llegar a la oracioncita. No ve que estamos en menguante, y este camino se pone feísimo. Se oía solamente el *chuab-chuab-chuab* de los pies abanicados, que iban haciendo masato el arcilloso lodo del sendero abierto por las huellas.

Un perrillo chunchoso y famélico, que al decir de su dueño era buen cazador de guantas y guatines, nervioso, tiraba seguidamente al viento sus ladridos, dando la bienvenida a los dos hombres del camino, desde debajo de la casa del tambo.

El tambero, con su traje parchado con leche de caucho, asomado por el boquete que servía de ventana, parecía esforzarse por descifrar, entre el humo espeso de su cachimba y la red de la lluvia que escampaba, el impenetrable misterio de la manigua. Miró indiferente a los nuevos huéspedes. No valía la pena preocuparse por una gente tan miserable como él mismo. Por allí pasaban tantas personas que dejaban alguna cosa: aspirantes a diputados, mercachifles, estudiantes, en fin… En cambio, éstos venían a dejar sus enfermedades y a comerse lo que se dejaba mal puesto.

—Avemaria purísima —saludaron los que llegaban.

—Sin pecado concebida —replicó el del tambo, y arrojó una bocanada de humo penetrante.

En las escaleras desvencijadas, limpiáronse la enorme capa de barro que traían en los pies. Ambos tenían los vestidos encharcados.

Manuel Remberto dejó caer al suelo su cuerpo enteco, y habló:

—¿No está arrepentido de haberse venido, compa?

—No. Y aunque lo estuviera, ya es tarde pa’ arrepentirse.

Se miró estudiosamente la llaga de la pierna, y preguntó:

—¿No será mal del pian, esta *lora*?

—No, no es así la buba. Yo la tengo bien conocida. Más bien creo que es la pudridora que le ha pica’o en algún desmonte.

—Si es así, voy a tener que buscarme un curandero —resolvió Bautista.

Luego trató de recordar algo, y mientras abría su bolsa para sacar ropa seca, continuó (rarísimas veces hablaba tanto):

—Y volviendo atrás como el cangrejo, de gana se quedaron los otros. La tal carretera ésa no la van a terminar, no. Desde añísimos que la están haciendo. Toditos los gobiernos dicen lo mismo. Mejor hicimos en venirnos. Como a los dos no nos gustaba como quedó el asunto en manos del ingeniero… Nunca me gustó ese fulano. Los está engañando.

Manuel Remberto seguía tirado, y con esfuerzo manifiesto, agregó:

—Así mismo es como usté dice, compadre. Con todo, ya les dije que no se vayan a dejá tragá. Y si a mano vienen, les hagan una y buena pa’ que les entre culillo.

—Pero sospecho que algunos ya no quieren meterse en nada.

—Umjú… Y otros no quieren seguí trabajando. Ascensión, por ejemplo… si no juera por esta maldita enfermedá.

Después hubo un prolongado silencio, y con voz más fatigada aún y el rostro terroso, se lamentó:

—Estoy más afiebra’o. No puedo ni resollá bien, siquiera.

—¿Qué mal será el que le ha atacado, pues? ¿No Quiere que le saque ropa limpia y le ayude a cambiársela?

—Después de un ratico.

Ambos callaron de nuevo. Ninguno pensó en procurarse comida, porque sabían que era inútil buscarla.

Sin embargo, Manuel Remberto pidió a su compañero:

—Compa Bautista. Hágame el favó de prepararme una agüita de yerba luisa. Me siento muy decaído.

—¿Dónde habrá, pues? ¿Y por aquí se podrá conseguir panela?

—Al otro lado de la trampa pa'l tigrillo —contestó el tambero, y soltó otra bocanada de humo.

La segunda pregunta se quedó sin respuesta.

De improviso, Manuel Remberto se incorporó para toser. Una bocarada de sangre encharcó el piso de caña picada.

—Está jodido, compa —exclamó, algo apenado, el cholo—. Esa es la paletera. Pero no se preocupe, eso se cura facilito, tomando sangre de mongón.

Rápido, corrió a buscar la hierba solicitada.

El tambero miró impávido, al principio, ese cuadro que le era tan común. Chupó su cachimba y, como para consolar al enfermo, que no le escuchaba, habló:

—Cierto, no tenga aprensión; tomar sangre caliente de ese mono es como la mano de Dió pa los que están del pulmón, lo mismo que untarse la manteca, pa' los asmáticos. Por estas montañas saben andá en grandes manadas los mongones. Vea, yo conocí una vez un panadero, que los médicos del pueblo lo habían desahuciado, ¿y qué cree que hizo él? Se vino pa' acá, se encontró a cazá esos monos, y en un santiamén se curó. Ahora está tan gordo que ni los mismos doctores lo reconocen. Un olor de sudaderos de bestias, de perro sarnoso, de puerco enlodado y de llaga sin curar, subía desde el suelo y se filtraba discretamente por las rendijas. El humo indolente de la cachimba seguía, seguía saliendo voluptuoso.

Afuera, el monótono caer de la lluvia persistente y la noche que cobijaba al galope el plúmbeo paisaje.

La mirada quieta y vidriosa del tísico, que se velaba progresivamente clavada estaba en el vacío. Imágenes confusas circulaban al principio por su cerebro afiebrado, como circulaban impertinentes los mosquitos y los juros.

Gradualmente fue adquiriendo plena conciencia de que éste era el tercer vómito de sangre que había sufrido en su vida, y aunque notaba que no había fuerza ya en su cuerpo que lo retuviera, se daba cuenta minuciosa de todo lo que lo rodeaba, y no sentía miedo a la muerte ni a la soledad, ni opresión alguna había en su espíritu.

Y, cosa rara, no oraba ni se encomendaba a Dios; pues que tenía el convencimiento de que ningún pecado mortal gravitaba en su contra. Nunca

hizo mal a nadie, ni violó la ley cristiana. Ante esa certidumbre de su fin irremediable, se armaba de una indiferencia y un estoicismo que le nacían de no sé dónde. Aceptaba el
hecho como una voluntad inapelable, fuera de todo dominio humano. Así como los animales que sucumben de viejos o de peste mala, así él también. Un deseo de dormir lo invadía; pero era un sueño jamás sentido.

En esos momentos últimos de su vida sencilla y vulgar, acudieron visiones difusas que lo ayudaban a bien morir.

Esmeraldas: partidos de fútbol, en domingos soleados hasta la exageración, donde la multitud olvidaba sus preocupaciones, emborrachándose con gritos. Bailes de marimba, donde el humo del tabaco y el olor de puro Palma se mezclaban con el sudor de los sobacos de las negras, que se retorcían al compás de una *caderona*. Toros azules del mar azul, sobre cuyos lomos iban los frágiles *potrillos* en busca de jureles y de *pámpanos*. Y, por fin, su negra Eulogia lavando en cuclillas en el río. (¡Oh! ¡Y qué pelenco de mujé era su Eulogia!). Su hijita menor al lado, que ya sabía caminar, y era una negrita agraciada; pero que tenía la barriga hinchada de parásitos. Y Emérito, el hombrecito, debía estar ya crecido, y cómo había salido diferente a su padre.

Para el porvenir de sus hijos fue su último pensamiento; de allí que su agonía conforme y feliz se ensombreció. No los volvería a ver jamás. ¿Qué sería de ellos más tarde? Cuando su madre se prostituyera. ¿Pasarían a ser pajes de alguna casa grande? ¿A recibir los golpes de la señora y a hacer la limpieza de los niños? ¡Cómo le dolían los probables golpes a sus hijos, en su propio pellejo agonizante!

El día redondo y lloroso rodó en la noche, junto con la existencia del negro que no volvió. Por la ventana entró la violeta iluminación de los relámpagos labrando en un instante el rostro del cuerpo finado.

Capítulo VIII
LA BOCANA

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Y vimos palmeras que lloraban su viudez y su soledad. Pero sus nombres no pudimos recordarlos nunca. Otras, agresivas, semejaban chispeadores en la noche de Navidad. Un bordón y otro bordón sobre la cara del agua. El bordón de una marimba en la distancia; repiqueteando: tucu-tucu-tunn-tucu-tucu-tunn. Bramando, sonando, patinaba lúgubre sobre la tarde mustia. En la vuelta más larga se distinguió sólo el sombrero grande de un canoero y el movimiento acompasado de su brazo. Larga, muy larga la pitada de un cuerno, la pitada de un caracol. Era la profunda llamada que venía chureando su caracola. Castigo de la mañana. Melancolía de la carne y de la tarde. Castigo de la montaña sobre el río color de acero legítimo.

La peonada se desbandó.

Los que se dirigieron a Quito, se dieron de alta en las filas del ejército, y fueron enviados a la Región Amazónica para formar columnas de macheteros en los puestos avanzados.

Los que regresaron a su provincia, se refundieron en las montañas, para taguar, cauchar, cortar boyas o vegetar, sencillamente. Se emplearon en alguna hacienda o se diluyeron en la monótona vida de la capital provinciana.

Por el mismo camino que trató de recorrer Manuel Remberto, hombres y mujeres venían en fila india. Ellos, con el equipaje y una que otra arma. Ellas, con los enseres domésticos.

Hacía sol, pero el piso estaba lodoso siempre. Los carráos y las pavas de monte alborotaban en las coronas. Las pigualas, con su silbar burbujeante, engañaban estar cerca. Fantásticas mariposas celestes y moradas volaban más adelante de los viajeros, como creyéndose perseguidas.

Antonio Angulo, con una rama flexible, se entretenía segando al paso las plantas de tallo herbáceo, y atisbaba el follaje, al frente, en las curvas y a los costados, porque el alma tórnase aprensiva en las rutas de la selva, ya que de la menos esperada encrucijada puede saltar una mala sorpresa.

Nelson deseaba llegar lo más pronto a su pueblo. En los días que pasó en la cárcel de Santo Domingo, concluyó que más le convenía vivir en las ciudades, pequeñas o grandes. No podía sustraerse a los conglomerados sociales. Le apasionaba luchar allí.

Lastre había aflojado la tensión de sus nervios que se habían proyectado, intensamente en otros días, sobre el ingeniero. Si éste lo había suspendido del trabajo, no importaba, él lo habría dejado de todas maneras. Ya estaba harto de permanecer tanto tiempo tirando pico y lampa. Pero no olvidaba la hipocresía de aquel blanco ni la prisión de los dos muchachos. Con todo, ahora sentía una agradable sensación de libertad y respiraba a pulmón lleno.

Azulejo Cangá maduraba el proyecto de instalar una marimba en el pueblo o en Las Palmas, para hacer negocio. La tocaría él mismo, y la administraría su madrina don Cristo, que allí venía arrastrando su gordura.

Aunque la vida de la selva familiarizaba mucho con la muerte a estas gentes, se notaba que flotaba cierta pena entre todos.

En Cócola, el tambero les había contado lo del difunto Manuel Remberto y les refirió cómo, él mismo y Bautista, lo habían sacado por el estero hasta el Río Blanco, sepultándolo en la bocana.

No era que Ascensión fuera hombre sin afectos, pero ante la pérdida de un ser amigo, no se desesperaba ni contristaba. Sabía enfrentar lo irreparable y superarse a su propio dolor. Iba tranquilo. Recordaba a Manuel Remberto como una cosa distante.

Antonio observaba las huellas húmedas del sendero, abierto a punta de pisadas. Las más frescas, oreadas en su borde por el sol, se le antojaban las del pobre peón tísico ya muerto. Habían dejado muy atrás Cócola, y él seguía imaginando que cualquiera de esas pisadas podría ser del finado. Las huellas antiguas, ya rajadas, comenzaban a ser invadidas por incipiente vegetación.

A trechos, donde el camino era atascoso, se hacía en la superficie una enorme y larga *m* por la extraña coincidencia de los cascos de los caballos y las mulas.

Y todo, para este joven mulato, silencioso y huraño, tenía una novedad casi infantil.

—¿Ya llegamos a los guandales de San Pablo? ¡A desnudarse, mujeres! —gritó Cangá.

Dos pantanos, a poca distancia el uno del otro, se divisaban a lo lejos, con su superficie viscosa de algas.

—¡Hum! Aquí el agua da al ombligo.

Ascensión tomó a su mujer en brazos, para pasarla. Mientras la llevaba, ella se sentía feliz y se pegaba más a él.

—Tengo que decirte una cosita.

—¿Qué cosa?

—Después te la diré.

—Está bien, no me gusta rogar.

—Mentiroso.

Rieron al unísono. Él se había acostumbrado, por fin, a ella. La quería, inclusive. Y pensar que muchas veces estuvo a punto de regresarla donde su padre. Pero era mansa y dulce.

Don Cristo no aceptó que alguien la pasara, y cuando Lastre le ofreció sus servicios, respondióle:

—Tú serás muy duro, pero no me confío. Prefiero mojá mi vestido antes que me vayas a zambullí en medio guandal.

Y nadie se desnudó como deseara el Azulejo. «Si hubiera venido solo no habría tenido que ensucia este pantalón. Pero con estas mujeres»... se malhayaba.

Haría una hora y media que dejaron los pantanos, cuando María de los Ángeles, entre asustada y curiosa, inquirió:

—¿Qué es eso que se oye?

Los demás pusieron atención.

Un ronquido permanente, como salido de la tierra, venía desde la espesura.

—Es el río. Es el Río Blanco —le contestó el marido, como midiendo las palabras.

Ella, que nunca salió de su poblado, estaba emocionada. Aquel río iría al mar, y ella no conocía el mar. Ese río pasaba por la ciudad.

Antonio soñaba ya bañándose en sus aguas, que traían todavía un frescor de serranía.

El haber pasado aquellas ciénagas, con esa agua contenida, a la cintura, lo ponía incómodo, enfermo. Traía aún la tibia y pegajosa sensación de aquellas aguas, de donde se levantaban nubes de plaga. Y la del fango, como una ventosa gigantesca que se adhiriera a las piernas, filtrándose a través de sus zapatos de fútbol.

La selva se hizo menos densa. Rastrojales antiguos asomaron a la oblicuidad de la luz. Las batatillas crecían profusas por los troncos y las copas de los arbustos, y se aventuraban hasta cubrir las matas de platanillo y hoja blanca que, por las noches, semejaban almas en pena con las fúnebres ofrendas de los helechos virginales.

Las altas palmas de chapil y chontaruro se erguían a trechos, intocadas, como hieráticas custodias. Después, la huella más reciente de los campesinos negros; pequeñas plantaciones, canteros jóvenes y cauchales tatuados.

Y de pronto, asomó una cinta patinada de gris: el río Quinindé marchando remolón y turbio entre un callejón de peñas negruzcas, como si tratara de retrasar el encontronazo que el Blanco, más limpio y rápido, le asesta en la boca.

Ambos ríos, al juntarse, no pueden borrar una línea de color, pero se mezclan, formando uno solo, este fenómeno hacía pensar a Antonio Angulo, en Juyungo y su mujer, y en sí mismo.

Ascensión se dirigió a su María, con un júbilo que le salía por todos los poros.

—Ya estamos en la bocana de Quinindé.

Ella estaba cansada, pero no había perdido su alegría. El viento le ciñó los vestidos y le hizo flamear el cabello.

Desde la casa, que en la punta de tierra dominaba el paisaje, se asomaban algunas gentes.

Los viandantes se acercaron y saludaron. Cristobalina, la más conocida, pidió posada.

Una viejecita negra, con un pronunciado bocio, contestó y los invitó a pernoctar allí.

En una enorme canoa rumbeada, y boca abajo sobre dos polines, protegida por la sombra de una palmera perforada por las gualpas, estaba Bautista, mirando las aguas en movimiento. Cuando reconoció a los que llegaban, se limitó a voltear la cabeza, y volvió a su actitud primitiva.

Los hombres se le acercaron, y las mujeres subieron a preparar una frugal comida. En pocas palabras refirió lo de su difunto compadre y recomendó que alguno fuera al pueblo para avisar a Eulogia, la mala nueva.

Nelson se comprometió a ello, y después habló a todos:

—Bueno, me parece que se acerca el momento de separarnos. Yo he resuelto instalarme en mi pueblo.

—Te vas a aguantar buenos regaños de tu familia.

—No me importa, Antonio, ya me acostumbraré a ellos. No han de ser pan de cada día.

—¡Ojalá!

—Mejor quédate con nosotros —lo invitó Ascensión—. Viviremos en una finquita del papá de don Cristo. Creo que el viejecito necesita gente. Después iremos a sacá tagua y balsa.

—No me atrae, tengo que terminar lo que he empezado. No me gustaría vivir ajeno a la realidad de nuestro tiempo.

Lastre tal vez no entendió, pero no quiso insistir.

—En fin, cada uno obra como le parece —dijo Angulo.

—Sí, hasta cierto límite.

Luego charlaron de otras cosas y se bañaron en las frescas aguas del río Blanco. Entretanto, el cielo nublado se iba poniendo turbio como el río Quinindé. El sol no alumbraba, pero aún se sentía su presencia inclinada.

Y mientras Nelson se bañaba en un remanso, su alma se iba tornando contemplativa. Veía leves espumas que corrían vertiginosas por el hilero, remolinitos de duración efímera, restos de vegetales que venían de quién sabe dónde, ora surgiendo, ora sumergiéndose. De las riberas lejanas, ya brumosas, llegaba un canto negro, mezcla de sensualismo y lamentación, lamiendo la superficie.

¡Aaaayayayaaay!
La papaya y la sandíiiia.
¡Aaaayayayaaay!
Mi canto ya no se oíiia.

Lucecitas distantes y dispersas se encendían en el otro margen y, por un momento, Díaz estuvo tentado a quedarse con sus compañeros, que ahora parecían
como embrujados también.

Se acercó nadando hacia Angulo, que estaba como triste, y le preguntó:

—Dime una cosa, ¿por qué te quieres quedar refundido por aquí?

—Es difícil explicar. Trato de buscarme a mí mismo.

El otro salió a la orilla. Todo lo de este muchacho, que era como un hermano menor, le interesaba agudamente. Era tan raro.

—¿Cómo es eso?

—Una vez leí en algún periódico que en cierta región de Sudáfrica vive un grupo miserable de mulatos hijos de ingleses y de negras. Los ingleses los desprecian y marginan, como es natural, pero lo extraño es que los negros también los repudian. Y nadie se quiere reunir con ellos, de tal modo que tienen que refugiarse en las montañas.

—Y esto, ¿qué tiene que hacer contigo?

—Casi nada. Que yo me siento igual a uno de esos desdichados.

—Tú exageras.

—No sé por qué, pero así me pasa. Y es que los prejuicios raciales están metidos muy adentro del corazón de las gentes, por generaciones de generaciones, y yo soy en extremo susceptible.

—Luchamos para destruirlos, también.

—Y, sin embargo, se necesitarían siglos para que desaparezcan totalmente después de una transformación económico-social.

—No creo que precise tanto tiempo.

—¡Quién sabe! Los negros tienen que poner de su parte también.

—Sí, así es. No puede ser de otro modo.

Antonio Angulo quedó sombrío, y comenzó a jabonarse despaciosamente y con la mirada fija en nada.

—A veces he pensado en el suicidio como único remedio a las humillaciones que he sufrido.

—Tonterías. Tienes que hacerte hombre y endurar el pellejo, eso es. Aprende de Max Ramírez.

—Ese es un estúpido.

—Estúpido y todo, es zambo como tú, pero sabe vivir.

—Sí, es cierto, y no le tengo envidia. Pero me deprime ver cómo soy, lo juro. Uno se siente menos que los demás.

—Lo que debes hacer es buscar la justa ubicación que te corresponde en la vida.

—Me es duro vivir entre dos aguas, ser un tenteenelaire. Hubiera querido ser un blanco entero, o un negro de verdad. Y hasta sería feliz.

—¡Bah! La felicidad es un anhelo mezquino. Es preferible encontrar el equilibrio espiritual, la serenidad. O en su defecto, prueba enamorándote. ¿Has estado enamorado alguna vez?

—Pude haberlo estado. Pero el estarlo, yo solamente, me hiere.

—¿Quieres decir que no has sido correspondido?

—Ajá.

—Cuéntame eso. ¿Es acaso lo de Jacinta?

—No, precisamente. Ella no tiene en mi alma la importancia que imaginas. Era un capricho o un antojo. Y no contaré esas cosas. No las contaré. Me avergüenzo de mí mismo. Pero, verás, entre los de la Sierra es más acentuado el prejuicio racial y yo lo he sentido sangrientamente.

—Es porque son más blancos y hay más feudalismo.

—Para muchos pasa inadvertido tal prejuicio; pero yo lo he notado hasta en la manera de mirarme de hombres y mujeres. Quien no me ha tomado por curiosidad, me ha visto con tolerancia.

—No me parece justo.

—La cultura de los blancos nos ha metido, por medio del cine, especialmente, al arquetipo femenino de la beldad blanca. ¿Y qué le ocurre a uno? El choque brutal entre esa ficción y la realidad nos hace polvo el espíritu.

Antonio sintió frío, tembló ligeramente. El otro lo vio y le dijo, tratando de disimular la impresión que le causaron las últimas palabras:

—Parece que estás palúdico.

—A lo mejor. A veces me agrada la fiebre.

—Cuídate. Vámonos ya.

Las gallinas buscaban sus dormideros en los árboles de hobo. La sombra invadía, y el canto negro se hacía cada vez más lejano. El río continuaba su invariable ruta, como una vida. Pasó una hoja seca muy cerca a la orilla, flotando y corriendo hacia abajo. Antonio, ya vestido, la notó y dijo al amigo:

—Así soy yo, así quiero ser. Que me arrastre la vida sin saber dónde pararé.

Díaz se preocupó.

—Procura no estar siempre solo. Te hace daño.

—Todo el tiempo se está solo, para los padres, para los amigos, para las mujeres, para los hijos. Hablo como viejo, lo sé. Nadie puede entrar en el mundo de nadie. Unicamente se llega a las habitaciones primeras. Ni los seres más cercanos alcanzan a mirar muchas cosas que guardamos.

Por el lado del Quinindé saltaron también del agua, Juyungo y su mujer.

En la casa comían ya. Los esperaban. Les sirvieron arroz, pescado con coco y mucho verde cocido.

—¿Qué pescados son éstos?

—Guañas y guacucos —respondió la vieja del bocio—. Anoche salieron a mariscá los muchachos y encandilaron unos cuantos.

Eran pescados cartilaginosos que se encuevaban entre las peñas del Quinindé. Tenían aspecto antidiluviano, semejaban crustáceos, pero sabían muy bien. Al menos así les pareció a todos.

Después pusiéronse a finiquitar los detalles del viaje por agua, para el día siguiente, con el dinerito que les restaba; a charlar, a fumar un poco y a dormir pesadamente.

Madrugaron para embarcarse en una canoa grande que iba junto a una balsa cargada de plátanos y andullos de caucho. Los mismos dueños de la balsa se fueron guiándola y confiaron la canoa a los pasajeros. Lastre tomó la pilota.

Volvía a lo que tanto había extrañado en las montañas. Bajo él, se hallaba de nuevo la corriente del agua, celosa, inquieta; el río, su viejo amigo restaurador. ¡Quién pudiera tenerlos siempre cerca! Pero la vida nos sopla como una hoja, y nos arranca de sus riberas, nos encierra en el polvo de las ciudades o en el corazón-pulpo de la selva.

Las mujeres se acomodaron bajo el rancho. Los hombres esperaron su turno de canalete.

Ya en el río Blanco, se dejaron arrastrar por la corriente, bogando de vez en vez. La canoa se canteó un poco con el movimiento de la gente, se enderezó y resbaló rauda y silenciosamente sobre el hilero.

Atrás quedaba la junción de los afluentes, y las casas parecían hundirse con lentitud, hasta que se perdieron de vista en una vuelta.

El rumor de las piedras pequeñas y de la arena rodando por el lecho, ascendía musical hasta los viajeros; hasta Lastre y Antonio, que escuchaban ese murmullo, contraídos y absortos.

Cangá hablaba y reía sin cesar.

—Toda esta montaña es buena pa’ la cacería. La tatabra y el sahino están que juegan al palo. Ahora el vena’o, ni se diga. Y yo tengo un punto pa’ la bala. Una vez en Quinindé me sucedió un caso.

—Ya vas con tus cachos —interrumpió don Cristo.

—Habíamos subido con mi madrina —que no me dejará mentí— pa’ un casamiento de un pariente. Ya era de madrugada y la luna alumbraba un

limpio que había cerquita de la casa. Yo que salgo a la azotea y veo un hermoso venao que había salido hasta allí. Llamo a uno de los invitados que estaba durmiendo y le consultó: «¿No es ése un venao?» «Qué va sé», me contesta el otro. Con todo, entro al cuarto y cojo una escopeta de cápsula. Ya todos se habían dormido, hasta los recién casaos. Salgo de nuevo y allí estaba toavía, le apunto y ¡pun! Pegó un saltísimo el condenado y no se movió má. Corrimos a verlo y estaba bien muerto. Cuando al otro día oigo que no lo querían abrí porque dizque no tenía ninguna herida y decían que eso era cosa del diablo o del duende. Pero yo que saco mi navaja y le abro la panza, cuando lo veo destrozado por dentro, la tripazón y todo.

—¿Qué había sido?

—Que le había manda’o la basa derechito por el ojete.

—Claro, no digo que era puntería.

Como la balsa había despegado primero, iba más adelante que la canoa. Un viejo y su hijo la conducían. El padre llevaba la larga bayona y piloteaba. El joven, prevenido con una palanca de brillante regatón, paraba los choques contra los barrancos y derrumbes.

Tronaba a lo lejos el río, y Lastre dijo:

—Se acerca la Corriente Grande.

—¿Nos saltamos nosotros? —averiguó don Cristo.

—No, no es necesario. Pero no sé cómo les caya a los de la balsa; si se dejan arrecostá sobre la Peña Rea, la van a pasá mal.

Las aguas se encajonaban, los tumbos crecían encrespados y se precipitaban hacia abajo.

La balsa se deslizó sobre ellos, balanceándose.

—No están muy bien enrumbaos —dijo Lastre—. Se van a meté al recodo.

—Y esa peña ha tragao más balsas que mandada hacé —agregó Cangá.

El cauce curvaba cerradamente y la fuerza de la corriente se estrellaba contra una gran peña parda.

Ascensión buscó la orilla para evitar el oleaje, y llamándose y orzándose con el canalete, guió con destreza.

Entretanto, la balsa se había metido al recodo, dirigiéndose velozmente a la Peña Rea. El muchacho de la palanca no pudo resistir el golpe y cayó al agua. El viejo maniobró desesperadamente con la bayona, pero fue en vano. La punta de la balsa chocó, se elevó y toda la armazón se dio una vuelta de campana.

—¡Se jodieron! —gritó el Azulejo.

María de los Ángeles lloraba asustada y don Cristo trataba de tranquilizarla. Pero no, los dos tripulantes salieron a nado hasta lo manso, y la canoa ya estaba allí para recogerlos.

Ascensión los llevó hasta un playón cascajoso.

El viejo solicitó:

—Ahora hagan la caridad de ayudarnos a salvar lo que se pueda.

—Aquí estamos pa’ ayudarnos unos a otros —accedió Lastre.

—Vamos toditos.

—Vamos.

Mientras unos subieron a la balsa vuelta al revés, y se esforzaban por arrimarla a la orilla más cercana, otros recogían las cabezas de plátano, verdeando desperdigadas en el agua. Pero el caucho, que era lo de más valor, no se pudo localizar ni rescatar. Seguramente no era muy puro, y por eso se fue al plan.

—Peor es nada —decía el viejito—, así lo habrá querido el Señor.

Siguieron el curso del río, luego de tomar el fiambre, que consistía en un poco de carne seca, verde cocido, algo de raspadura y el masato para batirlo con agua.

Angulo se hartaba de paisaje; su alma se trastornaba ante esas visiones naturales. Las márgenes parecíanle correr hacia atrás, erizadas de yarumos, pasaban palmas crespas y pambiles, guayacanes de amarillas flores, y ébanos descomunales. Árboles de especies ignoradas hasta para los mismos montañeros.

Veía casuchas aquí y allá, destartaladas por la negligencia, altos barrancos derrumbándose constantemente, por donde asomaban nervudas raíces sucias; playas extensas en las que alguna vez había gente con anchos sombreros, lavando oro en bateas especiales. También, casi a flor de agua, crecían las flexibles cañabravas y con las puntas de sus hojas rayaban el espejo acuático, donde se hundía el reflejo del paisaje invertido.

Observaba que en sitios estratégicos estaban construidos los corrales para los sábados y se habían echado cilindricas catangas para entrampar pejes menores. En los parajes rocosos dominaban los árboles de chiparos, con sus culebreadas raíces aferradas a las piedras, dando un aspecto pavoroso de pulpos adormitados, que despertarían a su tacto. Los higuerones, con los farolitos de sus frutos vermicidas, proyectaban nutrida y acogedora sombra, como invitándolo a quedarse allí, para huir del sol.

A media tarde, Ascensión avistó algo que parecía como una isla pegada casi a tierra firme, donde estaba asentada una finquita.

—Ya llegamos a la finca de don Clemente Ayoví —avisó Cangá. Luego se puso a gritar haciendo bocina con las manos:

—¡Don Clemente, úuuu! ¡Don Clemente, úuuu!

—¡Quién váaa! —respondió una voz cascada.

—¡Ahí está mi papá! —reconoció Cristobalina—. Subamos a la casa.

Capítulo IX
EL UNICO HOMBRE DE LA CASA

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Rompió su pacto con Mandinga y todo se le vino entonces guardabajo. Su sangre era leche de caucho, y sus huesos, tagua pelada. Cuando le cortaron la piel negra, se despertó y vio que era pobre. Desde entonces huyó entre la balumba intransigente de sus pensamientos, pero se volvió a dormir. Nada más insuficiente que la geografía, ni nadie más insignificante que un hombre parado en el seno rumoroso de la selva.

El candil proyectaba, sobre las paredes de caña, reflejos inestables y sangrientos. Emérido Quiñónez no se dormía aún. Tendido de lado, desde su tarima miraba el titilar casi borroso de la llama sobre el costado del cajón que reposaba junto a una estera desflecada. Aquella noche había tenido miedo de quedarse a oscuras, y no había soplado el mechero. Podía venir el difunto. A tal alusión, temblaba fugazmente. Pero estaba decidido. Se le presentaba una gran oportunidad para no asistir más a la escuela. Su madre había sido despedida de la casa donde cocinara por mucho tiempo. La señora dijóle:

—Eulogia, ya no vamos a poder seguir teniéndote de cocinera, porque la vida está muy cara, y no hay cómo mantener dos bocas más. Sentimos mucho tener que despedirte… pero así, con dos criaturas… Si fueras tú sola, quizá podríamos…

Le abonaron los cinco días que le adeudaban. Tomando el escaso dinero y cargando con su hijita menor, delgaducha, había contestado con voz entrecortada:

—Ta bien, señora.

Ahora, bajo el mate curado de la noche, en la habitación contigua, Eulogia parecía dormir al igual que la pequeñuela. Esta idea consolaba tanto a Emérido, como la de librarse, desde el día siguiente, de los pellizcos injustificados de la maestra.

Lo subyugaba más aún la idea de hacerse pronto un hombrecito, que sabría ganarse la vida y que se pondría pantalón con su propia plata. Pero apenas si reparaba en sus doce años y en su tercer grado de primaria. Quería trabajar como su madre, y ayudar a sostener la casa. Su padre, Manuel Remberto, le había dicho una vez que iban para el monte a buscar leña: «Algún día serás el único hombre de la casa». Y ahora, estas palabras adquirían contorno de trágica realidad; para el muchacho, insospechada en parte. De ahí que quisiera tomarse en serio ese papel.

El aviso de la muerte se lo dio un joven blanco, del cual Emérido recordaba nítidamente su diente de oro.

Eulogia oyó la noticia con un estremecimiento leve, y luego se soltó en llanto acompasado, profundo, que terminó por hacer sollozar al hijo. La chiquita, en cambio, lloraba de susto, más que de otra cosa; no comprendía, no podía comprender el vacío sentido de la muerte, porque todo niño pequeño es un ser inmortal, puesto que cree que jamás ha de morir o, por lo menos, nunca piensa en ese minuto supremo. Veía llorar a su madre, y lloraba también.

A duras penas el difunto había dejado como herencia aquel rancho apolillado donde vivían, y que, por estar ubicado en la última calle, que verdeaba de malvas y escobillas, les daba la impresión de vivir eternamente en el campo.

Ya habían pasado varios días desde la infausta nueva, y la situación del hogar, de suyo tan mal venida, tornábase precaria gradualmente. Esa noche, Emérido veía más claro: ya no podía ir a comer las sobras en la casa de la señora, y dentro de poco, quizás no comerían todos.

Monologaba en voz baja desde rato, y en ese momento se hallaba en esta parte:

«… Por ejemplo: Macho Cojo se gana buena plata vendiendo números de lotería que vienen de Guayaquil… Pero a mí no me los han de querer dar porque… (no sabía por qué no se los darían) …. No, hay que ir a hablar… Si no resulta, me voy a la orilla a buscar tagua o a cargar mampora… Cómo me topara botaos siquiera unos seis sucres, pa comprarle el cajón de embolar al Teódulo… Ahí sí, pa qué más… Lo que es, paje de los blancos sí que no voy a ser, no… ¿Pa qué?… Ni de comer siquiera le dan a uno». Sentóse inesperadamente y exclamó en alta y sorprendida voz:

—¡Ah, y el alacransísimo! Ya mismo me levanto y lo mato.

Pero el alacrán desapareció por un agujero, discretamente, como si entendiera las intenciones del muchacho.

«… ¿Y si mi mamá me quiere mandar a la escuela otra vez?… No voy, pues… ¿Acaso no soy ya un hombre?… ¡Jum!… Cuando ya esté trabajando haré empajar esta casa, porque el cade está ya bien picao».

Dirigió la mirada al techo ahumado y cerró los ojos.

Los proyectos se hacían cada vez más confusos; la idea de apoderarse de hecho de la jefatura de la casa, le asomaba desordenada. Por un instante tuvo la sensación de zambullirse en un río de mazamorra tibia, para luego pensar en casi nada, hasta quedarse dormido.

Lo primero que preguntó a Eulogia, la mañana siguiente, fue:

—Dime, mamá, ¿por qué Dios hizo pobres a nosotros, los negros?

—No sé, hijo. Pero hay algunos morenos que tienen plata, y blancos que no tienen nada.

Eulogia era todavía una negra entera y, sobre todo, una mujer de trabajo. Por la mañana se encaminó con Emérido a un patio de pelar tagua, dependencia alemana de la Casa Tagua S. A., de Esmeraldas.

Un gringo rubio, ojizarco, a quien llamaban Mr. Hans, de severo mirar, la recibió en la puerta. Un capataz le señaló un montón de tagua para pelar, y al chico le designaron otro para escoger las pepas apolilladas.

Improvisadas carpas de enteras y harapos se levantaban para interponerse al sol. Las puntas de los pambiles del cerco se erguían amenazantes, y de todo aquel extraño campamento de negras y mulatas salía un agradable ruido, como si se estuvieran jugando múltiples y simultáneas partidas de ping pong, sólo a veces desarticulado, con los ruidos mayores de la estiba o con los garrotazos que las mujeres daban en los montones de marfil vegetal, para aflojar la cáscara.

La atención que Emérido ponía en la selección de las pepas de corozo, era aguda. Golpeando una contra otra, reconocía la mala por el sonido ahuecado. Eulogia, en cambio, con un corto machetico, golpeaba de filo la adherida cáscara. Al mirarla, el chico vio que las lágrimas rodaban por las oscuras mejillas de su madre. Abandonando el trabajo, se acercó a ella, y recostándose en su pecho pretendió consolarla.

El verano quería irse, y los potreros aledaños a la pequeña ciudad, con su janeiro reseco y cargado de garrapatas arracimadas en los enveces, cafeceaban, amenazando a los animales con chuparles toda la sangre. Para acabar con ellas, para «abonar» la tierra con ceniza, para ahorrarse el trabajo de limpia, un humo sucio bajaba pesado por las lomas amarillentas, y esmerilando la luz solar, ponía una capita plúmbea sobre los techos de Barrio Caliente. Fastidiaba los ojos y las narices de los habitantes, y después, se arrastraba hasta el río seco y cristalino, que había dejado al descubierto extensos playones de color marrón, donde decenas de lavanderas negreaban más, con la blancura de la ropa y de la espuma jabonosa.

Mujeres bañistas, de transparentes e improvisadas mallas de telas baratas, atraían las miradas masculinas; y chicos bullangueros, empampanillados, jugaban a la pega o daban bacatazos como los lagartos.

Ni Macho Cojo vendía ya números ni el Teódulo lustraba zapatos; ambos, por coincidencia, habían ido también a escoger tagua al patio de los alemanes. De tal modo que con Emérido formaban un inseparable trío.

—En los números ganaba más que en esto —decía Macho Cojo.

—Lo mismo que yo en la limpiada de zapatos.

—¿Entonces, por qué se vinieron pa acá?

—A mí se me perdieron dos enteros de la de cien mil, y no los pude pagá.

—Lo que me pasó es que no quise lustrá más porque me sentía como paje de todos, palabrita.

—¡Hum!

—¿Saben una cosita, muchachos? —cuchicheó Emérido.

—¿A ver, qué?

—He encontrado una mina.

—¿Mina de qué?

—De tagua, pues.

—No digas, ¿dónde?

—Allá en un rincón, el cerco está podrido, y hay un hueco. Si quieren, esta noche venimos a verlo.

—Ya estuvo. Yo conozco una parte donde compran a medio la libra —informó Macho Cojo, y dándole un cocacho en la cabeza afeitada casi totalmente por un corte de pelo cuadrado, agregó—: Eres el Rey de las minas.

Los potreros de las lomas ardían como fuegos artificiales. Extrañas y tétricas figuras incandescentes brillaban rojizas en la lejanía; era los troncos y ramajes abrasados.

El crepitar del pasto seco había aumentado con el silencio de la noche, y las chispas disparadas hacia un cielo cerrado hacían peligrar las casas de Barrio Caliente que, descansando en las faldas de las colinas y sus cercanías, albergaban a una buena parte de la población negra de Esmeraldas.

Tres sombras se deslizaron junto a un prolongado cerco de chonta. Los débiles destellos del incendio vegetal, delataban los sendos canastos, medianos, de piquigua, que llevaban.

Nunca le pareció a Emérido tan largo el cerco, como en aquella noche. Esto era algo que no había experimentado. ¿Se habría equivocádo? No, no se había equivocado. ¿Y si alguien los pillara? Bueno, para eso están los pies, pero sintió un gran alivio, reconoció un arbusto de cojojo con sus campánulas guindando. Casi al pie estaba el agujero. Había que arrastrarse. Bastaba con que uno lo hiciera.

—Andá vos, que eres el Rey de las Minas —le ordenó como broma Macho Cojo—. Este maldito humo —y aspiró con ruido.

—Sí, eso es, andá nomás. Vos que conocés bien el terreno, pelao —agregó Teódulo.

El montecito le picaba en la cara, pero entró. Llegó hasta el montón más cercano y llenó un canasto. Notó que sentía miedo, un miedo que aumentaba. Se persignó rápido y encomendóse a la Virgen. El patio

desolado parecía mayor, lleno de misteriosas sombras alumbradas por los reflejos del potrero en llamas. Reconocía vagamente algunos rincones familiares. El fantasma de su padre salió de súbito de la carpita de ellos: terrible, con los ojos desorbitados, más blancos aún por la negrura de la piel. Venía a castigarlo. Sí, no cabía duda. Traía una «vena de toro» en la diestra.

El chico sentía la cabeza inmensa y un frío que lo azotaba por la espalda. Sus pies desnudos ya no tocaban el piso. Se le nubló la vista y cayó redondo sobre las pepas amontonadas.

Vuelto en sí, sus miradas encontraron las de Macho Cojo y las de Teódulo. Sus rostros relumbraban débilmente por el incendio del janeiro y el pasto azul. Notó que lo habían sacado del patio de pelar tagua; estaba tendido sobre la grama fresca, junto a la alambrada de un potrero.

Se incorporó con esfuerzo y, balbuceando, relató lo acaecido, mientras los otros dos chicos llevaban sobre la cabeza los canastos de tagua robada.

Casi sin sentirlo, el miedo cobró presencia en los tres, pero se reconfortaron al entrar en calles más pobladas y alumbradas.

Con todo, Macho Cojo, rengueando ligeramente por los clavos de buba que tenía en un pie, terminó con tono grave:

—Si es cierto lo que éste cuenta, es porque era cosa mala.

—Claro que sí; cuando es cosa mala, los pelos se paran y la cabeza se siente grandota, dice mi abuelita —apoyó Teódulo.

Por unos días dejaron de incursionar por la «mina de tagua». Dos negritos más entraron en la sociedad, pero Emérido no quiso volver. Macho Cojo fue entonces proclamado Rey de las minas.

Y Emérido llegó al convencimiento de que todavía no podía ser el verdadero hombre de la casa.

Nelson Díaz frecuentaba con regularidad los patios de pelar tagua. Los de su grupo político estaban organizando sindicatos. Ya tenían el de Pescadores, el de Aserradores y el de Estibadores. Ahora le habían encomendado formar el Sindicato de Peladoras de Tagua. Entre los obreros casi no había resistencia, pero cierto sectorde la población no se dormía y copaba los cargos públicos y autoritarios, desde donde ejercía sus interesadas influencias.

Los jefes de este grupo eran señores que poseían extensos terrenos incultos, o comerciantes exportadores. El más típico de ellos era un señor que usaba siempre un vestido amarillo rayado, sombrero jipijapa y cotona cerrada: el señor Valdez.

Seguramente tenía muchos terrenos idénticos, porque todo el tiempo se lo veía limpio y lozano. Su máxima aspiración no era otra que la de llegar a ser

legislador. Por ella era capaz de sacrificarlo todo, de vender su alma al diablo.

Para muchos, era lo que se dice «una buena persona», pero para unos pocos, detrás de aquel aire conspicuo se movían turbias pasiones y maquinaciones siniestras. El señor del terno amarillo poseía una casa enorme, sin pintar, herméticamente cerrada por toda la vida. Según decires, en ella había algunas distracciones para un hombre solo: mesa de billar, biblioteca, piano que nunca se oyó tocar, varios monos y muchos gatos. Estos últimos dieron motivo a la leyenda popular de que aquel señor tenía «familiar» con el diablo, «familiar con Mandinga». Sea lo que fuere, parece que casi nadie conocía la casa por dentro.

Organizado el Sindicato de Peladoras de Tagua, Nelson y otros compañeros se propusieron estimular el arte folklórico. Se consiguió que la transmisora local, recién inaugurada, incluyera en su programa semanal piezas y cantos de marimba ejecutados por negros. Tal hecho inaudito hirió el orgullo del señor de amarillo rayado, queestaba sintonizando. Apagó la radio y juró y rejuró que la marimba desaparecería del pueblo.

—Habráse visto —dijo— que tales manifestaciones de salvajismo sean radiodifundidas. ¿Qué pensarán afuera, de nosotros?

—Pensarán que aquí no viven más que negros —contestó un exportador, ofendido.

—En nosotros está, amigos míos; hay que hacer que sean suprimidos también esos inmorales bailes públicos de marimba.

—Y lo conseguiremos, no hay duda.

Capitulo X
PEPEPAN Y EL TENTEENELAIRE

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Negros y blancos vinieron hasta mí. Negros y blancos irán después de mí. Después de ti. Pero a nadie odio tanto como a mí mismo. Por eso me aniquilo. Maldita la sensación de estar en el aire. Maldita. ¿En qué hora tan menguada vine al mundo? Mas, la brisa sale susurrando entre los árboles de copas alegres, entre los matorrales cerrados, por entre las agudas cañas de azúcar. ¿La vio usted? Yo tampoco pero me ha devuelto la calma, y no es mucho. Algo me recordaba su nombre, sus ademanes, su rostro, su sonrisa. Algo me traía el término medio. Los seres vivientes no son venerados, y todo aquí es tan sedante. Mi abuelo de adarga, lanza pronta y tatuajes macumberos. Será mi abuelo. Voy hacia un pozo sin fondo, oscuro, oscuro, oscuro; porque todavía no encontré fiel asidero, aunque con los años se vaya enriqueciendo mi vida interior. Y siempre marchando solo. Brutal soledad cósmica.

Don Clemente Ayoví pasaba por negro «leído» y «escribido». Pero su mejor fama estribaba en ser un fecundo narrador. Ya su mota parecía algodón sucio sin despepar, y sus ojos bondadosos, en ocasiones notábanse cansados; más, se conservaba saludable, y ni él mismo podía determinar su edad. Decenas de años que se estableciera en esa isla, llamada Pepepán, porque en ella crecían formidables árboles de pan.

Aunque colindara con las tierras del señor Valdez, nadie le reclamó nunca el usucapirla.

Lo que la separaba de tierra firme era un estrecho brazo de río, que todo el verano permanecía vacío, mostrando, como una herida mal cicatrizada, su lecho de redondeadas piedras de agua. Durante la estación lluviosa, las crecientes tapaban el lecho y, entonces, la propiedad de don Clemente se convertía en una verdadera isla que, sin exageración alguna, era la finca mejor labrada del río.

Cuando llegaron los muchachos, estaban en plena cosecha de tabaco, y fueron recibidos cordialmente.

Los hijos de don Clemente, Arnulfo y Fabián, ya casados, le habían dado algunos nietos. Cada uno vivía en casas separadas, pero trabajaban y ganaban en común, en ciertas empresas, especialmente agrícolas. Nunca hubo un disgusto mayor, una manifestación de envidia o rivalidad.

Cristobalina, tres veces viuda, con fama de *mal bajo y de yerbatera*, era la hija mayor. Para su ahijado Cangá había sido como una madre, desde que muriera la de éste, con un mal desconocido.

Refiriéndose a don Cristo, el viejo siempre se expresaba así:

—Mi hija es un marimacho. Anda de la ceca a la meca. Pero ella es una mujer libre y puede hacer de su cuerpo lo que le dé su real gana.

La casa era amplia, estrechada con rampira. Un rectángulo largo hacía de ventana, desde donde se atalayaba fácilmente el río incansable.

Había una ramada para secar tabaco, y otra mayor donde estaba un trapiche de madera. Palos de hobo hacían de gallineros. Un canterito de caña dulce, un potrero pequeño, lateralmente atravesado por un sendero de huellas, árboles frutales diseminados a la buena de Dios, cafetales minúsculos, de cuyo seno emergían los guabos que daban la sombra requerida, y en la vega, tiradas a cordel, filas tabacales de ancha y majestuosa hoja. Había lo preciso, lo que uno puede necesitar para mantenerse. Como fondo, como marco, la montaña cerrada, que cambiaba sus tonalidades todo el día; desde el verde amarillento, iluminado de sol, hasta el azul-lila de los atardeceres y la lejanía.

La dureza de Ascensión Lastre continuaba manifestándose cíclicamente. Pero un día, mientras torcía el tabaco para «bola» ya curado, de antemano en los jurones abrigados, María de los Ángeles, que ensartaba hojas recién cogidas para ponerlas a secar en cordeles de piquigua bajo la ramada, le habló sonreída:

—¿Te acuerdas de lo que te dije cuando me pasabas por los guandales?

—¿Cómo me voy a acordá, si no me dijiste nada? Sólo me picaste.

—Bueno, pero es que no me lo preguntaste después.

—La curiosidá no siempre es buena.

—¿Pero ahora quieres que te lo diga?

—¿Cómo dices? Repita eso, mi blanca.

—A ver, ¿qué es?

—Nada, que estoy encinta.

Ascensión creyó no haber oído bien.

—Que estoy encinta, que voy a tener una criatura.

En esto sí que realmente él no había pensado jamás. Iba a ser padre. ¿Cómo se sentiría uno de padre? ¿A quién se iría a parecer el morito? En los oídos le sonó una copla que oyera en el teatro a un par de cantantes que se decían gauchos. De esto hacía ya tanto tiempo:

Una rubia se casó
con un negro colorín
y los hijitos salieron
del color del aserrín.

¿Cómo era?... Ajá, ya... Los Cuyanos... ¿Y a mí que me importa cómo se llamaban?... ¿Pero cómo usaban esos calzones polleras? «¡Qué fregaos!». Una risa asomó a su rostro, que no era sólo por los pantalones, sino también por la canción.

—¿De qué te ríes?

—¿Quién?, ¿yo? Ah, sí. Me acordé de un canto y de unos cantores que usaban unos calzones bien chuscos.

Don Clemente Ayoví, que estaba cerca, había esperado una oportunidad para meterse en la conversación, y no halló otra mejor.

—Vos te reís de eso, porque el ojo nunca ve pa adentro. Mirá: cuando yo era mozo, aunque no viene al pelo el cuento, me fui pa Colombia, y en esas andadas llegamos a un pueblito que no me acuerdo como lo mentaban. Será por lo que estoy ya viejo que empiezo a olvidarme de las cosas. Lo cierto del caso es que toda la gente de ese punto tenía coto. Todos, pero toditos. Y, claro, ellos creían que así debían ser los demás cristianos, cotudos. Así que llegamos, nos empezaron a vigilar los pescuezos, y al fijarse que no teníamos ningún coto, se morían de la risa y gritaban cuando pasábamos: «¡Ah, pescuezo ’e violín! ¡Ah, pescuezo ’e violín!».

—No era por mal, que yo me reía —respondió secamente Ascensión.

—Ya lo sé, hijo; vos sos un buen muchacho. Y te felicito porque vas a tener un chico. Ya sabés que en mi casa la alegría de uno es la de todos.

—Gracias, don Ciernen.

Lastre conversó con su María de los Ángeles, más que en ninguna otra ocasión. Le exigió que no trabajara, porque para eso estaba él.

Calculó que le venían mayores obligaciones, y no le pesaban. Las iba a resolver. Apenas terminara la cosecha de tabaco y se vendiera en el estanco en la ciudad, se remontaría a sacar tagua con quienquiera dispuesto a acompañarlo, o solo si a mano viniese. Aunque la tagua ya no valía como en años pasados, siempre reuniría alguna plata.

La mujer quería que en el caso de que fuera niña, entrara en un convento, para que se hiciera madrecita.

Eso de monja a él no le agradaba. Y más que nada, no concebía la figura de una monja negra.

—No —decía—, mejor es que se haga maestra de escuela, pa que enseñe a leé y a escribí —y por su mente pasó fugaz el recuerdo de Afrodita. Nada había vuelto a saber de ella.

—¿Y por qué no puede ser monjita? ¿Acaso ante el Señor no somos iguales todos?

—En todas partes el negro es negro y el blanco es blanco. Hasta en el cielo, a lo mejó.María no pudo, o no quiso, contestar nada.

—Y si sale hombrecito, ¿qué hacemos con él?

—Ya veremos.

Volver a la naturaleza, volver a la paz campesina, volver a la gente común y extraña a la vez; intentar libertarse de pesimistas ideas, de prejuicios absurdos, matar su timidez y su depresión; recuperar la alegría de vivir y la fuerza espiritual generadora de las bellas obras y los bellos pensamientos. Esto era lo que buscaba Antonio Angulo, cuando llegó a la isla Pepepán.

Por las mañanas caminaba, a la deriva, por las veredas poco transitadas, con débiles escalofríos. Acariciaba en actitud franciscana, panteísta, los rugosos árboles de hobo; sentía la frescura de su corteza y tumbaba sus ciruelos maduros. Del piso humedecido por el sereno o por la garúa de la noche, le subía un olor familiar de tierra mojada, que conmovía todo su ser. Una puerca parida se internaba en los platanales, buscando racimos de mampora, caídos por el peso, o triscaba, junto con sus cómicos y ágiles lechoncillos, las guayabas maduras, esparcidas en rededor de los rojizos troncos de los guayabos. Los patos, con su caminar de barco de alta mar, se dirigían acompasadamente, hacia el río, y parpando, nadaban en un remanso. Las gallinas escarbaban afanosamente entre las raíces, y los pollos chotos nunca querían bajar de casa. Los perros se revolvían furiosos contra las moscas y hacían sonar sus mandíbulas cuando intentaban atraparlas, o se rascaban ridiculamente las pulgas y la sarna. A veces, alguno salía disparado, como loco, para divertirse en la persecución de algún pollón cantor y presumido, hasta sacarle algunas vistosas plumas y alarmar a la ponendera. Todas estas escenas y actitudes animales, arrancaban una sonrisa del
joven mulato, que hallaba distintos parecidos de algunos de estos seres con personas conocidas por él.

Después se encaminaba a la ramada del tabaco, y trabajaba como los demás, sin cambiar muchas palabras, pero con el oído atento a las ajenas conversaciones.

En la casa, sobre una mesa, había tres libros ya agujereados por las polillas. Antonio se acercó el primer día y leyó sus títulos: *Historia de Carlomagno; Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno; Maditas sean las Mujeres*. Ojeó las láminas: Carlomagno parecía Moisés o el Padre Eterno. Y Bertoldo bien hubiera podido pasar por Sancho. Revisando estos libros, se explicó por qué el perro

más antiguo de la finca llevaba el nombre de Fierabrás. No había nadie en la familia que no hubiera leído esos libros, o por lo menos los hubiese oído leer o relatar. Y cuando estuvo desocupado, se acostó en la hamaca de la sala y los leyó también.

El viejo Ayoví era un patriarca muy creyente. Calculaba las seis de la tarde, y entonces llamaba a la oración. Sus dos hijos, de las otras casas, rara vez concurrían, pero seguramente practicaban la misma costumbre en sus hogares. Lastre y Antonio procuraban no estar presentes a esa hora, y si era imposible evadirse, permanecían rígidos, impasibles, sin dar muestras de aburrimiento.

El viejo nunca tocaba este punto, y dirigía las plegarias contritamente, mientras las dos mujeres y Azulejo hacían el coro, un coro de abejas.

Terminado el rezo, servían la comida, abundante siempre, a base de plátanos, yuca, arroz y pescado seco o carne de monte, y don Clemente, al terminar entonaba invariablemente:

—Demos gracias a Dios por el pan que nos ha dado hoy.

—Amén.

La cosecha se terminaba. Quintales de tabaco en mazos y bolas de algunas libras, salían envueltos en hojas secas de plátano, con dirección a una espaciosa canoa enranchada debidamente. Calculaba don Clemente que todo eso daría unos, dos mil sucres. ¡Cómo no iba a dar, si casi todo era tabaco de primera!

La mañana estaba iluminada y avanzaba ya, cuando partieron. Las figuras aparecían con esplendente nitidez. Diáfano el cielo, sólo alterado incipientemente por lejanos cirros. La vegetación no aparecía tan verde, sino con tonos anaranjados, pero densa siempre. El canalete de Lastre levantó como un galón de agua, que al escurrir por los flancos de la pala, trazó un par de espirales. Las gotas se irisaron como maravillosas gemas.

Desde la orilla, las mujeres daban sus adioses y hacían encargos.

—¡No te olvidés de mi zaraza! —gritaba don Cristo al Azulejo.

—¡Que regresen prontito! —deseaba María de los Ángeles, pensando exclusivamente en su hombre.

—¡Cuídenmela bien! —recomendaba Lastre.

Y mientras la canoa tomaba el hilero, Fabián, el hijo mayor de don Clemente, se recostaba cuidadosamente sobre la carga de tabaco.

Cangá, que se había criado en la familia, tenía de este hombre ciertos recuerdos. Cuando Críspulo era un niño, ya Fabián era un mozo que parecía extraordinariamente largo por su flacura y con un desmadejamiento tal, que

había hecho pensar a más de uno que era el mismo pájaro miguelón en persona.

Pero contrastaba su facha con su industriosidad. De los Ayoví jóvenes, era el que más había contribuido al progreso y belleza de la finca. Por eso siempre tenía la representación en los negocios.

El Azulejo se acordaba de la vez en que Miguelón lo azotó por haberse puesto a aguaitar cómo era que ponían huevos las gallinas. «Si, era un cárgame las puertas», pensó.

De pronto, el repiqueteo vibrante de una palanca contra el borde de una canoa atrajo las miradas de los tres. Era una canoa que, espumajeando, subía por una correntadita, la misma que había hecho vibrar de ese modo la palanca. Una mujer y unos chicos astrosos, sentados, venían asombrándose con hojas de rancocha. El piloto hizo señas. Una negrita zancuda, en la proa, ayudaba a palanquear con gran esfuerzo.

En una pierna se le distinguía una llaga de buba. Fabián los reconoció.

—¡Uuujúuu! ¡Primo Timoleón! ¿De dónde bueno?

—Del pueblo, primo. ¿Cómo está el tío? ¿Y la salud, que es lo principal? —respondió el que iba atrás.

—Así no más. ¿Y por su casa?

—Regularmente, gracias a Dios.

Pero la embarcación que bajaba se alejó con rapidez, y la conversación quedó trunca. Una culebra mialo pasó nadando, ondulante, con su cabecita fuera del agua.

—Miren esa culebra —llamó la atención Cangá.

—No es de las finas. Déjala no más.

Las haciendas ganaderas aparecían con mayor frecuencia. En los bebederos fangosos y trillados, las vacas suspendían su ocupación para mirar con una atención, predispuesta al espanto, la canoa, mientras algún toro matrero, parándose brevemente en sus patas traseras, pretendía cubrir a una vacona arisca.

—Según calculo, vamos a llegar al pueblo a eso de la oración —anotó Fabián.

—Tal vez con la oscuridá —enmendó Lastre.

En efecto, bajo un cielo violeta desacostumbrado, que se movía en toda su gama hasta los más insospechables matices, divisaron las primeras luces. El agua copiaba el color del celaje evanescente y daba la sensación de tornarse sólida. Por las orillas y por las islas, soplaba un vientecillo que inclinaba tristemente las caña-bravas y los yerbales espontáneos. Y aquel

paisaje de armonioso colorido, cual un extraño estado de ánimo, se perdía para la paleta de cualquier pintor.

Los reflejos de los focos eléctricos caminaban sobre la marea llena, hasta la canoa. El motor de la reciente planta generadora, acompasado, infatigable, cumplía su tarea.

La pequeña capital provinciana, envuelta en sombras, ocultaba sus muchas casas incómodas y primitivas, dando una visión de verdadera ciudad, ahora que poseía iluminación moderna.

Las pocas torres se erguían altaneras hasta el espacio tibio, y difusas siluetas de palmeras salían de los patios, tal si quisieran envolverlo todo. Las voces de las gentes que andaban por el malecón llegaban claramente, y se podía percibir indiscretamente las conversaciones. Un auto de tercera mano hacía oír su estridente y ronco pito.

—Ya estamos en el famoso Esmeraldas —dijo Cangá, como si hablara para sí.

—Se está poniendo bonito. Cuando me fui a Santo Domingo, todavía no tenía luz eléctrica. Ha progresa’o, palabra —anotó Ascensión.

Los otros aprobaron y comentaron también.

—Tendremos que esperar hasta mañana para vender el tabaco —observó Miguelón.

—Ahora hay que apegar por el paso del Estanco, que está allá abajo en el Pampón, y que ya empieza a anegarse con el aguaje.

—Tú y Ascensión tienen que dormir en la canoa, cuidando. Yo tengo que saltar a tierra, para ir a ver a mi hija Eva, que quiere que la lleve a la finca. —Acto seguido, Miguelón trepó el barranco y se perdió en la penumbra de una calle transversal. Lastre preguntó:

—¿De qué hija habla éste?

—De una hija que tuvo juera de matrimonio. Hace tiempo que no la veo, pero ya debe estar buena. Lavadita sí era cuando la conocí. Y no iba a ser fea la chivita. La madre es media blanca, y como Miguelón no es tan retinto…

—Ajá. Y la irá a llevá a la casa de la madrastra, ¿no?

—Qué va. Ella no la quiere. Mas bien especulo que ha de ir donde el abuelo.

—¡Hum!

Lastre lió entre sus dedos toscos un cigarro de capa, mientras Cangá masticaba ruidosamente el fiambre. Una luna de cuarto menguante aparecía con tan pobre iluminación, que casi no tenía objeto.

La marea amaneció subiendo de nuevo. Abiertas las oficinas del Estanco, se procedió a la descarga. Para la clasificación, Lastre no quiso estar presente; sentía la premiosidad de vagar por las calles, saludar a sus antiguas amistades y reconocer rincones de remembranzas. «En este billar perdí 30 sucres». «Esta casa la han hecho reciencito». «El que viene aquí parece conocido»…

Mientras tanto, Fabián y Cangá presenciaban la clasificación.

—Tabaco de primera: dos quintales; de segunda: siete. El resto, de tercera — anotaba un guarda de cara conocida para Críspulo.

—No, oiga; pero mire —casi imploraba Miguelón—; todo es tabaco escogido.

—¿Qué? ¿Tú crees que no tengo ojos? Si no estás conforme, puedes botarlo al agua. El Estanco no puede perjudicarse.

«Por eso fue que Ascensión no quiso ver esto. Yo lo conozco bien. Si él estuviera, ya se hubiera armado jaleo» —pensaba Azulejo. Luego su atención se posó de nuevo en el guarda—. «¿Pero quién es este fulano? ¿Quién es, Críspulo?». —Miraba ese rostro un tanto pálido y ese cabello brillante, como estirado y pegado de una manera rara. Le examinó la ropa. ¡Debía ser cara, sin duda, y esos tirantes tan bonitos! Pero no podía reconocerlo por más que se esforzaba.

Se cruzaron las miradas, y el joven hizo una mueca de disgusto a la inquisitiva del negro.

—Descontada la tara, saque la cuenta —ordenó uno que parecía jefe.

—Ya está, señor: cuatrocientos sesenta y ocho sucres.

—A mí no me da eso —se atrevió a decir Fabián.

—Tú no puedes saber más que yo, negro bruto. Anda a la ventanilla para que te paguen, y cuento acabado.

—Lo que es el año que viene no sembraremos tabaco —amenazó Fabián.

—Eso es cosa suya. Y a mí no me importa.

—No me gusta que me roben ni que me tuteen.

—Aquí nadie te roba… Y cuidado con lo que hablas.

La larga y desaliñada figura del zambo se fue irguiendo hasta semejar una culebra parada.

El empleado no se intimidó y apretó los puños. Pero el que parecía jefe intervino a tiempo.

—Vea, Ramírez, nada de peleas; arréglelos y que se vayan pronto. «Esa gente no viene más que a dar dolor de cabeza» —pensó.

«¡Ah! Ya sé quién es» —se dijo Cangá al oír el apellido.

Mientras caminaban por el portal de madera, haciendo sonar las tablas flojas, Fabián comentó:

—Estos desgraciados roban como si lo que robaran fuera para ellos.

—A lo mejó.

—No, no pueden, sino que con eso adulan.

El Azulejo se guardó aquello de que Ramírez era conocido suyo. Le avergonzaba decírselo, le parecía que tal circunstancia tenía barruntos de complicidad.

En sentido opuesto venía de regreso Lastre, e inquirió:

—¿Qué tal les fue?

—Mal; no sé qué le vamos a decir al viejo, ahora.

—Ya me lo imaginaba.

—Ahora, vamos a hacer las compras.

Las tiendas de los sirio-libaneses y serranos estaban distribuidas a lo largo del malecón, pero no había un chino ni para muestra.

—¿Qué le vendemos, compadre?

—¡Ey, vea este dril para trabajo, amigo!

—¿No quiere llevar una telita *bara* la *combañera*? Tengo buena *bobelina*.

—Esta *escobeta* de dos cañones se la doy barata, como *bara* usted.

—Machetes para desmontes, ¿no quiere?

Lastre y Cangá se habían quedado rezagados, y miraban con no disimulada curiosidad las vitrinas y las perchas, sin atinar lo que debían adquirir con el dinero que les había tocado por su mano de obra.

—¿Viste quién estaba en el Estanco? —interrumpió Cangá.

—Sí, lo vi. ¿No era ese estudiante que estuvo en el campamento del kilómetro diez y ocho?

—El mismito, pero se hizo el desconocido, y él fue el que nos jodió.

—Yo por eso me hice el que no lo había visto. Estos blanqueados son así. Sólo se acuerdan de uno cuando lo necesitan, y cuando pueden, lo ayudan a fregá. ¿No estás viendo?

—¡Y cómo ha cambiado!, ¿no? El pelo lo tiene lisito. Yo en un principio no lo conocí. Las cosas que inventan.

—Un boxeador que ha andado por el extranjero, dizque es el que se gana la plata haciendo eso. Pero a veces quema el pelo, me cuentan.

—Con todo, yo sí me haría alisá.

—Esa pimienta no te la alisa ni Cristo. ¿Y pa qué? Negro mismo quedás. No hay como lo natural, Azulejo.

Tuvieron que pasar una noche más, durmiendo en el tabladillo de la canoa. La aurora hizo su anuncio de luz rosa. Lastre miró el celaje. El mar era una rayita confusa, ligeramente convexa, más allá de la desembocadura del río. Un viento sano y mariscoso soplaba desde el noreste, rizando el agua dulce, sugiriéndole la fantasía de hallarse en un mar en miniatura. Un pato cuervo sumergiéndose para resurgir a quince metros de la popa de la canoa. Se hundió y surgió. Se hundió y surgió. Se hundió y surgió.

Juyungo estudió el cielo y dijo:

—¡Vamos a tené un solazo...!

—A mí no me pega.

—¡Qué te va a pegá! Pero a la hija de don Fabián sí le va a hacé mella.

—Bueno, entonces acomodémosle un rancho.

Mientras lo armaban, por el barranco hediondo a basuras, a ratas y excrementos, aparecieron varias personas.

Las miradas de los dos hombres convergieron sobre la silueta de la muchacha. Cangá silbó y exclamó a media voz:

—¡Cómo ha desarrollado la zambita!

Después vio a la otra mujer que venía con dos criaturas. Una de las cuales era un muchacho que traía un gran canasto de ropa.

—¡Qué rico penco!

Ascensión reconoció en el hombre que venía con Fabián nada menos que a Nelson Díaz, y sintió una verdadera alegría. Lo estimaba y lo admiraba sinceramente. Era el mejor blanco que había conocido, ¡además decía unas cosas tan verdaderas!...

Cuando ya estuvieron junto a la embarcación, saludaron:

—Buenos días de Dios.

—Buenos.

El Miguelón habló a modo de presentación:

—Esta es mi hija Eva, y ésta es su amiga, la viuda del finado Manuel Remberto, que era compañero de ustedes allá arriba en Santo Domingo de los Colorados.

—Ah, es la Eulogia, de Remberto, que en paz descanse.

Intervino Nelson y tomó a su cargo la explicación:

—Ella quiere ir a trabajar con ustedes, porque aquí la vida se hace cada día más dura. Con la muerte del marido quedó en el mayor desamparo. Últimamente le quitaron el puesto de peladora de tagua que tenía, lo mismo que al hijo, por no sé qué chisme. Pero la verdadera causa fue porque ella era una de nuestras mejores compañeras en el Sindicato. La más entusiasta y activa.

Unas miradas de respeto y compasión la envolvieron, y ella se fijó en la punta de sus zapatos baratos y sin bacerola.

El Azulejo se preguntaba qué cosa sería un sindicato.

«Este Nelson sí que no ha cambiado nadita —pensaba Lastre—. Ojalá que siga siempre así».

Fabián concluyó:

—Bajo nuestro techo, todos nuestros amigos son bien recibidos. Y del mismo verde comemos en paz. Un día hay, otro no; pero de donde come uno comen dos.

Antes de abrirse de la orilla, Nelson le hizo un encargo a Lastre.

—Hazme el favor de llevarle esta carta a Antonio.

—Está bien.

El impulso de las palancas guarnecidas de regatones llevó la canoa contra la corriente. Por entre los muelles, estaban acoderadas balsas de plátano; imbaburas de hierro, cargadas de cocos secos; pequeñas balandritas, de cuyas cubiertas salían volutas de humo azulino de estopa; decenas de canoas menores y una que otra lancha de motor. El undívago movimiento que dejaba la embarcación de los viajeros, chicoteaba en las otras y luego moría quedamente en la orilla. Y a medida que el día entraba, las voces humanas y los ruidos aumentaban, indicando que la población abría sus miles de ojos.

El sol quemaba más, obligando a los de la canoa a beber agua en el hueco de la mano, y a remojar el rostro y la cabeza. La conversación, de animada a la salida del puerto, decaía, y el viaje tornábase pesado. El paisaje de las márgenes hacíase monótono, sin variantes sensibles.

Del júbilo que Eva llevaba en su rostro, durante las primeras horas, no quedaba más que un sudor frío y un visible sopor que entraba por debajo del enranchado. A hurtadillas, el Azulejo aguaitaba a las hembras

desaprensivas. Le gustaban ambas. Claro, la muchacha era mejor, pero tal vez no le resultaría.

Los guijarros calizos y arcillosos de los playones, reverberaban, y claramente se veía un vapor cristalino que ascendía vibrando.

Las mujeres tomaron su calzado para no quemarse los pies y resolvieron ir caminando hasta donde lo permitiera el terreno, para aligerar la carga y dar descanso a los hombres y a sus propias nalgas.

Dos pelícanos, muy alejados de su bandada marina, habían remontado el río. Emérido, que los vio, empezó a cantar simplona y repetidamente:

Apuesto que no le quemas
el rabo al alcatraz.

Ya los gallos habían dado su primer canto nocturno, cuando la canoa llegó al paso principal de Pepepán. La gente que dormía fue despertada por el furioso ladrar de los perros, que se calmaron sólo cuando oyeron voces conocidas.

—¡Zumba, Fierabrás!

—¡Pasa, Radiosa, pasa!

Antonio no se levantó porque estaba llevando altas fiebres palúdicas y esa noche sudaba una. Pero oyó voces desconocidas de mujer. Y su curiosidad estuvo a punto de sacarlo fuera del toldo. Serían las ocho de la mañana cuando oyó la voz del abuelo.

—Eva.

—Señor.

—Coge esa infusión de verbena y discancel y llévasela a ese joven que duerme en el cuarto chico.

—Bueno, abuelito.

Era una armoniosa voz de contralto, que hacía imaginar a Antonio cómo sería su dueña.

Ella entró, puso la taza de la toma antipalúdica en una mesita, y se volvió por las mismas. Cuando él sacó la cabeza del mosquitero, ya ella estaba de espaldas. Sólo vio un cabello de un café oscuro, ondulado, lustroso de brillantina; una piel canela asentada; cuerpo alto y lleno; piernas bien dibujadas, un tanto gruesas, acaso; y curvas de estampa. Como iba descalza, sus pasos sonaban iguales a los de un gato. Cerró los ojos para retener, como en una cámara, la figura que lo había impresionado, y por un instante se le apareció inmóvil. Luego se esfumó. Y por más que repitió la operación, no consiguió sino absurdas reproducciones que adquirían de pronto formas de otras mujeres conocidas. Jacinta, por ejemplo.

Al rato advirtió que alguien llegaba al patio de la casa. El abuelo llamó de nuevo…

—Eva.

—Mande, señor.

—Alístate, hija, que tu tío Arnulfo quiere que vayas a pasar unos días en su casa.

«Ah, es el otro de los hijos de don Clemente —pensó Antonio—. Se va a ir la muchacha y no la voy a conocer bien» —se lamentó.

Bebió la medicina color púrpura, e hizo una fea mueca por el amargor.

Trató de levantarse; pero tenía las articulaciones doloridas, la boca de mal sabor. Se quedó descansando un poco más, cuando sintió venir de nuevo la fiebre.

—Maldito calofrío, ya viene otra vez —dijo a media voz, mientras se encogía como un 5 bajo la cobija.

El falso frío fue transformándose en una ascendente marcha de temperatura, que poco a poco lo condujo al delirio… «… he vuelto a la tierra sin la luz de mis mayores que, desnudos, se nutrían de frutos elementales donde ahora pisa esa chica que trajo la verbena, y yo, que tengo duro cielo en mi cabeza sobre el río de noche cálida, tupida en polvo de estrellas, si soy tímido, una de menor valía, sudo en silencio como
la chispa de genio nebuloso; nadie conoce mis anhelos; ahora recuerdo a Rolando y las rocas que partía suenan cununos, tambores, marimbas, llamándome a través de los guarumos, cabezas de negros hermanos que no oigo; ella me despreció; porque los animales no lloran, sólo escuchan la saliente; hedor de la yerba gallinazo; la tunda que habita en la manigua; profundos del que desobedece; nada termina su muerte; perdido en un bosque de prejuicios; mi amigo no me escribe; sin familia que me cuide, lloro; no me duele la cabeza; la voz de contralto regresa, hermosa zamba, merezco esta suerte; la hierba húmeda de rocío bajo las plantas; acaricia, empezará a crecer el agua; escasas posibilidades; fumaré, enfermo; que me dejen salir sin que sepa nadie; enterrado bajo un árbol de pan, sus frutos duelen si me caen; en la mañana salen los pájaros madureros y charos asombrados; no creo en ella, no tiene rostro; ninguno me tomará en serio sin volverme a estudiar; fuerza me falta; qué hago, triste tenteenelaire, si todo mi sufrimiento se regolfa en mi espíritu; idiota; sed de infinito…».

Capítulo XI
OJOS DE AROMO Y LA MADRE DEL AGUA

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Dame la mano y ven conmigo. Lleguemos hasta el barranco que suelta terrones y escuchemos las cuerdas musicales del río, porque en la oscuridad íntegra del hombre sólo guarda relación con el piso que cosquillea bajo sus pies o con el crujido de sus propias articulaciones. Ven conmigo de la mano, que ya no podré volver sobre mis primeros pasos. No soy sádico, pero me gustaría gozarme en la muerte del día y reírme de la pierna defectuosa de la tunda, tunda que entunda. Unicamente son bellas las cosas donde se ha posado la mano de Dios; los animales salvajes y las plantas silvestres por ejemplo, pensaba. Todo aquello que ha recibido intervención humana es feo, muy feo.

Juúuuu-juúuuu-juúuuu aullaban los mongones en la profundidad de la selva, y su grito era tan perceptible, tremendo, intermitente, que engañaba a los conocedores de su real distancia.

—No deben estar lejos esos monos —observó Antonio, que ya convalecía de su enfermedad.

—Eso es lo que uno cree; pero póngase a buscarlos en el monte y no los encuentra sino después de mucho caminar. Y duros para morir sí son los malditos. Uno hace un buen punto con un balín y se agarran con el rabo de las ramas. ¿Y caer los condenados? Mañana que caen —dijo el abuelo, mientras encendía su cachimba.

—Cuando Ascensión le fue a entregá la carta que le mandó don Nelson, usté estaba delirando —intervino Eulogia, que hacía moñitos en la cabeza de su negrita.

—Es que me dio muy alta esa calentura; nunca me ha atacado un paludismo así.

—Siga no más tomando el agua de verbena con el discancel, pero enserenada.

—Así lo haré.

Pero en el ánimo del joven mulato ardía una llamita de desaliento. Una nostalgia por algo desconocido, un anhelo inalcanzable de infinito y de amor que lo redimiera. Hasta sentía falsamente que todos estaban contra él. Y aquella carta del amigo, que leyó, ya fresco de la fiebre, lo confundía. ¡Qué sano optimismo irradiaba, qué justa manera de enfocar la vida y las cosas, qué espíritu indomable de batalla, qué certero para desechar las cosas baladíes! ¡Quién pudiera ser como él!

Recordaba íntegramente algunos párrafos:

«… y por eso hago lo que hago, porque la vida del hombre se nutre de esperanzas continuas. Sé que en el fondo de las cosas hay mucha porquería; pero yo le echo tierra, la tierra de mi amor por la vida y por los desgraciados como nosotros. ¿Qué sería del mundo si la fuerza del espíritu no intentara dulcificar la amargura cotidiana? Creo en mi propia fuerza, en mi propia voluntad, y es mucho. Quiera nuestra idea, para bien de ti mismo y de aquellos que te estimamos, que vuelvas por el sendero de la realidad. Ya que antes que ser negro, blanco o mulato, lo esencial es ser hombre y afrontar la vida con actitud digna y valerosa…».

—Hace un bochorno del diantre —dijo el viejo, al tiempo que observaba el cielo gris—. ¡Va a caer un palo de agua!

—Es que ya viene el invierno —anotó la mujer.

Los monos se habían silenciado, las montañas del Este se enjabelgaron con una cortina de lágrimas, pendiente del cielo plomo, que se iba haciendo más densa y avanzaba cegando.

—Allá viene el chaparrón.

En efecto, el rumor crecía uniforme, tal si una gran manada de tatabras se aproximara. Las primeras gotas, gruesas como maíces, cayeron en el techo,

con seco ruido. El caballo overo que servía para mover el trapiche, sabiamente se metió bajo una ramada. Las gallinas pegaron las alas contra el cuerpo, y adoptando una línea casi vertical, corrieron, y para Antonio semejaron jirafas corriendo hacia la casa, las jirafas que él había visto en películas de exploradores. De la tierra le subió un tufo fastidioso, igual al polvo que se levanta cuando se barre. Pero luego el aire iba tornándosele puro fresco, húmedo y suave, y el suelo fue surcado por minúsculos riachuelos que convergían vertiginosos, en otros mayores, hasta rodar por la vega hacia la orilla.

Emérido, que permanecía sentado en la escalera, jugaba con su imaginación, pensando que así se habría de ver la tierra con sus ríos cuando se volaba en avión. Antonio reconstruyó la silueta posterior de Eva y estiró el cuerpo como con pereza, entre palúdico y voluptuoso.

El aguacero perdió su novedad, para volverse monótono, amodorrante. Don Clemente predijo:

—Mañana amanece creciendo el río.

Después de la oración, la noche vino cerrada, sin alternativas. Retinta como la misma piel de Cangá.

Todos fumaban. Lastre y su mujer tendieron una corteza de majagua y se acostaron sobre ella. Eulogia tomó a los dos hijos en su regazo tibio.

No se oía llover; sólo se escuchaban las ranas y los sapos agradecidos, croando de modos diferentes:

—Cro-aac, cro-aac, cro-aac.

Ora era como el lamento desesperante de una criatura, de un pájaro extraño de mal agüero; ora el deprimente ladrido de perro tierno:

—Jáe-jáe-jaeeu. Jáuu-jáuu.

En eso el caballo del trapiche relinchó. Su poderoso trote sonó por el potrerito ya lodoso. Iba y venía de arriba para abajo, nervioso, hasta fatigarse, como presa de un mal invisible o de algún duende cabezudo con sombrero de anchas alas que se empeñaba en agitarlo, para luego divertirse contemplando sus ijares palpitantes. Todos pusieron el oído atento.

—¿Qué le pasará al muérgano ese? —preguntó Lastre.

—Nada —repuso el viejo desde la hamaca—. Ese es un caballo loco. Siempre, por esta fecha, con las primeras aguas, se pone a corretear solito por las noches.

—A mí se me pone que es el ánima del difunto, Pantaleón Mina, la que viene a montálo todos los años. Y lo hace trotá hasta cansarlo, en venganza de la patada que le dio en la barriga. Dicen que de eso fue que murió el pobre hombre —aventuró con tono solemne el Azulejo.

—No me parece —replicó Clemente—. Yo más bien supongo que debe ser la tunda o tal vez el duende. Más la tunda, porque siempre que corretea así, amanece con las crines hechas nudos y trenzas. Y nadie me quita que de esa manera es como se entretiene la tunda.

—Yo quisiera saber cómo es eso de la tunda —averiguó Antonio—. He oído contar pero no me acuerdo bien.

—La tunda es jodida, palabra —siguió don Clemente—; yo he topado su rastro cuando he andado monteando. La una pata es como de cristiano, pero la otra es de molinillo. Siempre cufiando las casas donde hay criaturas. Si la muy astuta ve a un chico, se transforma en seguida, por malas artes, en persona conocida del muchacho o en animalito de la casa. Entonces se lo lleva al monte con engaño. Cuando pasa los esteros, les da de comer camarones crudos y les echa ventosidades en la cara, como si hubiera bebido ese monte que mientan pedorrera, para atontarlos y ponerlos pendejuanos. Oiga, y esas ventosidades dizque hieden a cobre. Después los lleva a su cueva, que siempre hace entre los guaduales espinosos, y los va secando, secando con su mal bajo, hasta que los deja en los puritos huesos.

Tosió un poco y continuó:

—Yo de verla, mismo, no la he visto, no. Pero una vez me tocó ayudar a rescatar a un nietecito del finado Pantaleón Mina, que vivía más arriba de aquí, en un punto que se llama Chancama. Dicen que a eso de la oración, mandaron al muchachito a arrear las gallinas. Cuando, señor, que se apareció una linda polla blanca. Claro que la criatura fue a arrear al animalito. Y por más que le gritaba: ¡cho! ¡cho! jurón, jurón, nada, señor; la condenada pa el monte, pa el monte. Cuando quiso volver pa atrás, ya no vigió el camino, ni la polla tampoco. Cuando en eso que se aparece una señora igualita a la mamá y le dice con voz gangosa: «Por acá es, mi hijito». Pero el muchacho, vivo, que ya había oído mentar a la tunda, le echa ojo a las patas y le ve la de molinillo. Ya el chico iba a arrancar a correr, cuando la maldita se acerca, le pone el trasero en la cara y le suelta un pedo hediondo al purito cobre. Ahí sí, lo coge de la mano y se lo lleva muy oronda pa entundarlo. En el camino lo sigue ventoseando, y cuando el muchacho pide qué comer le da de atracar camarones crudos. Al otro día salimos como veinte, con perros y todo, por el monte, a buscar al muchacho. Y no han de creer, a los tres días los perros, que es lo único que la tunda teme, dan con la huella y llegamos a un guadual tupido. Y la espina que bramaba. Tuvimos que abrirnos paso a machete limpio, hasta llegar donde el chico, que estaba todo enteco y ya moribundo. Por eso se me da que eso de la tunda es cierto, cosa mala, sí, pero de verdad. Porque vean, ningún cristiano solito hubiera podido meterse entre ese espinero, ni guindar su ropa como bandera, en la copa de un árbol altísimo, que fue lo que nos ayudó también a dar con el escondite.

El muchacho del cuento, ahora es un hombre; pero ha quedado como tonto y abobado, no sirve para maldita la cosa.

Emérido, que había atendido con los nervios de punta, temblaba de pies a cabeza y se arrimaba más a la madre. Esta notó el susto del chico y cargando a la hija, ya dormida, se retiró a su cuarto, diciendo como un reproche:

—Pa qué contó eso, don Clemente; a lo mejó se me va a espantá mi hijo. Él, que es tan nervioso.

—Como me preguntan, yo cuento lo sucedido; nada más.

Antonio pensaba para sí: «Si será mentiroso el viejo ése». Pero con todo, quiso saber más.

—¿Y de dónde salió la tunda, don Clemente?

Ayoví, que nunca se quedaba callado a ninguna pregunta, tomó un aire de suficiencia, notoria a la débil luz del candil.

—Según las Sagradas Escrituras, la tunda fue, en el tiempo en que los animales hablaban, uno de los ángeles preferidos del Señor; pero por desobedecer la voluntad del Todopoderoso, cayó en este valle de lágrimas para castigo de ella misma y de los niños malos. En cambio, no falta gente ignorante que dice que es una madre que mató a su hijo en el monte y lo anda buscando hasta el día del Juicio Final. Y lo que es más, esa misma gente asegura que la tunda se casó con el Patica y tuvo un hijo feísimo Samado Cuco. Por eso dice el refrán: «Es más feo que el cuco».

Al llegar a estas palabras se persignó, contritamente.

El trote del caballo todavía se percibía, bastante alejado y decadente, dejando un misterioso silencio.

A la mañana siguiente el negrito Emérido no pudo levantarse. La fiebre y el vómito lo tenían postrado. La temperatura se mantenía alta, indefinidamente. La madre se alarmó y llamó a las otras mujeres.

María de los Ángeles dijo:

—Para mí ver, es «ojo».

—Ya está muy grande para que lo «ojeen» —replicó don Cristo—. Eso sólo le da a los moritos tiernos. Con todo, nada se perdería sobándolo con un huevo del día y poniendo después la yema y la clara en un vaso de agua. A las veinticuatro horas se verá si es «ojo» o no es «ojo».

—No, no puede ser —apoyó la madre.

—Lo que se me da es que está espanta’o. Ese es mal de espanto, ni que darle vueltas. Hay que sobarlo y rezarle la Magnífica.

Buscaron los montes propicios: flores de muerto y yerba gallinazo, que hedían a leguas. El paciente fue sobado por Cristobalina. Le rezaron y lo bañaron en cocimientos durante varios días, hasta su total restablecimiento.

Para el veranillo de cenizas, regresó Eva a casa del abuelo. El río estaba repuntado, no más; los caminos, secos. Y la isla, que era extensa, ahora con el brazo ya lleno de agua, era, sin discusión geográfica, una isla. El sol, como todo sol de invierno, ardía intenso y fugaz. Pero nadie jugó carnaval,

ni con agua, ni con polvos, como es costumbre en los pueblos y ciudades. La fiesta pasó inadvertida, como muchas otras.

Ella llegó del lado de arriba, a pie; del extremo de la posesión, acompañada de dos primos pequeños.

Antonio, que estaba comiendo chontaruros cocidos, en un banquito rústico que apodaban el *mentidero*, situado en el frente de la casa, dejó de masticar.

Sus miradas se encontraron. Pero ninguno de los dos habló. Ella desvió sus ojos color de aromo y bajó los párpados. Él sintió una opresión en el epigastrio.

«De frente es mejor que por atrás —pensó. Aquella belleza estaba fuera de sus cálculos—. ¡Qué muslos tan poderosos!, ¡esos senos hinchados como globitos de carnaval! El rostro sereno, sin una arruga, sin una mancha. Los labios pulposos, color de mamey. Sólo la frente, tal vez demasiado estrecha. ¡Qué raro color qué misteriosa impresión! Son de un tinte aromo esos ojos, no hay duda. El cuello parece frágil, como una espiga tierna de arroz. Increíble, porque es más robusta que endeble».

Eva al principio se sorprendió de esa cara desconocida, pero luego se dijo: «Este debe ser el que estaba enfermo, cuando llegué. No está malo del todo». Tenía aquel joven, para ella, un no sé qué indefinible, que la hizo pensar; algo así como si aquel rostro le fuera conocido. Pero por más que pretendía reconocerlo, no pudo; hasta que acabó por convencerse de que jamás lo había conocido.

Recordaba, sí, a una serie bastante numerosa de jóvenes que la rondaban día y noche, allá en el pueblo, tratando de recabar sus favores. Eran blancos, lo que se dice de buena familia, también algunos mestizos; pero siempre le faltó valor para aceptar a uno, como enamorado. Tenía en los primeros meses de su adolescencia, cuando recién apuntaban sus senitos, un miedo instintivo a los hombres, al tiempo que una inquietante curiosidad. Pero ahora que se sentía más mujer, aquel terror iba desapareciendo, y ya podía soportar una cosquillosa mirada o una masculina charla, hasta cierto punto. Recordaba entre sus admiradores, que al fin y al cabo terminaron por calificarla de montuvia y corrida, a cierto zambo que le parecía enteramente chocante por su pedantería y afán de lucir, llamado Max Ramírez; y al gringo míster Hans, de la Casa Tagua, que había ofrecido a su madre el oro y el moro por que la cediera a ella. Pero ese gringo tenía una manera de mirar tan agresiva, que la hacía volver al miedo de sus niñeces. Si hubiera sido otra chica, habría aprovechado aquello que parecía una magnífica oportunidad: un gringo, y con plata. Pero a ella no le producía el menor entusiasmo, por más que sus amigas trataban de persuadirla, pintándole maravillas y envidiándola en el fondo. Pues, el resultado de aquellos consejos fue contraproducente. Cosa que sorprendió a sus más íntimos.

En los comienzos, ella parecía esquivar a Antonio. Sólo hablaba con las mujeres. Su pequeño mundo casi no se turbaba todavía. Sentía sobre sí las miradas hambrientas de Críspulo y las eventuales de Ascensión, pero no le importaban mayormente.

Antonio trató en vano de acercarse a su corazón, pero ella aparecía tímida o desdeñosa, quizá. Nunca logró arrancarle otra cosa que monosílabos. Y, sin embargo, con las mujeres era locuaz, hasta con el abuelo lo era.

Una noche, la chica, que dormía con las otras mujeres en el cuarto grande, cambió su cama y la puso junto al tabique contiguo al cuarto donde se instalaba Angulo.

Cuando el joven se percató de su vecindad, el corazón se le violentó. Torturábale el pensar que apenas estaba separado de la mujer amada por 30 o 40 centímetros. Así, casi absolutamente. La oía removerse, respirar, y nada; después, el sueño de todos, silencio. Se atrevió y dio dos golpecitos en la pared; silencio otra vez. Larga, larga espera para su anhelo. Y luego, la imponderable satisfacción de lo que viene cuando se cree todo perdido. Se oyeron también dos tenues golpecitos del otro lado. Él cortó del viaje la respiración. Volvió a golpear. Repitió. En vano; nada, silencio otra vez, silencio definitivo.

Por la mañana la pudo ver, remendando ropa. La saludó. Y el bello rostro de la mulata no traslució nada.

«Debe haber sido una alucinación mía —pensó—. ¿Estaré tan estúpidamente enamorado? ¿Será posible que esta mujer de mi propia raza también me desprecie?».

Después de un momento, Cristobalina se acercó al viejo.

—Papá.

—¿Qué quieres, hija?

—¿Se ha fijado que el estudiante anda detrás de la Eva?

—Claro que me he fija’o. ¿Y qué?

—Como no vayamos a salí con un domingo siete o una pata ’e banco.

—No me parece. A ella no le cae bien.

—Pero tanto va el cántaro al agua… Y usté sabe que el diablo tienta.

—Como te ha tenta’o a vos.

—Bueno, es que yo…

—La chica es seriecita, no creás. Y si algo sucede, bueno, se casan y ya está.

—Estos así no se casan. Se creen mucho.

—Es un buen joven, sufrido, sencillo. ¿No ves cómo trabaja como los demás? Y si es por el color, igualitos no más son. Y mi nieta es graciosa, señor. Pa qué quitarle.

—Dios quiera que así sea.

—Perdé cuidado. Yo sé lo que te digo. Perro viejo ladra sentado.

Sería que el temperamento de Cangá, tan aficionado a la guitarra y la marimba, y a los amores fáciles con negritas de por allí cerca, había sufrido un cambio notable, al parecer. Tenía también una viva atracción por la muchacha. Al principio se dio por mirarla en tal forma, que ella se sentía como desnuda. Pero viendo que nada conseguía, ni con esto ni con las canciones que en los anocheceres ejecutara con su guitarra en el mentidero, ni con su buen humor de todo el tiempo, optó por plantear el asunto a la madrina, en una gallinaza zaratana.

—Vea, madrina, yo quiero hablá un asunto con usté.

—Hablá no más, muchacho.

—Este… Este… Yo quisiera casarme. Ya creo que es tiempo. Así me siento un poco triste y me aburro de todo.

—¡Hum!

—Sí, palabrita; pero es que…

—Pero es que. Habla. A ver, ¿de quién es que te habís enamorisca’o?

—De la Eva.

—¿De la Eva? De mi sobrina.

—Sí, señora.

—¿Y ella qué dice? ¿Te corresponde?

—Ahí está lo malo. Ella no me dice nadita.

—Y ahora, ¿qué querés que haga yo? Vos sabés que lo que no nace no crece.

—Pero tal vez si usted le hablara a don Clemente… Él podría arreglá el casorio, y ya está. Pero es que también el blanqueadito ése anda atrás, atrás. El cree que nadie se da cuenta.

—¿Y ella?

—No sé.

—Yo voy a tantear a mi papá. Pero es que, a él, en estas cosas del cariño, no le gusta meté la mano, no señor. El dice que, en amor, sólo Dios. En fin, si por ahí no conseguimos nada, te voy a da un perfume con una yerbita que tumba a la más pintada y a la más chucara.

Como Cristobalina no consiguiera la intervención del viejo, preparó un filtro conocido de muy pocos, pero que gozaba de gran fama por su supuesta eficacia. Ya en su voluntad había tomado arraigo el proyecto de casar a Críspulo con Eva. Ella era su sobrina, él su ahijado; todo entre familia. «Lo que se va a comé el moro, que se lo coma el cristiano», decía.

Se internó más allá de la ceja del monte, en tierra firme. Trajo una plantita menuda como la verdolaga. Rezóle extrañas oraciones frente a una imagen de San Antonio puesta de cabeza, y después, arancando las hojuelas debajo de una cama, las introdujo en un frasquito con agua de colonia. Al cabo de unos días el perfume fue adquiriendo un olor raro, almizcloso, chocante. Las hojitas echaron raicillas de sus nervaduras y siguieron creciendo en el alcohol.

Una seguridad y una alegría se apoderaron del Azulejo. Recuperó su buen humor, volvió a cantar con más entusiasmo y a mirar posesivamente a la chica. Pero el perfume tenía que aplicarlo en un pañuelo de ella, para que hiciera el efecto deseado, o hacérselo aspirar directamente por un buen rato. Mas, esas oportunidades no se presentaban y el tiempo seguía su curso como el mismo río. Sin volverse, sin repetirse, sin brindar agarradera fuerte, hacia lo poco conocido, hacia el mar.

Don Cristo no era mujer que tuviese agua en la boca. Ciertos secretos eran para ella secretos a voces. Cuando conocía algo de cierta gravedad, a su juicio, se sentía como sofocada y se hallaba como obligada a divulgarlo; así como también, cuando pensaba bien o mal de alguno, se lo soltaba sin miramientos, a la cara. Y nunca reparaba las consecuencias de su indiscreción.

La anécdota que contó un día sobre los padres de Antonio fue sugerida, sin duda, a propósito del filtro de amor que había preparado para su ahijado, y porque no quería bien al intruso, la verdad.

Estaban las mujeres solas en la orilla del río, lavando y bañándose; mientras los hombres andaban en el desmonte.

—Dando y cavando he venido a acordarme de qué familia es este estudiante que está aquí en la casa. Es guácharo desde que estaba de pecho. Quien lo crió fue la finada Doña Petra, que no era nada pá él, sino una buena mujé.

Eva, que había puesto un gran interés, casi sin quererlo, preguntó:

—¿Y cómo ha estado estudiando?

—Le consiguieron una beca. Porque dicen que es muy aplicao.

—¡Ah!

—Bueno, pero atiendan lo que les quería contá. Yo estaba todavía muchacha cuando ocurrió esto. Vivía por el lado de la costa abajo un negro rico y feo como el mismo cuco, llamado Hipólito Angulo. Yo he visto negros feos, pero ese decía: ¡quitá! En aquel entonces fue a viví por ese mismo punto un señor apellido Castillo, que tenía una hija agraciada, la pobre. Si

parecía una gringa de lo blanca y colorada. El negro que la ve, ¡y pegarse una enamorada de esas! Sería el mismo diablo, digo yo. ¡Ella, que era patrona pa él, le cogió un miedo y un odio…! Lo insultaba, lo despreciaba. Y el negro, nada. Allí prendido como una mula lerda. Que le hacía unos buenos regalos, que cartas, que esto, que este otro. Hasta no sé cómo, de vé que no iba a sacá ni jota, se consigue donde un viejo curandero, un olorcito con chimbo, que no falla pá conquistá a las mujeres.

Al llegar a esta parte, miró a su sobrina y se sonrió de tan extraña manera, que hizo estremecer a Eva. Entretanto, María de los Ángeles trataba de investigar por detalles en su memoria, la posibilidad de que Ascensión hubiera usado algo similar con ella.

Pero no, antes ella fue la que usó la sangrecita del brujo. Mas ¿le habría hecho efecto eso a su hombre? De una cosa estaba segura. De que ahora se querían casi de igual a igual.

—Siga contando tía —dijo la chica con no mucha convicción.

—Allá voy, allá voy. ¿Te habís pica'o, no?

—… Como les iba diciendo. Hipólito le hizo ole el perfume enchimbao, con una sirvienta de la blanca. Cuando de la mañana a la noche, que se casa la niña Rosana con el negro Hipólito. El golpe pa el padre fue tan terrible, que le dio un papatús, y al otro mundo. Pero cuando uno mete la cabeza no hay quien se la saque; la gringuita se emperró y se casó. Entonces la gente empezó a decí: «Vea lo que es la plata». «Si el dinero hasta hace vé blanco al negro». Y no sabían que era la brujeriíta. En esto llegó a los oídos del negro todo lo que la gente hablaba. Y vean lo que es el espíritu maligno. Se le metió en la cabeza que ella lo había querido por la plata y no por el perfume. De ahí vino que desde ese día el muy bruto, a la hora sagrada de comé, hacía que en el puesto de la blanca pusieran un plato con cuatro reales, y a lo que se iba a sentá decía tarde y mañana: ¡Ah, mi plata! ¡Ah, mi plata! Así todos los días. Y hasta después que dio a luz este muchacho, seguía la misma cantaleta y la misma vida de infierno. Por lo que la desdichada se fue acabando, hasta morirse.

—¡Qué infame! —exclamó la Caicedo.

—¿Y será eso verdá? —dudó Eulogia.

—Acaso me gusta mentí. Lo digo porque me consta.

Eva callada, siguió lavando, mas su rostro se contrajo disgustado.

—… Pero bien dicen que en este mundo pagamos todas nuestras culpas. A poquito de eso, se encendió la revolución de Concha. Y los del gobierno, que sabían quien era ese negro mala alma, lo mataron sin más ni más; y le robaron todo.

—¡Bien hecho!

—Puede ser cierto —comentó Eva—, pero este joven no tiene nada que ver con eso. ¿Acaso uno tiene la culpa de lo que hagan nuestros padres?

—Claro que no; pero hijo de tigre sale pintao, y el hijo de la culebra se arrastra.

—O como dicen, de tal palo tal astilla —remató María de los Ángeles.

—Parece que ese joven le hubiera hecho algo a usted, tía. ¿Por qué tiene esa mala voluntad?

—No es que le tenga mala voluntá, sino que así jueron los que lo trajeron al mundo.

Y ya disgustada por la actitud de su sobrina, que consideraba irrespetuosa y reveladora de sus sentimientos, le increpó:

—¿Y tú qué voluntá le tienes?

La chica, que no esperaba esta pregunta, abrió más sus grandes ojos de aromo, sorprendidos, que aparecieron muy hermosos, y los fijó de nuevo en el camisón que lavaba en la batea, sin responder palabra.

Eulogia intervino, para desviar un posible altercado.

—Mejó hablemos de otra cosa. Cambiemos de página.

En aquel invierno, el río creció hasta un punto no rebasado en muchos años. Así lo aseguraba don Clemente Ayoví. Fue primero un diluvio de varios días, hasta que el agua lodosa color ladrillo, borbollando absurdamente, llena de sucias espumas, grandes como las mayores pompas de jabón, salió de su cauce, inundando las vegas y otros terrenos bajos.

Las islas de reciente formación, que ya apuntaban bosquecillos de álamos raquíticos, anochecieron y no amanecieron.

Los de Pepepán temieron que la creciente subiera hasta el alto de sus mismas viviendas, y se afanaron recogiendo los animales pequeños y asegurando los objetos que podían ser arrastrados.

Pero no ocurrió así; tal acontecimiento habría sido présago del Juicio Final, que don Clemente esperaba de un día para otro.

—Debe ser la madre del agua que se viene —decía.

—¿Qué es la madre del agua, abuelito? —averiguó Eva, con una ingenuidad no de mujer, sino de niña.

Según el viejo, la madre del agua era una descomunal serpiente de siete cabezas. De puro vieja tenía la piel cubierta de conchas verdes y cerdas duras y largas como agujas de ensartar tabaco. En las regiones montañosas y selváticas donde moraba, reinaba un silencio de muerte. Ningún animal, por mezquino que fuera, osaba acercársele, so pena de ser atraído desde lejos al abismo de sus fauces. Los montañeros conocían su presencia, por esa desconcertante ausencia de vida, y al instante desenvainaban sus largos machetes filudos para cortar el aire que los rodeaba y neutralizar el

poder hipnótico del monstruo. Cada cincuenta años, la madre del agua, más gruesa que cualquier tronco de la jungla, hacía su salida al mar. Pero como para poder viajar, necesitaba mucha agua, hinchaba los esterones y los arroyuelos hasta el máximo límite. Arrancaba los árboles y los matorrales, y arrojándolos a la gran creciente del río Esmeraldas, se sumergía bajo ellos, y así escondida, bajaba al Gran Océano, para juntarse a sus amantes.

Y se vino el río hecho una bomba. Lastre tenía el alma llena de la madre del agua, de la sucia espuma, de los primeros matorrales desarraigados de las vegas. La imponente creciente lo hacía sentirse como ella misma. Furiosa, desatada hinchándose venía, cual una gran culebra terrosa sin medida, que odiara a todos los seres vivientes. Mas, Ascensión en esto no se le parecía. No odiaba tanto. Pero cuando su ira subía, quedaba casi al nivel de la creciente muy amada.

Desde el barranco contemplaba mudo y solo el desenfreno del agua.

Y se vino el río hecho una bomba, una gran bomba. Era como la vida de un hombre cargado de pasiones, la vida de Juyungo a lo mejor.

Desde la prolongada ventana, Antonio se sentía también absorbido por la gran creciente. Veía al Juyungo más alto que nunca, erguido, dando la espalda a la casa; y miraba incorruptibles guayacanes, guabos machetones de blancas flores, yarumos femeninos, valiosos troncos de árboles que, pasando por las fábricas, amoblarían —a su pensar— los más confortables apartamentos. Corroídos y milenarios ébanos de oscuro corazón; todos arrancados de cuajo, entrechocando sus ramajes abatidos por un destino inescrutable, con sus curtidas raíces descarnadas, implorando a algún ente desconocido del hombre; hundiéndose aquí, reflotando allá, todo precipitado en un vértigo que lo mareaba; no así a Lastre, a quien exaltaba.

Los más felices de ellos lograban embancar en algún jirón de tierra sumergida y allí se aferraban desesperadamente, para constituir más tarde poderosos estorbos a las canoas de los negros musculosos, o para almacenar tierra y desechos, hasta formar flamantes islotes, que sirvieran para el alto obligado que hacían los eternos traficantes del río.

Gallinazos enlutados, repugnantes viajeros sobre animales putrefactos, miméticas iguanas con su capa de cardenillo, culebras de inverosímiles colores, enroscadas sobre su propia paciencia, entre las ramas húmedas, componían el alegórico cortejo de la madre del agua.

Una gallina espantada, temblando de frío, iba encaramada en su gallinero de caña, irremediablemente condenada. Una caja vacía, un potrillo de buena madera, al garete, sin dueño, y el techo del rancho de un miserable montañero, les hacían sospechar a ambos la presencia de algún ahogado. Débiles tallos y enormes hojas de mamporas y de plátanos, racimos viches o madurados en la mata, tiernas plantas de yuca y débiles papayos tronchados, revelaban el inútil esfuerzo humano frente a la potencialidad de los elementos incontrolados.

Y así hora tras hora; árboles y herbáceas, arbustos y basuras, animales y objetos de dueños anónimos, en atropellada caravana, producían para el joven un impresionante roncar que le inquietaba el espíritu, hasta tornarse

en un rumor monótono, familiar, preñado de cualidades soporíferas y en un espectáculo de decreciente novedad aplastante, conducente a la desesperación misma, que sólo se calma a medida que el nivel decrece, las basuras ralean y las vegas y playas quedan cubiertas de viscoso limo proficuo a los sembríos futuros.

La fascinación que tal espectáculo ejercía sobre la mente del mulato, lo habría hecho caer en la vorágine del recodo, si se hubiera encontrado en esos momentos al borde del vertical barranco de la orilla distante, donde el agua azotaba y lamía arremolinándose, y haciendo desaparecer, en su gran espiral, maderos respetables, para buscar luego el hilero por la tangente.

Ni siquiera sus sentidos le denunciaron la presencia de Eva que desde rato estaba cerca de él, viendo aquella loca carrera de cosas agonizantes bajo un cielo de cinc.

—¿Por qué mira tanto la creciente?

Antonio volvió como de muy lejos.

—¡Ah! ¿Si ha sido usted...? Este... No sé por qué. Es algo que me subyuga. Es una cosa maravillosa.

—En verdad. Yo nunca había visto el río hecho una bomba como está ahora.

Observaba a la muchacha como si la hubiese visto por vez primera. Pasada la sorpresa de aquella insinuación inusitada, recordaba su ilusión casi perdida. De su ceño desapareció toda arruga, y sus vagos y oscuros ojos adquirieron una especial iluminación.

—Decía que éste es un espectáculo maravilloso, pero lo que siempre he pensado es que usted lo es más, Eva.

—Será que usted me ve así. ¿Por qué exagera siempre las cosas?

—¿Cómo dice? ¿Que exagero?

—Así me ha parecido desde que lo conozco.

—Quién sabe. Además no me ha tratado mucho
.
—Puede ser; pero aunque no soy muy instruida, comprendo a la gente.

—La instrucción no hace falta para vivir. Hay otras cosas esenciales.

—¿La plata, supongo?

—Eso es. Tenga usted plata, y nadie le pregunta de dónde la sacó. Ella lo es todo. Es bella y hasta inteligente.

—Eso mismo he oído a muchos. Pero a mi modo de ver, no es así. No me preocupa ser rica, porque puedo ser feliz de otras maneras.

El joven sintió un latigazo, y apretó con fuerza la baranda.

—¿De qué modo? A ver, dígamelo —rogó.

—Tal vez pueda decírselo algún día.

Lo miró con sus ojos de acacias, de un modo inolvidable, y se entró corriendo. Al pasar el comedor, ubicado directamente bajo el canalón, se halló con el duro rostro de Cristobalina y con la insoportable mirada del Azulejo. Casi nunca Eva se sintió incómoda con su pardo color y su mestizaje, porque rara vez le habían hecho, en el pueblo, alusiones deprimentes a ellos, o desaire alguno. Sería porque era bastante agraciada. Antes, por el contrario, los hombres la perseguían en forma que le chocaba. No se había envanecido por ello. Jamás, tampoco, hizo distingos raciales con sus admiradores, ni estableció gamas; pero este Críspulo Cangá, simplemente, no le gustaba, no porque fuera tan negro, precisamente, sino por aquella inexplicabilidad de ciertos afectos.

En cambio, Antonio tenía para ella algo de extraño y raro, que la hacía estremecer.

Ascensión ni se preocupó de los enamorados, siquiera. No volteó la cara una sola vez. Encendió su cachimba y fumó, echando mucho humo. No sentía la plaga que zumbaba en su derredor, ni se daba cuenta que venía la noche. Al verlo así tan abstraído, su mujer no se atrevió a llamarlo. Lo dejaba recrearse en la madre del agua.

Una chispa de muerta alegría, brillaba aún en el rescoldo del alma de Antonio, quien se suponía desvalorizado, envejecido y sin esperanzas.

Tomó un lápiz y escribió la contestación a la carta de su amigo:

«Días tristes, húmedos y largos han pasado desde que recibí tu carta. En cada nueva muestra de tu personalidad, mi admiración crece y mi envidia crece también por no haber sido como tú.

»Entiendo que conoces a Eva, la hija de Fabián. Aquí la vida empezó a torturarme de nuevo. Todo rutinario y pobre en incidencias halagadoras. Hasta el desencadenado Lastre se ha convertido en un hombre tranquilo y amoroso, que lleva una vida de perfecto casado. Es una pareja feliz. No es que la felicidad de otros me hiera; pero es que también la quisiera para mi propia persona.

»Y, como decía, Eva vino, y una insospechada inquietud comenzó a nacerme. Me pareció más bella de lo que realmente es; debe ser por aquello de que con buen hambre no hay pan malo. Pero más que hermosa, me parece dueña de una pura riqueza espiritual. Apenas si ha terminado la instrucción primaria, mas su inteligencia me anima. Aún no sé si puedo amarla sin restricciones. ¡En mi alma introvertida y mezquina se debaten tantos sentimientos disimiles y paradójicos! A veces me digo: Decididamente, me agradan las mujeres blancas, lo confieso. No me avergüenza el confesarlo. ¿Por qué ha de avergonzarme? Serían las únicas que podre amar, aunque en secreto. Puede que estén fuera de mis

posibilidades, pero es así; no hay solución posible para mi problema afectivo, es un río sin desembocadura. El negro y el blanco que están dentro de mí, no se han fundido todavía y emanan obrando alternativamente aislados, nunca en equilibrio.

»Pero esta mujer de igual raza que yo, no cede ni me rechaza con sus actitudes; sólo alimenta mi esperanza y me prueba. Me prueba ahora que se encuentra mi espíritu saturado de aliento vegetal, de paisajes tropicales, del genio primitivo y sencillo de mis antepasados bárbaros, que semidesnudos nutrían su carne de frutos elementales y selváticos.

»En tal estado de ánimo sí puedo amarla, intensamente, con toda la magnitud de mis sentidos. Entonces me alegro, porque creo llegar al punto de equilibrio, al encuentro final de mi propio ser. Este modo de razonar parecerá egoísta, pero es necesario hasta por ella misma. El egoísmo a veces es fuerza motriz de muchos actos, y en más de una ocasión ha producido cosas buenas.

»Empiezo a olvidar toda aquella ciencia inútil, impracticable, que aprendí artificiosamente en las aulas, y me place el constatarlo. De poco o nada sirve estudiar en este país, aquí hay que ser arribista, no tener vergüenza, dar golpes de audacia y nacer con suerte. Sí, señor, creo en la suerte como creo en mis propios pantalones. Y es por eso que, a veces, lo humano se me antoja malo y feo.

»No es el despecho de estar confinado voluntariamente en este lugar, lo que me hace hablar así. Aquí vivo más tranquilo que en cualquier otra parte. Quizá la tranquilidad no sea un objetivo para ti, pero hay que reconocer sus bondades y a ellas me acojo.

»Cuando como pepepanes con miel, veo que la vida es buena en ese instante. Aunque en general, me ha parecido detestable; tanto que, en ciertas ocasiones, Dios me perdone, si hay Dios, reprocho a mi madre por haberme dado esta vida. Aunque no la conocí, ni tampoco a mi padre, sospecho que algo turbio hubo en las relaciones de ambos y que murieron de muerte poco normal, según me dio a entender una vez la señora Petra, que muy mal hizo en criarme. Después de todo, no me interesa saber cómo vine al mundo, ni lo he de averiguar. Lo acepto como un hecho consumado, y se acabó.

»Prefiero hablar de los ladridos de agradecimiento que me da Fierabrás cuando le arrojo algún hueso de guanta, cazada por Lastre, o de cómo se van desarrollando mis músculos, a fuerza de andar en canoa y a punta de rajar leña para la casa. Mis manos, tienen callos por causa del mango del machete, ya no parecen manos de escritorio. Y cuando oigo el ruido que producen los platos de fierro enlozado, al lavarlos en la cocina, sé que mi Eva ha terminado sus faenas, y que pronto aparecerá bajo el dintel, luciendo sus raros ojos.

»No sé por qué te confieso tantas majaderías. Loco, dirás, inadaptado. No es difícil; pero cada uno es como es, y si es que puedo cambiar, cambiaré. Si no, amén.

»Tu amigo de siempre,

ANTONIO A.

»Pepepán, abril de 1937».

Capítulo XII
TAGÜEROS

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Soñando, siempre soñando, un árbol cargadito de guabas de mico todavía viches. No, no eran guabitas, era una porción de culebras, veinticuatro, colgando cabeza abajo, lo mismo que los murciélagos, esperándole a él, que moriría veinticuatro horas después de mordido. Llegó la poderosa serpiente guascama y con las uñas de su cola se enganchó en la raíz salida, y se armó lista para lanzarse. Se rió la culebra sol, porque su veneno acababa con la vida juntamente con la desaparición de la luz solar. La coral y la rabo'e hueso sabían que su «contra» se hallaba en el confín del mundo. Ofidios van, ofidios vienen: silbando, cascabeleando, retorciéndose como mujeres lujuriosas. No eran ofidios, sino mujeres esperando. Soñando siempre, soñando.

Cuando Ascensión tomó sus aperos para internarse en la montaña en procura de las semillas de marfil vegetal, ya María de los Ángeles llevaba en su vientre el peso de una vida de cinco meses, y los aguaceros blancos, los espantachivos, los chaparrones y las garúas, habían huido como por encantamiento, hacia otras latitudes, para dar paso a los días jubilosos, iluminados por verdores renacidos, salpicados irregularmente de florescencias eufóricas y por una eclosión de insectos que lucían sus élitros quiméricos.

Pasando el brazo que ya estaba sin caudal, monte adentro se fueron, cruzando las tierras del señor del terno amarillo rayado.

Don Clemente había prevenido.

—Aunque los centros de las montañas no son de nadie, no se dejen ver del guardabosques. Vos sabés que el dueño de las orillas es jodido y agalludo.

—Pero si vamos por otro lado, echaremos mucho tiempo. ¿Y qué? No me han de comé vivo.

Cangá se resolvió acompañarlo, sólo a instancias de la Caicedo, que temía, con justa razón, por la suerte de su marido. Pues éste no conocía aquellas montañas ni los sitios donde abundaban las palmas. No obstante sentir viva atracción por Eva, a la que aún no había podido aplicar su filtro. La amistad admirativa que profesaba por Lastre, pesaba todavía, tanto como para arrancarle del seno acogedor de la casa, y compartir los mil peligros, acechanzas y privaciones de la yunga. Por otro lado, algo como un presentimiento del fracaso de su lid amorosa, lo inducía a tomar ese partido, así como la remuneración económica que representaban unos cuantos quintales de tagua.

Pero si Ascensión no hubiera hallado compañero, habría marchado solo, nada lo arredraba. Por su mujer y por su hijo, se sentía no solamente capaz de pasarse semanas trabajando en el corazón del monte, sino años y años.

Hasta donde la trochita era viable, salían al paso de los hombres, pesadamente cargados, los pájaros huevoarrastrados, aguaitando el camino nerviosamente hacia un lado y otro, para luego alzar el vuelo con gran susto, como una pastilla de chocolate lanzada entre los matorrales. Las lagartijas se arrastraban por en medio de las ramitas y sus congéneres, los piandes, no podían lucir sus dotes de asombrosos nadadores. Un camaleón se plantó desafiante y empezó a cambiar de colores, en tan extraordinario juego cromático, que Lastre estuvo tentado de aprisionarlo, cual, si se tratase de una joya viviente, digna de ser obsequiada a su María.

—¡No te acerqués! —le gritó Azulejo—. Si te pica y vos no alcanzás a tomar agua primero que él, morís de contao.

El otro se paró en seco.

—Así dicen, pero yo quisiera vé si es cierto.

—Bonita manera de vé.

La selva se iba oscureciendo, y no porque faltara luz en el cielo, sino porque las hojas altas son celosas de la madre tierra, y no permiten que el sol profane el húmedo y descomponente sueño letal de las hojas muertas.

Las palmas de tagua, umbrosas, más o menos enanas, aparecían ya, esparcidas entre gigantescos y nunca dominados árboles.

—¡Ya te vi! ¡Ya te vi! —volvió a gritar Críspulo, que se había adelantado.

—¿Qué te pasa ahora? —averiguó sorprendido Lastre.

Por donde tenían que pasar, una trepadora de tallo rojo se enroscaba como serpiente.

—Este es el bejuco yateví. Hay que mentarle su nombre, pa’ que si uno lo tropieza no le haga nada. Si no, quema como candela.

—Sí, lo he oído mentá también, pero por el norte lo llaman de otra manera. Yo vi una vez a un cauchero con la mano quemada por este bejuco. Me parecía cosa de fábula. Tócalo ahora a ver si te quema.

El otro se aproximó para ponerle la mano encima, mientras decía:

—No me hace nada, ahora. No ves que le avisé que ya lo había visto.

En efecto, lo manoseó y no tuvo ningún síntoma de quemadura.

Lastre hizo un corto y violento movimiento de suspensión del gran canasto que llevaba en sus espaldas, para acomodárselo mejor, y agregó:

—Pa andá en el monte hay que sabé muchos secretos. Uno tiene que aprendé desde la puesta del pie, hasta conocé el árbol venenoso del manzanillo que hace dormí pa siempre al que se queda debajo.

—Así mismo es.

—Hay que conocé las *contras* de culebras.

—De algunas no má —interrumpió Cangá—, porque la contra de la rabo de hueso está en el centro de la tierra.

—Eso dicen. Pero lo que es cierto es que ni el más viejo montañero sabe todo lo que hay que sabé.

Justa la jornada, cuando llegaron a las cabeceras del estero de Cupa, que corría entre espesos matorrales.

—Tiene la agüita suficiente como pa bajá en balsillas —observó Lastre.

—¡Fíjate! —señaló Azulejo—. Por aquí han andao otros tagüeros. Y allí hay un ranchito que nos puede serví.

Entre las malezas, una techumbre de bijao corroído, se destacaba inclinada por el peso del tiempo y del abandono. Por entre las junturas de su piso, se filtraba ascendente una nutrida vegetación que fue limpiada con los machetes, en un instante.

—Nos libramos de construí rancho —dijo Cangá con satisfacción.

—Este debe tené un año de viejo —contestó Ascensión, mientras preparaba su
tendido.

Sacaron los víveres, pusieron las armas a mano y reconstruyeron lo que estaba inservible. No había paredes ni se preocuparon de levantarlas. Por la noche, dentro de sus toldos, en la oscuridad más integral, herida sólo por el botón rojizo del tabaco prendido, hablaron hasta tarde.

—Me hace falta aquí la compañera.

—Es que la estás queriendo bastantísimo.

—Ahora más que antes… Y tú también diz que andás enamorisca’o de la Eva, ¿no?

—¡Mentira! ¿Quién te lo sopló?

—Se avisa el milagro menos el santo. Bueno ¿y acaso uno es ciego?… Decí tu verdá, no má.

—¡Oí! Sí, es cierto, y hasta quisiera matrimoniarme.

—Esto está en tus manos. Pero si es con la Eva, no te arriesgo muchas garantías. Ella le ha dicho a Maruja que no te puede ni vé. Las mujeres son así, parcero. Déjala, no má. En cambio la viuda, sí que está de asunto, ¡eh!… Te caería en la muela hueca.

—Pero es que la Eva me priva. Y el blanqueadito ese, ahí…

—Con él creo que es la cosa. Por eso te digo. Agua que no has de bebé… Si ella se ha encariña’o con él. Bueno ¿qué vamos a hacé?

—Todavía tengo algo…

—Nada has de conseguí con ese olor, porque ella también lo ha sospechao. Antes te está cogiendo miedo. Olvídate. Mujeres hay hasta por gusto.

Cangá estuvo en silencio por varios minutos. Sólo se oyó el crujir del piso flojo al removerse su cuerpo. Se sentía derrotado, abatido. Habían descubierto hasta su último recurso. Podía vengarse del estudiante. Pero ¿cómo? No, él no tenía la culpa. Era ella. Si los matara a entreambos. ¡Horror! No, no. ¡Qué animal! En fin. «El día que tenga mi propia marimba, me va a llové la hembra».

—Ascensión. ¿Estás oyendo?

—Sí.

—El pitido del tigre.

—Está pitando desde hace rato. Lo que pasa es que no quise decirte.

—¿Crees que tengo canillera?

—No, no es eso. Al que es flojo, el tigre lo conoce por la pisada. Pone su mano sobre la huella, y si le tiembla, es porque el tal cristiano tiene miedo. Entonces lo sigue y lo sestea.

—Lo que es a mí no me la pone.

—Así me parece.

La fiera rugía sordamente, cada vez más cerca. Por el volumen del rugido, Lastre conoció que debía ser de respetables magnitudes.

—¿Sabes de lo que me acordé?

—¿Hum?

—De que un gringo me decía que aquí en estas selvas no había tigres grandes ni bravos. Yo le quisiera vé con éste que anda por allí. Calculo que ése puede llevarse una res.

—Hay unos macanudos —apoyó Cangá, que había tomado sigilosamente su arma. —Deja esa escopeta. Que ya se va alejando. Ese animal no se atreve a vení aquí.

Lo que veo es que por estos lados hay mucho animal bravo.

—Y de comé también los hay.

—Seguro.

Bajo las palmas sombrías permanecían semienterradas en el lodo las pepas de corozo, sueltas de sus racimos, maduras y desprendidas de la mata. Todo el trabajo que hacían los dos era arrojarlas por encima de sus hombros en dirección al canasto de piquigua que llevaban en la espalda hasta llenarlo, dejando sus tejidos hexagonales, tensos, prestos a reventar. Cuando la sed y el hambre los atenaceaban, cortaban un racimo joven y comían el corozo tierno de la tagua todavía no endurecida, semejante en sabor al coco y bebían las pequeñas porciones de agua recogidas en las ovoides cavernas que, andando el tiempo, toman la blanca dureza del marfil. De no haber encontrado tagua caída de recoger, habrían maceado los racimos hechos, para extraer sus pepas aún no desarrolladas y compactas, y luego venderlas, aunque a menor precio, ya que son menudas y susceptibles a la perforación de la polilla. Si todos los tagüeros hacían eso, en casos similares, inutilizando para siempre la palma madre, ellos no podían ser diferentes.

Una pava de monte, un coatí, una guanta, un par de pacharacas, caían con frecuencia bajo el certero plomo de Cangá o de Lastre. La carne de monte no faltaba, y el hambre no era un problema. Aunque empezaran a faltar la sal y la panela.

Un día, un hermoso pécari, descarriado de su manada tropelosa, que siempre merodea los datileros salvajes, rondaba desprevenido, una palma de chontaduros. Cangá, que había cargado su escopeta con un balín venadero, se dispuso a cobrar la pieza.

—¡Qué bizarra tatabra! —susurró cerca de Lastre.

—¡Shss!

Se aproximó sin que el animal desprevenido, mitad cerdo, mitad ciervo, se percatara.

Disparó. Se escuchó un leve gruñido, y cerca del codillo del cuadrúpedo, manó abundante sangre.

Ascensión corrió a rematarlo con su machete, porque se incorporaba de nuevo para intentar huir. De pronto tuvo que pararse en seco. Un puma color de perro lobo, enjuto y musculoso, mostró sus poderosos caninos, frunciendo la región de sus bigotes, mientras rugía roncamente. El herido volvió a caer exánime. El carnívoro le dio una ojeada y se dispuso a atacar, moviendo su cola gatuna y recogiéndose sobre sí mismo, al igual que los mimís caseros.

Lastre sintió que sus testículos se le perdían, se le subían. ¿Hasta dónde? Era una sensación nunca sentida. ¿Sería miedo? Se plantó decidido, alzando el machetón a la altura de su cabeza. El felino saltó como disparado hacia el hombre, pero éste descargó su arma con tal violencia y rapidez de relámpago, que el animal fue alcanzado en el aire, antes de poner sus garras en el negro pecho. Desde las húmedas fosas nasales, hasta más arriba de los ojos, el filo había penetrado hendiendo la soberbia cabeza.

La bestia daba manotadas en sus últimos estertores.

—¡Qué machetazo! —exclamó lleno de susto y admiración el Azulejo—. De buena te habés libra’o.

—Purita suerte. Ya me vi en el otro la’o.

—¡Y qué lindo el cuero del león este! Saquémoselo.

—Saquémoselo, pues.

Al cabo de tres semanas estaban listos. Montones de sucia pepa semejaban cascajo apilado para construcciones.

No había más que construir pequeñas balsillas de platanillo y conducirlas aguas abajo del estero de Cupa hasta río Grande. De esa bocana hasta Pepepán no distaba gran cosa. Pero debían realizar por lo menos dos viajes para sacar toda la tagua recogida.

Si el trabajo en sí no demandó muchas complicaciones, sino un derroche de paciencia y fuerza muscular, entrañó un constante exponerse a múltiples peligros.

Ya para el segundo viaje, Antonio quiso entrar en compañía de los tagüeros a la montaña y sentir de cerca sus misterios y su cálido vaho de bestia en celo. Lastre no se opuso, antes, por el contrario, mostróse sinceramente complacido; pero Cangá se armó de un silencio hostil que duró todo el tiempo de la caminata. Actitud que, en cierto modo, hería el habitualmente susceptible temperamento del pardo, que no ignoraba el motivo de ese silencio.

Se divisaba de nuevo la techumbre semipodrida del ranchito, cuando el ladrido de un perro puso una nota sorpresiva y discordante, resonando lúgubre en la bóveda salvaje.

—¿Quién andará monteando por aquí?

—A lo mejó nos están robando la tagua —contestó Críspulo.

Por toda respuesta, Lastre crispó el puño sobre la cacha del machete, y Antonio se empinó un poco para ver si distinguía alguna persona.

Inopinadamente, por detrás de ellos, apareció un hombre desconocido, rengueando ligeramente. Una cicatriz en el labio superior y un *tic* en el párpado derecho hacían pensar, a primera vista, en un guiño burlón.

Ascensión, que ya se había contrariado al observarle aquel movimiento nervioso, se le fue acercando y le increpó:

—¡A ver, qué señas me está haciendo!

El otro, algo asustado, balbuceó:

—¿Quién? ¿Yo?

Angulo, que había notado también al hombrecillo, intervino:

—Déjalo, hombre, no te fijás que es una cosa natural en él.

—¡Ah, cierto!… Bueno, ¿y qué anda haciendo usté por estos la'os?

El hombre se subió un poco más los pantalones raídos y contestó más serenado:

—Cumpliendo con mi deber.

—¿Cuál es su debé?

—Pregúnteselo al Jefe, don Tolentino Matamba —y acompañó la palabra con un gesto indicador de su mandíbula.

La ciclópea estampa de Cocambo se acercaba. Lucía una moderna escopeta de cápsula, de dos cañones.

Ascensión, repuesto de la sorpresa, sentía en sus entrañas un fuego ascendente hasta la cabeza.

Cocambo se amilanó con el encuentro, pero supo disimular. Recordaba, como si hubiera sido ahora, la golpiza que le diera Lastre. Y su vanidad de valentón se sentía herida hasta manar hiel. Si, en efecto, había pensado encontrarse otra vez con Lastre, no creyó que fuera tan de inmediato. El señor del terno amarillo rayado lo había empleado de guardabosques a poco de haber dejado el campamento de Kilómetro 18, del cual, el ingeniero lo había despedido al comprobar que estaba robando herramientas y víveres

de la bodega, sin dar participación a nadie, y en forma desvergonzada. Pero nunca pensó toparse así con Lastre, manos a boca, a pocos días de haber conseguido esa buena colocación.

Cangá y Antonio cambiaron miradas como para infundirse valor, olvidando momentáneamente toda rencilla, y seguían la discusión con las bocas ligeramente entreabiertas, al igual que si estuvieran frente a una aparición extraterrena.

—El mundo es chico —repetía Críspulo en un murmullo—, el mundo es chico.

—Ahora sí que se va a armar la gorda. ¿Quién iba a imaginarse encontrar a éste por aquí? —secreteó Angulo.

Armándose de ánimo, Matamba advirtió:

—Ustedes no saben que mi patrón, el señó Valdez, dueño de todo esto, ha prohibido que anden taguando por sus propiedades.

—Esto no tiene dueño, ¡carajo! ¡Los centros de las montañas no son de nadie!

Fuera por la actitud altiva de Lastre, fuera por la verdad de su razón, Cocambo cambió de tono, y recordó la pelea que Juyungo tuvo en Santo Domingo con el finado Valerio Verduga Barberán.

—Yo les digo, no má. Nos han encargao cuidá esto, pues a cuidá se ha dicho. Manda'o no es culpa'o.

Su enemigo también se redujo un poco y aumentó la argumentación.

—¡Bonita está la cosa! Ni vos, ni el tal señó Valdez, ni nadie ha sembra'o estos taguales. Ni los linderos de la hacienda son hasta el fin del mundo…

Pero al oírse hablar de esta manera, y dirigirse a un ser aborrecido y despreciable, y captar de golpe toda la injusticia que alguien pretendía cometer en su persona, se sublevó de nuevo.

—¡Ya mismito se largan de aquí, mierda! ¡Y vos, Cocambo, cuídate de andá atravesándome el camino!

Tal vez porque los de Lastre eran dos, quizá porque tuvo miedo el Juyungo, Matamba no contestó nada; les dirigió una torva mirada, llamó a su perro y se alejó como un fantasma descomunal, seguido del otro, hundiéndose hasta los tobillos en la gruesa alfombra de hojas podridas que amortigua las pisadas, y que es como un legajo recóndito que guarda los secretos seculares de mil generaciones vegetales; hasta que el suelo maternal las disuelve en su seno para elevarlos de nuevo, triunfantes hacia el sol, a través de los arcos del círculo vital.

Cuando ya no podían oírlos, el hombre del tic nervioso le preguntó:

—¿Por qué no les quitamos la tagua, como ordenó el señor?

El otro titubeó.

—Es que… Es que son mis amigos.

El hombre de la cicatriz se limitó a suspenderse los pantalones y a dirigirle una mirada maliciosa acompañada de un carraspeo.

En cambio, Lastre comentaba:

—¡Cuando uno tiene mujé y va a tené un hijo, se vuelve capón, palabra! De no, ahí mismo me le bebo la sangre —y su aborrecimiento por aquel negro de alma ruin y servil crecía satánicamente, implacable.

Mientras Angulo meditaba en que hay esclavos que no tienen sangre de esclavos y en otros que lo son por temperamento, sin tener en su ancestro ni un eslabón siquiera, Lastre consideraba que no sólo su odio iba hacia muchos blancos, sino también hacia un negro, indigno de su gente. Por esto, ya en el horizonte de su mente se aclaraba una luz orientadora de la rabia, que, en otro tiempo, únicamente entreveía confusa.

En alguna medida, Antonio se había arrepentido de ese paseo por la selva, producto de una novelería que en ocasiones lo impulsaba a viajar o a efectuar cosas disparatadas. Y no era que le estuviera yendo mal, sino que extrañaba a Eva. Deseaba que las horas volaran para volver a su lado. Por este anhelo se convenció de que estaba enamorado. Con precisión veía el rostro afligido que puso la chica cuando él partió. Pero como los experimentados en lides amorosas aconsejan que es bueno hacerles sentir el frío de la ausencia a las mujeres, el joven quiso comprobar la aserción.

Pero Críspulo no se daba por vencido. Todavía tenía fe en su chimbo de amor.

A la hora en que las hojas de malva, encartuchadas, se desdoblaron buscando la línea horizontal y los girasoles se pusieron en marcha, sobre su mismo tallo, siguiendo a su eterno enamorado, el sol, los tagüeros cargaron y embarcaron en las balsillas el resto de la pepa recolectada.

Antonio tomó una en la mano, y jugueteando con ella entre los dedos, dijo como para sí y como para los demás.

—Me parece extraño que esta misma tagua que tengo aquí, y que los extranjeros nos compran a precio regalado, regrese de nuevo, valiendo diez veces más y en forma de botones, adornos para mujeres y qué sé yo.

Cangá no pudo contener un silbido de admiración.

—¿Qué, no sabías? —le preguntó Lastre.

—Por Diosito que no.

—Y esto es poco, con el caucho es peor. Y con la balsa, hasta sombreros te hacen —continuó Angulo, que advirtió la intención del Azulejo, para intervenir en la conversación.

Moviendo la cabeza admirativamente, como si negara, Críspulo exclamó:

—¡Lo que son estos gringos!, ¿no?

—Si no fuera por ellos la veríamos verde —sentenció Ascensión, porque a pesar de toda la antipatía que les profesaba reconocía el beneficio de su comercio, bien o mal.

—Es que ustedes no saben cultivar la tierra, salvo unos pocos. Y esta tierra es virgen. Si se sembrara piedras, piedras se darían. Pero como todavía no han sentido necesidad mayor, se dedican a explotar los bosques. Si la tagua y el caucho suben, ustedes prosperan. Si bajan, entonces se echan en una hamaca en espera de los buenos precios. Si hay que comer, comen, si no, allí está la carne de monte. Para mí, que la existencia de estas riquezas naturales es un factor de atraso. Pero día llegará en que se verán obligados a sembrar, aunque sea bananos.

—¡Eso no va conmigo! —interrumpió vivamente Lastre.

—Ni conmigo tampoco —balbuceó Cangá.

—Decía en general. Ustedes no se dedican sólo a esto, lo mismo que don Clemente y su familia.

Los otros dos callaron un instante, y luego Ascensión corroboró:

—Cierto es lo que dice usté, Antonio. Yo conozco muchos negros mangansones que no son capaces ni de plantá un colino de platano, y dejan que el rastrojo se les venga hasta debajo del rancho.

Se acordó de su infancia y de su padre, pero sin rencor. Y luego quedó mudo.

—Como un primo de don Clemente —indicó Cangá.

—Por eso hay blancos que dicen que el negro es ocioso —agregó Antonio, mientras tiraba la tagua a un canasto, y luego prosiguió—: Será que en la actualidad desquita de ese modo las centurias de trabajo forzado y de esclavitud.

Pero los dos montañeros no supieron qué contestar a esto, pues no comprendieron lo que el joven quiso decir. Críspulo no se preocupó por averiguarlo; no así Lastre, en quien despertóse una viril curiosidad, luego de volver de su infancia.

—¿Qué es lo que querés decí?

—Digo que en un tiempo los negros fueron esclavos de los blancos, quienes los compraban y vendían como animales, para hacerlos trabajar de un extremo al otro del día.

—¿Y todos los blancos hacían eso?

—No, precisamente. Pero la mayoría aceptaba la esclavitud, porque les producía riqueza.

—¡Qué hijos de p…! ¡Si yo hubiera vivido en ese tiempo, carajo! Palabra que me comía a más de uno.

—Algunos negros huían a las montañas, pero allá les daban caza con perros, y después los mataban simplemente, o los azotaban y torturaban.

—Si no me lo estuvieras contando vos que eres estudiao, no lo hubiera creído.

—Así es como se lo digo. Y ustedes han de saber que nuestra raza, es decir nuestros antepasados, no eran naturales de estas tierras.

—¿Y de dónde eran, entonces?

—De un lejano continente que se llama África.

—Sí, he oído mentá eso —dijo.

Lastre se quitó el sombrero de paja toquilla, y después de enjuagarlo un poco en el cristalino estero, lo sacó con la copa llena de agua, y bebió en él, como si se tratara del más limpio vaso. Al verlo, Cangá consideró que también estaba sediento, y quitándose el suyo hizo la misma maniobra.

Con el dorso de la mano derecha, Ascensión se enjugó los labios mojados y prosiguió:

—Una cosa que siempre me ha llamao la atención es por qué habernos tanta gente morena por estos lados.

—Porque, según cuentan, hace ya mucho tiempo, allá por el año 1553, frente a las costas de Esmeraldas, naufragó un barco negrero que llevaba veintitrés esclavos negros y negras los cuales, aprovecharon el momento para ganar tierra e internarse en estas montañas. Otros aseguran que los esclavos se sublevaron, y acabando con la tripulación, encallaron la nave y saltaron.

—Más quiero creé que se soliviantaron —interrumpió Lastre, que no imaginaba cómo se podría soportar esa vida.

—A esto se agrega que hay y ha habido siempre una afluencia de gente de color desde Colombia.

—Así es —aseveró Cangá—, porque allá se dizque está el negro que tetea, al menos en el río Patía…

Ascensión, que había quedado agarrado por esta conversación, volvió sobre lo mismo.

—¿Entonces querés decí que esos negros quedaron libres?

—En los primeros años sí. Capitaneados por un famoso e inteligente negro llamado Alfonso de Illescas, entraron en alianzas y guerras con los indios, hasta apoderarse de toda la costa que va desde Buenaventura hasta Manta, y prácticamente, se independizaron de España. Mucho más tarde, cuando la zona fue pacificada, los blancos españoles que había por aquí, y los mismos mestizos, los fueron cogiendo poco a poco como conciertos, que daba casi lo mismo que ser esclavos. Sólo unos pocos se libraron, trabajando por su cuenta.

—Unjú. El padre del finao Manuel Remberto fue concierto, si no miento —comprobó el Azulejo—; pero ahora, uno no nace así, encadena'o.

—No nace así; ¡pero explotan al pobre cuando lo ven más caído! —respondió violentamente Lastre—. Y lo tratan como a la basura; yo lo he visto, con estos ojos que se han de volvé tierra. Y al negro siempre lo ladean.

Al oírlo hablar así, Antonio se regocijaba en el fondo, y se sentía sacudido por esta fuerza humana elemental que casi intuitivamente buscaba un camino de libertad. Parecía este hombre un símbolo de su raza en marcha, creciendo y creciendo. En cambio, el joven mulato se veía demasiado complicado en su timidez y en su sentimiento de inferioridad, incubado al calor de una sociedad seudoblanca, a la que no había sabido sobreponerse. Su alma era como un río subterráneo, que solamente asomaba su humedad, de repente.

De improviso Lastre ordenó:

—Vámonos, ya.

Las tres balsillas repletas despegaron, y sus conductores, con los pantalones arremangados, echaron a caminar tras de ellas, por el lecho del estero de Cupa. Entre el follaje se oía el arrullo de la paloma santacruz.

Pero como en el monte, las sorpresas saltan de donde menos se esperan, cerca de la salida del río grande, Angulo, que iba a la cabeza, quiso apartar con su mano una rama tupida y flexible que estaba al paso, obstruyendo el camino y la vista. Metió la mano entre las hojas, para asir el tronco, pero la retiró tan rápidamente que los otros preguntaron simultáneamente:

—¿Qué fue?

Mientras se llevaba la izquierda hacia el otro brazo, balbuceó:

—Me ha picado un animal…

Lastre se acercó, y examinando con brevedad dos puntos y rasguños paralelos, que manaban hilillos de sangre más arriba de la muñeca, repasó con la lengua su sana dentadura, para asegurarse que no tenía peligro en lo que iba a hacer, y diagnosticó:

—¡Culebra!

Lo ayudó a salir del agua mientras prescribía:

—Subí a la balsilla, y no te mojés, porque te puede dar pasmo.

En seguida tomó la mano del mordido y, pegando la boca a la doble y fina herida, chupó cuidadosamente. Escupió repetidas veces y volvió a chupar hasta que le pareció haber extraído la mayor parte del veneno. Acto seguido se quitó el cáñamo que sujetaba sus pantalones y lió fuertemente, más arriba del codo, para evitar la propagación de la ponzoña.

Terminada esta operación, se oyó la voz chillona de Azulejo que venía hacia la orilla, donde estaban las balsillas. El chapoteo de sus pies en el agua se oía más fuerte que en momentos anteriores: *chaguas, chaguas*, debido a la ansiedad y al silencio de los otros dos.

—Ya la maté —dijo—, ¡ha sido una víbora fina!

—Equis, segurito.

—Sí, equis —y mostró un palo corto en el que se veía una culebrita oscura con dibujos en cruz, más oscuros todavía, guindando como un extraordinario fideo.

Ascensión amarró la balsa de Antonio a la propia, y dijo:

—Vamos rápido pa que lo cure don Clemente.

Cangá rezongó entre dientes:

—No ve, si estos blanqueaditos no sirven ni pa taco de escopeta.

—¿Qué es lo que decís vos?

—Nada.

Antonio sentía ya un vivo dolor a lo largo del antebrazo, una creciente cefalalgia y un mareo que le hacía pensar en la proximidad de la muerte. Y, sin embargo, se decía que no podía acabar tan joven. No, no moriría. Bien, pero si así ocurría, quizás eso era lo más conveniente.

En la otra vida no hay clases, ni razas, ni preocupación alguna que amargue el espíritu humano, nada. Y la nada es el vacío absoluto. La negación más desconcertante. Pero quedaba Eva. Ahora que la tenía tan cerca, ¿se le esfumaría como el humo del tabaco o se le escaparía cual un pez sin escamas, atrapado momentáneamente entre las manos? No podía ser. Y esto era un asidero de tanta vivencia, que lo hacía aferrarse al existir.

Por fin desembarcaron en el paso de la casa, despues de un tiempo muy largo, cercano a la eternidad.

—Venimos con un picao de culebra —gritó Cangá desde la orilla.

Cuando Eva vio quién traían, a pesar de su cutis prieto, una intensa palidez asomó a su rostro, y no pudo articular palabra. No así don Clemente, que con prontitud buscó unos polvitos blancos que guardaba en un bototo y que

no eran otra cosa que cáscaras de huevos tostadas y molidas. Los puso en una taza, les echó un poco de kerosén y, después de revolver este brebaje, dijo a Antonio:

—Tomá esto. Bebételo como agua.

Más tarde le dio a tomar una gran cantidad de jugo de limón. En la mordedura colocó un emplasto de yerbas que él personalmente salió a buscar y que eran un secreto de curanderos. También le hizo ingerir una infusión de yerbas misteriosas.

Y Angulo fue mejorando a ojos vistas, aunque el cordel estaba casi perdido en la hinchazón del brazo. La mulatita de los ojos aromados se portó más solícita que nunca, durante los tres días que estuvo obligado a guardar cama.

Antonio hacía un insuficiente redescubrimiento de todo lo que le había rodeado hasta allí, en esa morada:

Colgado de un clavo herrumbroso permanecía, lleno de misterio, el bototo de calabazo decorado a punta de navaja, de donde extrajera don Clemente los polvos curativos y, en el suelo, en media sala, la piel del puma que trajera Ascensión; abierta, mostrando su pelaje terroso y pardo, intentando un imposible abrazo sobre el piso y amenazando con sus órbitas sin pupilas y su cabeza sin huesos, a través de la puerta, la tranquilidad de Antonio. Mientras oía el tarraac-tarraac de la hamaca de don Clemente, su olfato descubría, por vez primera, que todo el ambiente estaba siempre impregnado de un característico olor de pucho, de damajagua vieja y de pescado salado. Los pasos aéreos de Eva se acercaron, y su corazón aceleró el ritmo. Al sonreír, la chica mostró su linda dentadura. Sin proferir palabra, se sentó en una rústica silla que había cerca de la tarima.

Se miraron honda y comprensivamente, hasta que ella bajó la vista en la que él creyó adivinar la satisfacción de su mejoría.

Ella veía al joven un poco demacrado y pálido, más rucio que pálido, por la cama de tres días, y sin embargo le parecía bello. Estaba enamorada, sin duda. Junto a él perdía aquel dulce miedo instintivo para los hombres, que antes la mortificaba tanto.

Jamás había dado a nadie un beso de amor, no sabía hacerlo, pero creía que podría en esos momentos. Tan femenina como era, y no siendo costumbre descubrirse a los hombres, no se atrevía a tomar iniciativa abierta. Esperaba sencillamente, porque había oído decir que es un gran don el saber esperar.

Sin mirarlo, rompió a hablar con voz melodiosa, igual que una caricia, con aquella voz de contralto que tanto le agradaba a él.

—La santa de mi devoción es muy milagrosa, nunca me niega nada. En estas noches le pedí que le sanara a usted, y me lo ha concedido.

—Ignoraba que usted se interesara tanto por mi salud. No sabe cuánto es el bien
que me hace, Evita.

Se incorporó en el lecho y prosiguió, deseándola a su lado:

—¿Es que acaso usted siente lo mismo que yo?

—No me lo pregunte, Antuco.

Antonio comprendió —no podía ser más claro—, y fue hacia la chica. La besó con ternura agradecida y con pasión creciente. Ella permanecía pasiva, pero estremeciéndose al contacto del hombre amado. Poco a poco fue devolviendo las caricias. Una tibieza arrobadora e incitante despedía su cuerpo, que Antonio descubría al contacto de carnes duras y elásticas, cual un andullo de caucho.

Don Clemente tosió y llamó a su nieta, la que se despidió asustada y salió presurosa, arreglándose el cabello desordenado, y sintiéndose como ingrávida, aérea.

Más atrás apareció, ante los ojos de don Clemente, Antonio, completamente restablecido y saludando.

El viejo le contestó:

—Me alegro de verlo ya fuera de peligro.

—Gracias a usted, don Clemente.

—No tanto. Ya hubiera querido ser como uno de esos curanderos experimentados que saben haber. Lo cogen al picado, le dan tres nalgadas y le dicen: «Andá a bañarte», y al momento lo dejan buenito y sano.

—Parece imposible.

—Es que ellos ya tienen la mano curada con toda *contra*. Y fíjese, al buen curandero nunca le pica víbora. Lo mismo que a la mujer preñada.

Capítulo XIII
NO HAY COMO LOS TIEMPOS DE ANTES

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Hubo una lluvia de oro sobre los guayacanes florecidos, que iba dorando las lomas montañosas. Cabezas de negros descomunales. Locos verdores del trópico mío en el sexo velludo del planeta. ¿A quién no le llega la emoción de su paisaje? Sacudiendo sus alas, cantó un coro de guacharacas madrugueras en la sombra. El viento jugaba con sus plumas, color de zanahoria y su cloqueo conocido a la distancia, tenía una interpretación:

—Trabajáaaa-trabajáaaa, piden las hembras.

—Para quéee, para quéee, replican los machos.

—Para comé, para comé, para come, para comé.

Un gringo muy colorado dijo, relamiéndose:

—La guacharaca es nuestro faisán.

Soñando siempre, soñando.

Una corbata de humo azul que ascendía y se estiraba flameando, retorciéndose como víbora apaleada, fue lo que distinguió Lastre desde lejos, cuando regresaba del pueblo. Se palpó en el bolsillo del pantalón los dos billetes de a cinco, resto del producto del mercado de la tagua. Alzó el pie izquierdo en la borda de la canoa y dijo a Críspulo:

—Parece que están moliendo en la casa.

—Unjú. Ese humo es de la ramada del trapiche.

—Siquiera vamos a tené buen dulce.

Cangá tuvo una afluencia de saliva a la boca, que le obligó a escupir.

—Tiempísimo que no me jarto de una buena cocada ni me ajumo con un buen guarapo. Estoy que se me hace agüita la boca. El caballo loco, de piel parchada, hacía girar el trapiche de manera que rechinaba como un viejo carretón. Cristobalina metía la caña entre el par de rodillos, que cedían ligeramente, dejando al otro lado montones de bagazo todavía jugoso.

Mientras, debajo, un arroyuelo de guarapo inocuo, igual al agua azucarada, corría inclinadamente por un canal de madera, hacia un tarro vacío de kerosén.

Eva, frente a la gran paila de bronce, encajada en un pozo de fuego, limpiaba con la cagüinga la cachaza de la superficie del guarapo hirviente. Antonio alimentaba el fuego. Tenía ojos para su mulata más que para nadie; pero cuando descansaba, quedábase mirando la tropa de hormigas arrieras que habían abierto un caminito estrecho y real, por donde iban y venían sin atropellarse; embanderadas las de regreso a casa, con trocitos de verdes hojas suaves cortadas en el monte, o cargadas de otras piezas comestibles. Luego, flanqueando uno de los puntales, subían un cerrito de tierra floja y se perdían en las misteriosas galerías de su palacio subterráneo. El caballo overo parecíale idiota, más que loco, dando y dando vueltas en un mismo

sitio, como un burro de noria. Y ese compás agitado, afirmativo, que llevaba con la cabeza: sí, sí, sí; todo va bien, sí, sí, sí.

Sin embargo, el olor dominante era el excremento y los orines de ese animal.

Sólo para Emérido, que chupaba y chupaba caña, olía a dulce y a guarapo tierno.

La madre trató de reprenderlo.

—No comás tanto dulce, que te hace criá lombrices.

El muchacho peló los dientes.

—No te riás, sinvergüenza. ¿No sabés lo que les pasa a los muchachos que se atracan así?

El chico movió la cabeza.

—Se los come el lagarto, cuando se van a bañá, porque el lagarto también es dulcero.

Un asomo de duda hubo en los ojos del negrito.

Ascensión mostró las telas que traía: ruanes níveos, engomados, y liencillos baratos, color de sucio. Su mujer las tomó amorosamente y midiendo mentalmente lo que iba a sacar de ellas, las guardó en su caja nueva.

Don Clemente estaba desconforme con el negocio que había hecho.

—Han trabajado como burros, ¿y pá qué? Sólo traés unos cuantos trapos.

—Es que la tagua ha bajado más. Sólo pagan tres sucres por quintal. Y eso que el Azulejo tuvo que corré de aquí pa allá. Yo sí, no sirvo pa anda rogando. Al fin se la compraron en la Casa Tagua.

Pero una nueva voz intervino, Lastre creyó reconocerla.

—Ya no es como antes. Cuando la tagua estaba a veinte sucres y hasta veinticinco, eso sí que eran los buenos tiempos. Entonces uno podía hasta pagarle a una hembra sólo pá’ que se dejara envolvé un cigarro de capa en la pierna. No saben lo ricos que son los cigarros de pierna…

El hombre sonrió con picardía.

—¡Vaya, vaya! ¡Si ha sido mi sobrino Timoleón! ¿Y este milagro? —dijo el viejo, mientras el instruso trasponía las tiras de madera atravesadas en el umbral de la puerta, que siempre estaban allí para evitar la caída de los negritos gateadores, que aunque en el presente no los había, podrían venir más tarde.

—Aquí viniendo a visitarlo, tiíto.

—Por la muerte de un judío nomás te acuerdas de este viejo.

—Es que me ha venido la de malas. Todita la familia enferma. Nos ha caído la maldita buba. La tagua que no vale nada, ni el caucho. Ahora, lo que está valiendo es la balsa, ¡pero es más duro sacarla!

—Es que tú también eres haragán. ¿Por qué no siembras algo? Tienes el monte al piecito de la casa y no te preocupas de limpiarlo. Lo que es yo no me quejo, ni mis hijos tampoco. Hasta gente de posada hay aquí y nadie se muere de hambre.

—Es que a nosotros nos ha olvida'o Dios.

—No hablés así, condenado.

—A veces hemos tenido que comé bichos del monte. —Al decir esto rió forzadamente, mostrando hasta las encías superiores.

Este defecto chocó a Lastre, y recordó lo que oyera de Angulo, hacía pocos días, sobre la ociosidad de los negros, y más, su pensamiento voló de nuevo para atrás. Para aquellos perros días que pasó junto a su padre, ¡pobre viejo! Sentía en la boca el sabor de todas esas alimañas.

El sobrino continuó lamentándose.

—Ahora, los chicos no tienen ni qué ponerse. A la compañera no se le quiere curar el pian, la pobre. Por más que en el pueblo le metieron unas puyas de salvarsán. Y sí he trabajado, palabra. Planté unos camotitos y se los comieron las hormigas, puramente nos dejaron el bimbe, que cría solo. Y es que así mal alimentados uno se cansa y hasta caen las enfermedades, dicen. Una vez oí en el pueblo a un hombre que decía: «El trabajo es castigo del Señó». Y cuando uno es maleao, peor mis males, tío Clemente.

—Vayamos a la ramada, que están moliendo. —«Soy demasiado bueno. Soy demasiado bueno, y por eso todos abusan conmigo», dijo el viejo para sus adentros. Ascensión entró al cuarto donde estaba su mujer luciendo su silueta semejante a una piola con nudo.

En la paila, la miel estaba a punto para ser vertida en los moldes cóncavos de tapas de panela. Había un apresurado rasqueteo de conchas prietas sobre la pulpa dura y alba de los cocos secos. Las finas virutas quedaban listas y amontonadas por las mujeres para extraerles la leche y también para preparar las cocadas. Timoleón se sentía ansioso por darse un buen atracón de dulce y llevar algo a su casa. Bajo esta premiosidad seguía charlando sin parar.

—Cuando me fui pa' la guerra con los conchistas yo era un mocoso toavía. Siempre me acuerdo del fina'o Sacramento Mera, en el combate del Guayabo. ¡Qué hombre pa' la bala y pal machete! Y les tenía una ojeriza a los serranos, que no les podía ver ni de broma. Ese día cortó como treinta pescuezos.

Miraba la miel y a las mujeres. Estas, en cambio, no dejaban de sentirse incómodas frente a lo andrajoso, sucio y hediondo que estaba.

—Como les decía, el difunto Sacramento, siempre que íbamos pal combate cantaba:

Como en tiempo’e los cristianos
ha de morí mucha gente,
la bala busca al serrano
como el palo a la serpiente.

—Yo quiero que venga una buena guerra, pa ve si me acomodo. En la revolución no me fue mal, no. Lo malo es que todo se acaba. Hasta los cigarros de pierna. Ya las mujeres no los saben hacé así…

—En el pueblo oí que dizque puede habé guerra con los peruanos —dijo el Azulejo, alzando la cabeza y dejando de labrar unas tablitas de chonta para la marimba que se proponía construir. La viuda Eulogia lo miró largamente.

—En el año diez también dijeron lo mismo —explicó don Clemente—. Ya hasta nos tenían acuartelados. Eso era en tiempo de Alfaro. Ahí sí creo que les iba a ir mal a los peruanos. Pero ahora no sé. Yo ya estoy viejo. Después oí un runrún que la cosa era con Colombia. Eso sí que no me gustaba nadita. Porque por acá todos tenemos de familia colombiana. Y viéndolo bien, la guerra es un feo pecado de los hombres.

Con guerra internacional Timoleón sí que no quería líos.

—A mí ya no me han de cogé. Allá a los más mozos les toca. —Señaló a Cangá y hacia la ventana de la casa donde se había asomado Lastre con su mujer—. Y si vienen a buscá gente, me remonto, ¿y quién me encuentra? Yo, que soy conocedó de todo esto.

—No te asustes, hombre. Que son bolas no má —dijóle Crispulo riendo.

—¿Asustarme yo? ¡Pobre pendejo! Yo ya me he visto en buenas.

Antonio, que había permanecido atendiendo y comiendo un poco de dulce amelcochado, que le había servido Eva en una hoja de plátano, enfriado en leche de coco, intervino:

—No es difícil que haya guerra con el Perú. Poco a poco ha ido y va adueñándose de nuestro territorio. Nos obligaran a pelear, así desarmados. Podemos estar seguros de eso, tarde o temprano. Tal vez no sea pronto. No es que yo diga que el soldado ecuatoriano sea malo, pero con las nuevas armas vale un pito el valor personal. Ya se ha visto en otros países. Y pronto se verá en Europa y después por acá.

—Ya estoy viejo. Ya estoy viejo para estas cosas —repetía don Clemente—. La guerra es el peor pecado de los hombres.

También llegaron sus hijos y sus nietos, Miguelón, Arnulfo que rara vez venía, y que era de poco hablar, nada efusivo, ni con su padre. No estaba casado, pero tenía dos mujeres, una negra y una chola prieta, con un largo pelo que le daba a la cintura, ambas en la misma casa, llevándose como

hermanas. Y por este sacrilegio, don Clemente no le quería mucho, y siempre les decía: «Viven en pecado mortal, no tienen salvación».

Gentes de los contornos, negros y mulatos, solos o con sus familiares, llegaron a comprar panelas amelcochadas, cocadas de doble tapa y miel en botellas. Un zambo con cara de cüsumbí, que había servido como soldado en Rocafuerte sobre el Napo, habló sin que nadie le pidiera su opinión:

—No me parece acertao lo que dijo antes el joven —y señaló a Antonio—. Yo he esta’o en el Oriente y he visto a los peruanos. Nos tienen miedo, palabra. Ellos nos llaman los negros macheteros esmeraldinos. ¿No ve que así al frente de nuestro campamento estaba el de ellos? Charlatanes y plantillas, sí son; tienen aviones y también lanchas cañoneras; pero cuando el cristiano es cojonudo, no hay quien pare, ¿verdad, don Clemente? Yo me vine porque me cansé de ser mandao. ¡Bonito sí es en esa zona! Pero al costeño no le gusta ser solda’o. Como uno allá no tiene en qué gastá, salí con platita; pero toda me la derroché en Quito: en mujeres y en trago.

—Para hablar, todos tenemos boca. A la hora de la quema es que se ve el humo.

—Habla usted como libro, don Clemente —observó Antonio.

Una liza cabezona saltó en medio río, sacudiéndose impulsivamente. Sus escamas relucieron como un collar de plata bajo el sol. Nado hundida dos yardas y saltó de lado. Se sumergió y recorrió tres brazas, y saltó para perderse definitivamente. Un piande, igual a un basilisco, cayó de una rama de guásimo y, deslizándose a la carrera sobre el agua, lo mismo que si hubiera sido en tierra, trepó el barranco, perdiéndose en un montón de ramitas secas.

—Quisiera nadar así —dijo Eva.

—O como la liza —respondió Emérido, y se zambulló para surgir a considerable distancia con su cabeza pelada como un coco.

La muchacha arrimó los dos calabazos vacíos a los calabazos duros de su pecho, y nadó impulsándose con los pies unidos. Sintió en el agua que Antonio venía detrás, y experimentaba un verdadero placer al verse así perseguida por el amado. Realmente lo amaba, era su primer amor. No quería ni atreverse a pensar cómo terminaría aquello. Sin embargo, la idea del matrimonio y los hijos felices en el hogar, no dejaban de hacerla pensar, como a la mayoría de las mujeres.

El joven la siguió a cierta distancia, viendo cómo el vestido de vuela se le pegaba a sus formas llenas, y oyendo el *glob-glob-glob* de los calabazos, al llenarse de agua.

—¿No dijiste que me ibas a pedir a mi papá?

—Eso te dije, pero esperemos un poco. No tengo ni en qué caer muerto.

—Eso no importa.

—Importa mucho. Sólo de amor no se vive.

—Lo que creo es que yo no soy para usted —dijo resentida.

—No me ofendas, Eva, no me ofendas. Piensa antes de hablar.

Ella enrumbó a la ribera con los calabazos que se llenaban: *glob-glob-glob*.

Al subir por el paso, la bata mojada ciñó impúdicamente sus encantos morenos.

El joven, desde el agua, pensaba: «Lástima que no sea más blanca».

Un girasol gigante miraba hacia el oeste. La brisa meció los yurumos y batió las largas hojas de las cañabravas. Tres changos garrapateros, como tres manchas de tinta negra, volaron hacia el potrerito.

Por la noche hubo ajetreos en casa. Las mujeres entraban y salían con trapos, bateas y lavacaras. El fogón permanecía encendido y un jarro de agua hervía bajo el fuego crepitante de la leña de quebracho seco, alimentado por la suave mano de Eva. Mucha oscuridad había en el firmamento. Sólo una que otra estrella lejana hacía guiños entre los desgarrones.

Lastre no atendía lo que los hombres hablaban en la sala, alrededor de él. Fumaba, fumaba y fumaba. No podía esconder su preocupación. Iba a ser padre dentro de pocos instantes. ¿Sería mujercita como habían dicho y pensado? A lo mejor no. Lo mismo daba fallar en eso que acertar. No, mejor que sea mujercita. ¡Son tan bonitas las chiquitas!

La voz gritona de Cristobalina lo sacó del ensimismamiento.

—No te pongás así, zoquete, que no se va a morí. A parí no más va.

Levantó la cabeza, como si no fuera con él, y siguió fumando.

Las tinieblas habían estrujado el paisaje, lo habían constreñido a pocas siluetas demasiado familiares, que se adivinaban únicamente mirando por el boquete de la ventana principal. Un gran silencio cobijaba todo. En un cerro distante, al otro lado, una rara luz ardía con intervalos largos, como suspendida.

La advirtió Cangá.

—Por ese lao no hay casas. Esa no es luz naturá.

—Claro que no es —observó don Clemente—. Esa es la huaca del viejo

Marcelino, que arde cuando se le antoja. Hasta ahora el pobre no encuentra un valiente que se la saque para salvar su ánima del purgatorio. Si es que a uno de ustedes se la quiere dar, una de estas noches viene a darle el aviso.

—Lo que es yo, no quiero esa plata, don Ciernen —rechazó, aterrado, Críspulo. No deseaba ningún trato con seres de ultratumba.

—Allá vos.

—Esos son fuegos fatuos, todo el mundo lo sabe —dijo Antonio, no con total incredulidad, cuando comprobó la existencia de aquella luz.

—Yo sé lo que digo, señor —repuso el viejo con tono resentido por la impertinencia—. Esa es llama de plata. A lo mejor el muerto lo busca a usted esta noche. Vea, una vez... (Chupó su cigarro como para coger el recuerdo a la fantasía).

Emérido temblaba; pero la curiosidad era en él más fuerte que el miedo, y deseaba que el viejo continuara.

—No cuente esas cosas, abuelo, esta noche —solicitó Eva.

El viejo se sulfuró:

—¡Demontre! ¡Yo en mi casa puedo contar lo que me dé la gana! ¡Ya mismo te vas a tu cocina! Sólo te gusta andar metida entre los hombres.

Los ojos de aromo se humedecieron, pero sus lágrimas no rodaron. Se retiró tan silenciosa como había venido.

El viejo frunció el ceño, y sus cejas blanquiscas, que se destacaban sobre la piel oscura, parecieron tocarse.

Antonio se iba a retirar a su cuarto, en gesto solidario; pero temiendo irritar más
al anciano, se quedó sentado donde estaba.

La hamaca osciló largamente describiendo arcos cortos. Los demás permanecieron callados, hasta que don Clemente se serenó y sin que nadie se lo insinuara, reanudó su relato:

—Una vez yo tenía un amigo que, como era buen hombre, los difuntos lo perseguían para entregarle sus entierros. Bien dicen que el muerto sabe a quién da su plata. Pero el hombre era flojo, como si uno debe temer a los de la otra vida más que a los de ésta. Me llamó a mí para que lo acompañara y a otro hombre que no me acuerdo cómo era su gracia. Cavamos toda la noche debajo del tamarindo, que ardía a veces, y en el lugar mismo donde el alma le había indicado. En eso que estábamos cavando, cuando, ¡tuun!, dio mi pico en un bulto que parecía una caja grandota.

—¡Ahí estaba! —interrumpió Cangá, nervioso.

—Y aquí viene lo bueno. Empezamos a subirla con cabos. Yo sólo tenía recelo del antimonio de la plata, que dizque mata de redondo al abrir el bulto. Cuando, señor, el amigo de mi amigo, que había sido un angurriento, gritó: «¡Ya soy rico! ¡Ya soy rico!».

—¡Qué bruto!

—Y como cosa del diablo: ¡fush! ¡Espíritu Santo! Se apagó la linterna de kerosén, y la caja que subíamos, ¡fuuú! Se hizo agua ahí mismito, llenando todo el pozo. Entonces sí que se me despelucó todo el cuerpo, y patitas... Desde allí ni más huacas, conmigo.

Los otros reían, menos el Rey de las minas, que estaba rezando un Ave María, y Ascensión Lastre, que no atendió la historia.

—Pero yo conozco una manera de saber dónde hay huacas sin que lo sepan las ánimas —prosiguió el anciano.

—Diga, diga —se interesó entonces Críspulo.

—Es con un bejuco que hay en el monte. Lo mientan el bejuco pildé. Se machaca y se bebe con agua. Después uno se duerme y en el sueño ve todos los lugares donde hay entierros. Algunos han hecho eso y han sacado.

—Si fuera cierto, lo haría yo mismo —dijo Antonio, que de un tiempo para acá le había dado en pensar en riquezas.

En eso, el vagido de un niño recién nacido dejó a todos en suspenso. Pero a la madre no se le había oído ni quejar. Ascensión saltó de su sitio, como picado por algo y se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. De su mano resbaló el tabaco, esparciendo chispas rojas al caer en el piso de pambil.

Don Clemente comentó admirado:

—¡Qué guapa la blanquita!, ¡ni se la ha oído siquiera!

Una lechuza agorera chirrió tres veces estridentemente, en el techo mismo de la masa.

Cristobalina salió alborotada del aposento, gritando:

—¡La bruja! ¡La bruja! ¡Perra! ¡Maldita!

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —averiguaban todos.

Corrió al fogón y echó en la candela un puñado de sal, que comenzó a estallar como un racimo de cohetes. Tomó unas tijeras y las depositó en cruz, en medio de la sala, conjurando al ser maléfico.

No se oyó más al ave noctivaga.

La mujer explicó brevemente:

—Es que seguramente el morito ha venido al mundo o iba a vení con una cruz de carne en el paladar. Lo que quiere decí que puede salí adivino. Cuando las brujas saben que va a nacé un niño así, llegan en forma de lechuza, pa brujearlo o pa matarlo de una vez. Porque los adivinos son enemigos de las brujas y descubren quiénes son ellas.

Al inclinarse Lastre sobre el lecho de María de los Ángeles, vio una criatura fea, amoratada, con los ojos apretados, que berreaba exageradamente para el tamaño de su cuerpo, y observó cómo don Cristo ponía ahora las tijeras en cruz sobre el cielo del toldo. Un olor dulzón de sangre fresca, despedía aún la estancia. La lámpara de kerosén, con su tubo de cristal roto en la corona, iluminaba a toda mecha, y no obstante la llama era perezosa. El hombre se sintió fastidiado sin saber por qué.

Sólo a la mañana siguiente descubrió el origen de su fastidio. Era que nació un machito y no una hembrita, como había pensado. Y sin ser supersticioso, pensó que algo malo le iba a suceder, porque la naturaleza les había fallado. Impuso y sostuvo, inclusive contra la opinión de su mujer, el nombre de Gumersindo para el niño, ya que así se llamaba su padre, de quien no había vuelto a saber nada desde hacía muchos años. Con sus dedos toscos, abrió la boca de su hijo y advirtió desconsolado que no sería adivino, porque no llevaba ninguna cruz en el paladar.

En el pueblo había gran actividad política, con motivo de la proximidad de las elecciones de diputados y senadores. El señor de la cotona amarilla rayada, estaba candidatizado por su trinca, que era la oficial. La victoria era fija; pero había que gastar en propaganda y compra de votos. Él tenía dinero, mucho dinero. Mas esto significaba un desembolso de algunos miles de sucres, aun reduciendo algunos gastos. Pero el triunfo y su curul eran seguros. Aunque él quería ser senador, por lo pronto se conformaría con ser diputado. El gobierno lo sabía incondicional de su causa, y por la misma razón no lo apreciaba tanto como él pensaba. Meses atrás, había recurrido a toda intriga; viajó a la capital del país, para hacer protestas de lealtad al presidente inconstitucional de la República, indisponiendo a todos aquellos que le podían hacer sombra, e implorando su inclusión en la lista oficial de senadores, pero sólo consiguió ser puesto como diputado. Pero él, que era soberbio con los humildes, sabía ser como un perro con los soberbios. Por eso se sintió muy agradecido y quedó esperando mejores tiempos.

«Un reloj, una mujer y un revólver no deben faltar nunca a ningún hombre», decía mi padre. Pobre viejo. Estaba chocho. Puede que haya tenido razón, mas nunca me casaré; no quiero compartir con nadie mi fortuna. Mujeres tengo, las deseo. Hijos también. Hijos naturales, que viven en el campo, y los quiero. Sí, los quiero, naturalmente. Después de todo son mi sangre. ¿Y si a una hija mía se le diera por amarrarse con un negro? ¡Qué va, mejor es no pensarlo siquiera! Sería una vergüenza. Mejor es traerlos a la ciudad para que se eduquen. Mi casa está vacía. Relojes tengo hasta para regalar. Bueno, es que hay que medir el tiempo, no hay que perderlo. No sólo revólveres poseo, sino carabinas finas de repetición, para mis enemigos, y hasta ametralladoras y cañones, si quisiera. No, el viejo no estaba chocho. Bien dicen que los viejos tienen razón y los muertos; «los muertos mandan».

Así soliloquiaba el señor Valdez, en la azotea de su casa, mientras tomaba un baño de sol. Uno de sus micos oscilaba con gracia nerviosa, pendiente de la cadena. En un solar cercano, piezas de ropa almidonada gualdrapearon vivamente y cayeron de los alambres como volantes de propaganda. Las palmeras de los patios interiores coquetearon con el viento.

Él se sintió, como siempre, muy grande. En media calle, caminando por la cinta de cemento, se encontró con míster Hans.

—Quiero dedicarme a la agricultura. El negocio de tagua ya casi no deja —le dijo el gringo.

—Magnífico, magnífico. ¿Tiene ya pensado dónde?

—Sí, en unas tierras suyas que deseo comprar.

—¡Oh, tengo tantas! (No me vendría mal dinero contante y sonante para mis elecciones. Ahora que tengo que gastar este *platanal*).

—Usted tiene una isla que me gustaría. Se llama Pepepán; yo la conozco.

—Es una isla y no es una isla. Yo dejo estar allí a unos negros que viven en ella desde los tiempos de mi padre.

—Pero puede venderla, supongo.

—Señor, todo lo que es mío puedo vender.

Se golpeó, impaciente dos veces con el foete, en las botas de montar.

—No digo lo contrario. ¿En cuánto me la cede?

—Cinco mil, vale. (Siempre me servirán de algo —pensó—, aunque ese dinero no es mucho. La vendo barato por ese difícil problema con esos malditos negros).

—Trato hecho. Pero hay el inconveniente de la gente que vive allí.

—Oh, míster Hans. Eso no significa nada; le digo, nada absolutamente. Me basta con mandarlos a notificar de palabra, y salen. ¡No sabe usted cómo me respetan y temen por allá esos negros!

—¿Y si no quieren salir?

—Peor para ellos, los sacaré a la fuerza. Dispongo de gente bien pagada y que no anda con vuelve luego. Tengo un moreno grandote que vale por cuatro. Y, lo que, es más, la ley me favorece, Una vez tuve un caso parecido.

—Bien, bien. Que sea pronto. —Y se despidió dándole unos golpecitos en la espalda.

—Auf wiedersehen. (en alemán se traduce como “adiós”)

—Aufwie… —contestó el hacendado, y se alejó haciendo sonar los tacos sobre la cinta de cemento tirada en media calle.

Capítulo XIV
LA MARIMBA DE CANGA

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Tambor y más tambor, resonando con tanto afán. Bamboleo tras bamboleo. Mi sombrero grande, mi verejú. Que ya viene el diablo, mi verejú. Es negro más fino, el que tiene la bemba colorada, porque como rompieron a destiempo en el compás de los tantanes, repitiendo, repitiendo volvieron a donde debían volver. Ni conga, ni cumba, ni bomba bailaron, caramba. Quimbando la negra y la zamba, alzaron los brazos, llegaron al banco agitadas, calientes al tacto fecundo. Quebrando cintura y caderas, hurtando, llamando a los hombres. Sudaron del rimbombar del gran bombo, el cununeo de los conunos. Y apareció el diablo, mi verejú. Y el tuntuneo de la marimba de chonta se prolonga y se enchumba en la yunga. Marimba sobre marimba. Tambor y más tambor y más tambor y más tambor; tambor, tambor, tambor, tambor, tambor, tambor.

Bombo, cununos y guasas atronaron lúdicos los contornos silentes, horas antes de la noche de San Juan. Sus voces, trasuntas de perdidas reminiscencias inconscientes, volaron, se alargaron, se alejaron por encima de los pepepanes, de las guadúas gráciles; cabalgaron en el cerrero lomo del agua, subieron los barrancos, los huiacos parados, repitiendo su rítmico son en los oídos acostumbrados de negros y mulatos perezosos de

hamaquearse y de sudar bajo el calor, y en las orejas argolladas de negritas elásticas llenas de plenitud femenina, sin rodeos. Era un son repetido con insistencia salvaje, que parecía llamar:

—vengan, vengan ya.

—vengan a bailar.

—vengan, vengan ya.

—vengan a bailar.

—vengan, vengan ya…

Con sus propias manos construyó la marimba, y con sus propios reales, ahorrados, adquirió los cueros del bombo y los tambores. Por fin había colmado uno de sus sueños, Críspulo Cangá. Tomó los palillos de cabeza de caucho y registró un bordón sobre los pambiles sonoros del rudimentario xilófono, que resonó en los canutos de guadúa de diversas longitudes y grosores dispuestos debajo, a modo de rondador indio.

—Esa marimba suena como piano —anotó don Clemente.

—Es que yo mismito la trabajé, poé…

Repasó sus dedos de chonta, culminados por uñas amarillentas, sobre el cuero templado de los cununos, y de la caja cerrada de resonancia salieron acompasados ruidos graves:

toco - toco - tom
toco - toco – tom

Y el bombo rimbombó y retumbó.

Damajuanas de mamapunga estaban listas para el expendio, negocio de don Clemente; pepas de pan sumergidas en miel, bateas de cazabe espolvoreado con canela, tembloroso como seno de mujer; cocadas rectangulares y panelas de forma lenticular, amortajadas en hojas de plátano.

Provocaba el dulce cabello de ángel, cual tallarín de papaya enconfitada. Hollejos de naranja china, amelcochados, esperando ser despedazados por dentaduras poderosas. Todo esto, negocio de la viuda Eulogia.

Fue lloviendo gente a la danza, por tierra y por agua: descalzos y enzapatados; zambitas jugosas con tetitas de caimitillo, cimbreantes, ataviadas con vestidos chillones y cintarajos; negras paridas, con tristeza de vaca en los ojos; hombres adustos que reían de vez en cuando, preocupados en dejar bien aseguradas sus canoas. Algún cholo, como un lunar, o un mestizo casi blanco, venían del río Teaone, de la ciudad o hasta de la vieja Atacames.

Jóvenes negros bullangueros, indiferentes a los parches de sus camisas, acudían bajo un cielo agujereado por espinas de luz; así como las aves del corral se agolpan al oír la llamada del maíz dentro del mate. Así.

El compás de un bambuco suelto, invitó a las parejas deseosas de romper primero, para calmar la cosquilla de sus pies.

Las manos de Cristobalina sacudían un canuto de caña que contenía pepas de sampedro. Era el guasá:

chaca - chaca - guasá
chaca - chaca – guasá

Ella y Cangá que tocaba la marimba, rompieron con un canto agitado:

Ya vienen los monos
de la loma arriba
y el mono más viejo
viene boca arriba.

Los instrumentos quedaron solos, sin voz humana que los interrumpiera. Unidos, en el batir salvaje de tambores.

Mamita, mamita el mono.

Si este mono se muriera, capaz que me lo comiera revuelto con arroz seco, la parte de la cadera.

Los músicos hicieron un coro ondulante y monocorde.

¡Mamitáaaa, mamita el mono!
¡Mamitáaaa, mamita el mono!

Los bailarines comenzaron a agitarse. Las sombras proyectadas por linternas y candiles subían desde el pambil crujiente hasta las paredes cañizas, absurdas, deformes, acromegálicas, locas, alejándose y acercándose.

Crecían, crecían para desaparecer luego.

Antonio y Eva no bailaban. Sentados, cerca el uno del otro, hablaban y oían distraídamente a las gentes que giraban y zapateaban, presas de lúbrico mal, metiendo un bullicio de monos espantados.

Cangá y don Cristo no les desprendían los ojos, y depués de tocar una Caramba cruzada y una Tierra Firme con cambio de pareja, resolvieron echarles un Salango.

Salanguiemos, salangueros.
—Cumbamba éee,

Respondió el coro. Y la pareja reanudó:

Este es el salango, niña.

Cuando se van al salango,
unos van por salanguear,
unos por guindar la jeta
y otros por verla guindar.
—Cumbamba éee,
cumbamba éee.

Esta pieza íbanla bailando cogidos y ejecutando un paso semejante al del valse o al de la conga.

—Ese canto parece con nosotros.

—Para lo que importa —contestó Eva

El aguardieate mamapunga, para ser tan malo y tan fuerte, no hacía efecto en la cabeza de don Clemente, que hablaba y hablaba sin parar, entre sus dos hijos y un grupo de ancianos como él. Ascensión, que al principio no había acogido con buenas ganas la idea del baile, por la mala noche que le daría a su morito, estaba ya contento porque el chico dormía en la hamaca del cuarto, un sueño de perico ligero.

María de los Ángeles demoró un poco para adaptarse a esta música tan rara, y aunque no la sentía, vio que a su marido le gustaba, y que muchos de los pasos eran conocidos y vulgares. Por lo que se animó a bailar con un negrito de trasero estrecho y empinado.

Eulogia y su hijo vendían y vendían.

El ambiente se llenó de humo de tabaco, mamapunga y kerosén quemado. Las emanaciones de los cuerpos sudados se fueron achatando. El aire se puso pesado y, dentro de él, engrosaban las raíces del calor. Cuando rompían a danzar, tufos de sobaquina llegaban a las narices de Antonio, por los brazos que se levantaban y batían. Pero todo olor peculiar terminó por perderse cuando la amplia sala quedó saturada.

Entre el voltejeo de los cuerpos, distinguía trozos de caderas redondas, meneándose, quitando aquí, poniendo allá, senos brincones haciendo malabares, dedos apretando la carne oscura, brazos rollizos de mujeres jóvenes, patas abiertas toscas, levantando polvo del pambil lustroso por el uso, dobladillos arremangados, cabezas zambas, sin gonce. Se remecía la casa y sobre el piso azotaba el compás. El tuntún de la marimba ya cobraba una melodía bárbara en su pentafónico canturreo.

Pilota, pilota.
Pilota dame la popa.
La popa, pilota.
Ayayáay, la popa.

Los machos se hacían eco de los versos y ajustaban a las hembras.

Muchacha, dile a tu mama.
¡Heeéy!
Que la muerte anda caliente.
Lo que se come la tierra,

que se lo coma la gente.
¡Heeéy!

—Eso es pa que oigás. Hasta la misma canción pide.

—No seas bobo.

El soldado cara de cusumbí que había venido del Oriente, trataba de convencer a una negrita menuda.

Al fin, a los primeros sones de un Torbellino, Angulo fue sacudido por su sangre negra y tomando a Eva por su bronceado brazo entró en la pista: pecho contra senos, vientre con vientre, pierna varonil junto a volumen de otro muslo.

—Este Críspulo tiene gusto para tocar.

—Y la gorda para cantar.

—Fíjate como pela los ojos.

—Vea amigo, qué zamba tan mamaú.

—¡Cómo me la comiera!

—Déntrele no más. Que le gusta, dicen las malas lenguas, y la mía… Que no es muy buena.

Unas pocas parejas se habían largado ya, sin ser vistas. Pero aún quedaba mucha gente. Los borrachos comenzaban a cabecear. Había belfos pringosos de dulce y cabezas desgreñadas en su zamberío. La voz sonora de la infatigable Cristobalina, animaba.

—Torbellino está bien malo
de un palo que yo le di,
quien le manda a Torbellino
que anduviera tras de mí.
Chaca - chaca - chac.
Chaca - chaca - chac.
—Torbellino se ha perdido,
Su madre lo anda buscando.
Pregunta si no le han visto
cual lucero relumbrando.
Chaca - chaca - chac.
Chaca - chaca - chac.

El canto salía por el ventanal, por la puerta y las rendijas, en inútil carrera con los monótonos tambores por los campos de la noche, hasta perder intensidad y no alcanzar las largas distancias del gran bombo.

Y vinieron andarieles, y llegaron aguas cortas, aguas largas, carambas, más carambas y el diabólico verejú.

Cangá dejó la marimba, se tanteó el perfume embrujado en un bolsillo, y pensó que se acercaba la ocasión. Sacó a Eva y dio unas vueltas, lleno de ardor. Ella bailaba seria, más seria que nunca, con los ojos sin pestañeo, cual si fuera una muñeca de aserrín.

Miguelón tomó los palillos y encorvó su cuerpo flaco largo. Ejecutó un bambuco glosado y contrapunteó con su hermano, en medio de las risas y chacotas.

Con una pieza de por medio, se disputaban la pareja Críspulo y Antonio. Mas éste, no la soltaba de buena gana y Cristobalina, que lo notó volvió a cantar:

—¡Ay! La zamba llora,
La zamba llora.
¡Ayayayaaay!
Déjala corré la bola
que ella corre con malicia.
Pues si yo fuera justicia:
castigo a quien enamora.
¡Ayayayaaay!
La zamba llora,
la zamba llora,
la zamba llora.

Aguijoneado y fortalecido por la voz de su madrina, Críspulo sacó el frasquito, y mientras bailaba, trató de vaciarlo en el pecho de la muchacha. Pero ella le dio un rápido golpe en la mano, haciéndolo rodar por el suelo, donde se regó el líquido, pero las hojitas enraizadas quedaron adheridas a las paredes cristalinas interiores.

—¡Puerco! ¡Suéltame!

Un perfume penetrante, dulzón, fastidioso a la larga, picó las narices, para evaporarse en seguida, con la misma facilidad con que había venido.

—¡El chimbo! —dijo Lastre.

Antonio, que no había desprendido la vista de la chica, brincó dispuesto a trenzarse a golpes, o a algo más, si al caso llegara. Logró dar un puntapié en la canilla de su rival. Pero ya estaban allí muchos mediadores.

—Por hembra no se pelea.

—A según y cómo.

—Déjenlos que se den una manito.

—Jodido ha sido el blanqueadito.

—Y no parece. Es que buey manso…

—Es que el otro se la quiso coger por las malas.

—Pero la zambita viva ¿no?

Don Clemente puso fin a la cosa.

—En mi casa nadie pelea. Todo mundo a divertirse y que siga el jolgorio.

Eulogia se acercó tímidamente a Críspulo y le susurró:

—Ven acá, tómate una copa pa que te pase la rabia.

La voz así, sedante, lo iba apaciguando.

—Lo que es, se la cobro al blanqueado ese. No me quedo así.

En la confusión, volvieron a escabullirse nuevas parejas. Tronaron de nuevo los cununos hermanos del bongó. Alegraron la marimba y el guasá. Y el bombo rimbombó y retumbó.

Hubo décimas de letras variadas y anónimas, inspiradas en extrañas fuentes, que desconcertaron a Angulo, ya apaciguado. En ellas aparecían confundidas figuras y hechos históricos: Carlomagno con sus doce pares de Francia; Pedro el Cruel llamado también el Justiciero; la toma de Constantinopla y guerras entre moros y cristianos; todo salpicado de formas dialectales. A veces aparecían décimas y redondillas revolucionarias, escritas por algún maestro rural. Cantaba ahora un negro de ancha cara y pequeños ojos astutos, canciones aprendidas acaso en Najurungo, tal vez en Concepción.

Hermanos ecuatorianos,
trabajemos con malicia.
Porque la hacienda de Palma
nos deja sin la camisa.

El cansancio, el sueño y el puro, tumban. Se reía menos, las voces de los más piques se alzaban destempladas. El baile se moría al venir la madrugada; sólo el gran bombo rimbombó y retumbó.

Capítulo XV
LO MISMO QUE EL COMEJEN

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Una avispa cuba, de febricitante aguijón, pretendió vanamente construir su casa-horno en la cabeza del clavo de la pared. Entraba y salta por la ventana, en busca de más barro mojado. El muchacho dejaba crecer la cápsula hasta la mitad y la destruía fácilmente con sus dedos. La necedad del díptero iba en aumento y volvía al principio de su trabajo con afán, sin preocuparse de los humanos designios, indiferente a lo que estaba contra ella. Hasta que el bicho se enfureció y al chico se le sopló la cara, y tuvo fiebre por tres días. Taciturno quedó el bambudal y las retamas siguieron indiferentes, tejiendo sus retamales sobre los sauces parados bajo el sol. Bajo el sol, ¡sol, gloria magnífica de los cielos azules y sin término! Ojo luminoso del dios de las distancias. ¿En qué rincón del mundo se queman tus amores infernales? La selva tibia te acoge diariamente en inmortal connubio y los ríos sufren en su brillante lomo, tu mordedura ardiente.

Los días se van, los días se van. Una especie de bubas o viruelas atacó a las gallinas. Los pollitos más tiernos no resistieron mucho tiempo y fueron diezmados por la epidemia, primero que los adultos. Sus cabezas se poblaron de granitos negros y sus ojos, antes vivaces, se cerraron hinchados y opacos. Los que no habían emplumado todavía, los de mejor raza, los llevaban en todo el cuerpo.

Don Cristo y Eulogia curaban a la pollada disminuida por la peste. En los bebederos habituales, ponían agua de limón y encerraban en cuarentena a

los más graves, para purgarlos. Quemaban los granos con ácido fénico o yodo. Los embadurnaban de achiote. Recurrían a toda la ciencia campesina y, sin embargo, disminuía la bulla del piar, y la orquesta de los gallos que cantaban a las diez, a las doce y a las cinco.

—Mala cosa esta peste —decía don Clemente—. El corazón me da que alguna desgracia va a venir. —Y hacía un gesto en la boca, chasqueando la lengua.

Tristes animales enfermos buscaron la sombra de la casa y de los pepepanes, dándose su acostumbrado baño de tierra en sus hoyos escarbados al mediodía. Laxa quietud, propicia para la siesta, envolvía el ambiente. Las avispas coloradas entraban y salían de sus celdas hexagonales. Su zumbido y el de las moscas caseras, era más perceptible que en cualquier otro momento del día.

Nubes altas, de hierro niquelado, resplandecientes y bruñidas, turbadas por el oteo de un gavilán de bella pluma, por el trazo de suspiro de un picaflor, por los círculos oscuros de los gallinazos hambrientos, era todo lo que Antonio veía desde la hamaca, a través del marco de la ventana. Un relajamiento voluptuoso lo cogía, Eva, Eva, Eva. Siempre Eva.

Los perros ladraron agitadamente.

Todo el mundo descansaba a esa hora, pero al latido de los perros, algunos despertaron.

Radiosa aulló de dolor, alguien la había maltratado.

—¡Ey! ¿Quién le pega a los perros? —gritó el joven.

—Yo —contestó una voz con acento extranjero—. No me gustan animales bravos en mi finca.

Don Clemente se levantó de la tarima, y sacando su ceniza cabeza por la ventana, vio un gringo, un negrazo y otro hombrecito que cojeaba y hacía muecas. Como no oyera bien lo que dijeron, preguntó:

—¿En qué les puedo servir?

—En nada —replicó el rubio secamente, y siguió inspeccionando con la vista los alrededores. Después, dirigiéndose al hombronazo:

—No está malo esto. Me parece que he hecho buena compra. Buena tierra para cría de ganado.

—Así mismo es, patrón.

—Dile a esta gente a lo que venimos —ordenó.

—Vea, don Ciernen —empezó el grandote—. Resulta que el señó Valdez le ha vendido esta isla a mister Hans, que es el patrón que está aquí, y como es naturá, él quiere que desocupen esto, hasta dentro de una semana.

El viejo levantó las cejas, perplejo, creyendo no haber oído bien.

—¿Cómo decís?

—Que yo soy el dueño, ahora —intervino el gringo—. Y si no se van por las buenas, será por las malas.

Por toda respuesta don Clemente se llevó la mano al pecho, sentía como si una garra le estrujara el corazón. Se ahogaba. Antonio acudió en su ayuda y lo hizo recostar. Entonces salieron los demás.

Lastre, sereno, preguntó al mulato desde la puerta de su cuarto.

—¿Quiénes eran?

—Cocambo, mister Hans y el rengo.

Ascensión fue sacudido al golpe de estos nombres, y se lanzó a la ventana. Pero ya no había nadie. Sólo los animales enfermos y el pesado sopor del mediodía.

Eva lloraba junto al abuelo, quien se lamentaba, y el llanto la embellecía más. Recordaba que el alemán aquel, era el mismo que dos años quería comprarla, podría decirse, con dinero. Lloraba de pena y de odio; pena por el abuelo, odio por el gringo. En ese momento comprendía por qué algunos hombres cometían asesinatos. Ahora se explicaba la razón de la antipatía instintiva para el mentado Mr. Hans. Su corazón había presentido, como si en ese caso, la natural intuición de la gente del trópico, se revelara.

—… ¡Dios mío! ¿Será posible, Dios mío? Aquí en este suelo reposan los huesos de mi madre, los de mis hijos, los de mi mujer. No quiero moverme de aquí. ¡Esta es mi comejenera, Señor! ¡Yo soy sólo un pobre comejón ya viejo! ¡No dejes que me quiten mi comejenera, Señor! ¡Sed justo!… Nunca he hecho mal al prójimo. Todo lo que poseo lo he adquirido con el sudor de mi frente y el de mis hijos. No me castigues así. ¡Llévame mejor, Dios mío! Esta tierra es mía, muy mía, para eso la he labrado desde hace años. No quiero ver. No quiero… —suplicaba el anciano.

Después cayó en un estado de postración tan alarmante, que hacía presentir su fin.

Arnulfo y Fabián fueron llamados en seguida, y Ascensión habló así:

—Lo mejó que podemos hacé, es no movernos de aquí. Estemos preparaos y bien unidos. Que los trapos sucios se laven en casa —elijo aludiendo a la rivalidad de Angulo y Cangá.

—Bien dicho —aprobó Fabián—. Si alguno no quiere acompañarnos, es libre de irse cuando quiera.

Como nadie pusiera reparos, resolvieron andar siempre armados, y conseguir más escopetas para que alcanzaran, a una por cráneo.

Hasta los nietos mayores de diez años y Emérido, fueron incluidos en la defensa de la tierra que significaba su vida.

Pasó la semana del plazo, y nada: ni Cocambo, ni mister Hans ni el rengo. Pero el atormentado patriarca negro se consumía. No charlaba como antes ni tomaba alimentos. Sólo hablaba de su tierra, de cómo la quería y del dolor que le causaba su despojo.

Una mañana, como de costumbre, Eva fue a despertarlo.

—Abuelito… Abuelito… Ya es tarde.

Nunca lo había visto tan hondamente dormido. Lo tocó: ¡horror, frío de difunto!…

—¡Se ha muerto! ¡Se ha muerto! —lloró la niña. Lloró y renació en su pecho el odio para los causantes de la desgracia.

La consternación que produjo la noticia fue tan inmensa, que de lugares apartados llegaban gentes para asistir al velorio y al entierro, como poco antes vinieron al baile.

El cadáver, en su rústico ataúd sin charolar, descansaba en media sala. El rostro beatífico, terroso apenas, hacía dudar de que aquel cuerpo estuviera en camino de la descomposición.

Muchos incrédulos se acercaban a tocarle la frente, mientras Cristobalina ponía en movimiento a todos los de casa.

La fosa fue cavada temprano, cerca de las cruces de los otros finados, y allí estuvo muchas horas, hambrienta, con las fauces dispuestas.

El hijito de Juyungo, alegre, como siempre, gateaba junto al féretro, aprovechando la postración nerviosa de la madre, hasta que don Cristo ordenó a Eva que lo alzara.

—Ve, cogé a ese chico y llevátelo pa dentro, que le va a dá *mal aire*.

Volaba un largo canto penoso en la noche de luna llena.

Canto de velorio. Velorio del difunto don Clemente Ayoví. Triste y grave cadencia de los *alabaos*.

El son bajito, deprimente, de los cununos, acompañó la música fúnebre del *Alabao de los 7 pies*.

Aquí estoy considerando,
mi sepultura y mi entierro.
Siete pies de tierra ocupo
que a mí mismo me da miedo.

Un estremecimiento de terror a lo desconocido, recorrió los rostros presentes, y se vislumbró por los ademanes y las expresiones. Un silencio

insondable quedó al término de la estrofa. Luego el mismo coro, dirigido por la ahora demudada Cristobalina, continuó:

En la mitad de esta casa,
hoy me han venido a velá,
y por ser la última vez,
ay, véngame a compañá.

Lágrimas de dolor, de dolor que supervive a los difuntos, rodaron por muchas mejillas oscuras. Y hasta el exceso de gente que había quedado bajo la casa, estaba condolida.

—¡Qué buen hombre era!

—Ya ha de estar en la Gloria.

—¡Y venirse a morí ahora!

—¿Cuándo nos tocará a nosotros?

—¡Pobre don Ciernen!

—Sólo la yerba mala no muere.

De pie, Ascensión Lastre contemplaba el rostro del fallecido. Las llamas de las cuatro velas blancas, jugaban sus reflejos débiles sobre los volúmenes, sobre las sombras. Ni cuando murió su parcero, Manuel Remberto, se le había ocurrido a Juyungo pensar en el misterio de la muerte, ni mucho menos en la suya propia. ¿Qué habría después? ¿Cielo, Infierno, Purgatorio, como tantos afirmaban? ¿O sería simplemente como quedarse dormido? ¿Para qué pensar en eso? Fuera lo uno o lo otro. Unicamente él sabía que este pobre viejo había muerto por causa de Cocambo; pero detrás de Cocambo estaba mister Hans, y detrás de mister Hans, el señor Valdez y detrás del señor Valdez otros más… Y una rabia sorda, que no había sentido desde hacía mucho tiempo, le venía creciendo, creciendo. Mas no era rabia contra blancos, sino contra la injusticia. El lánguido rostro de María de los Ángeles, lo atrajo tanto, que lo apaciguó por un momento y lo hizo ir hacia ella para consolarla. Estaba tan afligida y desfallecida como si el muerto hubiera sido su propio padre.

Luego pasó adelante otro pariente y cantó su parte. Así continuó el canturreo hasta juntarse cuatro primos.

Eva, la de los ojos de aromo, sollozaba en su cama semialumbrada por las rayitas de luz de luna que penetraban en las rendijas. Sintió que alguien abrió la puerta del aposento, pero no tuvo ánimo para mirar quién era. No había querido estar presente en la fúnebre ceremonia y por esa razón se había recluido. Los pasos se aproximaron a su cama, después no se oyeron. Un cuerpo masculino se inclinó sobre el suyo. Por un segundo pensó que fuera Azulejo, y reaccionó bruscamente, más al reconocer a Antonio se tranquilizó.

El joven sintió en sus propios labios la sal de las lágrimas de la muchacha, y siguió besándola cariñosamente en todos los lugares del rostro y del cuello, sin proponerse nada.

El lúgubre tan-tan de los tambores en la sala y el sordo rumor de la queda conversación de los acompañantes llegaba hasta los dos. En el río bañado de luna sonaban los canaletes y las palancas, contra el borde de las canoas. Gente que iba, gente que venía.

Eva se abandonó por entero al hombre amado. Y como la oscuridad está siempre cerca del amor y de la muerte, él se sintió poseído por sus instintos, al contacto de la carne virginal y al son de los cununos estremecedores y profundos.

Ella no protestaba ni decía nada. El duelo le había quitado hasta la fuerza de voluntad. Ni pensaba siquiera en el pudor que nunca abandona a las mujeres, ni en cosas morales ni inmorales. Acaso sí, suspiraba y se quejaba de dulce dolor.

Y en tan-tan de los cununos estremecedores y profundos.

Sería el influjo de la luna; pero estaba hecho. Sería el anverso de la muerte; pero estaba hecho. La piel era de terciopelo, fresca como una fruta cogida en la mañanita; los muslos, duros y hermosos; los senos, sin rivales; la cintura, suave y flexible. ¿Sería caucho o carne? «Aquí me planto. Ahora comprendo por qué muchos blancos prefieren las mujeres de mi raza. Jamás me separaré de ella. Todo este tiempo he tratado de engañarme a mí mismo, creyendo que sólo podría amar a las mujeres blancas. Y las he probado también. ¡Pero nadie como tú, Eva mía, nadie! He encontrado el equilibrio. Me has salvado, y nunca podrás medir el bien que me has hecho…».

Al habituarse a la oscuridad, distinguió que no estaban solos. En la otra cama dormían los hijos de Eulogia y el morito de Ascensión.

Pasada su excitación nerviosa, cogió por el brazo a Eva, y conduciéndola a la sala, díjole en forma que sonaba a sacrilegio, haciéndola temblar:

—Vamos a darle las gracias a don Clemente.

Pero la desgracia nunca viene sola, y donde muere uno mueren dos. Pasó el novenario, y nadie llegaba a urgirles el abandono de la isla, aunque el señor Valdez, mister Hans, Cocambo y el rengo no se habían olvidado.

En el pueblo, el señor de la cotona amarilla consiguió una comisión de seis policías armados para reforzar al nuevo propietario de Pepepán y ultimar el desalojo.

Debajo de los *fruta'e pan*, ralearon considerablemente las concentraciones de gallinas. La peste continuaba en su agosto. Las aves despreciaban el maíz, que todo el día permanecía regado en el suelo, cual pepitas de oro, hasta que los cerdos daban buena cuenta de él.

Con la muerte del abuelo, Miguelón resolvió llevar a su hija a su lado, por consejo de Cristobalina. Angulo sentía desesperadamente la melancolía del amor y de la carne, aunque había convenido en verse con Eva, cuando llegaran a la ciudad, ya que ella tenía resuelto volver junto a su madre.

Cangá desarmó su marimba en señal de luto y la llevo a la ramada del trapiche. Todo signo de alegría había desaparecido de la casa grande. Sólo el zambito gateador de Ascensión Lastre alborotaba, a veces con sus chillidos, poniendo una nota de vida.

Los días seguían nublados y tristes.

Una noche, a María de los Ángeles se le antojó comer carne de monte: sahino, tatabra, venado, guanta o cachicambo. Y a la madrugada siguiente, Juyungo, que en todo la complacía, salió a montear, precedido por Radiosa, Fierabrás y dos cachorros que iban olfateando muy adelante, listos para levantar el latido.

—Hoy nos toca lavá —insinuó Cristobalina.

—Cierto —respondió la Caicedo—. Yo también tengo muchos pañales sucios.

—Bueno, quiero decí que a mí me toca la cocina —añadió Eulogia—; pero primero voy a llená agua, que no hay ni una gota.

Todas bajaron a la orilla, con ropa y calabazos.

—¿Y el morito? —averiguó don Cristo.

—Se ha quedado dormido, y lo dejé en la hamaca.

—No hay que dejarlo solo.

—No le ha de pasar nada.

—¡Ojalá!, pero no es bueno, Marujita.

—¿Y dónde están Críspulo y Antonio? —inquirió Eulogia, mientras se metía en el agua para llenar los envases, seguida de su pequeña negrita que ayudaba en las faenas.

—Se fueron a cortá caña al cantero, pa ve si es que molemos esta semana. Se llevaron a su hijo y al caballo loco también.

Y, en efecto, otra vez estaban de amigos los dos rivales, porque en ciertos caracteres no es perdurable el rencor.

—Eso ’ta bueno —observó Eulogia.

Siguieron charlando largo rato. Como el río estaba con poca agua, el barranco quedaba alto, y la casa se perdía de vista.

Un grito agudísimo de niño en desgracia, vino hacia ellas y se ahogó de nuevo.

—¡Mi hijito! ¡Qué le pasó a mi hijito! —exclamó asustada María de los Ángeles.

Las otras dos mujeres se quedaron paralizadas al distinguir una nube de humo negro, que se levantaba salpicado de chispas.

Repuestas de la impresión, subieron en tropel el barranco y vieron cómo las llamas envolvían toda la casa y, a distancia de ella, unos policías y los tres hombres que fueron aquel funesto día a notificar a don Clemente con la desocupación de la finca.

El gringo decía, hurgándose la nariz con el dedo meñique:

—No quisieron por las buenas… que aguanten…

Cocambo, en cambio, se disculpaba, volteando las palmas de las manos hacia arriba.

—Manda'o, no es culpa'o.

La antigua comejenera del puntal de la esquina, humeaba acremente, expeliendo a sus termites que corrían de un lado para otro en busca de salvación.

María de los Ángeles Caicedo trataba vanamente de zafarse de los brazos de las otras dos hembras, para arrojarse entre las varengas y soleras llameantes, y Cristobalina vociferaba e insultaba hasta perder el aliento, a los hombres que se alejaban apresuradamente.

—¡Ascensión!… ¡Hijos de perra! ¡Condenados! ¡Han matado a un angelito! ¡Pero el padre se las ha de cobrá! ¡Verán, maricones! ¡Verán!

Cuando apareció Antonio, se quedó de una pieza, rígido, sin saber qué hacer; ante la tragedia y la desesperación parecía insensible.

Frente al fuego, Cangá no averiguaba nunca su procedencia, sino que se sentía cogido por las fulguraciones, por las chispas, por el crepitar. De aquí que sintiera una absurda alegría de mono, hasta que vino a caer en la horrenda realidad y lo atrapó la desesperación. Comenzó a pedir auxilio con verdaderos alaridos, más fuertes que los de las hembras.

Y Juyungo llegó con la anochecida, y los perros, siempre adelantados, comenzaron a aullar lastimeramente. Frente a los escombros, tuvo el pálpito de algo grave, más grave que un vulgar incendio.

Arrojó al suelo el armadillo muerto que había cobrado de un tiro certero, y pensó que era poca cosa aquel cachicambo para una jornada de cacería. Sería que estaba salado. Removió con el pie la ceniza ya fría de los escombros, y miró enderredor como buscando a alguna persona rezagada. «Deben haberse ido toditos a las otras casas. Este incendio tiene que habé sido temprano. ¿La habrá pasao algo a Maruja y al zambito? Tal vez no.

¡Ojalá! Habrán estao velando algún santo, seguramente, o alguna chispa del fogón voló el cade —imaginó como para tranquilizarse—. ¡Quién sabe cómo diablos fue esto!».

Cuando los perros dejaron de aullar, desde muy lejos, del extremo de arriba de la isla, le llegó un arrullo de chigualo. No se podía apreciar lo que cantaban; pero era un lamento de ritmo conocido, mezclado con el chas-chas de los guasás y el tun-tun de los cununos. «En la casa de Arnulfo, el *callao*, no hay niño tierno pa que lo chigualeen. ¿Quién será el muertito?». El vuelco que le dio el corazón fue tan tremendo, que tuvo que llevar la mano en esa dirección, involuntariamente. Y aquella oscura liturgia lo descompuso, aunque todavía no era grandemente perceptible el rumor.

Tomó sus cosas y arrancó a correr por el sendero en sombras; un ave de mal agüero, le graznó cerca. Aunque dicen que las víboras salen de noche a los caminos, él no tenía cuidado. Oía los perros que venían ladrando detrás. Al cabo de un rato, acezando, se plantó. Silencio; no se percibía el arrullo del velorio de niño. ¿Estaría soñando? ¿Vendría aquel murmullo de otra dirección? Reanudó la marcha desconcertado. Pronto llegaría a casa de Arnulfo y averiguaría por el paradero de los suyos. A lo mejor estarían refugiados donde Fabián. Un par de cocuyos relumbraron más adelante y uno de ellos vino a posarse en la manga de su camisa. Lo capturó, y poniéndoselo en el bolsillo del pecho quedó vagamente envuelto en una luz verdosa. A su Maruja le gustaban tanto estos bichitos, que siempre que podía le cogía alguno para obsequiárselo; entonces ella lo encerraba en un hueco canuto de caña dulce, labrado exprofeso a modo de prisión, y lo conservaba allí por mucho tiempo. ¿A qué horas llegaría a la casa? Quería estrecharla de nuevo, sentir su calor, y jugar con su morito Gumersindo, en las rodillas, simulándolas caballos. Y lo vivita que estaba la criatura esa. Cuando fuera grande lo mandaría a estudiar, no quería que fuera ignorante como él. Ahora ya sabía decir papá y mamá, el muy picarito.

El arrullo rompió de nuevo, muy claro, muy cercano. Pero ya no había engaño posible. Aquellas voces y aquel acompañamiento venían de lo de Arnulfo.

Oyó en el viento, un monótono lamento.

—Al cielo.

—Al cielo vaaa.

—Al cielo vaaa.

Apretó el paso, nervioso, inquieto. Al salir a un limpio, divisó las luces que salían por las ventanas. Y su andar se hizo carrera. Pero ¿por qué corría así? Nunca se había sentido tan alterado. Subió las escaleras de tres en tres. Y al presentarse en la rústica salita, el negrerío quedó mudo.

Halló a María de los Ángeles Caicedo sentada en un rincón, acariciando con maternal solicitud un pedazo de madera. Doblada hacia adelante, las greñas en desorden. Apenas si la reconocía por la piel. ¿Qué estará haciendo allí? Cambió la mirada a la cajita mortuoria, y tuvo que aproximarse más para ver lo que había dentro. Levantó con la punta de los dedos la mortaja que

cubría el bultito. Un trozo de carne chamuscada. ¡Eso era su hijo! Iba a irse sobre la Caicedo para gritarle: ¡Hablá! ¿Por qué te quedás allí como una boba? ¿No habés visto que he llegao? Pero se quedó quieto al ver la actitud que había adoptado su frágil y desventurada mujer: tiesa completamente, con un tronquito de palo de hobo apretado contra el pecho, en
un gesto aterrado, la boca desgarrada, los ojos extraviados, fijos, desorbitados, mirando en el vacío.

Fue sacado de su estupor, cuando Eulogia explicó:

—Está trastornada, la pobrecita.

Si Ascensión Lastre era un hombre de sentimientos, estaba poco dispuesto a desencadenar escenas tristes que le revelaran esta índole. Peor ahora que se había ido endureciendo al temple de la vida. Él sabía, por haberlo visto u oído, que estar loco es como estar muerto. Y sus dos difuntos queridos lo llevaban a enfrentar lo irreparable, con una gran fuerza estoica. Estaba convencido de que todo el bien, sólo se lo merecen los seres vivientes. Un difunto siempre le importó poca cosa en sí. Pero aquí no era el hecho de la muerte, sino algo que quedaba pendiente, algo inherente a su condición de juyungo Ascensión Lastre. Por eso preguntó para estar seguro:

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Quién tuvo la culpa? ¡Hablen, carajo!

—Vino el gringo que dizque ha comprado la isla, acompañado de Cocambo y unos chapas. Mientras nosotras estábamos en la orilla, nos incendiaron la casa.

Los ojos de Juyungo se inyectaron de sangre. Sin proferir palabra, cargó su escopeta, fue hacia la cocina a buscar una piedra de afilar, y se puso a asentar pausadamente su machete.

Nadie le decía nada ni le llamaba la atención.

Una de las mujeres de Arnulfo, la negra, invitó como para restablecer los ánimos.

—Sigamos con el velorio. Juguemos ahora al *Golfín, golfín de la buena ballena*.

—¿Cuál? Ese que se dice: «¿En quién mancha?».

—Sí, el mismito.

—Déjense de eso, ahora —observó Miguelón—, no ven cómo está el hombre.

—Pero es que éste es un juego del mismo chigualito. Es para despedir a la criaturita.

—Ya lo sé, pero a Ascensión no le ha de gustar.

Y en verdad, a Lastre no le agradaba la costumbre de velorios cantados, ni los velorios en general. No comprendía por qué la gente metía tanta bulla cuando alguien

se moría. Podía impedir que siguieran velando y arrullando a su hijo. Pero ya nada le
importaba. Los dejaba hacer.

Al comprobar con el dedo el filo de su machete, se levantó y bajó las escaleras sin
despedirse de nadie.

—¿Adónde vas a estas horas, hijo? —preguntó alarmada, Cristobalina, aunque
presentía lo que iba a ocurrir.

—Voy a comerme al mío —se oyó su voz resuelta, en la oscuridad.

Casi al unísono, las palabras de Cangá y Antonio le llegaron a sus oídos.

—¿No quieres que te acompañemos?

—No.

Un gallo cantó muy lejos. Las chicharras en la profundidad nocturna, machacaban su siseo.

Juyungo iba adivinando el sendero, más que distinguiéndolo. Sabía dónde encontrar a los que tenía señalados. Mejor dicho, no había señalado a ninguno, pero conocía un grupo grande que giraba en la órbita de sus designios.

Una rama seca crujió en la espesura. Corchetes de plata abotonaban alguna ranura de la noche. En la casa todavía cercana, oyó lo que comenzaron a cantar.

Mi tambora, mi tambora.
—Mi tamboriiíta estaba llorando.

La voz de una mujer, que bien podía ser la de Cristobalina, entonaba dolorosamente:

—El sol se vistió de luto.

Y el coro iba respondiendo:

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

Un perfume de galán de noche, silvestre, le traía el viento hasta su nariz; un perfume mezclado con humedad de tierra enserenada.

Sonábale más lejano el canto fúnebre, pero aún tan claro, que le permitía descifrar las palabras.

Colgaba del viento un monótono lamento:

—El día jueves de la cena.

Y el coro seguía respondiendo:

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

—¿Quién vido al Cristo más justo?

Y el coro seguía respondiendo:

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

Colgaba del viento un monótono lamento:

—Cristo se manifestó.

Y el coro seguía respondiendo:

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

—Veinticuatro pies lavó.

Y el coro seguía respondiendo:

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

Era sólo ya un rumor angustioso que a duras penas percibía; un murmullo triste de fatigosa repetición, el lloroso murmullo del coro, que se lo reconocía por su ritmo de tumba, por su entonación y por el golpear remoto de los instrumentos.

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

—... ....

—Mi tamboriiíta estaba llorando.

Quedó en el cielo un monótono lamento.

La ridícula facha de su mujer, era una imagen que le hacía desear un desahogo rápido de su rabia frenética. Ya no comería, la pobre, la carne de cachicambo que él fuera a buscarle al monte. Ya no habría más caricias conyugales. Con una loca no se puede hacer nada, nada, nada.

Andar y más andar, anda que anda, hasta quedar en íntimo contacto con la noche pura. Pasó el brazo del seco lecho pedregoso, y entró a tierra firme. De la nada surgió frente a él un negro de su misma talla, muy elegante y montado en blanquísimo caballo, de blancura sólo comparable a la de sus dientes. Se acercó y le dijo con duro tono, pero gangueando, como ganguean las ánimas.

—Soy tu tío, el comandante Lastre.

El fantasma de don Valerio Verduga Barberán vino también, chorreando sangre de la herida de la cabeza y arrastrando sus intestinos. Le habló al oído, como para que no oyera su tío.

—Ni tú ni yo tenemos la culpa.

Después, las dos apariciones se pusieron de acuerdo y le hablaron con voz huera:

—Juyungo, vamos contigo.

Pero Juyungo no tembló, ni sintió la cabeza grande, como la sienten los que se asustan, sino que, serenándose, habló para sí mismo:

«Estoy viendo visiones».

Capítulo XVI
NEGRO ENTRE INDIOS

OÍDO Y OJO DE LA SELVA

Bandadas de pato-cuervos pestosos invadieron las playas marinas y remontaron los ríos de dulces aguas. Enarcando sus cuellos erizados, ocultaron su pico, larga uña de chino. Vino la curiosa chiquillería a convencerse si en verdad estaban descabezados. Los pobres volaban en supremo esfuerzo de moribundos, para expirar con su mal de pato-cuervo. «Cuando estas bandadas llegan, amigo, hay guerras, pestes y hambrunas». El río chorrea de arriba, el río se pierde abajo. Cuando los guayacanes florecen el mar se pica. Mar Cementerio de todos los ríos del mundo. Territorio de muchos hombres del mundo. Perro lamedor de todas las costas del mundo. Puente de todos los mundos. Final de cien finales. Río. Río, vida de negro, vida de hombre. Vida de negro, vida de juyungo. Hay negros que se marchitan fuera del río. Son uno solo, el río y el juyungo.

¡Ah! inutilidad de la azul verdosa luz de luna; inocua, neutralizada y empalidecida por los bombillos eléctricos.

Dos días transcurrieron después del chigualo de la malograda criatura, cuando el astroso sobrino Timoleón desembarcó agitado de su canoa, en el paso de lo de Arnulfo, el callado.

La loca había bajado y estaba sentada en un canasto lleno de maíz, siempre aferrada a su tronquito de palo de hobo. No había poder que consiguiera hacerla desprenderse de él, y hacía también dos días, con sus noches, que no pegaba los ojos para dormir, ni comía una migaja. Del miedo que al principio infundiera la pobre alienada, no quedaba ni rastro. Ahora, lo que sentían era una conmiseración por su locura inofensiva y su lamentable aspecto.

El negro haragán pasó junto a ella, sin mirarla siquiera, y llamando a Arnulfo le averiguó:

—¿Está encima'e casa el Ascensión?

—No, no ha venido desde anteanoche. Qué, ¿lo necesitás? —repuso algo molesto, porque se le obligaba a hablar.

—No. Preguntaba, nomá, porque po allá abajo, cerquita del Paraíso, dizque han encontrado hecho picadillo a mister Hans y a Tolentino Matamba.

—¡No me digas!

Arnulfo trató de disimular la satisfacción que íntimamente le causaba la tremenda noticia, y agregó, como a quien no le va ni le viene:

—¿Y ha visto usted los cadáveres?

El negro titubeó un poco antes de responder.

—De verlos, no los he visto. Yo no he dicho que los he visto. Además me dicen que ya los han llevao pal pueblo pa hacerles la autosia.

La loca se acurrucó como si tuviera frío, y Timoleón se dirigió hacia la orilla, pensando en que, si llegaba a descubrir al asesino, podría sacar una buena gratificación del señor Valdez. De fijito que el criminal era Juyungo.

Enantes no más, Arnulfo buscaba con la mente un lugar donde irse a meter con sus dos mujeres y sus hijos, y ahora, la muerte del gringo le devolvía de nuevo su tierra, temporalmente, aunque no podría devolverle la vida de su padre, ni la del morito, ni la razón de la infeliz María de los Ángeles. Sin embargo, resolvió ir para abajo, a casa de su hermano Fabián a comunicarle la nueva.

Antonio, que ardía en deseos de ver a su zamba clara, se coló sin que el otro le invitara. El caminito hedía a excrementos frescos de caballo, y olvidando a Eva por un rato, pensó en Ascensión. ¿Dónde estaría en esos momentos? «En la ley de la manigua, hay un instante en que el hombre tiene que escoger entre matar, ser matado o pasar por un cobardón. Y

Lastre, como muchos negros, tiene a mucha honra no ser flojo». ¿Cómo se sentirá un hombre después de haber matado a un semejante? Hasta sentía envidia de aquel negro solar, de aquella fuerza desatada de la tierra del trópico, que ni la desgracia misma, caída sobre los que amaba, era capaz de abatir, sino de exasperarla y levantarla. Un negro, sobre cuyo poderoso carácter no pesaba ningún prejuicio, ninguna falsa metafísica, antes, por el contrario, los prejuicios sólo servían para encenderlo y no para aplanarlo, como a él, momentáneamente liberado por el sexo y por la selva. Esta selva siempre tibia, polícroma, incidental, embrujada, borrachita de sol o de lluvia. Nelson Díaz conocía y amaba el camino de la lucha social, para la salvación de su propio yo. No solamente del propio, sino del de los demás. Más que como Lastre, quería ser como Nelson con esa aparente despreocupación, con esa exacta valoración de las cosas baladíes, a diferencia de él, que convencido de que no servía para nada, concedía importancia a hechos carentes de tal. ¡Maldita sensación de estar siempre en el aire! Y, ante esta sensación, todo lo sufrido en otros días aciagos, se regolfaba en su alma.

Evitaron un pantanero trillado por los chanchos, y entraron en el claro de lo de Fabián. Los cachorros los recibieron con el menear complacido de sus colas y sacudiendo las orejas garrapatosas.

—¿Dónde está mi ñaño? —preguntó *el calla'o*.

—En el cafetal, con los muchachos —contestó una voz femenina, desde la casa.

Arnulfo solo, se encaminó hacia la vega, balanceando su escopeta terciada sobre las espaldas y destacando sus piernas cascorvas.

Sobre unas piedras ennegrecidas, hervía una lata de agua con hojas de maíz tierno.

Eva bajó cargada de ropa enjuagada y al ver a su amante que le esperaba, tropezó y estuvo a punto de irse de bruces. Pasado el susto, una risa cogió a los dos.

—Si no te veo te caes.

—Todos los hombres saben decir lo mismito.

—Yo no soy todos los hombres.

La muchacha puso las prendas húmedas dentro del tarro que bullía, y atizó el fuego con chamizas y la tillas de guadúa seca.

—¿Para qué hierven la ropa con hojas de choclo?

—Para que blanquee más.

Se sentaron en un mentidero y, cogidos de la mano, contemplaron las llamas que lamían las cuatro caras llenas de hollín, del cubo que antes había sido de kerosén.

La tristeza fue invadiendo el bello y limpio rostro de la joven. Las verdolagas menuditas hacían alfombra bajo sus pies, y aromas de flores silvestres se diluían en la tarde sin sol, fucsias encarnadas y azahares albos.

—¿Por qué te has puesto tan triste? ¿Es por lo que le ha pasado a Ascensión o por los dos duelos seguidos? ¿O por la locura de Maruja?

Con la muerte del odiado alemán, ella sintió algún alivio al principio; pero luego se reprochó severamente por ser tan mala, y hasta pensó que aquel hombre no merecía esa muerte ni su aborrecimiento. La preocupación por sus amigos, Juyungo y María, era constante; pero, como es natural, su propio destino la inquietaba más; el destino de sus amores.

—Es por todo eso y por algo más. Por la llama de la guadúa seca… Mira cómo arde tan violentamente, para luego apagarse, dejando sólo un montón de cenizas.

—No sé lo que quieres decir. (Bien que lo sabía).

—Temo que tu amor sea igual a una llama de éstas. Eso es lo que entristece más —explicó ingenuamente.

Antonio se pegó más a ella y se extasió en su perfil: las pestañas enarcadas, hacia arriba, la boca pulposa, la graciosa nariz y aquella rara coloración de flor de aromo en los ojos. Y precisamente, allá en la hondonada, había un árbol de acacia, bañado de ojos de Eva.

En un arranque de ternura la estrechó hacia sí y besándola en la mejilla canela, le dijo: —No te pongas triste, amor mío, que puedo volver a caer donde estaba antes de conocerte. Créeme, que nunca te dejaré.

—¡Ojalá! —repuso ella, conformada—. Pero mañana regresaré al pueblo. Mi mamá quiere que vaya. Dice que se siente muy sola.

—Yo también iré. Nada nos separará, lo juro. Cristobalina y su ahijado piensan arrancar también para allá. Quieren instalar una marimba en Barrio Caliente.

—¿Y Eulogia y la pobre loquita?

—Ah, me olvidaba contarte. El Azulejo y Eulogia se entienden bien. Dicen que van a casarse.

—Mejor, así nos dejarán en paz.

—En cuanto a la enferma, don Cristo dice que ella se hace cargo, hasta que Ascensión vuelva, y promete devolverle el juicio, a base de caldo de perro tierno y de cabeza de bagre.

—Es una buena mujer mi tía —dijo arreglándose la falda que se le había ajado—. Lo único malo que tiene, son unas creencias tontas.

—Hay que ver que ya se está poniendo vieja.

Luego enmudecieron a la vista y al oído de lo que les rodeaba, y de todo aquello que tendrían que abandonar próximamente; la vista y el oído de la selva; el olfato, el tacto, y el gusto de la selva: los árboles de guabas machetonas, que dan sombra a los cafetos enanos, los gorjeos de los pájaros; los potreros verdecitos, el encanto del río limpio y campesino, donde tantas veces se bañaran ambos. Que no era como los ríos sucios y feos de todas las ciudades; las aireadas casas de ventanas enormes, el mugido de alguna vaca en la madrugada, las montañas selváticas a la distancia, las huellas de los caminos que se van debilitando en los atardeceres, las sanas y ricas comidas del monte, las frutas maduras al alcance de la mano. Todo eso viviría sólo en el recuerdo.

Antonio se avergonzaba de sí mismo, porque su enamoramiento lo había hecho insensible a las desgracias de sus amigos y a las injusticias que se cometían impunemente. Antes no era así.

La culpa de todo la tenía la yunga y el amor. Esperaba cambiar algún día.

De una a otra orilla, veía la calandra con su piola de algodón, que formaba un seno en la corriente, y sus múltiples anzuelos, de donde pendían trozos de guayabas maduras, para pescar sábalos. Pareció que picó un peje, pero no dijo nada, ni quiso tomar la canoa para ir a cerciorarse.

En la cocina de la casa sonó el piaun-piaun de la piedra de *mano*, majando el verde cocido o asado.

Los cogollos tiernos y el agua de cepa de platanillo, podían ser el dulce alimento de Ascensión Lastre, internándose herido, en los bosques inhóspitos y peligrosos. Remontado andaba; pero no arrepentido. Huía sin saber por qué. Nadie lo perseguía, pero iba huyendo, huyendo por la espesura.

Él, que en otras andanzas se había orientado tan bien entre los árboles de protuberantes bambas, hoy no sabía por dónde caminaba. Las heridas le manaban sangre.

Se tocó el brazo izquierdo, tajado, no vio el hueso, solamente estaba cortada la carne, y se consoló algo. Pero dolía el maldito machetazo. Tenía la sangre caliente, toda la piel caliente, con fiebre. Se rompió la manga de la camisa, y ligó ayudándose con la dentadura. Pero todavía la sangre colorada chorreaba sobre la piel negra, a cuyo contacto se oscurecía. El tajo de la cabeza también dolía, como otras partes del cuerpo. Se pasó los dedos por los labios abultados de la herida.

Se acordaba sólo hasta cuando cayó Cocambo, con la cabeza guindándole, casi del puro pellejo. Aun desde el suelo, el odioso negro le hacía muecas y movía los ojotes pelados como si lo quisiera insultar por última vez: Juyungo, Juyungo, Juyungo, Juy…

El germano ya hacía ratito que dormía con el cráneo perforado, por su balín de venado. Recordaba su catiro cabello hecho una masa pegajosa, color marrón. Cocambo se le vino encima, obligado a pelear ya, con su

guardamano brillando. Ni humo de casas había cerca. Fue al salir al cruce del camino que lleva al Paraíso. Ellos vendrían a ver si ya estaba desocupada la isla. Tan de mañana y tener que desgraciarse. «A lo hecho, pecho». Si en busca de ellos fue que salió. ¿Qué será de la pobrecita Maruja? Estaba como muerta, también. ¿Comería el cachicambo que trajo? ¡Si tuviera curación! Tan gracioso que era el finadito.

Sentía la angustia de las pérdidas irreparables, de lo que ya no deja solución. Tenía que conformarse con nunca volver a ver el fruto de sus amores, y a no tocar más el objeto de su cariño. Le dolía profundamente, más que las heridas; todo aquello era una opresión terrible que estaba a punto de hacerle llorar. Pero no derramaba lágrimas. Tomaría venganza por esto y por todo lo demás, por don Clemente, por lo del Kilómetro 18, por todo, hasta por la vida triste de Angulo.

Pero todos los Cocambos que matara, y todos los blancos culpables, no llenaban el vacío de su vida. Toda la sangre que bebiera no saciaría su sed de justicia.

Y casi lo friega el tal Cocambo; lo pasó peinando con el guardamano filudo. La sangre le nubló la vista, pero alcanzó a verlo tirado como piltrafa. Era nube roja en su delante. Daba machete a diestra y siniestra. Machete y más machete.

Eran unas cosas blandas que picaba en la tierra. ¡Crac! Crujía algo. Igualito a los huesos que trozaba el carnicero todos los días en el mostrador del mercado. Y todo era una sola nube roja.

¿Qué horas serían? Se sentía débil, cansado. La tarde estaba entrada. Mordíalo la sed, seca la boca, ni saliva siquiera. ¿Desde cuándo estaba metido en ese monte? No podía darse cuenta cabal.

Se sentó, molido, en un tronco rugoso y orejudo de hongos. El pantalón se le pegaba en los muslos, la camisa en el pecho. Agachó la cabeza y se vio toda la ropa manchada de sangre negruzca, coagulada en el vestido. Junto con la suya propia, estarían allí mezcladas: la de Cocambo y la del gringo. Seguramente tendría otras heridas en el cuerpo, algunos puntazos de Matamba, sí, casi lo friega.

Salió de sí mismo y trató de reconocer el paraje. Mucho palo figueroa, arrayán, roble, cedro guachapelí, altísimos y derechitos en busca de la luz. Sed. Reconoció un pendiente bejuco de agua y buscó su machete. Sí, allí estaba tirado; pero su escopeta había desaparecido. ¿Dónde se le habría extraviado? Se encogió de hombros. Pero ese machete no era el suyo, éste era otro, macabro collins también, pero oxidado, viejo. No, si era el mismo. Ese color de herrumbre fue dado por el baño de sangre.

Se puso a cortar ramas y tallos, para limpiarlo un poco, y sólo cuando estuvo bastante brillante dio dos cortes, arriba y abajo, en el bejuco de agua, y aplacó la sed que lo quemaba, chupando por un extremo. Todo él se sentía afiebrado.

Hambre; estaba *lambuso*. Buscó con la vista algo que comer. *Lambuso*, como algunas veces, hacía añísimos, en casa de su papá. A lo lejos

distinguió unas minúsculas papayas de mico, maduritas. Tumbó la mata y se hartó: sabíanle muy dulces y fresquitas. Nunca creyó que esas papayitas fueran tan ricas.

Pero las heridas todavía sangraban. Al mover un dedo, la del brazo se abría feamente. Maldita sea.

El beber y el comer le devolvieron la serenidad. Había matado a dos hombres. Si resucitaran, los volvería a matar. Si encontrara al tal señor Valdez, lo mataría también. Con más gana. «¿Acaso el negro no siente? ¿Acaso el negro es burro? Tanto va el cántaro…».

¿Sabían que era él el criminal? Nadie lo había visto, pero es bueno ser precavido. Mas, con esa ropa no podía ir a ninguna parte.

Las heridas sangraban y dolían. Se levantó para dar una vuelta y tantear una salida. Caminó algunos minutos, hasta que llegó a un limpio. Le llamó la atención aquel claro, y más creció su asombro al topar una mata de *ají gallinazo*, coloreando de cargada. Era bravísimo ese ají, picaba como ninguno. Una idea descabellada vino a su cabeza. «Lo que arde cura». ¿Cómo llegaría por allí esa planta casera?

Arrancó un gran número de los pequeños frutitos. Sacó superficie plana a un tronco caído, y con la cacha del mismo machete, los molió hasta dejarlos convertidos en una masa color de la propia sangre, que manaba sin esperanzas de coagulación.

Se desnudó completamente para examinarse bien. Se vio dos puntazos en el pecho, uno en el muslo. Casi no le producían dolor, pero estaban vivitos. Tomó en la mano un poco del infernal preparado, y se lo aplicó primeramente en la herida de la cabeza.

Un fierro al rojo no le hubiera quemado así, pero tenía que aguantar como macho. Luego, en los otros tajos menores y, por último, en el hondo del brazo, cuando ya el valor le flaqueaba para soportar ese ardor bestial.

Cayó retorciéndose sobre la hojarasca, daba verdaderos botes. Bufaba. Deseaba que alguien acudiera a ventearlo. No lloraba, mas, contra su voluntad, las lágrimas le corrían. Aquel dolor, aquella ardentía duraba toda una eternidad. Se desesperaba y, no obstante, su fuerza de voluntad no le permitía tocarse las heridas. Fueron siglos, hasta que empezó a sentir amortiguamiento y, con los ojos cerrados, un desvanecimiento.

Cuando se despertó, tuvo la impresión de haber dormido quince días, ni más ni menos. Las cortadas estaban secas, con una costra. Solamente la grande, la del brazo, echaba agüita. Otra vez hambre y otra vez papayas de mico. Arriba, en la rama de un ébano muy grueso, había una pitahaya madura. ¿Quién iba a trepar a ese árbol? Ni siendo mono. Se contentó con recoger del piso, pepitas gomosas del ébano, asediadas por hormigas congas y quinquinas.

No podía orientarse. Al cabo de muchas jornadas, después de pasar diez veces por los mismos sitios, oyó el murmullo familiar del río, que lo llamaba.

Por entre el ramaje y las trepadoras, le llegaron trocitos del espejo del agua. Metióse en él con ropa y todo, y luego se puso a lavarlas con pepas de jaboncillo. Las costras que el emplasto de ají de gallinazo había formado, no querían desprenderse ni con la humedad.

Cerca de su cuerpo pasaban, a veces, ramitas secas, restos pequeñísimos de vegetales deshechos, remolinitos de efímera vida, corriendo siempre hacia el mar. Por la otra orilla subía una canoa, con sus servidores semidesnudos y armados de palancas provistas de regatones.

¿Sabrían que él era el hombre que se había comido a Cocambo y al alemán? Quién sabe. Tenía aún las pálidas y rosadas lacraduras. Pero los de Pepepán nada dirían a nadie. De eso estaba firmemente seguro. Una espumita le hizo recordar la gran creciente del invierno antepasado, cuando se quedó horas de horas parado en el barranco, fumando y contemplando. La culpa de todo lo que le pasaba, de su rabia desbordada, a lo mejor, la tenía la madre del agua. Antes y después de ella, también. La madre del agua.

Ufano el señor Valdez, ya sin yampa amarilla, vestido de flamante casimir plomo listado, y con un bigotito de última moda, animaba con su presencia el círculo de sus incondicionales, entre los que figuraba Max Ramírez. Usaba también, ahora, finos lentes, y había tomado un aire distinguido.

Dejó de conversar sobre sus proyectos en las Cámaras. Se enjugó el sudor del rostro con el pañuelo de seda, y miró la cola de votantes suyos, frente a la mesa electoral: pacientes campesinos, rudos jornaleros; todos oliendo a aguardiente mamapunga, y comprados, convencidos con poca cosa, o compulsados para no perder algún carguito público, empuñando su voto preparado de antemano.

Su apellido, su posición política gobernante, su fortuna; todo contribuía al triunfo inevitable. Vio cómo a la urna se acercó a depositar su voto aquel estudiante llamado Nelson Díaz, que con otros de su laya agitaban a los trabajadores. Seguramente sufragarían en su contra, pero no le importaba un ápice. Él era fuerte y los suyos, también. Para algo se ha hecho el dinero. Con su diputación, la fortuna le crecería. «La plata busca la plata».

Hizo con la punta del pie un hoyito en la tierra, como para afirmarse mejor. La grama crecía en su derredor. Los transeúntes buscaban la sombrita de los cercos de caña de los solares, o la de los soportales de madera. Las cantinas y billares empezaron a llenarse de clientes, y un camión municipal pasó trepidando y levantando polvo de la cinta de cemento de la media calle.

El señor Valdez y sus amigos buscaron un salón para pasar el rato, desde el cual seguirían supervigilando las elecciones. Tamborileó varias veces sobre el mármol de la mesa, con su anillo de oro macizo, y la horrible imagen de los cadáveres de Cocambo y mister Hans, asesinados, se le vino alucinante a la cabeza. Apenas si los vio tirados en la Prevención del Cuartel de Policía, pero se le grabaron con tanta fuerza sangrienta, que no los podía olvidar. No les profesaba mayor estimación, pero como siempre la bestial presencia de la negación de la vida nos mueve, él se sintió horrorizado.

La carne, en los comienzos de su descomposición, se había matizado de morado y verde en el hombre blanco; de cenizo y azul, en el negro… Las moscas revoloteaban zumbando, se les metían en la boca, perdíanse en las grietas: grotescamente satisfechas y necias, repugnantes y felices. Y el hacendado fue presa de la basca y no pudo comer por muchos días. Ahora ya tenía pasado el asco, pues que desde aquella desagradable visión, ya habían transcurrido muchas semanas.

¿Quién sería el criminal de tanta saña? ¡Qué bárbaro! No podía ser más que un negro, y de fijo, alguno de Pepepán. Pero bien dicen que no hay mal que por bien no venga. El alemán no dejó bien arregladas sus escrituras, debido a las dilaciones que el mismo Valdez le pusiera, a pesar de que el otro ya tenía adelantada gran parte del dinero. Pues no se avenía a perder la isla del todo, y por tan poca cosa, aunque estuviera ocupada. Él se habría encargado de echarlo más tarde. Quería hasta devolverle su plata. Mas, vino la subitánea muerte del interesado, y en el fondo se contentó de que así sucediera. Por eso le daba un ardite que descubrieran o no al criminal, y menos, interesarse por ello. Se sirvió un vaso de cerveza bien fría, y
volvió a hacer sonar su anillo sobre el mármol; cuando un negro muy sucio y andrajoso se acercó humilde. Sonrió estúpidamente, mostrando las encías superiores.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono aburrido.

—Hablá con usté, señó.

Lo miró de pies a cabeza, incorporándose apenas.

—Timoleón Ayoví, a su mandá.

—¿De los de Pepepán?

—De allí cerquita, señó. Y quisiera que me permitiera una palabrita.

Tentado estuvo de mandarlo a paseo; pero a veces era curioso, y quiso saber de lo que se trataba. Se levantó de la silla plegable, y apartándose del grupo se dispuso a atender al negro.

—Este… Este… Este…

Comenzaba a impacientarse por el titubeo del hombre.

—Este, yo quería avisarle que aquí en el pueblo está ya el que macheteó al empleado suyo y a mister Hans. Es un moreno que le dicen…

—¿Lo viste tú cuando mató?

—No, no señó. De verlo mismo no. Pa qué voy a mentí. La gente dice no má.
Realmente, la averiguación para el señor Valdez no tenía valor. Estaría agradecido con el criminal desconocido, o no le preocupaba hacer justicia, como Timoleón imaginara; lo cierto fue que el negro sintió la mordedura de su fracaso, y por un resto de amor propio, retuvo el nombre del delatado.

El diputado miró la fila mermada de sus adherentes, examinó de nuevo a su interlocutor y preguntóle:

—¿Sabes firmar tu nombre?

—Sí, señó.

Dirigiéndose a Max Ramírez, que seguía sentado entre sus amigos, le dijo:

—Vea, dele a este hombre un voto, y lo que le corresponde. Indíquele lo que debe hacer.

Timoleón vio el billete colorado de a cinco, que el joven vestido de lino le estiraba, y un papelito blanco. Luego oyó lo que le indicaba:

—Coge el voto y ponte detrás de ese hombre de camisa azul, hasta que te toque el turno y llegues a la mesa.

Mansamente, sin objetar nada, el negro se dirigió donde le señalaron.

Parrandistas desbordados, zambas y negritas de poco requerimiento, iban por la cinta de cemento de una de las calles de adentro. Caminaban hacia arriba, rumbo a Barrio Caliente, ruidoso y oloroso; ruidoso de marimbas y cununos, de cantos y zapateos, de broncas y de cuerdas guitarreras.

—Más me gusta el baile de cuerda que el de marimba.

—A mí, la marimba.

Oloroso a cigarro curado, a buen aguardiente, a mujer, a yerba mojada, así era el barrio.

—No me agrada andar por esta barriada de puro negro.

—A mí sí.

Nelson Díaz salió del parque más grande, pasó frente a la iglesia de rojas naves cerradas, vetusta, silenciosa, valetudinaria, guardadora de quién sabe qué secretos, de quién sabe qué anhelos. Desde la torre, el mirador despejado lo invitaba a subir, para que mirara desde lo alto al pueblo regándose a sus pies, las filas de los débiles focos eléctricos del alumbrado público; los techos de cinc, brillando entre los pajizos; los huecos de las ventanas, cual cuencas de calaveras cuadradas; las sombras blancas, chiquitas, redondas, de los transeúntes noctivagos.

Recordó algo de su infancia, tiempo que a veces hubiera querido volver a vivir. Una grata nostalgia de la niñez, lo invadía deliciosamente. De esto hacía ya tanto tiempo, que le parecían ochenta años, siendo sólo diecisiete: entraban y salían en tropel, por las tardes, a la iglesia. Subían por las antiguas escaleras de la torre y se metían en la tétrica bóveda del tumbado, llena de murciélagos asquerosos. Los muchachitos más flojos, no se atrevían a franquear los umbrales de aquella sombría mansión, por temor al

cuco y a los diablos; pero él sí, seguido de otros bravos, que desafiaban todo.

El pequeñito Antonio Angulo pasaba también; pero temeroso de las burlas de los que iban con Nelson, más que por propio gusto. Era el más chico, pero iba. Y entonces se desataba una matanza de aquellos ratones voladores, el zumbido de los bejucos los atraía fatalmente, y caían abatidos, sangrantes, con sus membranosas alas rotas. Infalibles piedrecitas salían de las hondas caucheras de los muchachos, y dando en alguno de esos dormilones, cabeza abajo, producían un doble *plaf* de cuerpo impactado y caído, o un *tirintintín* rebotante en el techo. Los animales cogieron pánico de sus implacables enemigos, y todas las tardes, apenas percibían ruido en las escaleras, se alborotaban en un loco volar desesperado. «Los murciélagos son ratones viejos», aseguraba el sacristán. Y era divertido verlos fumar. Pero manchaban el piso con su excremento e irreverentemente ensuciaban la cabeza y el rostro de las sagradas imágenes de palo. Por eso, después de cada batida, el padrecito francés, barbudo (lo veía bien), les daba higos maduros, de las higueras que crecían en el patio del convento, y ordenaba poner ramas de naranjo y limonero en las entradas habituales de los bichos y en los rincones estratégicos. De esto hacía ya tanto tiempo... Hasta se exageraba viejo, muy serio. No había tomado la vida ni alegre ni triste, llanamente seria. Las elecciones estaban perdidas para ellos. Mas no se creía derrotado, ni con mucho; recién empezaban, y era algo. Nunca le fue indiferente lo negro; él lo era de alma más que de cuerpo, y comprendía con clara serenidad que el problema racial estaba muy por debajo, que lo primordial radicaba en una solución económica-social, y sus fuerzas juveniles se jugaban de lleno en esa lucha. Algunos negros comprendían el asunto, y se plegaban a su grupo. Lastre, tal vez. Angulo lo entendía, era inteligente el zambo ése, pero como el talento sin la voluntad y el carácter no vale nada, estaba a punto de considerarlo perdido. Los prejuicios, las duras condiciones de la sociedad, lo habían casi liquidado. Un temperamento tan sensible y débil quedaba condenado, aherrojado dentro de su mundo mulato.

Nelson obedecía a sus impulsos humanos, a su condición limpia, no a un afán exhibicionista de pasar por una especie de apóstol, como pensaban «los otros». No odiaba en Valdez al poderoso hacendado, sino a toda una clase. Aquel hombre, rutinario, tradicional, duro, sólo le significaba un accidente.

Las calles que pasaba, no las veía. Sin sentir, se halló frente a una casa esquinera de Barrio Caliente, donde rompía el jolgorio de la marimba de Cangá.

Danzaban los negros pata al suelo, las zambas ardientes. Los alaridos sonoros de los ejecutantes le llenaban el alma. El eco de los salvajes instrumentos iba hasta las calles de abajo, hasta los terneros encorralados de la hacienda cercana, cuyas madres rondaban toda la noche, rumiando y rumiando, masticando las dulces y pegajosas pepas de ébano.

Señoritas curiosas, caballeros serios, muchachos vagos se agolpaban en las puertas, como turistas, para contemplar, divertidos, al negrerío frenético. Mozuelos encorbatados, se filtraban en el local, para carretear a las mujeres fáciles.

Nelson se quedó afuera, con los mirones. Vio en el fondo del salón, detrás del mostrador, cómo atendía el expendio de licores y tabaco, la agenciosa Eulogia; mientras Cangá dirigía la primitiva orquesta.

Un negro de atlética figura, puesto un alón sombrero raído, de espaldas a la puerta, fumaba cigarro tras cigarro. Le parecía silueta conocida aquel montañero fumador. Dio un paso para entrar a reconocerlo, mas, el inesperado roncar de un Ford anticuado, de capota plegable, le hizo volver la cabeza.

El candidato triunfante desembarcó con arrogancia; parecía más joven y rozagante, menos adusto, con su bigote y sus anteojos relucientes; iba seguido de Max Ramírez y otros dos partidarios. Llegaron al límite del soportal de tierra, más adentro de la zanjita herbosa, que las lluvias dejan al chorrear por los aleros, y mandaron la vista hacia adentro del baile, como si por primera vez hubieran espectado tal escena.

Díaz oyó que el señor Valdez tomaba la palabra. Sintiéndose verdadero padre y salvador de la patria.

—… Es una verdadera salvajada la de estos negros. La civilización no puede entrar en nuestra provincia con semejantes cosas. Mi labor en el Congreso ha de tender al progreso de este pueblo, de cualquier manera. Necesitamos que venga gente de afuera, a mejorar la raza y las costumbres.

—Tiene usted mucha razón —anotó el mulato Max Ramírez—. El negro es un factor de atraso. Inservible para el trabajo. Una fuerza muerta, como quien diría. Sólo sirve para cantar, bailar, dormir y revolcarse con sus sucias mujeres… Es como quien dice…

—Y sin embargo todas las fortunas de aquí se han hecho a expensas del sudor de los negros —intervino Nelson Díaz, que se había acercado, distraídamente, al grupo. Al notar la presencia del intruso, los señores sacaron a lucir su olímpico desprecio, con un mutismo absoluto.

El motor del Ford de tercera mano roncó de nuevo; antes de irse el hombre que ya no llevaba sólo terno amarillo rayado, amenazó:

—Por lo pronto podemos hacer que estos dichosos bailes de marimba no se exhiban en lugares centrales.

El negrazo, que había permanecido de espaldas largo rato, se volvió y siguió con una terrible mirada a los del automóvil, como si hubiera estado oyendo lo que decían.

Nelson Díaz reconoció en aquel hombre a su viejo amigo Ascensión Lastre.

Una señorita pintarrajeada se quedó viéndolo, asustada, abriendo gradualmente los ojos y la boca, y exclamó como para sí y como para sus amigos:

—¡Qué negro tan mal encarado!

«Esmeraldas, 15 de agosto de 1939.

»Señor Críspulo Cangá.

»Ciudad.

»De la fecha en adelante, queda enteramente prohibido el efectuar bailes de marimba en las zonas centrales de la ciudad, por cuanto constituyen un atentado contra el orden, la moralidad y las buenas costumbres de los pueblos civilizados. Solamente se permitirán dichos bailes en las dos últimas calles interiores, o en el balneario de Las Palmas.

»Disposición que llevo a su conocimiento, para que retire su establecimiento a las zonas indicadas, o en su defecto, lo clausure totalmente.

»Quien infrinja esta orden será sancionado con multa y prisión.

»HONOR Y PATRIA

»El Intendente de Policía».

—Quier, dos, tres, cuatro.

—Quier, dos, tres.

—Quier, dos, quier, dos —daba el compás el instructor a los reclutas de las Guardias Nacionales.

El pelotón pasó el puente, de techo colorado, tendido sobre el zanjón grande. Emérido oía claramente los fuertes pasos que retumbaban y el traqueteo del maderamen y de los tablones atravesados.

Salió de la pulpería, royendo el queso que le había mandado comprar su madre, y miró a lo largo de la calle a otros cientos de civiles recibiendo instrucción militar. El sol vaporizante, le hizo usar la mano como visera sobre los ojos. Notó a los hombres cansados, sudorosos. La sombra caía al pie de las casas. La grama tenía manchas de hoja marchita. En una escuadra vio a don Nelson Díaz, a don Antonio Angulo, a su padrastro Cangá.

El ruido metálico de una compañía calando la bayoneta, le hizo desviar la atención.

—¡Golpe alto!

—¡Golpe bajo!

—¡Golpe medio!

Al principio le pareció que estaban locos, como la mujer de don Ascensión; pero después comprendió que, chuceando al aire, se preparaban para herir o matar a alguien y, eventualmente, ser matados a su vez.

Echó a correr calle abajo, haciendo romper, con el zangoloteo, el papel de la libra de lentejas que llevaba.

Agitado, llegó a la cocina del ranchito, donde estaba su madre pelando plátanos verdes.

Sacó un mate lleno de agua, de la pipa encementada y bebió más de medio litro. Cuando hubo reposado, se dirigió a Eulogia:

—Mamá.

—¿Qué querés, hijo?

—Nunca quiero llegar a ser grande.

La mujer le miró llena de curiosidad, con sus ojos de vaca prolífica, sin adivinar lo que podía aventurar el chico.

—¿Y por qué no querés ser hombre?

—Porque no quiero que me manden a la guerra.

Lastre bajó tranquilamente por el camino polvoriento de Las Palmas. Casitas a uno y otro lado. Tanteaba con sus plantas descalzas el piso relleno de cascajo recalentado por los rayos solares. Las mujeres y los muchachos se apiñaban junto a los grifos de agua haciendo sonar sus envases y disputándose la llave del poderoso chorro.

Seguramente, nadie sabía su crimen, porque persona alguna lo había molestado ni perseguido. Y esto le extrañaba, ya que nunca pensó que un asesinato quedaría sin castigo. Tres días atrás tuvo la noticia de que ningún Ayoví vivía ya en Pepepán. Los expulsaron a todos, antes de que el diputado Valdez viajara de nuevo a la capital de la República. El mismo Ascensión se creía responsable, en parte, de este despojo, y lo que más lamentaba era no haber hecho con el rico hacendado lo mismo que hiciera con el gringo y Cocambo Matamba.

Su pobre María de los Ángeles, sin volver a la razón todavía, lo obsesionaba cada vez más, lo amargaba, le destrozaba el alma. Con el primer choque no había sentido gran cosa; pero en el presente, no sabía cómo era capaz de resistir, al verla así fugada; ni muerta ni viva. Antes, la locura le parecía la muerte; ahora pensaba que era algo peor que estar muerto, y era lo único que le conmovía.

Pasó uno de los autobuses de la línea y tuvo que hacerse a un lado. ¡Y cómo había cambiado el pueblo, desde la primera vez que vino del norte! Ese camino de Las Palmas, que se alargaba ahora a su vista, como una ancha calle, en aquellos años era un senderito abierto en una verdadera montaña.

«Todo cambia», pensaba. Él mismo se sentía muy cambiado, como si una mano se le hubiera metido en las entrañas y lo hubiera vuelto al revés. Por lo menos era lo que creía con respecto a su yo. Se sentía más fuerte para los demás. Si no fuera por lo de María de los Ángeles… Fuerte como el mismo corazón del ébano, ébano por dentro, ébano por fuera.

Le parecía que todas aquellas personas que se le cruzaban, lo conocían y temían al mismo tiempo. Como había perdido su único querer, no le importaba el querer de otros. Bastábale con el respeto que infundía. Antes, alguien, quizás lo molestara; ahora nadie se atrevía a hacerlo.

Invisibles partículas de pescado descompuesto, secándose al sol, le trajo el viento al olfato. Poniendo atención, podía percibir el reventar de las olas en la playa, seguramente salpicada de alegres bañistas. Alguien claveteaba cerca de un gran aserrío. Miró hacia el lugar de donde provenían los golpes, y pudo ver a un gringo flaco, recio, con el desnudo torso quemado por el sol, que construía una lancha de madera, de rara conformación; y se encogió de hombros.

Subió el último tramo del camino, pegado a una loma, y a su derecha se extendió bruscamente el anchuroso río, desembocando, desapareciendo en el mar, para siempre jamás.

Bajó al pequeño pueblo de pescadores y pisó la blanda y tibia arena de sus callejuelas estrechas.

Las atarrayas, los sachoss que sirven para fondear las canoas, los espineles de múltiples boyas y anzuelos, los largos *chinchorros* de tejido reticular, los chayos enhorquetados, que atrapan camarones, extendíanse secándose en estacas y empalizadas; a todo viento y a todo sol.

Aquel ambiente mariscoso se le mezcló con el suave olor de pan recién ahornado, y tuvo hambre. Metió las manos en los bolsillos, buscándose unos centavos, pero los halló vacíos.

Echó una maldición y desvió sus pasos hacia la casucha donde vivía Cristobalina, cuidando a su mujer.

Cerca de los instrumentos de marimba, arrumados aquel día, la vio, siempre con su tronquito de hobo, ya grasiento, y sus brillantes ojos fijos, con el vestido destrozado en muchas partes, mostrando la carne arruinada.

Juyungo pensó que iba también a enloquecer ante aquel cuadro, pero luego tuvo ganas de sacudirla rudamente para hacerla volver en sí. La llamó por su nombre.

—¡Maruja!… María de los Ángeles… Marujita… ¿No me conoces? Soy yo.

La demente puso su vista extraviada en el hombre, de tal modo que lo hizo flaquear. Después, ella fijó sus ojos en el suelo y profirió unas palabras que Ascensión a duras penas comprendía.

—La tunda se lo llevó. La tunda se lo llevó… Puso la ropa en el árbol y échale pedos. ¿A qué te huelen? A cobre. El perro se lo llevó.

Alzó la cabeza y mirando furiosamente a Lastre le dijo:

—¡Yo soy la viuda, la viuda!… No… El riviel soy, ¡uuuuuuu!

Se fue calmando hasta quedar en silencio buen rato, para empezar a arrullar a su niño de palo:

—Urru guagua, urru té.
¿Ángelito, yo, por qué?

En eso salió Cristobalina, con un plato de caldo de cabeza de bagre muy caliente. La loca suspendió el arrullo, y al ver el vapor que salía de la comida, se puso a gritar:

—¡Me quemo! ¡Apaguen la candela! ¡Se quema mi hijito! ¡Inceeeeendio!

Los curiosos se amontonaron en la puerta.

—Es la loquita, que se está volviendo furiosa.

Cristobalina llamó a Lastre, y con un dolido abrazo fraterno le dijo:

—Mejó es que no la veás, hijo. Si se cura yo te mandaré a avisá.

Juyungo desfogó su contrariedad con los intrusos:

—¡Qué quieren aquí, mierda!

Antonio Angulo hizo chascar cinco veces el dedo del corazón contra el pulgar, como quien llama a un perro. Paseaba con Eva a lo largo de la playa sin hablarse, apenas cogidos de la mano. Él acariciaba la convulsa superficie del mar con sus ojos y aspiraba profundamente el yodo y la sal que el viento constante le traía. Viento travieso que hendía las entrepiernas de la muchacha, pegándole los vestidos y ajustándola por delante, cual un descarado seductor.

El tenteenelaire aprehendía el paisaje marino, que le hinchaba el alma, haciéndole vibrar cuerdas desconocidas, pero creía que nunca podría describirlo, y esa supuesta incapacidad expresiva lo deprimió tanto, que, sintiéndose de nuevo menor válido, culpó de ello a su hibridez. Volvió a hallarse postergado, incomprendido, y renegó hasta de su raza.

Eva, en su bondad y sencillez habituales, compadecía a María de los Ángeles, a quien enantes no más visitara. Se dolía de su locura y de su horriblemente fracasada maternidad, y recordó que tenía que comunicarle algo muy importante a Antonio.

Iba a hablarle, cuando de pronto un bullicio los hizo regresar. Desde la playa, hombres, mujeres y niños gritaban desaforadamente y hacían señas con las manos, indicando hacia afuera, a un bañista desaprensivo que, con el busto fuera del agua, toreaba las olas enconchadas del mar, a pocos decámetros de la desembocadura del río, el mismo que de vez en cuando mandaba vetas de agua dulce, más fría que la salada.

—¿Qué es lo que gritan? —averiguó Antonio a Eva.

—¿No oyes? Un tiburón, dicen.

En realidad, un poquito más allá de la reventazón, la aleta de un escualo iba, venía, caracoleaba detrás del cardumen despavorido que saltaba loco de angustia mortal.

Vióse a la fiera venirse encima del hombre, aún desprevenido, y desviarse a pocos metros. Alguna mujer se desmayó.

—¡Teniente Yépez! ¡Teniente Yeeeépez!

Pero el oficial seguía ignorante al peligro, y se sumergió para que por encima de él pasara una gran ola, como garra burlada.

El tiburón no lo quiso o no lo vio, y siguió comiendo sus cardumas.

Cuando el oficial advirtió lo que sucedía en su torno, no dio muestras de alarma, sino que se retiró de aquel lugar, paso a paso, hacia tierra, a la vista del impresionado grupo.

—¡Qué sereno el hombre!

—Yo me muero ahí mismo del susto.

—Eso no es valentía, sino brutalidad. Es que estos serranos ignoran los peligros del mar.

Al pasar el impávido militar serrano, chorreando agua, Antonio vio que tenía cara de ídolo maya.

Pasada la excitación producida por su suceso, la pareja mulata se sentó en una pulida tula descortezada, que en vida había sido dios sabe qué árbol.

Antonio contemplaba absorto el horizonte encarnado, sobre cuyo lomo se deslizaban nebulosos monstruos galopantes, proteicos, como si de pronto fueran a salirse de su pista, y adquiriendo solidez invadirían la tierra. Y hacia el sur, la playa tornábase pedregosa, de donde ralamente emergían macizas y negras rocas, desafiando al tiempo y a los hombres. Allá, los chicos negros con sus madres, agachados, buscaban almejas y caracolitos, debajo del cascajo.

A la espalda de los dos, las casitas bajas de los pescadores y uno que otro salón de baile y cantina. Muchas palmas jóvenes orillando el mar, condenadas a morir prematuramente como algún genio ignorado o como una mujer bella; mostrando el millón de sus raíces rojas, peladas, tal si fueran un hato de lombrices o culebritas aferradas en supremo intento.

Más allá de la «tranca», donde el río choca con el mar enturbiado ligeramente por el limo del arrastre, distinguíanse las velitas triangulares descansando sobre un vértice, infladas, avanzando hacia las palmas.

Y todo aquello ponía a Angulo de un modo especialísimo, desapacible.

Eva recordó lo que tenía que comunicarle; pero no acababa de resolverse, temiendo la reacción del joven y conocedora de las frases de su raro carácter. Al fin se aventuró tiernamente.

—Antuco, tienes que saber una cosa.

—¿Qué? —respondió, indiferente.

—Que dentro de ocho meses seré madre. Ya era tiempo. Llevábamos como dos años de estar juntos, y nada.

El otro se volvió bruscamente, y con algunas contradictorias expresiones en el rostro, le dijo radicalmente:

—Tienes que abortarlo.

Como alelada, Eva repuso:

—¿Qué? ¿No te alegras? ¿Acaso es pecado tener hijos?

—Tener hijos negros o mulatos, sí. Ni quiero que mi hijo sufra lo que yo he sufrido. Si fuéramos ricos podría dispensarse y solucionarse, pero en nosotros, no. Mi generación empieza conmigo y termina conmigo.

Ella, entonces, no contestó ni jota; sólo sollozó amargamente. Pero al final le dijo en tono de reproche:

—Eres un zambo malo.

—¿Oyeron la noticia que dio anoche la radio?

—¿Han leído los periódicos de Guayaquil?

—Son bolas, no más.

—Siempre hay esos choquecitos en la frontera.

—Pero lo que es ahora, parece que va en serio. ¿No lo crees, Nelson?

—Los peruanos están pulseándonos, y ya saben que apenas podremos responderles. No nos queda otra alternativa que ir a la guerra. Aunque me desagrade. Mas, cuando pienso en la miseria y en la ninguna preparación de nuestra nación, tiemblo —contestó el aludido.

—Pero tú, que te las das de pacifista y revolucionario, ¿apoyas la matanza?

—Creo que despertar el sentimiento patriótico y combativo en los pueblos débiles contra los poderosos, puede también ser revolucionario —afirmó dubitando.

—Quizás —dijo Angulo—; pero lo que veo es que el destino de cada uno de nosotros es tan incierto como el destino de nuestro país.

El motovelero sorbió ruidosamente la cadena del ancla. Ascensión Lastre se movía de babor a estribor, atropellándose entre la soldadesca mal equipada. Subió a proa y la encontró también llena, pero siquiera había allí aire fresco, y no ese calor infernal del sitio de segunda clase, mezclado con el horrible y nauseabundo vaho del petróleo quemado.

Allá, en la orilla derecha, perdíase el balneario, con sus casitas de pescadores arrulladas y sombreadas por cocoteros mozos; desaparecía el techo pajizo del ranchito donde quedaba la sombra de su muy querida María de los Ángeles. Posiblemente no la volvería a ver jamás, y ella ni lo sabría tampoco.

El motor sacudía toda la nave: las jarcias, el puente, las cuadernas.

Techos, entre el follaje, señalaban el camino de Las Palmas a Esmeraldas, recostada al pie de las lomas, como una hembra esperando el germen fecundante. Dormida y ajena a todo el mundo. La torre del inalámbrico surgía erecta, enmohecida, fuera de uso.

A la otra margen, los montículos de Las Piedras, cual antiguas fortalezas inexpugnables, que fueran campos de batallas sangrientas del dieciséis, entre conchistas y gobiernostas. Y otra vez la terrible figura de su tío comandante. Él, Ascensión, era bravo como su tío; iba a la guerra contra los peruanos, voluntariamente. Nada real que lo atara, había ya en esta tierra. En cambio, su alma, pedía siempre acción y más acción.

El río se le venía encima, ancho camino que andaba, silencioso en toda su amplitud, resbalando hasta chocar con la «tranca» del mar, produciendo una reventazón de olas, que en invierno inquieta los oídos de los hombres, muchas millas tierra adentro. Río hecho de la madre del agua, del cual Juyungo se apartaba para siempre, sin temer marchitarse. Viejos nudos de recuerdo se perdían, mientras el barco viraba, poniendo proa hacia la inmensidad.

La costa escarpada mostraba las ocres lacraduras de sus derrumbes; hundiéndose, cómo se hundieron ya los caseríos, ¡Adiós, María de los Ángeles! Quien mata una vez mata mil. Por delante, asomaba la perspectiva de lucir su valor y desencadenar su fuerza. No era por la patria, sino por él mismo; él también era la patria.

Casi nunca nadie le oyó cantar; pero todo juyungo canta. Asaltó su memoria la vieja canción de guerra de los negros de Concha. ¿Por qué se acordaba de ella, ahora, cuando ya casi la tenía olvidada? Hay cosas tan raras en la vida…

Cantó. Cantó con profunda voz de bajo, dominando el coro de los de proa. Nelson y Antonio comprobaron cómo el hombre siempre es inédito y produce cosas nuevas, cuando menos se espera.

El rostro desfigurado de ardor, la silueta erguida, la cabeza descubierta:

—Yo soy Fabriciano, ¡carajo!
Hombre muy volao, ¡carajo!
Me fui pa la Tola, ¡carajo!
Me cañonearon, ¡carajo!
¡Aaay! ¡Carajo, Carajo!

Una sonrisa comprensiva, por el cantar insolente, asombra a caras talladas en ébano o guayacán.

—Carlo Concha e'mi papá,
bajao desde el infinito,
si Carlo Concha se muere,
el negro queda solito.
¡Aayayáy aea!
¡Ya papaya y la badea!

Para la mayoría, aun para el mismo Lastre, el caudillo Concha no significaba ni con mucho, un símbolo de redención de la raza; pero como la letra así decía, y así la había aprendido, la repetía textualmente, poniendo toda la fuerza expresiva en la música.

—Alfaro trujo un cañón
de la misma Inglaterra,
que cada vez que dispara,
hace temblar a la tierra.
¡Aayayaay, guacuco!
¡La escopeta y el trabuco!

A su actuación sucedieron comentarios, pero el hombre negro se recluyó en sí mismo.

Enjambres de patos-cuervos rasgaron el espacio intérmino, rumbo a las cosas orinecidas por los efectos de julio.

—Siempre que asoman estos animales, vienen grandes desgracias —dijo uno.

La estoica voz del teniente Yépez salía con firme convicción, por debajo de la visera de su quepis, que brillaba al sol, tanto como el cabrilleo multitudinario de las olas. Alguien empezó a marearse; pero el oficial, con cara de ídolo maya, discurría neciamente sobre el gran poder ofensivo del machete.

—Un moreno machetero —decía— puede hacer correr a un peruano con ametralladora. Ustedes, los esmeraldeños, siempre tuvieron fama de valientes, como todos los ecuatorianos. Una carga a machete no la resisten los gallinas, cholito. Ellos tienen su aviación, y hasta tanques, parece; pero nuestro patriotismo y nuestro valor son superiores a todo lo que el enemigo pueda reunir.

—El patriotismo, lo único que nos podía quedar, está más relajado que nunca. No es que sea pesimista; pero es tan real como esta estúpida obligación que tenemos de combatir —intervino Nelson Díaz.

Un marino cholo, sin camisa, tiró por popa un anzuelo con un pedazo de trapo blanco a modo de carnada, para que la espumajeante estela divergente, en burlona complicidad, hiciera picar al peje dorado, que agoniza tornasol.

A veces la vida es tan vacía, muy vacía, que el alma se nutre de dolor, porque es más largo. Antonio Angulo creía poder estar solo consigo, años de años. Tal vez amó a Eva, nunca lo supo. Ella quedaba en días de dar a luz, creía y él se había embarcado sin despedirse, sin decir nada. Le horrorizaba el pensamiento de seguir viviendo mulato en su propio hijo. Sólo le consolaba la idea, un poco romántica, de que el chico podría alcanzar a vivir en un mundo mejor y más justo. Pero había que hacer algo para lograr eso, y él mismo no hizo nunca nada; Nelson sí. Sabía que el tiempo obra, que muchas fuerzas determinan y concurren, pero que era necesario accionar, y él era como un difunto. Cuando estuvo en Pepepán, creyó salvarse, más al volver a la vida urbana, cayó golpeado por su complejo y por un supuesto influjo de la estrella de su destino. Vencido por la abulia, que no le dejaba ver cómo el hombre puede ser más fuerte que los extraños destinos.

Ser monaguillo fue de niño su máxima aspiración; de joven, escritor, músico o pintor; pero nada hasta el presente, nada. ¡Quién hubiera sido como aquel bufeo que cabriolaba un poco delante del motovelero, o como la ola iluminada de la lejanía!

Sin conocerlos, miraba amistosamente a los reclutas negros y zambos divertidos.

Puesto que en las decepciones amorosas, cada hombre pretende ser más fuerte que el otro, disimulando su propia debilidad, un mulato patilludo dijo a un jovencito triste:

—Yo nunca me he enamorado de nadie.

Detrás de un nubarrón gris, de bordes metálicos, el sol se ponía, enviando cuatro o cinco haces de rayos. Era un cielo fondo de antiguo cuadro religioso, para la tendencia mística de Antonio Angulo.

Para la noche del segundo día, fue cesando el balanceo de la mar. Terminaron las palideces, los vómitos, las cefalalgias de los más débiles, que eran contados, entre los cuales se hallaba Antonio.

Entraban al golfo de Guayaquil, y la omnipresencia del mar decaía, para dar paso a las aguas turbias del río Guayas, acueducto de todos los desechos y suciedades del puerto. Ría limosa cubierta de bancos trashumantes, de lechugines y amancayes, venidos de las sabanas y de los esteros.

El sueño fue cortado, la vigilia trepó al puente de proa. Pusieron las manos en las bordas y los ojos admiraron y creyeron que la aurora se venía por el

norte, a las dos de la mañana. No era el alba, sino el resplandor luminoso de la gran urbe tropical.

El viento fresco de la madrugada de verano hizo volver a los negros a sus rincones, porque la cosa que más corre al juyungo es el frío.

Periodiqueros chillones pregonaron, al amanecer, por las calles y por los muelles vetustos de balsas móviles para la marea. Su voceo alarmante corría por la sombra de los zaguanes alcahuetes, donde el pan y la leche esperaban la mano de la criada.

El barco atracó canteado debido al amontonamiento de los que por vez primera veían una ciudad. Oyeron gritos destemplados:

—¡Teléeegrafo y Univeeerso!

—¡Univeeerso y Teléeegrafo!

Una persiana se abría, un hombre salió poniéndose la corbata, apresuradamente; los camiones y autos rodaron sobre el asfalto, el pito lejano de una fábrica recordó la obligación. La luz artificial doblegábase a la natural, y los edificios fueron saliendo de su difuminación, en una variada mezcla de estilo y materiales: las modernas construcciones de cemento armado, alternando con las casas de maderas y caña; alguna reliquia de sabor colonial, junto a las covachas de la gente miserable, postes sonoros, alambres paralelos, geométricos avisos comerciales.

—Con un bombardeo, esto se va como cajas de fósforos.

Nelson pasó la vista por los diarios matutinos, descuidando totalmente las noticias extranjeras, que tanto le apasionaran antes.

«Se combate furiosamente en la frontera».

«Peruanos bombardean Quebrada Seca».

«Joven héroe, muerto valientemente en la lucha».

«Bajas del enemigo son mayores que las nuestras».

«Ecuatorianos resisten en sus posiciones».

«Oficial Pagador de El Oro desaparece con varios miles de sucres».

«Una Junta de Notables y Patricios, declara a Guayaquil, ciudad abierta».

—Esto es hacer Patria. ¿En nombre de qué, estos nobles y patriotas caballeros, nos acusan siempre de traidores y bandidos?

—¿A quiénes te refieres? ¿A los respetables señores o al Pagador? — preguntó Antonio.

—A unos y a otros. En definitiva son iguales. Todos defienden sus posesiones materiales. Y en cambio, nosotros, los materialistas… —repuso Nelson.

—Ya quisiera estar en la frontera —interrumpió Juyungo.

—No te apures, que pronto llegaremos.

La cavernosa voz del oficial, mandó formar al contingente, arriba, en el malecón.

La pequeña columna de macheteros atrajo la curiosidad de los transeúntes. Aquellos negros carentes de mochila, con sus bolsas de lienzo terciadas a la espalda, sin fusil, la mayoría; de ojos abismados ante lo nuevo, ojos de montuvio; eran la primera contribución de sangre, de una provincia abandonada, a la causa del suelo nacional.

Pero Lastre tenía mucha calma para los nuevos sitios, pues que para eso había rodado algo. A su diestra, flotaba una confusión de lanchas dormidas; canoas de pieza, cargadas de frutas; balandritas temblorosas, ancladas, amarradas, despidiendo el humito azul del fogón de cubierta; el fango blando y sucio de la baja marea. Veía la ría turbia y dos vapores grandes, surtos en ella, otro chiquito, con una letra A, donde ondeaba su bandera. Para adelante, el malecón con una alameda de almendras, de cuyas inmediaciones surgía una torre con reloj; y hasta que la calle parecía perderse en un cerro. A su izquierda, observó una sucesión de casas y más casas, nuevas y antiguas, altas y bajas, de concreto o de madera. Le llegaron emanaciones: cabo mojado, fruta podrida, pintura fresca de algún casco, petróleo regado en un embarque. Su olfato las persiguió hasta descubrir su procedencia.

Las gentes desconocidas, siempre ejercen fascinación y rechazo al mismo tiempo; por eso él miraba de vez en cuando con fastidio y atención, a los que lo rodeaban.

Un intruso se le acercó y dirigióle la palabra.

—Oiga, amigo, ¿cuándo salen para la frontera?

Ascensión calló un momento, sin deseos de contestar, pero al fin se volvió:

—No sé. Pregúntele a los jefes.

—Ellos tampoco saben.

Lastre examinó a su interlocutor, tipo blanco, bigotudo, de avanzada edad, y agriamente le dijo:

—Entonces, ¿pa qué pregunta?

—Por hacerme amigo suyo —replicó con franqueza—. Me gusta la gente esmeraldeña: muy buena y muy brava. Si mandan unos cinco mil de ustedes, no sé cómo les iría a los peruanos. Lo peligroso es que sus aviones friegan mucho; más que todo, meten miedo a los nuestros que no están

acostumbrados; ¡pero cuando se es valiente! Vea, yo combatí, muchachito todavía, al lado del general Alfaro, me acuerdo tanto, aquel día, pero la juventud de ahora está perdida…

—¡De frente!… ¡Mar…! —ordenó el teniente.

El intruso se quedó con su discurso, salpicando saliva.

Con un permiso, Antonio, Nelson y Ascensión salieron del cuartel, para recorrer la ciudad.

En las puertas de las tiendas y en las cantinas, se agrupaba la gente, para oír las últimas noticias radiadas de los combates fronterizos. Ansiedad, temor, apatía, entrecruzábanse en las caras mestizas.

Los tres escucharon los desplantes antojadizos, las jactancias tontas del locutor, y las bolas alarmistas.

Las noticias de la guerra en Europa, bajaron de golpe, a segundo plano.

Un hombre risueño preguntó a otro que usaba gafas:

—Si le dieran a escoger, ¿qué preferiría usted, perder la guerra de los aliados o la nuestra?

—La nuestra —replicó secamente y quitándose los anteojos se puso a limpiarlos cuidadosamente con el pañuelo.

Los tres siguieron andando por las calles poco limpias, recibiendo la sombra de los soportales.

Un batallón de guardias nacionales, con oficiales improvisados, pasó rumbo a algún desembarcadero.

Ni un gendarme cuidaba la vía. Un grupo de muchachos trepados en un camión, recorría la ciudad, dando mueras al Perú y exhibiendo carteles y banderas. A lo lejos, en una bocacalle les pareció ver el resto de una manifestación patriótica integrada por colegiales.

—Ya quiero que nos lleven pa la frontera —insistió Ascensión—, no me gusta tanto griterío.

Salieron a una ancha calle transversal, llamada 9 de octubre, que parecía terminar por ambos lados en parques y monumentos. Muchos autos iban y venían; lujosas mansiones a una y otra acera, dando la sensación de una verdadera metrópoli, indiferente al peligro, ajena a la convulsión del país, desmoralizada por la ineptitud y el desorden.

Lastre miraba todo, como un hombre acostumbrado; Antonio desnudaba con la vista a las ondulantes muchachas, de telas vaporosas; Nelson reflexionaba, presentía un gran desastre para su país.

Angulo vio en aquel rostro dos arruguitas verticales entre las cejas, y comprendió que su amigo, de criterio casi siempre justo, era un hombre severo consigo mismo.

Un grupo de chiquillos formaba un semicírculo en un parterre, atentos a alguna rareza.

Los tres forasteros se acercaron, como por no dejar, y vieron lo que nunca pensaron ver.

Un hombre, sarnoso, calvo, esquelético, removía unas basuras y escogía con sumo cuidado unas cáscaras de sandía. Después de sacudirles la tierra con los dedos, las devoraba con ansiedad, sin preocuparse de los mirones y sin atreverse siquiera a suplicar limosna.

Ese hombre reducido a la categoría de una bestia ruin, asqueroso, famélico, conmovió tanto a Antonio, que estuvo a punto de llorar, y pensó que hasta los animales encuentran alimento apropiado.

Nelson se mordió el labio inferior, y aunque era enemigo de la caridad, porque nunca creyó que solucionara lo fundamental, esta vez sacó un sucre y lo depositó en la mano temblorosa del mugriento semidesnudo. Y en esa cara de idiota, hubo tal desolación y agradecimiento, que Angulo dijo:

—Vámonos.

El ejemplo de Díaz lo siguieron otros. Juyungo estaba como paralizado por el cuadro y sólo se limitó a decir:

—¡Pobre hombre! Parece mentira.

Un soberbio Cadillac pasó raudo, guiado por una linda señorita, que llevaba en el asiento trasero un fox-terrier. Y, sin embargo, Angulo sentía en el aire, en los ademanes de la gente, aparentemente despreocupada, en el mutismo de los edificios, en el color del celaje, la omnipresencia de la guerra.

Hecha de la carcoma de los insomnios, de los coágulos de las angustias, de losalgodones del silencio, del tejido de las oraciones, se pasó la larga noche, la intranquila noche de los macheteros, en un barco que atravesó el golfo de Guayaquil.

Y vino el día en la provincia de El Oro, llena de soldados, con la inseguridad apuntada en los rostros plebeyos, con los malos caminos atestados de enloquecidos refugiados que huían de la frontera, como si la más devastadora de las pestes se acercara.

Los peruanos atacaban en Chacras y Huaquillas, Balsalito y Carcabón.

Los viejos traían en los ojos la angustia de su tierra nutricia, abandonada así, que tal vez nunca volverían a ver. Los niños, llorosos y extenuados, sin comprender nada, aferrábanse a algún rústico juguete. Las mujeres

lamentaban el destino de sus hombres, de sus peroles, de sus muebles ordinarios y queridos, dejados intempestivamente a la voluntad de Dios, que todo lo disculpa y nada le importa. Los hombres, cargados, presintiendo una derrota; desarmados, acompañando a sus familias a través de los espineros, de los pantanos selváticos, de los pedregales ásperos como la propia vida; llevando el recuerdo del hogar miserable, donde es dulce y regalado tirarse a reposar en la hamaca, después de los desmontes y las largas caminatas, y ser atendido por la chola prolífica, mientras los cholitos desnudos juegan y corretean bajo la sombra de los algarrobos y los tamarindos. Gentes que nunca salieron de los campos aledaños, lanzadas de pronto a la aventura, al hambre, a la desesperación, a la mendicidad; para llenar ciudades y pueblos más norteños, en los cuales había compasión, burla, caridad, dureza y alguna hospitalidad mezquina. Gentes puestas de manos a boca ante un destino calamitoso, extendido por toda la redondez del mundo.

Los peruanos continuaban atacando en Chacras y Huaquillas, Balsalito y Carcabón.

Ascensión veía aquellos rostros, con impasibilidad, con aquel espíritu sereno y terrible que había adquirido después que matara a dos hombres. ¿Qué aventura le esperaba en la frontera? Ardía en deseos de vérselas con el enemigo, y vengar lo que habían hecho con aquellas gentes de su tierra. «A lo mejor, estos peruanos son como el señor Valdez», pensaba.

Los macheteros esperaban el ferrocarrilito de trocha angosta, que debía acercarlos bastante a la línea de fuego. Sus bolsas de lienzo, por mochilas, se destacaban sobre el kaki. El cielo de julio, calvo de nubes, brillante de sol. Un autocarril pasó frente a los esmeraldeños, y los tres amigos creyeron distinguir entre los importantes pasajeros, que huían de la guerra, al señor ingeniero don Martín López y Bueno, y en una elegante mujer, que iba junto a él, reconocieron a Jacinta. Palpablemente, la sangre de Juyungo le azotó la cara. Se tocó las orejas y le pareció como que tenía fiebre.

Angulo dijo, luego de serenarse de la emoción que aquella mujer, ya casi olvidada, le produjo:

—Qué cosas tiene la vida. Pensar que hay gentes que sólo vemos una sola vez en la vida; otras, que hallamos de nuevo, cuando menos esperamos, y el secreto de aquellas que no conoceremos nunca.

—Yo, en cambio, sigo pensando en los que no defienden a la patria —concluyó Nelson—; pero que se atreven a lanzarnos las más bajas calumnias y a acusarnos de sus propios males.

Tac-tac-tac - tac-tac-tac.

Sobre mil troncos de mil árboles, repiqueteaban mil pájaros carpinteros. Eso era lo que la fusilería, de nuevo, y después de muchos años, hacía pensar a Ascensión Lastre, quien tirado en una trinchera apretaba el mango de su machete.

Los peruanos continuaban atacando, más allá de Chacras y Huaquillas, Balsalito y Carcabón.

Una escuadrilla de cuatro aviones vino ronroneando en la mañana. Picó sobre los ceibos poderosos, color de iguana vieja, y una lluvia de lana vegetal se esparció en el aire.

Las balas pespunteaban las hojas, fracturaban las ramas, cosían la tierra arenosa y seca.

Fuertes explosiones se sucedieron. Las bombas del enemigo abrían pequeños cráteres, y Juyungo, a cada estallido, oía sobrevivir un *chuassssss* prolongado, como si lloviera en un punto reducido, pero era lluvia de tierra, arena y piedrecitas, levantadas y esparcidas por aquella fuerza del infierno, que caía sobre las hojas de escobilla, lengua de vaca y achocha china.

Los aviones se alejaron, evolucionaron y volvieron. Ascensión los miró. Se hallaba inerme contra ellos, como los demás soldados. ¿Qué podría su machete contra un avión? ¡Menos que un fusil cualquiera, mucho menos! En un momento de pavura imaginó que aquellos aparatos lo buscaban sólo a él. No, no eran aparatos, eran gavilanes del otro mundo, gavilanes monstruosos que se cernían hambrientos sobre él, que era un pollito negro, gavilanes que soltaban huevos del infierno.

Y Juyungo, otra vez en su vida, sintió miedo.

Pasado el momento de terror, se avergonzó, hasta el cogollo; como si todos hubieran estado atentos a su situación.

Atrajo su vista un sargento ametralladorista, que vociferaba y conminaba a la tropa enemiga, cuyas líneas se veían claramente al otro lado del raquítico río Zarumilla.

—¡Vénganse peruanos, para que sepan lo que son los machos! —Y la *Fiat* empezó a vomitar el tartamudo mensaje de la muerte.

Lastre se despreocupó por completo del combate, para ponerse a examinar la gente que le rodeaba.

Allí estaba Antonio Angulo, pálido y cenizo, tal si estuviera muerto, acostado boca abajo. Más acá Nelson Díaz, apuntando cuidadosamente, sereno, con un mechoncito de pelo caído sobre la sien, que la brisa movía ligeramente; lo vio disparar y arrugar la cara inquisitivamente. Otros negros disparaban más allá. Al otro lado, observó a los serranos coloraditos, recién bajados de lo interandino, cholos sufridos, callados, parecíanle cayapas vestidos de soldados; aun los más blancos y colorados tenían mucho de indio.

Y él, entre ellos, peleando por el mismo motivo, lleno quizá de iguales pensamientos, de las mismas angustias, de idénticas desesperanzas. Pero estos indios no lo miraban ni bien ni mal; tal vez bien, a lo mejor. Ninguno sabía su historia, ni se preocupaban de ella. Estos indios tenían, en la maleta de sus recuerdos, una vida diferente; pero igualmente miserable. ¿Valía cualquiera de ellos más que un negro? Nadie era mejor, nadie peor: tontera de la gente: «Y el que no tiene de inga, tiene de mandinga», decía

Nelson. Ascensión Lastre, el más negro de los negros, estaba como un hermano junto a aquellos indios. Siempre había estado mezclado con indios. Toda su vida, sólo fue un negro entre indios.

Un herido se quejaba sordamente, entre unas matas. Llamaba a sus seres queridos. Juyungo alcanzó a ver su pantalón kaki ensangrentado, y oyó que decía en amargo murmullo:

—Ana mía. ¿Dónde estás? Ayúdame, Ana.

El fuego enemigo era tan denso y sostenido, que pocos se atrevían a sacar la cabeza.

Nelson buscó con la vista al teniente Yépez y a otros oficiales; pero no halló ninguno. Habían esquivado el cuerpo hacia retaguardia.

—¡Por cada ametralladora nuestra, ellos tienen veinte, carajo! —maldijo el sargento. Y luego continuó:

—¿A qué hora nos darán de comer estos desgraciados?

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando un longuito cocinero, se arrastró, llevando por delante una lata grande, llena hasta la mitad de chocolate afrechoso, hecho en agua.

Comenzó por aventar unos panes, ya piedras mohosas, de puro viejos. Había quienes lo rechazaban, pero no otros como Juyungo, que prefería morir con la barriga llena, mejor dicho, no pensaba en morir, y tomando su jarro, gateó para recibir su ración de aquel desayuno tan retardado.

Cesó el fuego de la infantería contraria y volvieron los cañonazos tronitosos a martillar, como en la noche anterior.

Escasos habían cogido chocolate, cuando un cañonazo se llevó, a vista de todos, tarro y cocinero. La lata rodó por una pendiente, con su sonido vacío y dos perforaciones circulares y el hombre quedó convertido, como por arte de Mandinga, en una masa informe y esparcida.

Un pan ensangrentado rodó hasta los pies de Lastre, pero él siguió comiendo su parte.

Crujía el ramaje quebrantado por la artillería, tornaron los aviones a la carga; pero Ascensión Lastre ya no sentía miedo.

Nelson notó que Angulo no había hablado ni cambiado de posición, desde hacía muchos minutos. Un presentimiento le aleteó cuál un murciélago y, a rastras, llegó hasta él. Volteándole el cuerpo, miró el rostro del tenteenelaire: macilento, desfalleciente, los ojos vacíos. Al cogerlo de nuevo, sintió en la mano una humedad viscosa y tibia. Por la chompa entreabierta del amigo, vio la sangre que manaba, escasa, de un costado. La herida era insignificante, una esquirla diminuta, seguramente, pero…

—¡Antonio! ¡Antonio! ¿Me oyes?

Angulo no respondía. Sólo distinguía una cara desconocida frente a la suya, que íbase alejando más y más, hasta fundirse en lo postrero, con el hálito de las cosas circundantes, con la monstruosidad de las ceibas de músculos petrificados, con la menudencia de los algarrobos, con la gracia pequeña de las arenas, y con los lejanos rincones del cuerpo moreno de Eva.

Juyungo vino hasta ellos y dijo:

—Pobre blanqueadito, lo han frega'o.

Como si esta condolencia le hubiera sacudido, señalándose con la mano angustiosamente el estómago, Antonio se puso a gritar con premura, implorando ayuda:

—¡Aquí tengo la bala! ¡Aquí! ¡Ábranme pronto la barriga y sáquenmela! ¡Sáquenmela, por favor!

Luego volvió al silencio, y unas lágrimas inconscientes rodaron por su rostro desolado y ausente, con un gesto de despedida inevitable.

Tomándolo en peso, Juyungo habló, rascándose la cabeza.

—Voy a llevarlo hasta Quebrada Seca, pa que lo curen.

Pero el sargento de la ametralladora se volvió, y observó con cierta energía y desconsuelo, al mismo tiempo:

—No se tome ese trabajo, viejo. Allá no va a encontrar ni médico ni enfermeros. Lo único que hay que hacer, es pelear.

Nelson sintió en su espíritu algo así como un foetazo. ¡Condenados, sí, condenados por el delito de creer en el patriotismo, y en la honestidad! Si no morían súbitamente, sería de gangrena o hasta de hambre. Una desmoralización que nunca le había asaltado, le llegó ahora entre el humo de la pólvora. No era cobardía, sino reacción por el desamparo en que se hallaban, abandonados a su propia suerte y a sus escasas fuerzas: ni médicos, ni oficiales, ni armas, ni nada. ¡Qué tonto! Pero ¿por qué se extrañaba? Él, que había seguido en los últimos años, el desenvolvimiento tortuoso y retardado de la nacionalidad, nunca lograda; que había asistido a la gradual descomposición de los grupos dirigentes, ya lo tenía previsto, lo sabía desde mucho antes. Pero al hallarse así, tan de pronto, frente a la dolorosa realidad, mordiéndole en su propia carne, flaqueaba. «Este no es un país», pensó, pero en seguida, podó las frondosidades pesimistas que le estaban naciendo: «Algún día haremos de él un verdadero país». Tenía que ser hombre íntegro como siempre lo había sido. Encarar el destino suyo, y el de su patria. «Bien —dijo el sargento—. Lo único que hay que hacer, es pelear». Y aunque varios soldados habían desertado ya, con la conciencia de no saber qué defender, ni por qué luchar, o presas de un miedo patológico, allí estaban firmes en sus puestos, los sinceros y leales, los plebeyos auténticos, el alma del pueblo ecuatoriano, lista a fecundar la tierra estéril, con su sangre y con su angustia.

Las balas silbaban y maullaban, buscando a Lastre. Rebotaban, se incrustaban en los troncos, rastrillaban la madre tierra y ponían los pelos de punta.

—¡Agáchese, hombre! —ordenó el sargento.

—Asiéntalo no más, que pronto no necesitará curación —lo convencía Díaz.

El muchacho se quejaba débilmente. Como una alforja, su cuerpo descansaba en el hombro de Lastre, quien no se resolvía a dejarlo. De pronto, un violento estremecimiento recorrió la agonizante humanidad del herido; su cabeza pareció perder el gonce y la sangre empezó, gota a gota, a manchar el traje de Juyungo.

—Lo remataron —comentó impaciente el sargento—. Mejor para él. Déjelo ya, oiga. —Vea lo que hice —se lamentó el Juyungo.

—Nada malo has hecho. Ya estaba muerto. Estaba muerto desde hace años. Esto era lo que más le convenía, al pobre —dijo Nelson por fortalecerse a sí mismo.

Pero su alma sufría otro revés. Un hermano menor, parte de su yo, se marchaba por los caminos de la nada inédita. Vertiginosamente desfilaron ante su vista momentos de su vida junto a aquel ser que ya no era: la mutua infancia traviesa, llena de guerras ficticias a terronadas y palazos, como una preparación o un adelanto de la realidad; la vida miserable y despreocupada del colegio, donde el estudio y el deporte llenaban todos sus anhelos; el Kilómetro 18, agreste, preñado de alternativas; los amores torturados del tenteenelaire; sus fraternas confesiones, cargadas de humana amargura y brotadas al calor de una metafísica, falsa quizá, pero sugerente y comprensible. Tal vez, aquel ya lejano amigo, tenía espíritu de artista no cuajado, cuyos años pasaron bajo la carga de su piel y de su rostro negroide, que fueron su tragedia no superada, a pesar de sus esfuerzos individualistas.

Un silbato salió de las filas contrarias, sacando a los soldados de su agotamiento y poniéndoles alerta ante lo incierto de la hora.

—¡Muchachos, se vinieron! —advirtió el sargento.

Los peruanos salían de sus trincheras, igual que hormigas de sus hormigueros. Descendieron por el barranco, por los bebederos, se desguindaron por los matorrales y empezaron a vadear el riachuelo con las bayonetas caladas y una especie de ceguera, en algunos, o vacilando a veces, pero alentados siempre por el acompañamiento de los demás.

Sobre mil troncos de mil árboles distintos, perforaban mil pájaros carpinteros de muerte.

Tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac.

Los invasores rodaban, llevándose la mano al vientre, al pecho, abriendo en cruz los brazos, pero rodaban. Otros se doblaban en el agua, dejando una mancha rosácea que se esfumaba plácidamente con bello sarcasmo.

—Ese que cayó allí parece japonés —dijo un serrano.

—Ya me he bajado algunos de esos chinos —anotó otro.

Ni Lastre ni Nelson despilfarraban tiros, a su parecer, sino que aseguraban el blanco.

Un peruano encaramado a un árbol, diezmaba el sector de los cholos serranos, con su fusil automático, desde una gran distancia. Nadie lo podía localizar, hasta que Lastre, con su vista acostumbrada a las profundidades de la selva, le apuntó largamente por dos ocasiones, hasta verlo caer, cual si fuera un coco seco.

Dos pitadas, y las hormigas tornaron de prisa a sus hormigueros —ni más ni menos los veía Juyungo—, dejando abandonados sus heridos y sus muertos, en posiciones absurdas y hasta ridículas. Un cadáver peruano había quedado en la misma posición que Angulo, y al distinguirlo, Nelson tuvo una opresión en el pecho, que le obligó a mirar al compañero que yacía tirado en tierra, lo mismo que un muñeco de Año Viejo.

Lo mismo que un muñeco de Año Viejo de hacía tiempos, confeccionado en junta del mismo Antonio.

Luego volvió a pensar en la falta de comando, y dirigiéndose al sargento le dijo bromeando:

—No me explico cómo nos ha abandonado la oficialidad. Será porque muchos de ellos han sido educados en Italia o porque han recibido aquí mismo, instrucción de militares italianos. Hasta el teniente Yépez ha desaparecido. Yo no lo juzgaba así.

—A él lo hirieron la misma noche que llegó —repuso seriamente—, por eso no está aquí. Como macho es macho. De los otros no respondo. Pero allá en el cuartel hay un capitán que sí es hombrecito; si no, eche una mirada para ese lado.

Observó donde le indicaban. El fragor del combate en aquel sector era nítido. Aquella gente también respondía golpe por golpe. Parecíanle soldaditos de plomo allá en el limpio, cerca de un cuartel cañizo, donde el tricolor gualdrapeaba en el azul, y al verlo, de lejos, el sencillo espíritu de la soldadesca rotosa se enadecía:

—¡Viva el Ecuador!

—¡Vivaa!

El fuego enemigo se hizo graneado, y un negro cayó con un ojo huero, sin proferir palabra.

Volvieron los aviones, volvieron los cañones, y oscureció sin sentir. Del cielo se descolgó, a cámara lenta, una colcha de sombras. Unicamente las rosas de luz de los fogonazos saltarines herían la densa oscuridad. Luego, todo el frente quedó mudo. Solamente esporádicos disparos turbaban aquella

calma presagiosa, desgarrada por los horribles ayes de los heridos, que llamaban a sus madres y a otros seres queridos, por las maldiciones cargadas de odio desesperado, o por las invocaciones de los que se encomendaban en último arranque de fe cristiana.

El sueño rendía a los más débiles; pero Juyungo tenía hambre y renovados deseos de matar con su machete, de cometer una hazaña digna de un Lastre, de un negronegro. Y como para ayudarlo, le vinieron a la cabeza consideraciones como ésta: «Segurito que estos peruanos no se contentan con lo que tienen, y por eso no les importa matar a la gente. ¡Ah!, pero aquí estoy yo, para hacerles ver bolas».

Consultó sus preocupaciones con Nelson Díaz y oyó que éste le respondía en la oscuridad:

—Ve, en el Perú y en todas partes hay gentes ambiciosas y malvadas, pero asimismo pueden encontrarse hombres que sufren, piensan y luchan, como nosotros.

—Así tiene que ser como vos decís; pero si no mato peruanos, ellos me matan.

—Eso sí, claro. Lo comprendo…

—Shsss —impuso el sargento, llamándolos a la vez—. Vean esa candela que han prendido.

—Parece que están cocinando.

—¿Les disparo? —interrogó Lastre.

—No. Ni les pegarías tampoco, están detrás de un montón de tierra.

—¿Hueles? Están haciendo fritada.

En efecto, el viento venía aromado desde aquella dirección, despertando un apetito loco.

—Y aquí nosotros sin probar bocado —dijo Nelson—. De buenas ganas me comiera un pedazo de chancho.

Juyungo empezó a desvestirse, hasta quedar completamente desnudo, sólidamente confundido con la noche. Tomó su machete, y tatareando, fue descolgándose por el barranco. Llevaba una confianza ilimitada, como si ante él todo se abriría.

—Yo soy Fabriciano, carajo;
hombre muy volao, carajo.

—¿Qué te pasa? ¿Adónde vas? —averiguó Nelson, con inquietud fraternal.

—Voy a pedirles un poco de carne, que tengo hambre. Y hasta luego, parcero. Vayan también prendiendo su candelita, que esta noche comemos.

El sargento no pudo menos que reír. Y aunque perplejo, comentó:

—Este moreno parece el mismo demonio. A lo mejor nos trae lo que dice.

—Quién sabe —dudó un anónimo.

—No le malee, pendejo —se disgustó Nelson.

Juyungo escurrióse suavemente hasta la orilla, pasó la corriente, sin producir ruido, y al salir a la otra ribera, tiritó de frío. Reptó idéntico a una culebra chonta, hacia arriba, por el barranco. Pasó sin ser advertido en las primeras trincheras y de pronto se sintió iluminado por el resplandor de las llamas que salían por debajo de la paila, donde se freían las apetitosas lonjas. Vio una veintena de soldados sentados alrededor de la fogata. Fumaban y charlaban desprevenidos, mientras en sus rostros mestizos, jugaban los reflejos de la candela ondulante. De nuevo se sintió negro entre indios, y pensó en regresar a sus líneas; pero al instante, se le puso que todos aquellos hombres eran el señor Valdez multiplicado, que discutía la forma de apoderarse de la tierra y de María de los Ángeles. Le pareció también, que él mismo era un río lleno de torrenteras que llegaban al mar; a un mar erizado de sables y bayonetas, al mar cementerio de todos los ríos del mundo.

Una nube de furia sombría vino hasta sus ojos, y cegándolo primero, acabó por impulsarlo, como un loco, sobre los del corro. Su arma relampagueaba como un pez en la noche, y se abatía de un lado para otro, en pavorosos zigzags. La sangre caliente le salpicaba el cuerpo poniéndolo más frenético, desatado, borracho, por decirlo así.

Dos descabezados, un manco, algún descuartizado, rodaron por entre sus piernas. Él los pisoteó y pasó por encima, con una sensación de fuerza desbordada.

En medio de la confusión, la paila hirviente se canteó y la grasa derramada avivó el fuego con ruido de chamusquina.

Gritaban algunos y salían despavoridos.

Lastre acezaba agitado, su risa blanquísima asomó satisfecha, veíase dueño de la situación y pensó aprovecharla.

Rápidamente buscó con la vista y halló un pernil del animal recién muerto. Empuñó la pierna, y a punto de emprender el regreso, oyó una voz autoritaria que decía:

—¡No corran! ¡Es un negro machetero esmeraldino! ¡Es un negro desnudo, nada más! ¡Mátenlo! ¡Negro muerto de hambre!

Hacia el Juyungo apuntaron varias bocas de fuego, y el hombre se fue de bruces, dando en la penumbra un rugido extrahumano que sobrecogió a sus contraatacantes. Aquel cuerpo viringo rebotaba en el suelo, negándose a sucumbir. Su inmensa vitalidad se debatía en el último momento, alentada por su rebeldía interior, que no aceptaba ni la muerte. Por eso oyeron nuevos tiros. Un peruano se agachó a recoger la carne de cerdo revolcada.

Nelson lo esperó toda la noche, aun cuando oyó claro el zafarrancho. Casi había adivinado lo que iba a suceder a Lastre. ¿Pero quién podía hacerle desistir de esta clase de resoluciones? Con todo, en ciertos momentos, le pareció verlo escalar a rastras el barranco, penosamente herido. Pero nada, pura alucinación. Quizá ya no regresaría. Era lo seguro.

Con el alba, los que volvieron fueron los aviones, la lluvia de tierra sobre las hojas, por la explosión de las bombas, el terror de los hombres inermes ante las máquinas. Rompieron los cañones con mayor ahínco, descuajando la arboleda que gritaba secamente sus mutilaciones; raleando las filas de los macheteros, de los serranos coloraditos, de los cholos impasibles.

Nelson vio el palpitar del corazón de un interandino, en el tórax abierto por una granada. ¿A qué hora vendría su turno?

El combate rugía a lo largo de toda la zona, venía acercándose, desde arriba. Bajaba y subía de nuevo como tétrico juego. Un aeroplano cayó envuelto en llamas, muy distante de aquel lugar. «¿Quién le daría? Nosotros no tenemos cazas», pensó.

—¿Vieron ese aparato que se vino abajo?

—Yo no vi nada —dijo el sargento, y siguió disparando, mordiéndose el labio inferior—. Ya nos faltan municiones.

Un cholo preguntó en alta voz:

—¿Regresó el moreno de anoche?

—¡Qué va! Se lo comieron.

—Bravo el negro, ¿no?

—Dicen que cortó once cabezas.

—Se oían clarito la bulla y el tiroteo.

Nelson se consolaba con la proximidad de su propio fin, de la pérdida de sus dos viejos amigos: ¡magnífico Juyungo! ¡Pobre tenteenelaire! Pronto le tocaría a él. ¿A qué hora? ¿Acabaría como los dos? ¡Quién sabe! Aún podría salsarve. Nadie acierta a adivinar lo que le espera a uno, nadie.

—¡Estamos rodeados! ¡Estamos rodeados!

—¡Sálvese el que pueda! ¡Ahora sí que nos jodimos toditos! ¡Maldita sea!

Los disparos ya no solamente procedían del frente, sino de la quebrada de atrás, y aquella sorpresa desagradable comenzó a desmoralizar a la tropa.

—¡Calma, muchachos! —dijo un oficial que traía un brazo en cabestrillo. Su cara de ídolo maya o de tiesto incásico tenía una gravedad impresionante.

—Nada de alarmarse, aquí estoy de nuevo. Nos han tomado por la retaguardia. A ver esos negritos macheteros.

Nelson reconoció al teniente Yépez.

Como cincuenta negros acudieron de entre los troncos caídos, de los huecos, de las zanjas.

—Al machete le temen los peruanos. Así que vamos a sacárnoslos de la espalda. Ustedes son nuestro último recurso. En ustedes, hijos de los bravos conchistas del año catorce, está mi confianza.

Empuñó su pistola, y poniéndose al frente, con el ceño severo, gritó a todo pecho:

—¡A la carga, muchachos!

Nelson los vio partir, agazapados entre los matorrales. «Qué pocos han quedado», pensó. De pronto se levantaron y corrieron hacia el enemigo, blandiendo sus aceros y dando gritos salvajes. Era una visión alucinante para él, la de ese puñado de negros, resueltos a jugarse el todo por el todo. Ágiles como venados, robustos como los ceibos circundantes, pero desarrapados, y sin otra arma que aquella que en la paz
desbroza la madre tierra, y hace surgir el plátano y la yuca.

Al acercarse, fueron recibidos con tan nutrida descarga, que claramente distinguió caer a la mitad de ellos, luego otros y otros, hasta que no quiso mirar más.

Cerca del cuartel ardían unas casitas de paja. Aunque aturdido y con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, Nelson vio como alguien arreaba del asta, el iris nacional, y subía veloz otro emblema: rojo, blanco y rojo.

Y le pareció que por todo el ámbito se extendía un dolor colectivo, recóndito, que quedaba vagando con el viento. Y sin saber por qué, extenuado de cansancio, creyó hundirse en una antigua noche limpia.

Cuando despertó, dos soldados enemigos, que lucían en sus cascos el sol de los incas, lo tenían prisionero.

Pero un año más tarde, volvimos a ver a Nelson Díaz entre nosotros.